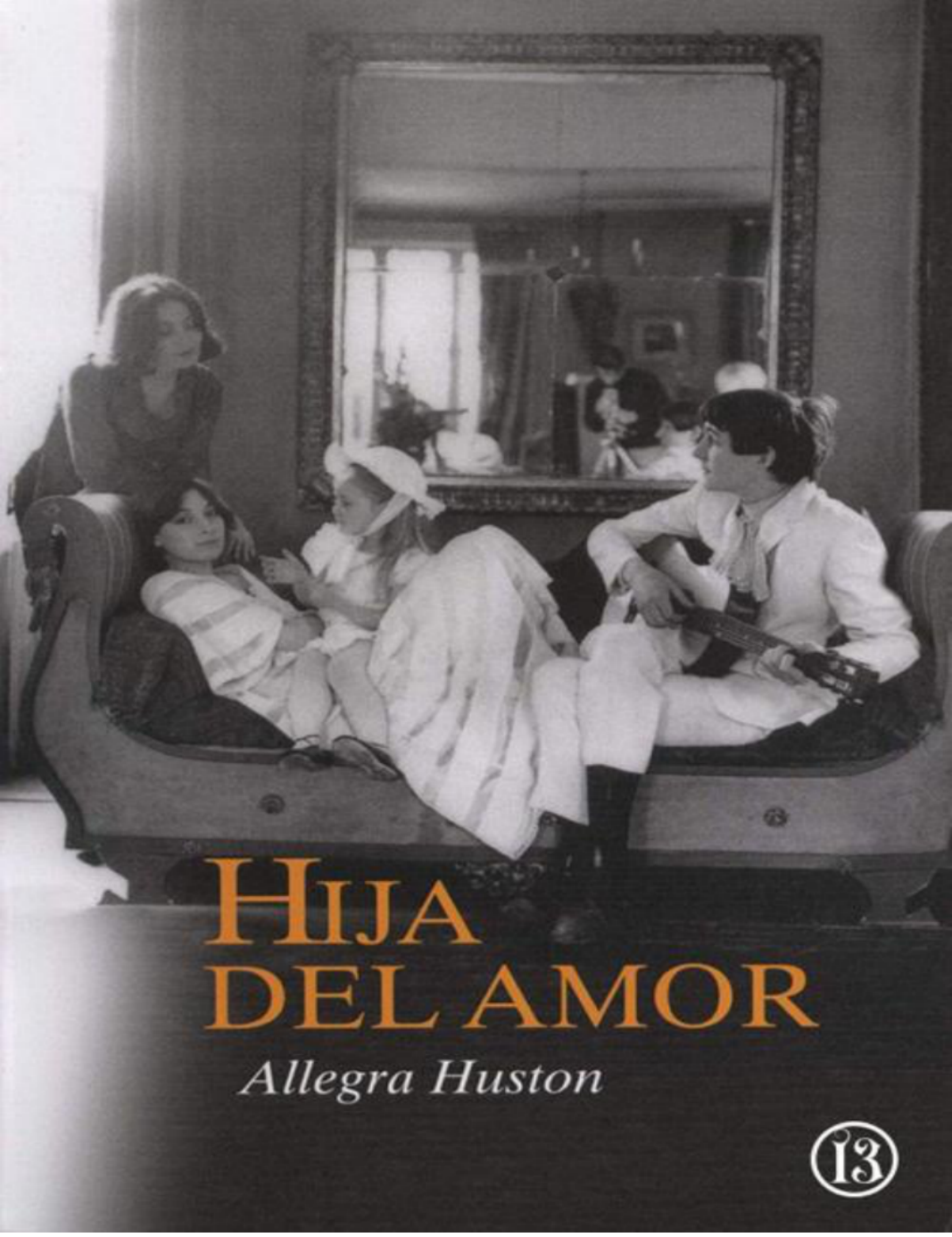


HIJA DEL AMOR

Allegra Huston

Hija del amor. Un conmovedor relato de la hija adoptiva del famoso director de cine John Huston La temprana muerte de su madre marcó la infancia de Allegra Huston tanto como sus cambios de domicilio: de Londres a Galway, en Irlanda, y posteriormente a Long Island y Los Angeles. Todo ello junto a la atípica relación con su padre, el famoso director de cine John Huston, y sus hermanos, contribuyó a forjar una personalidad sensible, retraída y observadora. El contraste con el carácter artístico y genial de su familia a menudo la llevará a sentirse ajena, sensación que se acentúa cuando a los doce años descubre que su padre biológico es un aristócrata inglés, y que tiene otra familia en Londres. Para encajar los dos mundos deberá recurrir a la única persona que los conectó en su día: una mujer bellísima, fallecida de forma trágica y prematura. Hija del amor es el conmovedor relato de una búsqueda y de una ausencia: las de una hija tras la realidad de una madre muerta pero que, en el camino, encontrará también la clave de su propio existir y una puerta abierta a la luz del futuro. Un espléndido libro de memorias y, a la vez, retrato en primer plano, preciso y sin concesiones, de unos personajes y un ambiente, el de Hollywood, que estamos acostumbrados a ver rodeados de *glamour*. Allegra Huston (Londres, 1964) ha publicado a ambos lados del Atlántico, en periódicos británicos como The Times, The Independent o Harper's Bazaar, y norteamericanos como People. Editora por cuenta propia desde hace diez años, en la actualidad vive en Taos (Nuevo México).

Allegra Huston

Hija del amor

Memorias de una familia perdida y encontrada

Título original: «*Love Child. A Memoir of Family Lost and Found*»
Allegra Huston, 2009
Traducción: Aurora Echevarría, 2010

–

Revisión: 1.0
28/10/2020

para Rafa
y para Stella

Última foto de Allegra con su madre. Enero de 1969

I

Estoy jugando en el suelo de parqué del salón. La madera es dorada con vetas oscuras que se arremolinan como charcos cuando saltas en ellos. La cera tiene un brillo apagado. Debe de ser un día nublado.

En la habitación hay adultos, pero no les hago mucho caso. El ambiente es sombrío. Tengo la sensación de ser la única que está totalmente viva, de modo que deslizo los pies por el suelo liso para demostrarlo. Llevo leotardos de lana y voy descalza. Quiero hacer ruido, porque el silencio se está volviendo ensordecedor, pero soy buena y me contengo.

—Quiero que vengáis todos a la habitación de Ricki.

No tengo que levantar la cabeza para saber de quién es la voz: precisa, casi quisquillosa, con una extraña cadencia. Es de mi abuelo, Leslie Waddington. Tiene el pelo rizado y abundante, y la nariz como el pico de un pájaro. Uno de mis libros favoritos es una guía de aves.

Las palabras resuenan con una nota amarga en mis oídos. Me pregunto por qué todo el mundo tiene que ir a la habitación de mi madre si ella no está. Lleva unos días fuera y tardará otros tantos en volver. No se entra en la habitación de alguien sin permiso. Pero ya me he dado cuenta de que pasan muchas cosas raras en el mundo. Levanto la vista para ver si hay algo particularmente raro, alguna pista sobre lo que está ocurriendo.

Leslie no me mira cuando desaparece por la puerta. Nadie lo hace. La nota amarga se desvanece; es evidente que lo que pasa no me afecta. Me relajo. Me fijo vagamente en las espaldas que se van.

—Me parece que eso te incluye a ti —dice la voz de una mujer.

Me sobresalto. Creía que me había quedado sola. Es la mujer de Leslie, Ferriel, hundida en un sillón bajo. El pelo rubio le cae como si tuviera pesas invisibles en las puntas. Parece gris azulada, del mismo color que las paredes. La luz ha abandonado el espacio que ocupa.

Tiene los ojos apagados. No «le parece». Sabe que también me

incluye a mí.

Me levanto de un salto para alcanzarlos antes de que se den cuenta de que no estaba yendo con ellos. No soporto equivocarme. Tampoco soporto llegar tarde. Salgo corriendo de la habitación.

Aquí termina el recuerdo. En el piso de arriba me sentarán en la cama de mi madre, entre mi hermano Tony y mi hermana Anjelica: dos cabezas morenas flanqueando la mía, pequeña y rubia. A sus dieciocho y diecisiete años, son mucho mayores que yo. Tengo cuatro.

Leslie se sentará en una silla baja frente a nosotros. Me dirá que mi madre ha muerto en un accidente de coche al cruzar Francia para ir a pasar las vacaciones en casa de su padre en el norte de Italia. No regresará a casa. Nunca volveré a verla.

Anjelica y Tony ya lo saben. Leslie se ha encargado de decírmelo a mí porque mamá le pidió que me cuidara si algún día le pasaba algo. Ha coreografiado esta escena en su dormitorio expresamente para mí.

En el silencio que siguió a sus palabras dejé escapar un sonido que mi hermana describe como el gemido de un alma en pena. Se prolongó mucho más tiempo que la cantidad de aire que podría haber retenido en mis pequeños pulmones. Casi de otro mundo, dice, no se parecía a ningún sonido que hubiera oído. Se quedó helada. No lloré.

Tampoco lloré mi primer día en la guardería Stepping Stones. Mi mejor amigo, Lionel Smith-Gordon, lloró tanto que me morí de vergüenza. Me despedí de mi madre con un beso y me alejé de Lionel, tratando de fingir que no lo conocía. Se aferraba a su madre, berreando. Teníamos dos años. Me impresionaron los niños de tres.

Yo era una niña inglesa como Dios manda, con zapatos de charol, abrigo azul marino y ropa perfectamente planchada por la Tata, mi niñera irlandesa. En la puerta de mi habitación había una *A* dorada, de Allegra, y en el mismo rellano una *T* de Tony y una *K* para la de la Tata. Yo pensaba que debería haber sido una *T* aun después de que ella me dijera que su verdadero nombre era Kathleen. No veía qué tenía eso que ver. Todos la llamábamos Tata.

Todas las mañanas la Tata me preparaba el desayuno en la cocina de paneles de pino que daba al jardín trasero. Un día la madre que se suponía que debía pasar a recogerme para llevarme al colegio no vino. Oí a mamá bajar corriendo por las escaleras. Seguía en pijama —azul, mi color favorito—, pero llevaba zapatos, oscuros y con las puntas cuadradas. «Yo te llevaré», dijo. Cogió una gabardina de un perchero de la entrada y se abrochó el cinturón. No creo que lloviera.

La observé mientras conducía: los huesos de las manos le

sobresalían como pequeñas montañas por encima del volante, y tenía los ojos clavados en la carretera. La palidez de la nariz y la mejilla destacaba entre el pelo oscuro. Estaba tan concentrada en la carretera que no me miró ni una sola vez. Habíamos esperado demasiado tiempo a la madre que no se había presentado.

Con la mano izquierda movió la palanca de cambios hacia abajo, en diagonal y de nuevo hacia abajo, reduciendo la velocidad al llegar a una esquina. Siempre me asombraba que no tuviera que mirar. Apenas veía, debajo de la gabardina de color arena, el borde azul pálido del pijama que se hundía en el hueco de la clavícula. Yo iba con una falda a cuadros, creo: ropa de abrigo de invierno, sin duda. Otra vez los leotardos de lana. Debía de tener cuatro años y era lo bastante mayor para que otras madres me llevaran al colegio. Mamá murió en enero de 1969. Esto no debió de ocurrir mucho antes.

Empecé a preocuparme. «Conduce demasiado deprisa —pensé—. La policía nos verá y nos parará por exceso de velocidad. La harán bajar del coche. La llevarán a la comisaría y allí se quedará, sin ningún lugar donde esconderse y con todos esos policías alrededor, sólo con pijama y gabardina».

Me gustaba hacer las cosas bien. Mi pasatiempo favorito era practicar la caligrafía, lo que hacía en cuadernos de rayas. La Tata escribía el alfabeto, una letra por página en una columna en el margen izquierdo, y durante horas yo hacía laboriosas *a, b*, etcétera. Si me equivocaba, tiraba el cuaderno y empezaba otro por la *a*. Hice hasta la *r*; en la letra cursiva de la Tata, la *r* minúscula tenía gruesos lazos en la parte superior, y un ángulo descendente que por alguna razón me parecía especialmente irlandés. Línea tras línea, no conseguía que las mías fueran como las suyas, pero no intentaba escribir la *r* inglesa, sino que copiaba la de la Tata. Me ponía furiosa si no lo conseguía.

Nadie buscaba la perfección como yo. Mi madre habría sido más compasiva con la letra de mi hijo, que añade palitos de más a la *E* o inclina una *R* hacia delante diciendo que está corriendo. Ella había sido criada con la feroz disciplina de una bailarina de *ballet* y una obsesión por el detalle, y no educó a sus hijos del mismo modo.

En mi habitación colgó una esfera de cristal plateada, oscura con manchas como un planeta de metales extraños, y cada noche me dormía oyendo a Chopin en el tocadiscos. Sus mejores amigos eran artistas. A menudo me llevaba a visitar a su amiga Gina Medcalf, cuyo estudio de pintura era un gran espacio abierto con un asiento junto a la ventana en el que me encantaba acurrucarme. Una vez llevamos un

juego de Lego con una foto de una casa cuyas ventanas regulares, tejado de tejas rojas y chimenea de aspecto sólido eran a mi parecer perfectos. Empecé a construirla, pero resultaba difícil, porque no se distinguían las junturas entre los bloques del mismo color de la foto. Gina empezó a jugar, viendo qué otras formas podía hacer con los bloques que teníamos: era más divertido, sugirió, que mi fiel obstinación por hacer lo que los fabricantes de Lego querían que hiciéramos. No hubo forma de convencerme. Había escogido ese juego precisamente porque se suponía que con los bloques se podía construir la casa dibujada en la caja.

No me gustaban las cosas sin forma; me inquietaban. Prefería colorear siguiendo los números y dibujar uniendo los puntos. Examiné el dibujo, calculando cuántos bloques había entre la ventana y el tejado, y qué aspecto tendría desde el otro lado. Noté la frustración de mamá. Me llegaba su decepción aunque intentara disimular. Yo sabía que ella quería que fuera imaginativa como Gina, pero me negaba a creer que fuera un defecto mío. A diferencia de Gina y de ella, evidentemente, sabía que había una manera correcta y otra incorrecta de hacer las cosas. Yo hacía las cosas correctamente.

Le toca a mamá llevamos al colegio. Estoy sentada con otra niña en el asiento trasero. Mamá se ha detenido para comprar algo. Ha dejado el coche en doble fila. Los otros coches tienen que rodeamos.

Mi amiga y yo saltamos con todas nuestras fuerzas en el asiento de muelles mientras mamá está en la tienda. En los años sesenta no hay sillitas para niños. Nos estamos riendo y gritando: dos niñas pasándolo en grande.

De pronto, aparece la cara de mamá en la ventanilla del pasajero. Está enfadada.

—¡Basta! ¡Parad ahora mismo! ¡No está puesto el freno de mano y lograréis que el coche ruede colina abajo!

Nos calmamos. Noto un temblor en el asiento. Me avergüenzo delante de mi amiga por la bronca que nos ha soltado mi madre. Me indigno en silencio. No es culpa mía si ella no ha puesto el freno de mano. Y si ha aparcado en una colina, ¿por qué no lo ha puesto en lugar de culpamos?

Me intriga pensar por qué unos recuerdos se conservan y otros se pierden:' Los años siguientes a la muerte de mamá casi todas las imágenes que tenía de ella se desdibujaron; pero unas pocas grabaron

pistas en el laberinto eléctrico de mi cerebro. Fue el orgullo lo que conservó el recuerdo de una mujer regalándome un libro a los dos años, diciendo: «Claro que aún no sabrá leer», y de mí misma, sabiendo que sabía, sentada en lo alto de las escaleras con la Tata leyéndolo mientras mamá acompañaba a la señora a la puerta. Y fue el miedo lo que conservó otros, como la vez que vimos a un amigo de mamá caminar como un equilibrista circense por la alta viga de una especie de cobertizo en Kent; o cuando mamá y yo bajamos del tren con destino a Cornualles para comprar algo de beber, tal vez en el quiosco del andén. Cuando regresábamos a nuestro compartimiento el tren empezó a moverse. Yo tiré de ella, tratando de alcanzar la puerta más cercana. No podía entender por qué seguía andando por el andén mientras el tren ganaba velocidad y estaba a punto de marcharse sin nosotras; por qué no corría. Cuando llegamos a la puerta de nuestro vagón, que seguía abierta, le agarré la muñeca para subir. Ella subió detrás de mí.

Y así, recuerdo tras recuerdo, de mamá y de un coche.

—¡Ya está aquí el coche nuevo de tu madre, Allegra! ¡Ven a verlo!

Vuelvo a estar en el salón, por alguna razón sola. Suelo estar con la Tata. No recuerdo quién era la mujer que me avisó; salió corriendo. Una amiga de mi madre.

Corro hacia la ventana y me encaramo sobre la hilera de tubos cuadrados de hierro del radiador. Sé que están fríos y que no me quemaré; debe de ser primavera o verano. Fuera, veo la luz del sol fragmentada en haces por las hojas verdes, grandes como platos, de los altos y tupidos árboles que bordean la carretera. Al otro lado, más allá de una barandilla de hierro negro, hay un canal con casas flotantes a ambos lados. En los tejados hay tiestos con flores.

Miro a derecha e izquierda buscando a mamá y el coche. Está debajo. La raya del pelo le divide en dos la parte superior de la cabeza. Lleva una falda ondulante. El coche que está a su lado es rojo. Sé que no es nuevo en realidad, que sólo lo ha hecho pintar, y me irrita ver que ha escogido el rojo. Odio el rojo. Mi emoción se desvanece.

Toda mi vida he vuelto sobre estos recuerdos, conocidos e incuestionables; la angustia que desprenden ha ido disminuyendo con el tiempo. Han sido sólidos, como los postes indicadores que ves con el rabillo del ojo por la carretera. Pero cuando los miro ahora

directamente, se vuelven escurridizos como un pez. A veces toda la imagen se disuelve en una turbia duda y no estoy segura de si lo recuerdo siquiera.

El ángulo desde el que miro la cabeza de mamá no es el de la ventana del salón, sino el de mi dormitorio que está dos pisos por encima. Visualizo el coche a la derecha, luego aparece de pronto a la izquierda. Un coche con palanca de cambios aparcado en una colina sin el freno de mano puesto debe dejarse con una marcha metida para que no ruede ladera abajo. Mamá debía de tener miedo de que hiciéramos saltar el freno con los botes, pero mi recuerdo insiste en que ésas fueron las palabras que dijo.

Todos esos coches deben de ser el mismo, aunque Anjelica recuerda que el coche de mamá era gris oscuro, y mi abuela Gina afirma que era azul o como mucho granate, no el rojo brillante que estoy segura que vi. Tal vez el rojo que en realidad no era rojo es el rojo del pastel que me hicieron para mi cumpleaños, en forma de tren. No sólo odiaba el rojo, sino que la capa roja significaba que llevaba canela, y odiaba la canela.

Me sentí ofendida y furiosa, y durante el paseo en barco que dimos por el canal hasta el zoo me aferré a mi dolor. Me encantaba el barco, pero ese día me pareció un soborno y no quise ceder. Ese pastel era para otro niño; a mí ni siquiera me gustaban los trenes. ¿Cómo podía haberlo escogido mamá para mí? ¿No me conocía?

Estoy ávida de cada fragmento de la vida que mi madre y yo compartimos. Veo su amor por mí en las fotos de las dos, en la foto en la que estoy con un gran corazón rosa superpuesto; en los *collages* y los dibujos hechos por mí que ella enmarcó, en los trozos de papel que registran mis primeras palabras y mi primer diente. Pero no lo llevo dentro. ¿Por qué no sobrevivieron esos recuerdos, fueran cuales fuesen?

Cuanto más fuerzo la memoria, más anécdotas se disuelven. Me provoca dolor de estómago. Tengo la sensación de estar haciendo el tonto. ¿Cuántos de los escasos y delicados hilos que me unen a mi madre son inventados? En el recuerdo del pijama azul y la gabardina llevo una falda a cuadros roja con un gran imperdible, pero un demonio dentro de mi cabeza me susurra que la añadí al recuerdo. Busco en mi cerebro y no sé de qué parte de él llegan los fragmentos. Tal vez inventé esa falda o, aún más probable, la saqué de otro momento y lugar. Tal vez estos préstamos de la memoria ocurrieron hace mucho.

Un recuerdo no cambia de forma ni se disuelve. Es frío e inamovible como una piedra. No lo recuerdo directamente. Recuerdo que lo recordé.

Es la tarde del día que Leslie me comunicó que mamá había muerto. Son alrededor de las seis y media. Lo sé porque la Tata está a punto de entrar en mi cuarto para acostarme. Estoy jugando con mi juguete favorito, un mapa de Gran Bretaña con los nombres de los lugares en pequeñas etiquetas transparentes; o tal vez con mi corral, con los animales de madera, las cercas y los cobertizos. Me siento muy feliz mientras juego. No me preocupa nada.

Me veo desde fuera, como si la visión que tenía la Tata de mí se hubiera convertido en la mía desde una perspectiva de un año o más en el futuro. En mi habitación de entonces, donde vivía el recuerdo conmigo, había una cama de madera oscura con cortinajes azules y verdes, no la cama de hierro con mimbre rosa y blanca que tenía en la casa de mamá. Pero en una esquina todavía había esos juguetes: el mapa clavado en la pared, la granja extendida en el suelo de moqueta verde.

¿Cómo pude seguir jugando? El mismo día.

En secreto me reprendo por ese recuerdo. Qué insensible era, qué egocéntrica. Qué estúpida, por no haber entendido. Qué indigna de amor, por no haber llorado durante el todo el día al enterarme de que mi madre había muerto. Merecía haberla perdido.

Un año después ya no recordaba que me lo hubieran dicho. Me sentía aún más culpable: a esa niña cruel que *jugaba* no le importaba acarrear encima la pérdida. Me escandalicé de mí misma, y el yo escandalizado no se compadeció del yo que había borrado la verdad de la única forma posible.

Muy pronto perdí todos los recuerdos del periodo que siguió: la vuelta al colegio y el aspecto que debía de tener yo, la casa abarrotada de gente, mi estancia en la casa de los amigos de mi madre, los O'Toole, con la Tata. Borré cada sombra de mi tristeza, la de Anjelica y la de Tony. Todo lo que recordaba era que había estado jugando y que jugué después. Como si en medio se hubiera abierto un abismo.

II

—Éste es tu padre.

Estoy en el hotel Claridge's de Londres. No estoy segura de quién me ha llevado allí; mamá no. Puede que ya esté muerta.

Una mujer que no conozco me conduce a través de una puerta de madera oscura. Tiene el pelo rubio claro y lo lleva muy tirante alrededor de la cabeza. Me hace pensar en la luna.

En la habitación del hotel hay una alfombra de pelo blanca (lo que parece poco probable en el Claridge's). Estoy sentada en ella, rodeada de los juguetes que ha traído la Tata para mí. Tengo los nervios aguzados para captar información. La esquina de la mesa de centro está tan cerca que casi la siento contra la mejilla. Al otro lado, sentado en un sofá, hay un hombre de dedos largos con un largo puro marrón. El humo debía de llenar de bruma la habitación, pero mi recuerdo lo ha disipado. Cada detalle es tan nítido como la esquina de esa mesa.

Las rodillas de mi padre forman picos bajo la tela de sarga rojiza de sus pantalones. Los zapatos se curvan con elegancia alrededor de sus pies, del color de las castañas redondas y duras que recojo en el parque. Unos calcetines finos cubren los abultados huesos de sus tobillos, como piel brillante. Creo que hasta puedo ver los huesos de los hombros sobresaliendo bajo el jersey de cuello alto blanco. Tiene la boca grande y una cara franca de aspecto blando, como si tuviera los huesos hechos de esponja. Con sus largos brazos, me recuerda un mono del zoo. Lo imagino colgándose de ramas, si no fuera por su aspecto tan digno e importante. En la habitación hay otras personas que esperan a que hable y que se ríen de sus bromas.

Está hablando con ellas, pero noto que me observa.

No estoy segura de qué hacer. No sé cómo se supone que tienes que comportarte cuando conoces a tu padre. De modo que juego con cautela hasta que es el momento de marcharme.

Cuando me voy, no tengo la sensación de que volveré a ver a este padre imponente y distante. No entiendo que es también el padre de

Tony y Anjelica.

Estoy bastante segura de que nunca había sentido la falta de padre antes. Los padres eran seres remotos en el Londres de clase media alta de los años sesenta. Creo que el único padre de mis amigos que conocí fue el de Pat y Kate O'Toole, Peter, una presencia brillante envuelta en humo en mitad de la casa, entre sus habitaciones del piso de arriba y la cocina del sótano donde su abuela galesa, Mamgu, con la nariz huesuda de bruja, tenía largas conversaciones deliciosamente siniestras en susurros con la Tata con una agradable tetera humeante entre ambas.

No le pregunté por ese hombre con un puro como el cetro de un rey, las rodillas altas y la voz como melaza oscura. Yo era tímida, por naturaleza, o porque la muerte de mamá detuvo mi crecimiento en la tímida fase de los cuatro años. Y tenía miedo: de los perros juguetones, de los columpios que se volcaban, de los trenes que desaparecían, de hacer algo mal. Las únicas preguntas que hacía eran en broma, como cualquier niña: «¿Por qué es azul el cielo, Tata?». Y cuando ella salía con una respuesta, preguntaba de nuevo: «¿Por qué» y «¿Por qué?», hasta que ella se cansaba de jugar.

El hombre era John Huston, el marido que mi madre había dejado. Ella había pedido a Leslie que se ocupara de mí porque no quería que yo creciera en el mundo de los Huston. ¿Sabía de algún modo que iba a morirse? La pregunta me persigue. Tal vez ése sea el temor de todas las madres; creo que fue un presentimiento que se instaló con brutal certeza en su corazón. No hizo testamento, como si no quisiera reconocerlo en público. Pero cuando abrieron su caja fuerte, atadas a sus mejores joyas con un cordel rojo había unas pequeñas etiquetas, cada una, escrita con su caligrafía inclinada, con uno de los tres nombres: Tony, Anjelica, Allegra.

Ese padre que conocí a los cuatro años era un hombre alrededor del cual se movía todo. Mamá, con gran fuerza de voluntad, había puesto entre ellos un pequeño mar; ahora que había desaparecido, él tiraba de mí. Aunque, cumpliendo los deseos de mamá, me fuera a vivir con Leslie —a quien conocía porque había sido un tiempo el tutor de Tony y Anjelica—, pasé ese primer verano después de su muerte en Irlanda.

En el aeropuerto de Shannon nos recibió un hombre de aspecto curtido que, según me dijo la Tata, se llamaba Paddy Lynch. Hablamos todo el trayecto de gente de la que yo nunca había oído hablar y no entendí la mitad de las palabras que dijo Paddy. En silencio, miré el

mosaico de pequeños campos unidos por muros de piedras grises como de encaje. El verde era tan intenso que casi me dolían los ojos. Pensé que nunca había visto nada tan verde, ni siquiera en Kent o en Cornualles, donde mamá me había llevado en fines de semana y vacaciones.

Me sorprendió que la Tata y Paddy tuvieran tantas cosas que decirse. Hasta ese momento había visto a la Tata como una prolongación de mí, y viceversa. Incluso cuando vivía mamá, la Tata había atendido todas mis necesidades y siempre estaba con ella si no estaba con alguien más. Sabía que era irlandesa, pero me sorprendió, y me dolió un poco, que conociera ese lugar y yo no. Tuve la sensación de que nos habíamos dividido en dos personas. Yo era diferente y estaba sola.

Por fin llegamos a un cruce y nos metimos por un largo camino a través de un bosque bordeado de focos sobre postes negros altos como farolas. Era de día, de modo que no estaban encendidos, pero seguían siendo cálidos. Más tarde me enteré de que mi madre los había colocado allí.

Cruzamos unas puertas altas de hierro y nos adentramos en un patio. El coche dio un tumbo como si las ruedas se hubieran hundido en una espesa capa de grava. Cuando bajé, me encontré frente a una casa que era exactamente igual que las casas que siempre dibujaba: una puerta en el centro con una ventana a cada lado, tres ventanas en la parte superior, un tejado a dos aguas y una chimenea en el centro de la que salía una espiral de humo. La puerta estaba abierta, y fuera nos esperaba un hombre con el pelo negro y rebelde. Casi corrió hacia la Tata. Se cogieron las manos.

Yo no había entendido del todo que la Tata había vivido en el lugar adonde íbamos, la casa de mi padre. Parecía regresar a casa.

De una casa situada al otro lado del patio salieron dos niñas de mi edad y unos chicos algo mayores, seguidos de una mujer corpulenta que abrazó a la Tata. Eran los Lynch, la familia de Paddy, que habían salido a conocer a la nueva hija del señor Huston. Me había adentrado en un mundo completamente nuevo, y de pronto agradecí que al menos lo conociera la Tata. Me llevó a una cocina con el suelo de piedra y me sentó a una mesa redonda frente a una ventana. La observé mientras me preparaba un sándwich y me dio un vaso de Ribena de grosella negra, mi bebida preferida. Sabía exactamente dónde estaba todo.

—Ésta es la Casa Pequeña —dijo—. El señor Huston vive en la Casa Grande.

No dijo nada más. Y no lo llamó «tu padre».

Me llevó por unas escaleras a una habitación que daba al patio.

—Ésta era la habitación de Anjelica —dijo—. Ahora será la tuya.

Toda la casa me parecía familiar y me entregué a su abrazo, sin preguntarme por qué. La Casa Pequeña había sido de mi madre, aunque yo entonces no lo sabía. Los suaves azules grisáceos y verdes eran como los de la casa de mamá en Maida Avenue. Aunque ella no había querido que yo estuviera allí, su espíritu se había quedado para mecerme. Comprendí que esa casa era nuestra: sólo para la Tata y para mí.

Al día siguiente la Tata me cogió de la mano.

—Voy a llevarte a la Casa Grande.

Salimos al patio y recorrimos el camino de entrada. Cruzamos un puente, con una pequeña cascada corriente arriba y corriente abajo un amplio lago lleno de berros con una isla en la que había un pequeña cabaña, como la ilustración de un cuento.

Más allá del puente nos cruzamos con alguien: la mujer del pelo como la luna. Se agachó a mi lado.

—Debes llamarlo papá —dijo.

Doblamos por una esquina. Ante nosotras estaba la parte trasera de una casa alta de piedra gris. El camino se convertía en grava y se curvaba alrededor de la casa, cuyo lateral formaba un semicírculo. No lo seguimos. En lugar de ello cruzamos un patio de losas y entramos por una puerta trasera.

Dentro había un gran espacio con una mesa de *ping-pong*. Nunca había visto una. La rodeamos y subimos por una estrecha escalera. En lo alto había una puerta. La Tata la abrió y me empujó con suavidad.

Estábamos en un gran vestíbulo con el suelo de madera, del que arrancaba una alta escalera curvada. Nunca había visto un techo tan alto. Más allá alcancé a ver otro vestíbulo, con el suelo de mármol negro, y en la pared del fondo lo que parecía ser la puerta principal. Era extraño haber accedido a las entrañas de la casa por la parte trasera y a través de escaleras, como si me colara en un mundo en el que podía ser o no bien recibida. Busqué la mano de la Tata.

Me llevó a otra puerta que daba a una cocina enorme de techo alto, con cazuelas colgando y pequeñas hornacinas revestidas de azulejos con dibujos azules, y, entre dos ventanas altas, un oscuro cuadro de una dama bajándose el vestido para enseñar su corazón atravesado por flechas. Delante de una mesa situada en el centro había una mujer con un uniforme blanco, con las manos blancas de harina. Tenía la cara redonda y blanda como la masa que trabajaba.

—Ésta es Allegra —dijo la Tata.

La señora Creagh se limpió las manos y se inclinó hacia mí. Me entraron ganas de llorar: demasiada gente, demasiadas casas, demasiadas habitaciones. Quería correr y esconderme. Pero, demasiado orgullosa para aferrarme a las faldas de la Tata, me contuve.

—Imagino que estás buscando a la señorita O'Kelly —dijo la señora Creagh a la Tata.

Entró otra mujer, maquillada como si llevara una máscara y con un peinado severo.

—Llámame Betty —me dijo—. Tu padre está en el estudio. Ven conmigo.

La Tata no nos acompañó. En el otro extremo del pasillo, Betty abrió una puerta. En el interior había otra puerta; las paredes eran tan gruesas que todas las puertas eran dobles. De pronto la casa ya no me asustaba. Esas puertas dobles la llenaban de espacios encantadoramente secretos.

La puerta interior se abrió y Betty me hizo pasar.

En un sofá verde estaba sentado el hombre que había conocido en la habitación del hotel Claridge's. No había cambiado: los largos brazos y piernas, las rodillas y los codos huesudos, el puro cuya ceniza tiraba en un cuenco de piedra. Dejó las hojas que leía.

—Ven aquí, cariño —dijo.

Yo me había parado en la puerta, al lado de Betty. Detrás de él, en los estantes, había tres grandes hombres de piedra, con las piernas cruzadas y unos tocados cuadrados sobre unas caras inexpresivas y aterradoras. Del fuego sin llamas de la chimenea se elevaban finas volutas de humo. Había un olor dulzón como la hierba. Por las ventanas vi caballos en un campo.

Me acerqué a él. Betty se quedó junto a la puerta. Él me cogió las manos y me besó en la frente.

—Bienvenida a Saint Cleran, Allegra —dijo—. Espero que seas feliz aquí.

Poco después se fue y me encontré viviendo uno de esos cuentos en los que no hay padres y los niños se escapan. Jugaba con las hijas de Lynch, Jackie y Caroline, en el jardín vallado que había detrás de la Casa Pequeña, lleno de rosales y lilas. Nos columpiábamos en las ramas colgantes de un sauce llorón y saltábamos en los motones de césped recién cortado. Entrábamos a escondidas en el huerto y comíamos guisantes de las ramas, partiendo las vainas como si fueran

huevos, lo bastante despacio para oír crujir el tendón.

Pasada la hora de irme a la cama seguía habiendo luz. Durante meses no vi la noche.

Betty, o Betts, como enseguida la llamé, era el ama de llaves y la hiladora de historias. Nos llevaba a los bosques para buscar anillos de hadas, débiles círculos en el suelo musgoso que habían dejado los pies danzantes de las hadas, rodeados de setas que habían utilizado como sillas cuando se cansaban. Si llovía, colocaba uno de los ceniceros gigantes de piedra de papá al pie de los escalones para jugar al golf de escalera. Paseábamos los perros con ella, cruzando en línea recta los campos y saltando los bajos muros de piedra hasta lugares especiales donde buscábamos tréboles de la suerte de cuatro hojas. Nos enseñó a aliviar el picor de las ortigas con hojas de acedera. Insistió en que el *ha-ha*, una zanja ancha cavada frente a la Casa Grande para impedir que las vacas salieran de su campo, se prolongaba hasta China. Yo imaginaba hordas de hombrecillos amarillos con espadas asomando de ella, resueltos a conquistamos.

Un día caluroso nos hizo apretujamos en el coche.

—Vamos a la playa —dijo.

El trayecto duró horas. Había pocos coches en las carreteras. Vimos sobre todo gitanos en sus carros tirados por caballos aparcados en el arcén, a veces una mujer cocinando sobre un fuego y montones de niños pelirrojos con la cara sucia que nos veían pasar impasibles. En Connemara, los ponis salvajes cruzaban de un salto los afloramientos rocosos, y los pocos campos que había eran pequeños como habitaciones y excavados entre las rocas. Betty tomaba las curvas a toda velocidad y las niñas íbamos de un lado al otro en el asiento trasero, riéndonos a carcajadas.

Bajamos por un sendero tan estrecho que apenas cabía un coche en él y nos detuvimos frente a una casa con el techo de paja. Nos esperaba una pareja de ancianos con una tetera y pan recién hecho. Hablaban sólo en irlandés, un idioma brusco en armonía con sus rostros, tan arrugados, curtidos y desdentados que sólo se distinguía el hombre de la mujer por la ropa.

Nos pusimos el bañador y bajamos andando el sendero, y ahí escondida en un entrante de la costa rocosa había una pequeña playa de arena amarilla. Unas rocas cubiertas de algas la protegían de las olas. El agua estaba helada, pero de todos modos nos metimos, y Betty me sostuvo por la barriga y me enseñó a nadar. Tengo una foto de ese día sentada en una roca, señalando algo a lo lejos.

En Saint Cleran no había fotografías de la familia ni nada tangible que recordara a mamá, sólo las reliquias entendidas a medias de su presencia allí en algún momento del pasado. En Saint Cleran nadie hablaba de ella: ni los Lynch ni Paddy Coyne, con su pelo negro rebelde, ni Betty O'Kelly, ni la señora Creagh. Ni siquiera la Tata la mencionaba mucho. Ella sabía que la tristeza había invadido a mamá cuando vivió allí, y que mamá no había querido eso para mí. Aunque no lo demostrara, estaba, ahora lo sé, furiosa con Betty por haberme cautivado, por ocupar el lugar de mi madre. Anticuada como era, creía que no le correspondía a ella decir nada, de modo que echaba humo en silencio y evitaba tocar el tema.

En la oblicua y alargada luz de ese verano irlandés, mamá se convirtió en una especie de fantasma para mí. No un fantasma de verdad como el que se paseaba por la Casa Grande por las noches y del que Betty nos contaba historias para asustamos; no había experimentado nada tan inconfundible como una sensación de calor o una presencia cercana, más bien un susurro que no estás seguro de haber oído. Ella se convirtió en mi secreto. Sabía que el dormitorio trasero de la Casa Pequeña, en lo alto de las escaleras, había sido el suyo. La puerta siempre estaba cerrada. Cada vez que pasaba por delante —es decir, cada vez que iba a mi habitación— me invadía esa sensación. A veces, si la Tata no andaba cerca, ponía una mano en el pomo y fingía girarlo. Un día lo giré de verdad y abrí la puerta. El corazón me latía con fuerza como si estuviera haciendo algo prohibido, aunque sabía que no.

Encontré una habitación soleada con vistas al bonito jardín que me encantó; una cama con una colcha *beige* impersonal y tal vez algo masculina, y estantes llenos de libros. Me sentí boba por haber temido o esperado algo a lo que ni siquiera podía poner nombre.

Al volver a Londres cuando terminó el verano, subí las escaleras de la casa de Leslie hasta la habitación que iba a ser mía. Ahí estaba mi cama a rayas rosas, con las barras de hierro con protuberancias de pintura. La cama a rayas azules estaba en la habitación de la Tata, como lo había estado en Maida Avenue. Al instante sentí resentimiento. No quería vivir allí. Quería la cama azul y nadie se había molestado en averiguarlo. Había perdido a mi madre. Merecía tener la cama azul, pero no quería poner en evidencia mi dolor al pedirla. De todos modos, nada podía hacerme sentir mejor.

Tenía cinco años y era una de las niñas mayores de Stepping Stones que iba a la clase de los Delfines del piso de arriba. De pequeña

había levantado la vista hacia esas escaleras de ángulos rectos que conducían a las alturas, donde estaban los Delfines y las Águilas, y había deseado que llegara el día en que fuera lo bastante importante para subirlas. Ahora que lo había hecho ya no me importaba. Aparte de la cama a rayas azules, me traía todo sin cuidado.

No censuro a Leslie por haber escrito a Irlanda diciendo que no podía cuidarme. Ferriel acababa de tener un hijo y mi carácter arisco debía de ponerla tensa. Yo era la hija de una mujer de quien su marido —y ella probablemente lo sabía— había estado medio enamorado; una mujer que había sido objeto de admiración por su belleza, ingenio e inteligencia, rodeada ahora de un halo por su repentina y horrible muerte. Si yo hubiera sido Ferriel me habría sentido oscuramente juzgada y llena de carencias.

Mamá había querido que me educaran como una niña inglesa. Escogió que me criara Leslie en lugar de sus propios padres, que vivían en las afueras de Nueva York. Leslie hizo lo que pudo y el fracaso lo atormentó. Desapareció de mi vida durante veinte años, hasta que por fin, de forma inesperada, reunió el coraje de llamarme y pedirme tímidamente que le dejara entrar de nuevo en ella.

III

En lo alto de una torre de Houghton Hall, en un saliente de la costa sudoriental de Inglaterra, se encontraban las cartas de mi madre en un baúl. Tony se ocupó de ellas a su muerte y las guardó allí, en casa de su cuñado, cuando se fue de Inglaterra. Un día de pleno verano de 2006 fui a buscarlas.

Houghton tiene unos cien años más que Saint Cleran y fue construida por el primer ministro de Inglaterra. En cada esquina hay una torre con un tejado grueso y puntiagudo como las tiendas de campaña que se ven en los viejos cuadros de torneos. Tomé un ascensor y subí unas escaleras hasta una de las buhardillas de las torres. Era octogonal, con el techo alto y puntiagudo como el interior de un pez extraño. El yeso estaba descascarillado o cubierto de finas grietas, reblandecido por los siglos y amarillento a causa del humo. Un arco de ventanas bajas con los paneles cuadrados daba a las copas de unos árboles centenarios y, más abajo, el césped brillaba al sol.

Había moles angulares cubiertas de pesadas fundas de lona y, al otro lado de las ventanas, un montón de baúles de latón y maletas de cuero. En una cómoda metálica encontré un llavero, pero sólo abría algunas de las cerraduras. Con un clip de pelo hice saltar las otras. En los baúles encontré jerséis, un equipo de cetrería, boletines de notas, cartas y cosas sueltas.

El último baúl era de latón azul marino con las esquinas metálicas y una cerradura de latón deslustrado. Tenía que ser ése. No lo abrió ninguna llave, ni el clip ni un sacacorchos. Bajé y pedí un destornillador.

El baúl dejó salir el aire que llevaba encerrado desde 1969, el año que murió mamá. El olor dulce y polvoriento del papel viejo me golpeó la nariz, deteniendo mis manos sobre las carpetas marrones que había encima. El olor me había seguido desde Irlanda a todas las casas donde había vivido, profundamente escondido en un viejo libro de *Alicia en el país de las maravillas*, que creía que había pertenecido a

mamá. De niña y adolescente abría el libro y lo apretaba contra mi cara, para que las páginas taparan la luz, e inhalaba, junto con el encantador misterio de la historia, la melancolía de mi acostumbrada pérdida.

No leí las cartas en esa bonita habitación octogonal bañada de sol. Volvieron conmigo a Nuevo México, donde estuvieron casi un año dentro de una maleta a los pies de mi cama. Por fin, en otra gran casa soleada (esta vez construida por mi marido con el que no estoy casada, como dicen en Taos), rodeada de los campos nevados de un crudo invierno, las saqué y exploré con mucha delicadeza las interioridades de la vida de mi madre.

Casi todas las cartas del baúl estaban dirigidas a ella. Había una caja llena de la correspondencia infantil que mantuvo con su compañera de colegio y bailarina, Tanaquil LeClerq, una postal «desde el escritorio de Jean-Paul Sartre», una nota de agradecimiento de Lauren Bacall por el pésame de mamá a la muerte de Boggie, postales de Truman Capote, una montaña de garabatos de su padre, telegramas escuetos de papá… y varios nombres que nunca había oído, carta tras carta, formando altas montañas de anhelo ardiente. Reliquias de su triste vida.

Pero aun con todas esas cartas esparcidas a mi alrededor, seguía sin llegar a ella. Padre, amigos y amantes elogian lo bien que escribe, pero todo lo que tengo es una filigrana de huecos donde deberían estar las cartas escritas por ella. Sólo encontré dos que nunca envió, llenas de dolor y de reproches hacia sí misma, y tres pequeños fragmentos de diario, uno cargado de humor, el otro angustiado, el tercero racional y clarividente. Tengo la sensación de oír su voz a lo lejos, una palabra inteligible aquí y allá, mientras el resto es absorbido por el aire estanco.

La mayoría de las cartas que escribió han desaparecido. La casa de sus padres se quemó. Los papeles de papá no le sobrevivieron mucho tiempo. Los amantes reanudaron, en su mayoría, su vida conyugal. Los amigos están casi todos muertos y mamá no significa nada para sus herederos.

Mientras leo comentarios elípticos sobre problemas indescifrables y descripciones prosaicas de la vida cotidiana, la frustración se suma a una sensación de robo de la que nunca he logrado desprenderme. El destino… o el azar, o la ciega despreocupación del universo, me la arrebató. Esperaba recuperarla al leer estas cartas, pero tengo la impresión de estar agarrando el dobladillo de su abrigo mientras huye sin saberlo.

Aun así hay partículas reveladoras, estrellas solitarias que aparecen

en un cielo nublado. El Día de la Madre mi abuela escribe que mi madre es su primera hija «y que has de saber que tenías cinco años cuando me casé con papá». Yo sabía que mamá también había perdido a su madre cuando era niña, pero siempre había creído que era tan pequeña que apenas había sido consciente de ello. De pronto vi, en un brumoso espejo de lágrimas, que había sido una niña. Con dos hijos pequeños que criar, el abuelo no debía de haber tardado mucho en casarse de nuevo. Digamos que debió de esperar el año mínimo que exige el decoro, por lo que mamá sólo tenía cuatro cuando la llevaron a ver a su madre a su lecho de muerte y oyó sus últimas palabras. Cuatro años: la misma edad que tenía yo cuando me sentaron en su cama en una habitación que de pronto se había convertido en su altar. En ese segundo, con la carta de la abuela en mis manos temblorosas, tuve la sensación de que mi corazón cambiaba de forma. Mamá, que había sido mi herida mal cicatrizada, se convirtió en mi aliada, mi gemela. Ella y yo habíamos dado muestras de la misma capacidad de comprensión cuando nos dijeron que nunca volveríamos a ver a nuestras madres.

Según la versión de papá, mamá y él vieron Saint Cleran por separado cuando estaban fuera cazando: una elegante mansión georgiana medio en ruinas de graciosas proporciones, con sus atractivos ventanales, enclavada en medio de pastos verdes divididos por muros de piedra y los bosques de hadas diseccionados por ese río de cuento. Hasta ahí es cierto. La emoción llena de posibilidades y expectativas de un matrimonio que descubría su primer hogar no se dio. Llevaban cinco años casados y seguirían juntos un año más, pero cuando se tomó la decisión de comprar Saint Cleran, mamá y papá ejecutaban, como mucho, una especie de baile formal uno alrededor del otro, un flujo de evasiones sincronizadas a través del tiempo y la geografía.

Mamá apenas tenía dieciocho años cuando apareció en la portada de *Life* sólo por su asombrosa belleza. En aquella época era bailarina del New York City Ballet, y el productor David O. Selznick la contrató y la llevó a Hollywood. Ella volvió a aparecer en *Life* como una de las jóvenes actrices en ciernes de 1949, identificada como Ricki Soma, el nombre con que se la conoció a partir de entonces; en el centro de la fotografía está sentada Marilyn Monroe.

Mamá nunca hizo una película. Selznick la mandó a clases de interpretación y la emparejó con actores que se presentaban a pruebas cinematográficas, pero al parecer nunca le hicieron una prueba para

ella sola. Actuó en obras de teatro en La Jolla, en las afueras de Los Ángeles, e hizo dos cortos para la Cruz Roja. Cuando llegó el momento de renovarle el contrato, Selznick la soltó.

Su padre la apremió para que hiciera el pino y cantara en la oficina de Selznick, para demostrar de lo que era capaz. Era italiano y tenía en Manhattan un restaurante llamado Tony's, frecuentado por gente del cine y el teatro, tal vez porque el *padrone* hacía el pino y cantaba arias de ópera a petición de la clientela. Se creía un yogui y mandaba tarjetas de Navidad con mensajes como: «Que el espíritu de Prana esté contigo». En su opinión, *prana*, aliento, era una especie de elixir del superhombre.

Hasta ese momento mamá siempre había conocido el éxito. No sólo había bailado para Balanchine; a los diecisiete años cantaba solos. Como la bonita hija del dueño del restaurante, con un libro de autógrafos lleno de buenos deseos de clientes como Zero Mostel, creció convencida de que en ese panteón de *glamour* y logros artísticos había un lugar para ella; todo lo que tenía que hacer era reclamarlo. En las cartas que su padre le escribía puedo leer entre líneas los ecos de su desconcertada desesperación. Ella no sabía qué hacer en Hollywood; no sabía qué estaba haciendo mal. ¿Acaso la pérdida de su madre le había enseñado —como a mí— que era inútil luchar? Mamá no era la joven resuelta, firme y segura de su superioridad sobre el resto de la humanidad que su padre creía que debía ser.

Asediaba a mamá con cartas llenas de exhortaciones, para que se volviera más flexible y disciplinada, para que fuera siempre encantadora y brillante, y nunca diera muestras de debilidad o pesar, para que se convirtiera en un superser nietzscheano como él. Le decía que sólo ella podía juzgarse a sí misma, que los seres eminentes como ellos siempre tenían razón, aunque, leyendo sus cartas, me pregunto si mamá creía ser lo bastante buena. La imagino acercándose al buzón del vestíbulo de su edificio, viendo la letra de su padre en otro grueso sobre y preparándose para abrirla.

Era su primogénita y su favorita. Pasaba de la furia cuando ella no le escribía lo bastante a menudo o lo bastante extensamente, a hacer una descripción vergonzosamente detallada de toda la belleza de su ser físico y mental. La sermoneaba por todo, desde cómo estar preparada para escapar de un hotel en llamas hasta la posición exacta en que debía colocar los labios cuando cantara o leyera en alto, lejos de los dientes, proyectando la voz desde el diafragma. Yo notaba cómo ella se amedrentaba bajo esa acometida. ¿Cómo iba a mostrarse natural ante una pantalla cuando tenía que sentirse forzosamente cohibida con la descarga cerrada de instrucciones de su padre?

Sólo contaba diecinueve años cuando tuvo una relación sentimental con el legendario y desenfrenado cineasta John Huston, veintitrés años mayor que ella. Era exactamente la clase de hombre que su padre soñaba para su hija: célebre; artista, intelectual, imponente, además del hijo de un actor aún más famoso, Walter Huston. El abuelo conocía a los dos por el restaurante. También se quedó entusiasmado cuando se enteró de que mamá se había quedado embarazada, aunque papá iba a casarse igualmente con la actriz Evelyn Keyes, su tercera mujer. A sus ojos no había escándalo; sólo veía un grandioso encuentro de dinastías. Se divorciaría y se celebraría la boda justo a tiempo, un mes antes de que naciera mi hermano Tony.

Una y otra vez el abuelo se refiere a la «vena Soma-Peppa»: los genes que mamá ha heredado de él y de su santa madre, cuyo nombre era Peppa. Hace un juego de palabras con el significado griego de *soma*, el cuerpo físico, como si expresara de algún modo la idea de que los Soma son los seres humanos supremos. De vez en cuando lo extiende a la «vena Bona-Peppa-Soma». El abuelo del abuelo fue un expósito, y el abuelo estaba convencido de que descendía de Napoleón Bonaparte.

Emprende continuos ataques verbales contra el materialismo de su primera mujer, su superficialidad y su general inferioridad con respecto a la vena Soma-Peppa. Qué angustiada y confusa debió de sentirse mamá, sola en el traicionero suelo de Hollywood, mientras leía las cortantes palabras de su padre sobre su madre. Como yo, tenía recuerdos de su madre, pero discontinuos. Sabía que no la había conocido en realidad, que nunca había sabido la clase de mujer que había sido. Aunque intentara no creer al abuelo, sus insultos debían haber arrojado sombras sobre sus recuerdos. ¿Qué lado efe ella, qué mitad de su sangre, quería ser mamá? A los ojos del abuelo, cada queja, cada preocupación, cada muestra de debilidad, revelaba la insidiosa mediocridad de la herencia de su madre.

El abuelo también atacaba verbalmente a su segunda mujer, mi Nana, quien quiso a mamá como si fuera su propia hija. En respuesta a las quejas de mamá sobre su marido, él ponía a Nana y a papá en la misma categoría de anglosajones fríos e introvertidos, en contraste con la extroversión vitalista de la vena italiana Bona-Peppa-Soma. Eran los compañeros inferiores que mamá y él, los Soma eminentes, estaban condenados a sufrir. Esas palabras no pueden haber sido un gran consuelo. Imagino a mamá sola y aislada en Malibú (aún más al norte de Los Ángeles de lo que está ahora), resistiéndose sombría y calladamente a los intentos de su padre de distanciarla de la mujer

que había perdido y de la madrastra a la que quería, y al mismo tiempo, a fuerza de costumbre y entrenamiento, deseando complacerlo; sacudida por las hormonas del embarazo y por los bruscos cambios del abuelo que iban de la adulación a la cólera; con un marido que se divertía ruidosamente de California al Congo, y una carrera para la que llevaba toda su breve vida preparándose y que moría en sus manos.

Antes de cumplir veintidós años mamá tenía dos hijos: Walter Anthony, como sus dos abuelos, y Anjelica. No «Rhea», como la madre de papá, ni «Dorothy», como mi Nana. Papá filmaba *La reina de África* y uno sólo podía comunicarse con él por tamtan cuando nació Anjelica, de modo que mamá tuvo carta blanca al rellenar el certificado de nacimiento. Llamó con determinación a su hija como su madre perdida, con la bendición de Nana, quien había comentado con sincero regocijo lo bien que sonaría la combinación «Angélica Huston». Pero mamá decidió escribirlo de forma diferente, con *j* en lugar de con *g*.

¿Se trataba de algo supersticioso, como las etiquetas de sus joyas y la ausencia de testamento? A ese bebé no le pasaría lo mismo que a la primera Anjelica. No se moriría y dejaría atrás a mamá, ni se repetiría la historia y perdería a su madre como mamá había perdido a la suya.

Cuando mamá murió, mi hermana Anjelica tenía diecisiete años. Yo era la pequeña medio huérfana que había sido mamá, la hija llamada Allegra, «alegre» en italiano, la hija cuyo nombre prometía, según un proverbio italiano, la protección de los dioses. *La gente allegra i dei proteggono*. Una amiga de mamá, la *padrona* de un restaurante italiano de Londres, me lo escribió veinte años después de que mamá muriera.

Anjelica sólo tenía un mes cuando papá insistió en que mamá lo acompañara a Londres, donde iba a trabajar en la posproducción de *La reina de África*. Ella dejó a sus hijos con el abuelo y Nana. Leo las cartas que le escribía Nana sobre sus progresos —los primeros pasos de Tony, los balbuceos y las sonrisas de Anjelica— y siento la dolorosa angustia que debió de experimentar mamá al separarse de ellos, desoyendo el instinto maternal, pero los dos hombres que gobernaban su vida insistieron en que fuera. Ella era la señora Huston y debía vivir de acuerdo con ello.

Papá era una persona difícil con la que estar casada y mamá era la cuarta mujer que lo intentaba. Era infiel, egocéntrico, impaciente, crítico, cortantemente sarcástico y jugador. El papel de la señora Huston —«ya sabes, ha dirigido *Moulin Rouge* o *Moby Dick* o la película que sea», como escribió en su diario con una franqueza que

desarma— le daba prestigio en el mundo, pero era ineficaz. El abuelo, con su superioridad cruelmente jactanciosa la pinchaba por esperar que el matrimonio la hiciera feliz; si bien era evidente que quería que ella estuviera con un hombre famoso, parecía creer que le habría ido mejor como amante. (En esos momentos le escribía que su mayor error había sido casarse con papá). Dudo que ella lo creyera, pero en sus momentos más oscuros debió de darle la razón.

La primera referencia a los abogados aparece en 1954, y la primera mención de un amante en 1956, aunque cartas posteriores demuestran que no fue el primero. Cuando mamá y papá estaban juntos, como recuerda Ray Bradbury en *Sombras verdes, ballena blanca*, sus peleas rayaban en la violencia. En una carta a mamá, Nema menciona como de pasada que «papá todavía me atiza de vez en cuando», y me enferma darme cuenta de que es una forma de solidarizarse con mamá, diciéndole que ella está pasando por lo mismo.

Mamá escribió a sus padres —en cartas que no están en mi poder— hablándoles de su desesperación ante el gran compromiso que representaba Saint Clerán. Tanto Nana como el abuelo se referían con firmeza a él como el «castillo de fantasía de John». Mamá y papá habían estado alquilando una gran mole llamada Courttown en las afueras de Dublín; como papá siempre estaba fuera haciendo películas, mamá llevaba una vida razonable allí, participando en cacerías, yendo a las carreras de caballos y asistiendo a fiestas y bailes. Galway se encontraba en el crudo Oeste, de modo que todo el ancho de Irlanda la separaba de sus amigos, y Saint Cleran, en el ruinoso estado en que se hallaba, requería grandes dosis de energía e imaginación. Todo por una casa en la que dudaba que viviera algún día.

Parecía perdida; peor aún, no parecía saber lo que quería. En un fragmento de su diario escribe sobre su «cerebro como una jaula de ardillas». Puedo verla en esa jaula dando vueltas en círculos, atrapada tras barrotes hostiles, expuesta y con frío, muriéndose por huir, con su atormentado y atormentador cerebro conteniéndola en un pequeño cuerpo de ardilla que su espíritu anhela trascender. La han educado para ser una u otra cosa, o tal vez ambas y una llevaba a la otra: una artista, o la compañera y musa de un gran hombre. Ambas perspectivas han quedado en agua de borrajas, la primera en un fracaso, la segunda en un éxito envenenado, pero sigue gastando aliento en las dos, tratando de reavivar el fuego.

En 1956, cuando empezaban las obras de Saint Cleran, mamá escribió a Otto Preminger pidiéndole que la considerada para el papel

protagonista de *Santa Juana*. Se había enamorado de él ese invierno mientras esquiaba en Klosters, pero él era joven y seguía luchando por abrirse camino. Aunque mamá había estado fantaseando con dejar a papá, no concebía dar el paso sin otra identidad prefabricada que asumir. Si el joven no podía proporcionársela, tal vez pudiera conseguirla por sí misma. La educada respuesta de Preminger expresando su falta de interés debió de golpearla como una puerta que se cierra.

Dos años atrás papá no había demostrado ningún interés en incluirla en el reparto de *Moulin Rouge*, a pesar de que, siendo bailarina, era idónea para el papel. Es evidente que él también creía que no sabía actuar, mientras que su nueva amante, Suzanne Flon, sí sabía. ¿Qué tenía ella que ofrecerle ahora que la primera oleada de entusiasmo hacia su belleza se había extinguido, y la maternidad y el matrimonio habían impedido que la aventura despegara? Estoy segura de que ella anhelaba respeto. Hacía diez años de su incursión en el *ballet*. Tenía talento para escribir, o así lo afirmaban los receptores de sus cartas que eran menos parciales que su padre, pero ¿cómo iba a emprender una carrera seria como escritora cuando hombres como Ray Bradbury, Jean-Paul Sartre, Truman Capote y Arthur Miller desfilaban con regularidad por las puertas de papá?

Ella sabía que tenía un efecto embriagador en los hombres y lo utilizaba, probablemente menos cínicamente de como se acusaba a sí misma de hacerlo, para levantarse la moral en los momentos más bajos. Se felicitaba con sarcasmo de su poder de seducción. Pero por mucho que se esforzara, no lograba convencerse de que el amor bastaba.

Mientras tanto, papá lo tenía todo: una belleza a la que exhibir como esposa, que llevaba la casa y criaba a sus hijos, y libertad para divertirse abiertamente con otras mujeres. «A papá no le gustaba desprenderse de nada», dice mi hermano Tony cuando hablamos de por qué mamá no dejó antes a papá. Él controlaba el dinero y podía ser delicadamente seductor para conseguir lo que quería. En medio de los tormentos de mamá, la escribió desde el plato de Tobago sugiriendo que fuera a verlo con los niños, o —la soga de seda— que mandara a los niños con la Tata para que ella pudiera disfrutar de un tiempo de libertad. En el diario parece encantada con el despreocupado ofrecimiento, que a mí se me pasó por alto al leer el telegrama de papá. La oigo convenciéndose a sí misma de que, después de todo, no está tan mal la vida como mujer de papá. «No hay motivos para divorciarme», escribe. Un bache sin duda, cierta resistencia hacia lo irrevocable, un acobardamiento ante la decisión.

«Estoy tan conmovida por la carta de John…». Dos veces vuelve sobre lo amable y considerada que es su carta. La sombra de papá puede ser fría y solitaria, pero es segura.

Ella fue a Tobago. Por atractiva que fuera la idea de disfruten de un mes o más de libertad, se negó a volver a separarse tanto tiempo de Tom y Anjelica. Alquiló una casa en la playa para los tres. Según Tony, casi no vieron a papá.

Durante tres décadas, desde que empecé a entender algo del pasado de mamá, me sentí traidora por haber sido feliz en Cleran. Sabía que ella no había querido que yo viviera allí. Para mí era el mundo de papá, lleno por todas partes de las huellas de sus viajes y sus obsesiones. Al leer las cartas descubro que fue mamá quien creó el Saint Cleran que yo amaba, el sereno mundo protegido por muros y verjas abiertas. Ella pulió la superficie, preparándola para la impronta de la mano de papá, hasta le sostuvo la mano para asegurarse de su correcta colocación.

En cuanto empezó a trabajar en su enorme proyecto, mamá se sorprendió atrapada por la felicidad. La Casa Pequeña se terminó primero, y era totalmente suya; cuando iba papá, dormía en su estudio del otro extremo del patio. Ella se volcó a continuación en la Casa Grande, que sería la de él. Una vez arrancado el yeso de la fachada, la piedra gris brillaba con los rayos intermitentes del sol de Galway. Recorrió Irlanda yendo a las ventas que se organizaban en mansiones que había que desocupar, y registró a fondo los anticuarios de Dublín, Londres y París buscando tesoros. Las cartas que le escribía papá desde los platós de todo el mundo se reducen a peticiones de noticias sobre los niños y a ideas para la casa.

De pronto, tal vez sorprendentemente, ella se convierte por primera vez en su igual y socia. Le encanta el romanticismo de las piedras caídas del establo, y con el consentimiento entusiasta de papá las deja tal cual y planta rosales encima. Ha encontrado la chimenea perfecta para el dormitorio. Él va a empapelar el comedor con papel japonés pintado a mano (él está haciendo una película en Japón, pero es evidente que Saint Cleran estimula su imaginación). Envía bonsáis para el vestíbulo, que viajarán con su propia cuidadora en barco, y pide a mamá que mueva hilos en el Ministerio de Agricultura para conseguir introducirlos en el país. Llegan instrucciones para el baño japonés que ha de excavarse en el sótano.

Papá apremiaba a mamá para que comprara lo mejor, costara lo que costase. Confiaba en su gusto. Creía en su capacidad para

transformar un espacio. Tal vez ella ya no necesitaba su respeto. Veía por sí misma las pruebas de su duro trabajo y su juicio estético infalible, como la Casa Pequeña, el patio y el establo, y luego la Casa Grande, que floreció convirtiéndose en una maravilla asombrosa y confortable.

Por primera vez en su vida creo que encontró una forma real de expresar su creatividad. Siendo hipercrítica, perfeccionista, reglamentada y legal como era, sospecho que el *ballet* nunca le dio eso; además, entonces era demasiado joven y estaba demasiado protegida para aspirar a desarrollar su propia identidad creativa. (Aunque siguió amando el *ballet* y más tarde fue miembro de la junta directiva de la compañía de *ballet* de Sadler's Wells en Londres, no me mandó a clases de *ballet* en una época en que iban todas las niñas inglesas bien criadas). En las cartas del baúl, de pronto se habla de abrir una tienda de interiorismo en Dublín, de vender *tweeds* irlandeses a Chanel, y jerséis y chales de Aran a las *boutiques* más chics de París. El gusto se ha convertido en su moneda de cambio y se siente rica.

La búsqueda de piezas perfectas para Saint Cleran le daba excusas para ir a París. Allí pasó el máximo tiempo posible con un diplomático argentino de quien se había enamorado catastróficamente.

Mamá escribió en su diario que no soportaba dormir sola. Era cierto si bien cruel. Anhelaba unos brazos amorosos no sólo en la cama, sino en las actividades cotidianas de la vida. Había pasado un año y medio desde que la relación con el joven que luchaba por abrirse camino había derivado en una amistad incierta.

Lucio García del Solar era miembro de la delegación argentina de la UNESCO en París. Ella también lo había conocido en Klosters. Sus cartas eran encantadoras, inteligentes y picaras. No me sorprende que mamá se enamorara de él; yo misma me siento atraída a través de las décadas cuando las leo. La describe como «la futura ex señora Huston», y habla de consultar a los abogados, pero no sé si las consultas se referían a su propio divorcio. Repite palabras que deben de proceder de las confesiones autocríticas de ella: «esos años de aturdimiento entre la élite y de aventuras amorosas superficiales», en contraste con los «profundos sentimientos» que él le inspira.

Parece menos necesitada que con el joven luchador. Se muestra más segura de sí misma, más confiada, capaz de enamorarse sin miedo. Se ha producido un cambio enorme en ella y se lo debe al «castillo de fantasía de John», Saint Cleran.

Es extraño leer las pruebas de esa doble vida. No era un asunto deshonesto. Ella y papá estaban casados sólo por escrito; entre ellos casi todo estaba acordado y sobreentendido. El engaño no iba con ella. De hecho, el joven luchador le escribió que le gustaría que fuera más capaz de disimular sus sentimientos; su franqueza sobre la relación le ponía nervioso y lo avergonzaba. Aun así, debió de haber una intensa tensión emocional. Me pregunto cómo ella lo racionalizaba para sí; me gustaría que me lo dijeran sus palabras desaparecidas. Tengo la sensación de que, de algún modo, pagaba a papá una deuda que, una vez saldada, la liberaría.

En 1959 mamá está en un hospital interrumpiendo la vida de una criatura minúscula e informe que habría sido su tercer hijo, que podría haber sido yo.

La aventura con Lucio quedó en nada. Mamá había esperado casarse con él, pero vio claro que no iba a dejar a su mujer. Le escribió una carta angustiada que nunca le mandó. La encontré donde la había guardado, entre las cartas de él. Le dice, casi desafiante, que estar enamorado es «una enfermedad dolorosa para mí…, una enfermedad de la que me sobrepondré, como he hecho antes». Ella quería estar enamorada, se moría por la falta de amor; pero el amor nunca le había proporcionado sosiego. En un fragmento anterior de su diario, que escribió al volver a Irlanda después de pasar dos semanas con el joven luchador, describe que ha visto un jersey que le recuerda a él, y añade que estar enamorado es «en cierto modo… un estado de dicha…, merece la pena toda la angustia por el aumento de la sensibilidad». El desesperado coraje que demuestra me hace querer abrazarla y acariciarle el pelo…, del mismo modo que, en medio de mis propios amores atormentados a los veinte años, deseé que alguien me abrazara y me acariciara el pelo.

IV

Estaba de pie al lado de Betty cuando ésta se preparó una copa en el salón de la Casa Grande. La lisa superficie de mármol del escritorio que hacía las veces de mueble bar me llegaba a la barbilla. El espacio para las piernas estaba lleno de botellas con etiquetas de colores y líquidos brillantes. En el cenicero de cristal estaba su boquilla negra, con la punta dorada manchada de pintalabios. Deslizó los dedos por la madera oscura, más allá del mármol.

—Cuando vuelva tu padre estará de este color —dijo—. Caoba. Ha estado en México.

Cuando llegó el día nos hizo colocar en fila en la escalinata de la Casa Grande: los señores Creagh y su hija, Karen; las criadas, Mary y Mary Margaret, con su uniforme rosa; Jackie y Caroline Lynch, y yo. Ella se situó en el escalón superior, al lado de las puertas abiertas. Súbditos leales en procesión para recibir a su rey.

Yo estaba nerviosa. Era «la hija del señor Huston» y ocupaba una segunda posición al lado de Betty, pero me sentía una farsante. Apenas lo conocía. ¿Debía correr hacia él como hacían las niñas en los libros? No me parecía lo correcto y creía que no debía romper la simetría ceremonial. Pero ¿y si él esperaba que yo lo hiciera y no lo hacía?

Me parecía que llevábamos horas esperando en la escalinata cuando unas ruedas hicieron crujir la grava. El coche, que conducía Paddy Lynch, rodeó el lateral de la casa y se detuvo justo en el centro, entre los leones de piedra que había al pie de las escaleras. La puerta del pasajero se abrió. Unas piernas largas se desdoblaron. Vi los mismos zapatos suaves de color marrón. Como una marioneta, papá se levantó, mucho más alto de como lo recordaba. Me asusté de pronto de ese desconocido. Pero Betty se equivocaba: no estaba moreno como la madera del mueble bar.

Saludó a todos de uno en uno mientras subía los escalones, con una inclinación de cabeza o un apretón de manos a un lado y al otro.

Mi saludo no fue diferente, un simple «Hola, Allegra», antes de que Betty lo hiciera entrar. Ella me hizo señas y la seguí.

Él fue derecho a su estudio mientras Betty le preparaba una copa. Yo me quedé con ella.

—Ve con tu padre.

Él me hizo preguntas que respondí con monosílabos, tímida e insegura. Sí, estaba contenta en la Casa Pequeña; sí, la Tata estaba bien; sí, el colegio me gustaba; sí, Jackie, Caroline y Karen eran mis amigas.

—Muy bien, cariño —dijo.

Las palabras, como todo lo que decía, brotaron lenta y deliberadamente, como si hubiera pensado detenidamente en ellas antes de pronunciarlas.

En las oscuras profundidades del pasadizo abovedado que conducía al establo había unas aberturas idénticas con escaleras que ascendían serpenteantes por las gruesas paredes. Las mañanas que no había colegio subía la de la izquierda, llamaba a la puerta de lo alto y esperaba que esa voz intensa y cantarina, que me sobrecogía y cautivaba a la vez, dijera:

—Pasa.

En el estudio de papá había tragaluces y pequeñas ventanas redondas a la altura de la rodilla que daban al patio y a la Casa Pequeña del otro lado. El aire olía dulzón a óleo y a aguarrás, y a hierba de las esteras que cubrían el suelo. Cada color imaginable estaba allí, en las salpicaduras de las esteras y en las onduladas y húmedas masas de las paletas. Observaba casi sin aliento mientras papá mezclaba los colores con el pincel. Me encantaba ver cómo se combinaban, y trataba de capturar con la mirada el momento exacto de la alquimia en que los dos colores se fundían en uno solo. A veces no sucedía inmediatamente: me ardían los ojos de no parpadear y aun así los colores sólo se entrelazaban, cada uno seguía siendo él mismo, inmovilizado en el instante exacto antes de perderse; era como si el pincel de papá, como una varita mágica, hubiera detenido el tiempo.

En el caballete estaba San Jorge, con la cara de una palidez cadavérica, de tono verdoso y con facetas como un diamante. Su halo dorado formaba un círculo perfecto alrededor de su cabeza. Montaba un caballo fragmentado en planos como él, y se levantaba sobre sus piernas delgadas y angulosas. Me recordó los codos y las rodillas puntiagudas de papá. En la mano izquierda tenía una lanza que clavaba en el cuello de un dragón con aspecto de lagarto. Un pez se

enroscaba cerca de sus pies, y había un círculo suspendido en el aire rojo anaranjado. Yo pasaba horas sentada en el suelo observándolo trabajar en ese cuadro, añadiendo pinceladas tan minúsculas que apenas se notaban, o cogiendo latas de pintura en *spray* para aplicar pequeños chorros en el fondo encendido.

Cuando hacía un descanso jugábamos al juego de la memoria. Yo colocaba las cartas en el suelo a sus pies, toda una baraja en pulcras hileras boca abajo, y cuando le tocaba a él, se inclinaba entre sus rodillas dobladas para escoger dos cartas, darles la vuelta y dejarlas en su sitio si no coincidían. Hablar conmigo era un deber que cumplía con gracia; pero parecía disfrutar genuinamente con un juego que medía mi inteligencia con la suya, incluso uno tan simple. Solía ganar yo y eso le gustaba. No era la clase de hombre que jugaba a juegos infantiles.

La inteligencia era de pronto mi moneda de cambio. Tenía la sensación de que tenía que ganarme el interés de papá y me complacía lograrlo. Yo no le pedía nada, aparte de que me dejara verlo pintar y que jugara conmigo al juego de la memoria. Se me daba bien tener un padre.

—Tengo algo que decirte, cariño —me dijo una mañana con los ojos clavados en el lienzo, deslizando el pincel con la delicadeza con que te tocarías una pestaña con el dedo—. Va a venir a vemos tu hermano Danny. Tiene un par de años más que tú. Estoy seguro de que te gustará tanto como a mí.

Yo no sabía que tenía otro hermano aparte de Tony y por un momento no supe qué pensar. Aún no tenía muy claro de dónde venían los niños, pero tenía el oscuro presentimiento de que me escandalizaría. Sería alguna clase de pista que explicaría el misterio de por qué mi madre y mi padre no habían vivido juntos, o por qué lo había conocido hacía tan poco tiempo a él, sin ella.

Pero papá lo anunció con tanta calma y despreocupación que pareció lo más natural del mundo. Y sentí una punzada de emoción. Desde que Tony estaba en Londres y Anjelica se había ido a algún lugar lejano, yo era en la práctica hija única. Los Lynch eran siete; me gustaba la idea de tener un hermano con quien jugar. Aumentar la familia estaba bien. Lo que me aterraba, aunque nunca de un modo del todo consciente, era que me arrebataran algo o a alguien.

Anjelica se estaba volviendo mítica para mí: la princesa de Saint Cleran, que había ocupado mi habitación antes que yo. Apenas la recordaba. Era un ideal distante y no del todo real. Había heredado la belleza de nuestra madre, lo sabía, y trabajaba de modelo en París y Nueva York. Más real era Angélica Healy, cuyos padres eran los

dueños de la tienda que había junto a Carrabanne, la escuela local. Betty se burló de la presunción de dar un nombre tan elegante a una chica irlandesa común.

Cuando Tony vino a vemos me enseñó a barajar intercalando los dos montones de naipes sobre la mesa. Pero no paró de llamarme «Fattypuff» y lo detestaba por eso. En realidad no estaba gorda pero sí rolliza, no era alta y con los miembros largos como Anjelica y él. Cuando me regaló por mi cumpleaños un libro titulado *Fattypuffs and Thinifers*[1], fue más de lo que yo era capaz de perdonar. Se suponía que los regalos eran cosas que gustaban al que cumplía años, no bromas de mal gusto.

Todas las noches, mientras cenaba o me aprendía de memoria el catecismo (iba a un colegio de monjas en Loughrea) sentada a la mesa de la cocina, Tony entraba dando grandes zancadas, una ráfaga de energía como el viento que abre una ventana. En el guante ensangrentado de su mano izquierda había un halcón, cegado con una pequeña capucha con un moño estúpido que me preocupaba porque le quitaba la dignidad al pájaro. Posaba el halcón en algún palo, a veces el respaldo de una silla, y sacaba de la bolsa que llevaba en bandolera un cadáver sanguinolento: un conejo o un pájaro más pequeño. Lo abría en dos en el fregadero y daba al halcón las entrañas para comer. Se me revolvía el estómago, pero la tranquilidad con que llevaba a cabo el ritual, lo cómodo que se sentía en la cocina con la Tata y conmigo, me hacían creer que yo formaba parte de su vida en lugar de ser hija única. A veces empezaba a desplumar el ave muerta y las plumas flotaban en el aire, y la Tata lo hacía salir.

No vino las vacaciones en que Danny estuvo allí.

Fue una Semana Santa de cielos grises y lluvias. Danny llegó como el sol. Tenía la piel de color miel, rizos oscuros con un toque dorado y una sonrisa fija. Se le notaba un ligero acento italiano, porque vivía en Roma. Dormía en la habitación vacía de lo alto de las escaleras, donde debería haber estado mamá, y la llenó de vida. Recuerdo cómo entraba corriendo todas las mañanas en la que ahora veía como su habitación, y me subía de un salto en su cama.

Su madre, Zoë, era joven, guapa y exótica: mitad india y un cuarto persa, me dijo, aunque su acento era inglés como el de Danny, con un deje italiano. Me encantaba que su nombre tuviera dos puntitos sobre la *e*. Su apellido no era Huston, no podía serlo me pareció entender, pero el de Danny sí. Nosotros, los Huston, éramos tan diferentes a toda la gente que nos rodeaba que no esperaba encontrar en nuestra familia el modelo madre-padre-hijos de los Lynch y los Creagh, o incluso de los O'Toole. No hice preguntas. Si todos estaban satisfechos con las

cosas tal como eran, yo también lo estaba.

Zoë había conocido a papá antes de que empezara a filmar *Freud*, pero el embarazo le impidió hacer el papel que le había dado (dos años después hizo de Hagar en *La Biblia*). Dormía en la Habitación de Napoleón de la Casa Grande. Se llamaba así por la espectacular cama dorada en la que se suponía que había dormido Napoleón. (Siempre pensé que era muy propio de papá tener semejante cama, pero en realidad fue mamá, descendiente de los Bona-Peppa-Soma, quien la encontró. Una carta de papá expresa su preocupación de que sea demasiado pequeña). Yo no había subido muchas veces las escaleras de la Casa Grande, porque me intimidaba la majestuosa *suite* de papá y las habitaciones llenas de obras de arte para los huéspedes importantes. A diferencia de las demás mujeres que se habían alojado en ella —Marietta Tree, la baronesa Pauline de Rothschild—, Zoë no daba la impresión de que había que dirigirse a ella con cuidado. Tenía la risa fácil, y vestía con ropa holgada y extraña hecha de brillantes hilos metálicos. Me dejaba jugar con sus joyas. El hecho de que la Habitación de Napoleón estuviera en el rellano del medio, y no en el piso de arriba, iba de algún modo con ella. Yo entraba y salía de su habitación, que me encantaba porque tenía un lavabo escondido detrás de una puerta empapelada como la pared, y porque podía correr en círculos, cruzando el cuarto de baño que comunicaba con la Habitación Butanesa de encima y bajando de nuevo las escaleras.

Por las mañanas iba con Danny a la Casa Grande, primero entrábamos en la Habitación de Napoleón para dar los buenos días a Zoë y luego subíamos las escaleras hasta la habitación de papá, en el otro extremo encima del salón. Papá estaba sentado en su regia cama, con un dosel de terciopelo rojo, leyendo el periódico mientras desayunaba. Ésta se encontraba a gran distancia de la puerta. Danny corría hasta ella para dar un beso a papaíto, como lo llamaba (lo que me parecía muy infantil), mientras yo me quedaba en la puerta, deslizando los dedos por el papel de terciopelo labrado verde de la pared y el latón pulido del interruptor. Por la ventana curvada que tenía a mi lado veía pastar en el campo al caballo favorito de papá, *Frisco*. Si miraba en la otra dirección, más allá de la cama, veía el sillón del cuarto de baño tapizado de tela de albornoz blanca, como si todo él fuera una toalla enorme. Me encantaba la opulencia de esa habitación, y aunque era bien recibida en ella, siempre entraba de puntillas: era el dominio privado de papá, que no compartía con nadie. Nunca se me pasó por la cabeza que mamá hubiera dormido también allí. De hecho, nunca lo hizo.

Yo envidiaba a Danny por su atrevimiento, y por lo luminoso que

era el mundo para él. Le encantaba montar a caballo, aunque una vez se cayó de su poni, *Sixpence*, y tuvo que llevar el brazo en cabestrillo. No tenía miedo a nada. Cuando se le quedó una mano atrapada en un nido de avispas y le picaron por todas partes, se rio de ello mientras cenaba.

Yo no era así. Sabía que papá quería que montara a caballo, pero cuando Paddy Lynch me subió al burro, me aferré a su crin y no pude apretar las rodillas lo bastante fuerte para sostener la moneda de seis peniques que él había puesto allí. Me daba terror caerme. Cuando cruzaba corriendo el bosque con Jackie y Caroline, me detenía en el arroyo que había formado una pequeña sima en el suelo húmedo. El sendero descendía a ambos lados por donde años de pies saltarines habían dejado la tierra compacta, y el arroyo probablemente discurría a sólo unos treinta centímetros por debajo. Jackie y Caroline lo saltaban sin romper el paso, y una de las dos siempre retrocedía para tenderme una mano. Yo no sólo tenía miedo de hacerme daño. Era un miedo metafísico. Rompería mi espíritu si me caía.

La presencia de Danny me hizo más valiente. Jerry Lynch nos llevó al castillo en ruinas: una torre del siglo XIII que se elevaba inhóspita e irregular contra el cielo. Teníamos prohibido entrar en ella; era peligroso por si se desprendían las piedras, y aunque se encontraba en medio de Saint Cleran, en realidad no pertenecía a papá. Tuvimos que trepar a un árbol para saltar el muro. Yo me aferré al tronco, y avancé con las manos y los pies, mientras los otros simplemente saltaban de la rama al muro y de éste al suelo prohibido. Aunque sabía lo débil que yo era en comparación, cuando aterricé en el suelo —con la ayuda de Danny— me sentí aventurera y fuerte.

El castillo estaba cubierto de hiedra verde oscura. En el interior, unos escalones conducían en una espiral de musgo a una abertura con el borde inferior inclinado que los chicos decían que servía para arrojar aceite hirviendo al enemigo que atacaba desde abajo. Estaba húmedo y resbaladizo, además de oscuro. La única luz entraba por las rendijas de los arqueros, hasta que las escaleras se acababan y los muros se derrumbaban, dejando unas ruinas expuestas al cielo.

Tenía la sensación de ser uno de los Cinco de los libros de Enid Blyton, mis favoritos. La Tata siempre me compraba uno nuevo en la librería de la estación cuando cogíamos el tren a Dublín para ir al dentista. A papá no le gustaba Enid Blyton, como era la moda entre los padres intelectuales. Fue su secretaria Gladys, la mujer de voz queda con el pelo como la luna, quien me lo dijo, aconsejándome que no le hablara de ellos. Yo sabía que él nunca los vería, ya que nunca ponía un pie en la Casa Pequeña. Aunque cuando se dirigía a la

cancha de tenis que había al lado del huerto, siempre salía por la puerta del jardín.

Gladys era, a su mañera silenciosa, mi aliada. Le habían encomendado la tarea de decirme, en el Claridge's, que papá era mi padre; pero cuando en la entrada de casa se agachó para decirme que lo llamara papá, tuve la sensación de que no era una tarea sino una atención. Entendía mis temores. Ella no vivía en la Casa Grande, como Betty, sino en un estudio al otro lado del pasadizo abovedado de papá. En privado, llevaba caftanes holgados y a veces el pelo suelto. Ella también era demasiado anglosajona para pasar por extranjera, pero parecía venir de un mundo más delicado y más lento. Cuando llamaba a su puerta, esperaba el pausado y tranquilo «Pasa». Tenía una voz curiosamente musical, como un violoncelo tocado distraídamente. Nunca me llamaba con nombres afectuosos como «cariño» o «cielo», y no me trataba como a una niña o una adulta, sino como a un simple ser al que aceptaba tal y como era. Como papá, coleccionaba arte precolombino, pero sus piezas eran más pequeñas y amigables, como perros y criaturas extrañas, no los temibles ídolos ni las antigüedades dignas de museo encerradas en vitrinas del estudio de la Casa Grande. Dejaba que los tocara en los estantes en que se encontraban, frente a sus libros, y me dejaba utilizar su máquina de escribir, siempre rodeada de altos montones de papel. Parecía pasarse todo el día tecleando. Yo, que valoraba la inteligencia, la admiraba por ello.

Estoy mirando a mamá, que está subida a algo alto. Trata de alcanzar la punta del árbol de Navidad y sujetar algo con los dedos. Frustrada, lo arruga y se lo pasa a alguien para que lo tire. Es un trozo de celo. No lo veo. Sólo la veo retorcerlo lentamente. ¿Por qué se enfada y lo tira?

Es el único recuerdo que tengo de las Navidades que pasé con mamá. ¿Recordaba más cosas de ellas cuando tenía seis años? No lo sé.

En Saint Cleran, la Navidad era una función orquestada por Betty. Un día, como por arte de magia, aparecía un árbol gigante que se alzaba por el hueco de la escalera de la Casa Grande, con bolas plateadas y doradas colgando. Debajo había montones de regalos. No aumentaban a medida que se acercaba la Navidad; aparecían todos de golpe junto con el árbol. Como todo en la Casa Grande, era perfecto. No era una empresa familiar.

Galway queda muy al Norte. En invierno se hacía oscuro antes de las cinco. En Nochebuena todos nos apretujábamos en el vestíbulo,

brillantemente iluminado bajo una enorme araña de luces: la Tata y yo, Danny y Zoë, papá, el señor Creagh, su mujer y Karen, todos los Lynch, Mary y Mary Margaret y su familia, Paddy Coyne, moreno como un gitano y con el pelo rebelde, otras familias de los alrededores, tantas que no conocía a todas. Todo el mundo hablaba en susurros.

Fuera de la puerta principal sonaron unas campanas. Betty corrió hacia ella y se asomó.

—¡Ya está aquí Papá Noel!

Se oyó una gran conmoción de campanas y resoplidos seguida de muchos «jo, jo, jo», y por la pesada puerta entró Papá Noel. Era grueso, corpulento y con barba, exactamente como se suponía que debía ser. Su grito de «Feliz Navidad» se hizo eco por los bordes del techo. Y, volviéndose hacia nosotros los niños, añadió:

—El reno está esperando fuera, por si queréis darle un par de zanahorias.

Yo no creía en Papá Noel, o al menos creía que no lo hacía. Intenté averiguar quién era ese hombre que se había detenido junto al árbol, llamando a cada persona por su nombre para que se acercara a recoger su regalo. Todos los posibles Papás Noeles estaban ahí fuera vestidos con ropa normal. En ese caso Papá Noel tal vez existía realmente. Y, naturalmente, si existía Papá Noel, iría a Saint Cleran exactamente cuando se le esperaba, para repartir los regalos que yo sabía que Betty había preparado. Si entraba a hurtadillas en el comedor y miraba por la ventana, ¿vería un reno? No quería correr riesgos. ¿Y si no estaba en el vestíbulo cuando me llamara Papá Noel?

La primera Nochebuena, empujé mi muñeca en su nuevo cochecito a través de la oscuridad hasta la Casa Pequeña. Se lo había pedido a Papá Noel y era todo lo que había querido, y me sentía feliz. En la Casa Pequeña no había árbol y todos los regalos de debajo del árbol de la Casa Grande habían sido entregados, de modo que pensé que eso era todo, que aunque todavía no había llegado el día en sí, la Navidad había terminado. A la mañana siguiente la Tata nos dio de desayunar a Danny y a mí, luego me dijo que fuera con él a la Casa Grande para celebrar la «Navidad en familia».

De repente, volví a sentirme aterrada y fuera de lugar. Era un ritual que seguían las familias en todo el mundo y yo no sabía en qué consistía. Me había gustado formar parte de la multitud del vestíbulo. De nuevo iba a verme expuesta como hija de papá. Danny contaba con el apoyo de Zoë y de todas formas él siempre sabía qué hacer. La Tata no estaría allí. Yo no tendría a nadie.

Había entrado varias veces en el salón cuando papá no estaba para

ver cómo era: sólo lo utilizaban los adultos por las noches. La alfombra era color crema, como los sofás, de modo que tenía miedo de ensuciarlos, y en el techo había un disco radiado dorado. El estudio —la habitación donde solíamos estar— era azul marino, confortable e invitador. El salón, en cambio, era elegante y formal. En cada habitación de la casa había obras de arte, pero allí estaban las mejores. Había habido un cuadro de nenúfares de Monet. El amigo de papá, Billy Pearson, un *jockey* que solía acompañarlo en sus correrías, me contó más tarde cómo lo había conseguido.

Habían ido todos a Deauville: Billy, su mujer, mamá y papá con Tony y Anjelica, que todavía eran pequeños. Papá había explorado los anticuarios, que eran su debilidad, y había visto el cuadro: polvoriento en una esquina, a un precio muy inferior que el de mercado. Aun así no tenía los 18.000 dólares que necesitaba para comprarlo. De hecho, no tenía prácticamente nada, sólo lo que necesitaban para vivir, y se lo había dado a mamá. Le pidió que se lo devolviera; no podía marcharse de Deauville sin el Monet, y la única forma de conseguir suficiente dinero era ir al casino. Mamá insistió en acompañarlo.

Allá fueron todos y papá estuvo en racha. Las fichas se amontonaban frente a él en la mesa de la ruleta en una pila cada vez más alta, hasta que finalmente perdió. Según Billy, la cara de mamá se derrumbó cuando vio cómo el *crupier* se llevaba todo el montón.

Papá se volvió hacia ella y le enseñó un pequeño montón de fichas que ella no le había visto esconder.

—No te preocupes, cariño —dijo—. Hemos ganado el Monet.

Había vuelto a perderlo unos años antes de que yo llegara a Saint Cleran, en otra crisis de efectivo. Pero la habitación seguía llena de tesoros: objetos de oro en vitrinas, botellas de cristal iridiscente etruscas y piezas egipcias, y un misterioso cuadro de un caballo anguloso dando un salto que parecía representar no tanto el animal como su espíritu.

Papá estaba sentado en un sofá, con un vaso alto y delgado con una especie de encaje de oro alrededor del borde. Yo no podía apartar los ojos de las burbujas de la bebida dorada que había dentro. No eran como las burbujas de la Fanta de naranja, de la que había bebido hasta ponerme enferma; un poco más pequeñas y no las habría visto. Hacían continuamente explosión, como si en la mano de papá estallara la esencia de la copa en sí.

También estaban Zoë, vestida con la ropa brillante que me encantaba, y Betty. Las dos tenían en la mano copas burbujeantes. Danny fue directo a papá, que estaba sentado en el sofá, y lo abrazó. Yo también.

—Feliz Navidad, cariños —dijo él.

Betty le tendió un regalo envuelto a papá que éste dio a Danny. Luego se dirigió a la puerta del vestíbulo de mármol, desapareció y volvió con una bicicleta con un lazo… para mí.

Me sentí atrapada. Los únicos regalos eran los regalos «grandes» para Danny y para mí, y nos correspondía aceptarlos como era debido, como se supone que hacen los hijos el día de Navidad. Me sentía cohibida, consciente de que no parecía lo bastante contenta con la bicicleta, pero tenía demasiado miedo de hacer algo mal en esa habitación. Eso tampoco estaba bien; me horrorizaba que papá me tomara por una desagradecida. Mientras Danny charlaba, alegre y encantador como siempre, en todo lo que podía pensar yo era en el gong de la comida. Cuando sonara, el suplicio de la «Navidad en familia» terminaría.

Cuando papá estaba de viaje, como ocurría la mayor parte del tiempo, nos preparábamos para su regreso. Betty organizaba un concurso de dibujos entre las niñas del que papá sería el jurado cuando volviera y repartiría premios. Nos decía que no escribiéramos nuestro nombre detrás, sólo la edad, para que el jurado fuera justo. Nunca se me ocurrió que sólo por la edad él podía saber de quién eran los dibujos. Sólo Caroline y yo teníamos la misma edad.

Karen, unos cinco años mayor, participaba en campeonatos de baile irlandés. Los Creagh vivían en el sótano de la Casa Grande, y Karen me invitó una vez para enseñarme cuatro cajas forradas de terciopelo verde. Me enseñó dos medallas del primer puesto del campeonato de todo el país, luego sacó la que había ganado como representante de Irlanda en el campeonato mundial. Me enseñó el vestido de competición, hecho de pesada lana verde con una larga pieza que colgaba de un hombro y caía sobre la espalda bordada con un intrincado diseño. Para las competiciones llevaba tirabuzones. Una noche le supliqué a la Tata que me pusiera rulos de esponja para tener también tirabuzones.

Karen decidió enseñamos a bailar a Jackie, a Caroline y a mí para que pudiéramos hacer una función cuando volviera papá. Betty nos encargó faldas rojas y blusas blancas a juego, y Karen nos enseñó el *reel* individual, un reel a dos entre Jackie y yo, y un reel a tres para el número final.

Esperamos inmóviles como estatuas en el vestíbulo de mármol negro, con los dedos del pie derecho hacia fuera y los puños cerrados a los costados. Papá y sus invitados pasaron al salón. Detrás de ellos

entraron en tropel los Creagh y la Tata, Mary y Mary Margaret. Betty encendió el casete y nos pusimos en movimiento como juguetes de cuerda. Bailamos con los brazos rígidos a los costados, sin sonreír ni establecer contacto visual, sombrías a pesar de los pasos saltarines y los lentos giros que dábamos moviéndonos unas alrededor de otras en círculos o en figuras de ocho. Yo bailé en el centro, rellenita y rubia, entre una Jackie con los dientes de conejo y una Caroline con sus gruesas gafas de montura oscura.

—Genial, chicas —pronunció papá mientras los aplausos resonaban por el salón.

Más tarde añadí a mi repertorio un *jig* doble, mucho más difícil y más rápido. El hecho de que pudiera ejecutar el baile irlandés demostraba que me estaba volviendo irlandesa, lo que sabía que complacía a papá. Había llamado a mi conejo como el mítico guerrero irlandés Oisín, que me parecía el nombre más bonito que había oído nunca. Cuando tuve una hembra, Tony la llamó *Gubnit*, el nombre irlandés más estúpido que conocía. Él se burlaba de todo lo irlandés, lo que me sentaba mal. Yo tenía una actitud protectora hacia Irlanda, que me encantaba. Mi chiste favorito, que me había contado la Tata, era el de una mujer inglesa que preguntaba al revisor del tren: «¿Puede avisarme cuando lleguemos a At-henry?». Era el nombre de nuestra estación. Me parecía graciosísimo, porque la pronunciación correcta era «Ath-en-rye». Yo me había integrado, no sólo porque sabía pronunciar los nombres de los lugares, sino porque me reía de los ingleses.

Aun así, sabía que no era como las otras niñas irlandesas. No iba a misa cada domingo ni me hicieron un vestido blanco con volantes para hacer la Primera Comunión. Nunca se me habría ocurrido participar en concursos de baile irlandés, como Karen, porque, aunque hubiera tenido el coraje, no estaba segura de si me habrían dejado competir.

Un día entré en la Casa Pequeña muerta de sed por el polvo dorado del heno del cobertizo donde había estado jugando con Jackie y Caroline. La cocina estaba vacía. Oí ruido en la galería, donde estaba el televisor encendido. Me dejaban ver una hora de televisión al día: *Skippy el canguro* a las cinco y *Ábrete Sésamo* después, y los martes la Tata me dejaba quedar cinco minutos más para que viera la gran ola que se estrellaba al comienzo de *Hawai Cinco-O*.

El televisor estaba encendido al mediodía, algo insólito en la Casa Pequeña. Me detuve en la puerta atónita. La Tata daba saltos delante de la pantalla. Tenía la cara roja como un tomate, con el pelo gris rizado recogido en lo alto. Gritaba con una voz tan ronca que supe

que llevaba un rato haciéndolo. Nunca había visto a nadie tan excitado, ni siquiera cuando el televisor del cuarto de estar del personal de la Casa Grande exaltaba los ánimos en mitad de una carrera de caballos. La Tata siempre exhibía tal dominio de sí misma que apenas podía creer que fuera ella. Me quedé mirándola fascinada y un poco asustada, intentando poner una cara de desaprobación. Me pregunté si alguna vez me importaría tanto algo.

Tony también estaba allí.

—Es el partido de *rugby* entre Irlanda e Inglaterra —me explicó—. Parece ser que está ganando Irlanda.

La Tata no me miró. No podía apartar un segundo la vista de la pantalla. Yo nunca habría imaginado que le gustaba ver el *rugby*, y supe que no le habría importado ni la mitad si Irlanda hubiera jugado contra Escocia, Gales o Francia. Su frenética excitación era específicamente antiinglesa; y la parte de mí que no era irlandesa seguía siendo inglesa.

Me adapté a Irlanda todo lo que podía adaptarse una celebridad local como era la «hija del señor Huston». Mi canción favorita era *The Men Behind the Wire*, que creía que era el himno irlandés pero que en realidad era el himno del IRA. Pero tenía pasaporte británico y había nacido en Londres, lo que significaba que era británica. (No estaba segura acerca de mi madre. Era norteamericana pero había vivido en Londres; aun así dudaba que hubiera obtenido la nacionalidad británica, de modo que no era verdaderamente británica).

De pronto comprendí que no podías ser irlandés e inglés a la vez. Si eras verdaderamente irlandés, odiabas a los británicos.

Cuando la Tata y yo regresamos a Londres después de ese primer verano en Saint Cleran, vimos garabateado en letras blancas sobre ladrillos manchados de hollín: BRITS OUT, fuera los británicos. Al ir al aeropuerto cuando volvíamos a Irlanda para siempre, también vi en el oscuro acero de los puentes ferroviarios BRITS OUT. Esas dos palabras estaban en todas partes, y de pronto tuve la sensación de que iban dirigidas a mí. Toda la gente que conocía en Irlanda quería que se largaran los británicos y se rumoreaba que uno de los hombres que trabajaba en Saint Cleran pertenecía al IRA. Papá era oficialmente irlandés; aunque era norteamericano, había obtenido la nacionalidad irlandesa. Irlanda era, por lo que yo sabía, mi hogar permanente, pero yo seguía siendo británica, la única entre ellos. Una vez que eres británico, nunca dejas de serlo. Era una mácula que no podía borrarse. Tal vez hasta la Tata tenía eso contra mí.

Fue alrededor de esa época cuando empecé a ver llamas en la esquina de mi dormitorio. Siempre se elevaban hasta donde las

paredes se juntaban con el techo y eran curiosamente delicadas: no rugían ni crepitaban, sino que se extendían silenciosas, como si estuvieran hechas de un agua roja dorada insustancial y libre de gravedad. Cuando las veía estaba despierta, al borde del sueño. Sabía que no eran reales; siempre oscilaban entre la imaginación y la alucinación. Aun así, me asustaban. Tenía mucho miedo al fuego, pero saber que las llamas eran visiones me asustaba aún más. Las estaba invocando y no podía dejar de hacerlo. Nunca le conté a la Tata que las veía, ni siquiera la llamaba cuando no podía dormirme. Me quedaba despierta presa de un terror extrañamente agradable. Las llamas no iban a empeorar, la casa no iba a arder. La intensidad de ese sentimiento era casi irresistible.

Mi mente no era de fiar; sabía que empezaba a traicionarme. Tenía un vivido recuerdo de mí misma corriendo alrededor de la mesa de la cocina en la casa de mamá en Maida Avenue, y tropezando y cayendo contra la mesa. Metí el pulgar en un hueco de la madera y tuve que hacer fuerza para sacarlo. Me salió un bulto en mitad del nudillo, como una verruga, que no se iba. Betty no me creyó; decía que el bulto me había salido por chuparme el dedo. La Tata no se acordaba de esa escena en la cocina que yo tan bien recordaba. Me daba vergüenza chuparme el pulgar e intentaba no hacerlo delante de la gente. Me sentía dividida respecto al bulto. Por una parte quería que desapareciera, porque era una prueba de que me chupaba el pulgar, pero en secreto lo atesoraba como una reliquia de mi vida anterior a la muerte de mamá, y sabía que chuparme el pulgar no tenía nada que ver con ello. Cuando finalmente dejé de chuparme el dedo, el bulto desapareció.

¿Cómo podía haberme inventado ese recuerdo? Era tan detallado, tan explícito. Podía sentir la presión del vacío en el dedo atrapado en el hueco, oía el ruido seco y me encogía de dolor cuando lo sacaba. Mi confianza en mí misma, en mi discernimiento de qué era real y qué no, se hizo añicos. Sin embargo, se había roto otro hilo que me unía a la casa de Maida Avenue y a mi madre.

V

Tenía tres años cuando mi madre me llevó a la casa de veraneo de su padre en el lago Maggiore, al norte de Italia. Creo que fuimos en avión. Un año y medio después decidió volver en coche y no me llevó con ella. Fue cuando se mató.

La casa del abuelo era alta y blanca, con una terraza con vistas a la orilla del lago. Era verano, y sentía los suelos de baldosa frescos y secos bajo las sudadas plantas de los pies. A veces las olas lamían las rocas de los cimientos, y yo recorría con la vista, emocionada, la línea de espuma blanca hacia el centro del lago hasta dar con la lancha motora que la había causado. El tiempo allí transcurría despacio; incluso a los tres años lo notaba.

Un día que estábamos sentados alrededor de la mesa después de comer, con las puertas de la terraza entreabiertas para no dejar entrar el calor, llegó un ruido sordo del piso de arriba. Casi me caí de la silla.

Miré fijamente la araña de luz, cuyos diamantes de cristal tintinearon, esperando el estrépito que estaba segura de que iba a seguir.

—No te preocupes, está bien sujeta —me dijo la Nana cogiendo un grueso trozo de cristal del bol de melocotones de la mesa. Se rió, y su risa sonó como el ruido del agua cuando cierras el grifo del agua caliente—. Es el abuelo que ha dejado de hacer el pino.

Mi madre es apenas una sombra en ese recuerdo, aunque me consta que estaba allí.

Recordaba bien a Nana cuando volví a verla el verano de 1971 en el que cumplí siete años: su gran sonrisa, sus rizos cortos de pelo blanco retirados de la frente como si soplara un viento fuerte. Estaba fuera de la sala de aduanas del aeropuerto John F. Kennedy, con un vestido sin mangas que dejaba al descubierto sus fuertes brazos.

—¡Bienvenida a Estados Unidos!

Me abrazó, y su gran bolso rebotó en mi espalda. Sus carcajadas resonaban contra el duro suelo de mármol. Su risa estallaba como un proyectil, haciendo añicos la membrana que me separaba del mundo. Al principio me sentí acosada, pero llegó a encantarme por lo que decía de la personalidad de Nana: su desinhibición, su falta de vergüenza, sus despreocupadas ganas de divertirse. Yo vivía atormentada por la timidez y las dudas, y cuando Nana se reía, que era a menudo, éstas perdían parte de su poder.

Más tarde averigüé que papá no soportaba la risa de Nana. Le parecía algo maniaca y poco apropiada para una señora. Yo tenía la sensación de que de algún modo lo asustaba.

Fuera de la terminal, noté el aire denso y pringoso en la nariz mientras Nana nos llevaba a la Tata y a mí a un largo Cadillac azul. Nunca había conocido un aire como ése, tan pesado que lo sentía en la piel. Después del largo vuelo desde Irlanda, hizo que me sintiera confusa y luché por concentrarme mientras avanzábamos por la autopista de Long Island. No había autopistas tan grandes en Irlanda, y el Cadillac avanzaba deprisa con un débil rugido.

Conducía mi tío Fraser. Llevaba unas gafas de sol con cristales de espejo y montura metálica que le daban un aspecto despreocupadamente siniestro, como imaginaba al malo de *Hawai Cinco-O*, porque nunca había pasado de los créditos del principio. No hablaba mucho, lo que no se debía a oscuras intenciones, enseguida me di cuenta, sino a una especie de debilitamiento del espíritu. No parecía tener otro trabajo que asistir al abuelo, llevarlo de un lado a otro de la ciudad, hacer cualquier recado que necesitara. Estaba casado con una mujer con seis hijos, la diminuta tía Rose, que iba a las manifestaciones por la liberación de la mujer y prendía fuego a su sujetador en la capital, e incluso en su casa parecía abrumado. Era el menor de los cinco hijos del abuelo y me pregunté si le habían hecho callar toda su niñez.

Llegamos finalmente a la ciudad de Miller Place y nos adentramos en un camino de tierra bordeado de hierba larga y altos setos de madreselva. Dejamos atrás una casa con un jardín delantero y el camino se sumió en las sombras de un bosque de matorrales. Al otro extremo, en lo alto de una pequeña colina, estaba la casa de Nana y el abuelo: de tejado plano, con un piso superior que parecía la cabina del piloto de un barco. Allí en el tejado estaba el abuelo haciendo el pino.

Llevaba pantalones cortos. Vi su espalda ancha y sus piernas con los tobillos cruzados, apuntadas confiadamente hacia el cielo. Tenía la cara vuelta hacia el otro lado, como si no le importara cuándo llegábamos o si lo hacíamos. Cuando el coche se detuvo, alcancé a oír:

—Ahí está el abuelo —dijo Nana sin apenas mirarlo.

Él no dejó de hacer el pino ni dio muestras de que nuestra llegada fuera un motivo para dejar lo que estaba haciendo para hacer otra cosa como saludar. Así es como lo recuerdo en la casa del lago Maggiore, absorto y haciendo el pino. Esta vez yo era lo bastante mayor para preguntarme por qué cantaba sobre la mañana cuando ya era por la tarde.

El abuelo pasaba la mayor parte del día sobre el trono de sus brazos colocados en triángulo. Como una versión enloquecida y obsesiva de papá, esperaba que el mundo tomara forma ante él.

—Vamos a organizar una auténtica barbacoa americana tu primer día aquí —dijo Nana cuando entramos—. ¿Has comido alguna vez una hamburguesa?

Había comido las que hacía la Tata en la cocina de la Casa Pequeña, carne picada con cebolla y perejil, y un huevo encima, y me entusiasmaba. Me pregunté si la hamburguesa americana sería diferente, pero me dio vergüenza preguntar. Además, yo hablaba con acento irlandés y Nana no me entendería.

—Descansa un poco. Luego bajaremos a casa de tu tío Nappy.

No daba crédito a mis oídos. En Inglaterra e Irlanda, *nappy* era donde hacían pipí y caca los bebés. Nunca podría llamarlo así. Me decidí por «tío Nap», pero aun así no me parecía del todo correcto, de modo que procuraba no llamarlo.

En realidad lo habían bautizado Anthony como al abuelo, pero éste decidió que se parecía a Napoleón. Por supuesto, un montón de bebés se parecen a Napoleón. Pero nada logró disuadir de ello al abuelo una vez que se le metió en la cabeza que ahí estaba la prueba visible del antepasado Bonaparte de su propio abuelo. Estoy segura de que si siguiera vivo, miraría una foto de mi hijo con la mano entre los botones de la camisa y no vería sino más pruebas de la impresionante fuerza de la vena Bona-Peppa-Soma.

El tío Nap estaba en su jardín delantero, con pantalones cortos y la camisa desabrochada, y una gran horca en una mano. Del brillante armatoste que tenía delante salía humo. Su mujer francesa, tía Dani, preparaba fuentes de ensalada en la cocina. Me dieron un plato de papel, cuya falta de rigidez me preocupó.

—Aquí tienes —dijo tío Nap, sacándola de la parrilla y colocándola sobre el bollo que había dejado Nana en mi plato—, una auténtica hamburguesa americana.

Era extrañamente plana y compacta, como si se hubiera sentado

encima un elefante. No estaba muy segura de cómo manejarla.

—¡Tápala y cómetela! Espera, ¿no quieres *ketchup*?

Mi prima Martine, dos años mayor que yo, me miraba estupefacta, como si no se creyera que alguien no hubiera visto una hamburguesa en su vida. Cohibida, le di un mordisco. El bollo era como de algodón y cartón al mismo tiempo, como sabría una caja de bastoncillos para los oídos si se hubiera molido y cocido. No podía tragar. Vi la cara de Nana cuando me sorprendió utilizando el tenedor para comerme la hamburguesa y supe que la había decepcionado.

Yo nunca había estado en una casa tan informal como la de tío Nap. La cocina estaba unida a la salita (que no se llamaba «salón» ni «estudio»), y mis primos podían disponer libremente de ella, cogiendo algo de comer cuando querían y comiendo con los adultos como si fuera lo más normal. La casa de los Lynch de Saint Cleran era lo más parecido que yo había conocido, pero era diferente: los Lynch trabajaban para nosotros y tenían siete hijos, lo que en el mundo de mamá y papá estaba mal visto. En las casas que conocía, los niños tenían su espacio y sus rutinas aparte, y lo mismo ocurría en los libros que leía, como *Peter Pan* y *El jardín secreto*. Yo siempre me había sentido en la periferia: no era que no me quisieran o que fuera poco grata allí, pero sabía cuál era mi sitio. Me sentía atraída por la libertad de mi prima, pero sabía que no era para mí.

Me sentía como un bicho raro. Mi voz, mi forma de vestir, la comida con la que no estaba familiarizada: allí nada encajaba. Ésa era mi familia, lo sabía, pero yo era una desconocida. Nunca pillaría el truco a ser norteamericana, pensé, y decidí que no quería serlo. De todos modos, allí sólo iba a pasar el verano.

Los domingos por la mañana, todos los primos subían a la casa de Nana y el abuelo. Él se arrodillaba en el centro de la sala de estar, entrelazaba los dedos con los antebrazos apoyados en el suelo, recostaba la cabeza en las manos y se colocaba boca abajo en posición fetal hasta que, metódicamente, extendía las piernas y hacía el pino. Seis, siete u ocho pares de piernas se levantaban en el aire en una hilera desigual. El abuelo empezaba a cantar con el entusiasmo que era su única práctica espiritual delirante:

¡Oh qué bonita mañaaaaaaaaaa… na!

Mientras gritaba a pleno pulmón, el tempo sonando como un ariete, los primos canturreaban dócilmente: «Oh, qué bonito día…».

Un verso era todo lo que se les pedía. No estoy segura de si alguna

vez oí a mi abuelo cantar algo más o solo. Luego los siete, ocho o nueve pares de pies caían con estrépito al suelo, y el abuelo metía una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo de cada primo. Me pareció miserable, incluso para una niña que nunca había tenido dinero para sus gastos.

Nana trató de enseñarme a hacer el pino para que pudiera participar de esa escena familiar. Pero apenas era capaz de apoyar la cabeza en el suelo. Cuando por fin reunía el coraje para levantar las piernas, con Nana sujetándome los tobillos, experimentaba la peor combinación de estar perdido en el espacio y a punto de estrellarme contra la tierra. Temía el desdén del abuelo, de modo que después de ese primer domingo me aseguré de no aparecer por la sala de estar cuando llegaran los primos.

El canto era en beneficio de prana, porque alentaba la respiración acompasada y profunda. Mientras el abuelo estaba boca abajo, carraspeaba cada dos minutos y escupía con gran fuerza y satisfacción. Alrededor había viejos periódicos esparcidos; supongo que Nana los cambiaba cada día, ya que no me imagino al abuelo preocupándose de asuntos tan prosaicos. Cubrían grandes franjas del suelo de la habitación que ocupaba todo el piso de arriba. (Nana dormía en una habitación junto a la cocina, lo más lejos posible del abuelo). Cuando él bajaba a ver la televisión, la mesa del centro y el suelo de alrededor, junto con mitad del sofá, desaparecían bajo montones de papel de periódico amarillento.

Eso venía a ser lo que significaba el yoga para el abuelo: hacer el pino y cantar, y sentarse en posición de loto y escupir. En eso ocupaba sus días, por lo que yo veía; y estaba contento como unas ascuas. Tío Nap corría al restaurante de la ciudad. Y Nana le preparaba las comidas y le lavaba la ropa, pero aparte de eso no le hacía mucho caso.

Cada día, a última hora de la mañana, Nana nos hacía subir a su furgoneta con paneles de madera para ir al Beach Club. La casa tenía su playa privada al pie del acantilado donde se encontraba, pero se tardaba mucho en bajar… y en subir. Además, era un lugar solitario, y, aunque él nunca bajaba, era parte del dominio del abuelo. El Beach Club era el de Nana. Se acomodaba en una tumbona plegable bajo una gran sombrilla o se metía en el agua tranquila y flotaba de espaldas. La Tata no nadaba, sólo esperaba achicharrada bajo la sombrilla, con el *Reader's Digest* en el regazo. Tía Dani se tumbaba al sol, con las tiras de la parte superior del bikini desabrochadas y guijarros entre los dedos de los pies. Había algo muy femenino en su rutina, como si hiciera algo en público que tuviera que ser privado. Yo lo atribuía a

que era francesa.

Yo había ido a la playa unas cuantas veces en Irlanda, en la casa de campo de Connemara y en la casa de los O'Toole de Clifden, pero el agua estaba tan fría que me castañeteaban los dientes. En comparación, el estrecho de Long Island era una bañera. No había olas salvo los días de tormenta. Alcanzaba a ver Connecticut al otro lado.

Martine y Nancy —la hijastra del tío Fraser, la única chica entre los siete hijos de tía Rose— me enseñaron a nadar hasta la balsa que había atracada cerca de la costa. Nos zambullíamos como bombas, y atrapábamos pequeñas medusas inofensivas y nos las metíamos mutuamente dentro del bañador. Hacíamos el muerto boca abajo y nos apartábamos el bañador para comparar bronceados. Martine y Nancy tenían la piel morena italiana, y yo me tostaba tratando de parecerme a ellas. Cada noche me aplicaba Solarcaine para aliviar las quemaduras.

Cuando nos cansábamos de nadar, o durante la hora de la digestión en que teníamos prohibido metemos en el agua, caminábamos por la playa buscando cristales. Nos imaginábamos que procedían de las botellas arrojadas por la borda de los barcos, pero la suave e incansable acción del mar los había transformado en algo místico y extraño: las superficies duras se convertían con la arena en una bruma translúcida de color, con los bordes irregulares tan gastados que las esquirlas acababan redondeadas como un cabujón. Las encontrábamos entre las piedras corrientes, como si fueran joyas en una novela de Enid Blyton. Si no eran totalmente lisas o turbias las tirábamos al agua lo más lejos que podíamos.

La mayor parte de los cristales de la playa eran blancos, verdes y marrones. De vez en cuando encontrábamos uno azul, pequeño y brillante como un zafiro. Decidimos que el azul tenía que proceder de las botellas de leche de Magnesia, aunque costaba creer que algo tan precioso y poco común procediera de orígenes tan humildes. Una vez encontré un fragmento rojo del tamaño de la uña del meñique. Pensé que era más bonito que el rubí del anillo que llevaba a veces Martine, que había encontrado en el lavabo de señoras del restaurante de la ciudad.

El 26 de agosto anuncié a todo el que se encontrara en el Beach Club que era mi cumpleaños. Un hombre respondió que también era el suyo, y que cumplía setenta y siete años, exactamente setenta años más que yo. Me quedé perpleja de que los dos pudiéramos estar allí en el mismo sitio; sentí la mano del destino. Dos días después el hombre de setenta y siete años apareció con un regalo para mí: un joyero con cajones del tamaño de una caja de zapatos, con juntas de cola de

milano y tres cajones forrados de fieltro rojo. Lo había hecho él, como un tallador de madera en un cuento de hadas. Regresó conmigo a Irlanda y se quedó en el alféizar de la ventana, donde el sol matinal que atravesaba oblicuamente el patio hacía brillar la madera. Yo apenas tenía nada que guardar en él, pero eso era lo de menos; el joyero en sí era el tesoro, ya que lo habían hecho especialmente para mí. Al palpar los pequeños tiradores y abrir los cajones que se deslizaban con suavidad, yo era una princesa. Todas las mañanas me sentaba al lado de mi pequeño joyero y hacía calceta para practicar —montaba un punto, lo deshacía, montaba otro punto, lo deshacía— mientras la Tata me cepillaba el pelo.

—Vas a vivir en la Casa Grande, Allegra —me explicó Betty O'Kelly en cuanto regresamos—. La Casa Pequeña está en venta. Tu padre no puede permitirse mantenerla.

Sentí que la tierra se abría bajo mis pies. Había creído que Saint Cleran era eterno e inmutable; había existido como el hogar de los Huston durante más tiempo del que yo llevaba viva. La idea de que papá no tuviera suficiente dinero para mantenerla era aterradora. Él era el rey allí, y a los reyes no les hacía falta vender. Y una niña —yo— iba a tener que vivir en una casa de adultos.

—¿Dónde dormirá la Tata?

—En la habitación de Mary Margaret. Hemos dejado que se vaya.

No me atreví a preguntar por nadie más: los Lynch, Paddy Coyne. Sus casas formaban parte del patio de la Casa Pequeña. Mi mundo se iba a dividir en dos.

Trasladaron mis juguetes y mi ropa a la Habitación Butanesa del piso de arriba, al otro lado de la de Betty; la habitación que había cruzado corriendo desde la Habitación de Napoleón cuando Zoë dormía en ella. A los siete años era un poco mayor para correr en círculos y me sentí muy adulta por tener esa bonita habitación para mí sola. No hicieron cambios en ella por mí. Tenía una identidad propia y me instalé en ella como cualquier otro huésped. Las paredes eran de un azul oscuro, y el cubrecamas y las cortinas estaban hechos de cuadrados bordados de un naranja dorado que, según me explicó Betty, eran ropa de boda butanesa. Papá la había traído personalmente de Bután, un reino del Himalaya cerrado a los forasteros, brumoso y mítico. La clase de lugar donde, a diferencia de los meros mortales, papá podía ir.

Desayunaba sentada a la mesa redonda frente a la ventana salediza del comedor, y a veces papá bajaba y se comía una tostada con

mantequilla frente a mí mientras leía el periódico. Yo oía crujir la grava y veía a Paddy Lynch doblar por la esquina en coche, y bajaba las escaleras con mi cartera llena de libros, orgullosa de lo grande y pesada que era. Llegaba al colegio media hora antes que el resto de las niñas para mi clase de francés con la hermana Annunciata, que consistía en caminar por los pasillos del convento cantando *Frére Jacques* y *Alouette*, probablemente el único francés que ella sabía.

Mis amigas de colegio ya no venían a jugar a casa. Hasta Jackie y Caroline se volvieron distantes. El baúl lleno de ropa de vestir, que era nuestro juego favorito, no había ido conmigo a la Casa Grande. Yo hacía los deberes en el estudio; mis libros se quedaban en mi habitación. No era una casa en la que pudieran dejarse las muñecas o los juegos por ahí.

Por la noche oía a *Seamus*, el lebrel irlandés, subir y bajar las escaleras. Se pasaba el día durmiendo en el primer rellano, y tenías que pasar por encima de él para subir o bajar. Era tan grande que una vez, cuando yo tenía cuatro años, Paddy Coyne me había sentado sobre su lomo y me había dejado montarlo por la cocina de la Casa Pequeña. Sus largas y viejas patas se desplazaban más despacio de lo que se esperaba de un perro. A papá le encantaba que los invitados oyeran esas pisadas suaves y creyeran que era el fantasma.

El nombre del fantasma era Daly. Por alguna razón lo habían ahorcado mientras las mujeres de la casa observaban desde las ventanas del piso de arriba. Después de eso habían tapiado las ventanas. Papá y mamá arrancaron las tapias y dejaron que el fantasma Daly volviera a entrar. Papá afirmaba que una huésped había visto a Daly cuando todos los demás habían salido a cazar y ella estaba sola en el estudio leyendo: la puerta se había abierto dejando entrar un hombre vestido con un traje del siglo XVIII, que la saludó sin palabras y volvió a marcharse.

Estoy segura de que el fantasma fue cosa de papá, aunque nunca lo admitiera: un hombre desconocido, con un disfraz de Bermans & Nathans, e instrucciones de qué hacer y cuándo. Le encantaban las bromas prácticas y no habría pasado por alto una oportunidad como ésa. Yo nunca estaba segura de si creer a Betty cuando decía que el fantasma de Daly existía de verdad. Mi cerebro y mis instintos se rebelaban contra ello. La desaparición absoluta de mi madre era una prueba de que los muertos no regresaban a ninguna clase de vida. Yo nunca había oído su voz, ni había olido su fragancia, ni había visto desaparecer su sombra, ni había sentido su presencia observándome. No había señales de ella en el mundo material. Los únicos rastros que me quedaban de ella desaparecían en las traicioneras profundidades

de mi memoria.

Esa Navidad el *Irish Times* realizó un concurso de colorear: un gran dibujo de Papá Noel con regalos que ocupaba la mitad de una plana. Participé porque Karen Creagh iba a hacerlo. Ella utilizó una gama de rojos y azules que me pareció perfecta. Habría sido trampa copiarla, de modo que, sintiéndome muy poco imaginativa y segundona, utilicé el morado y el amarillo; gané. Me nombraron la mejor coloreadora de toda Irlanda. No me lo creí. El dibujo de Karen era mucho mejor que el mío, para empezar, y debía de haber un centenar más. Decidí que el resultado estaba amañado. Sólo había ganado porque era la «hija del señor Huston» y éste era tal celebridad que ellos —el *Irish Times*, las personas a cargo en Irlanda— quisieron darle una satisfacción. Mi premio fue una bonita caja de madera llena de óleos como los que utilizaba papá.

Nada logró convencerme de que tenía dotes artísticas. Mamá las había tenido; Betty me enseñó el rincón del sótano de la Casa Grande donde había arreglado ramos de flores; y era evidente que papá también tenía. Yo sabía que esos óleos no me pertenecían legítimamente. Nunca los toqué.

La Navidad anterior en la Casa Pequeña, Tony había hecho un belén. Había ido hasta los bambúes del fondo del jardín, donde vivía el zorro, y había cortado varios para hacer el establo; iba a parecer una cabaña de leños. Observé cómo los sostenía erguidos y los cortaba a lo largo con una navaja, uno detrás de otro, hasta que la navaja se atascó con el nudo de una caña y se hizo un corte en diagonal entre el pulgar y el índice de la mano izquierda. Apareció una larga línea roja antes de que empezara a brotar la sangre. La piel se separó. Tony se quedó mirándose la mano como si no le perteneciera. La Tata se levantó de un salto y echó a correr por la grava, a través de la verja y por el puente hasta la Casa Grande. Yo corrí tras ella. Encontramos a Betty, que subió a Tony al coche y lo llevó al hospital de Galway. La Tata no sabía conducir.

Mientras lo esperábamos, la Tata me contó que Tony se había caído una vez de un caballo y, con el pie enganchado en la espuela, había sido arrastrado por un bosque. Le habían dado casi cien puntos en la cabeza. Empecé a integrar la falta de creatividad en mi identidad junto con la cobardía física. Yo no me haría tajos con navajas ni me rasgaría el cuero cabelludo con ramas.

Acostada en la Habitación Butanesa con fiebre, me sentí culpable. La Tata estaba en Dublín, disfrutando de la semana de vacaciones que cada año se tomaba. No había nadie que cuidara de mí, de modo que tenía que cuidar de mí misma. Me habían dejado vivir en la Casa

Grande con los adultos; se suponía que no podía enfermar.

El doctor Payne vino de Loughrea para examinarme. Me diagnosticó placas en las amígdalas.

Antes de bajar a cenar, papá entró en la Habitación Butanesa para verme. Llevaba una americana de terciopelo y una camisa de seda con la parte delantera lisa y de cuello alto. La seda, cuando toqué el puño, me pareció magnética bajo los dedos. Se sentó a mi lado en la cama y me dejó el crucigrama del periódico. Me encantaban los crucigramas y a él le encantaba que se me dieran bien. Cada palabra era como una oleada de afecto, ya que notaba lo orgulloso que él se sentía. Cuando entró Betty, también vestida para cenar, él me besó en la mejilla y bajaron juntos.

Oí la conversación que llegaba de abajo, luego el sonido hueco de los pasos de la gente que recorría el pasillo de suelo de madera hacia el comedor. No podía dormir; tenía demasiada fiebre. Volví a oír pasos, esta vez más ruidosos, cruzando el pasillo de mármol hacia el salón. Luego la puerta se abrió y era papá.

Tal vez estaba soñando con él. Me sorprendió que se hubiera acordado de mí, que hubiera dejado las risas y las copas para subir a sentarse de nuevo en mi cama, ponerme una mano en mi frente húmeda y asegurarse de que había un vaso de zumo en mi mesilla de noche. Estábamos los dos solos en ese espacio oscuro, silencioso y alto. ¿Lo echaron a faltar abajo? Seguramente. Pero nadie habría adivinado que estaba conmigo en la Habitación Butanesa.

Unos meses después, de manera inesperada, la Tata y yo nos trasladamos de nuevo a la Casa Pequeña. Dejaron de hablar de venderla. Todo volvió a la normalidad. Cuando terminó el colegio, volví a hacer la maleta azul con mis iniciales —A.H.— en blanco, la que iba conmigo a todas partes, y regresamos a la casa de Nana y el abuelo para pasar el verano. Dejé atrás mi joyero con cajones.

VI

El restaurante del abuelo se encontraba en una casa de piedra rojiza en el número 150 de la calle Cincuenta y cinco Este, y tenía un toldo sobre la acera en el que se leía, en letra cursiva, *Tony and Tony's Wife*. Me pareció insultante, aunque típico del abuelo, que apareciera su nombre y el de Nana no. Luego me enteré de que se llamó en un principio Tony's Wife, y que se abrió con los beneficios obtenidos con el primer restaurante del abuelo, Tony's. Cuando cerraron el primero fundieron los dos nombres.

Me imagino a Nana en la época en que se casó con el abuelo. Fue durante la Prohibición y el restaurante era una taberna clandestina; él tenía dos hijos huérfanos de madre, funcionarios que engatusar, policías que sobornar y botellas de alcohol que esconder. Siendo escocesa, Nana se dejó arrastrar por la audaz sagacidad del abuelo, así como por su propio instinto maternal. Fue un matrimonio extraño, no desprovisto de afecto, pero marcado por la crueldad emocional y física.

En sus cartas a mamá, el abuelo tan pronto expresa su desdén hacia Nana como su dependencia de ella. A sus ojos, ella sólo existía para hacer posible su gloria o para entorpecerla. Ella, como era de esperar, tenía tendencia a la depresión y buscó a mamá como aliada. Le contó a mamá que había acudido a una oficina municipal para obtener una licencia para vender bebidas alcohólicas y le habían preguntado si había sido condenada por algún delito. «Casarme con Tony Soma», había respondido ella, lo que hizo reír a los tipos de la oficina. A mí también, hasta que comprendí el sufrimiento silenciosamente suplicante de mamá al verse atrapada en la guerra entre su padre y su madrastra: por un lado, la sangre, el hombre al que debía todo, y por el otro, el único amor maternal que había conocido conscientemente.

Nunca se planteó la posibilidad de que Nana dejara al abuelo, y cuando yo la conocí ya se había hecho su propio espacio. Me gustaba

verla en la ciudad, ver cómo un camarero con esmoquin y pajarita le servía una cena regia y privada alrededor de una mesa redonda en «la sala de estar de Nana», en el primer piso de encima del restaurante. Sólo cuando el camarero se inclinó ligeramente para dejar el plato frente a ella, abriéndole la servilleta, caí en la cuenta de que no me gustaba cómo la trataba el abuelo. El abuelo se creía un ser extraordinariamente sabio y espiritualmente desarrollado, y estaba tan satisfecho consigo mismo que creía estar por encima de las exigencias de la bondad común. No tragué.

Nadie me lo dijo, pero yo tenía la impresión de que el abuelo odiaba a papá. Me imaginé a los dos como dos chimpancés peleándose por mamá, con el abuelo repartiendo golpes furioso mientras el abuelo, el viejo macho alfa, era derribado por el nuevo. Como hija, me lo tomé como algo personal. Era leal a él. No podía evitar compararlo con el abuelo; cada uno era un rey en su reino, rodeado de una corte. Pero el mundo de papá había sido gobernado para la felicidad de todos, mientras que el del abuelo tenía un único propósito trascendente, que era él mismo. El abuelo se había situado por encima del mundo; papá tomaba parte en él con entusiasmo. Cuando papá me miraba, o me dibujaba, yo era una persona de carne y hueso frente a él. Era real.

En un viaje a la ciudad en algún momento de agosto, nos llevaron a Martine y a mí, vestidas con nuestras mejores galas, al Radio City Music Hall para el estreno de la última película de papá, *Fat City*. Se trataba de unos boxeadores que no tenían dónde caerse muertos, y estaba muy por encima de la comprensión de dos niñas (aunque más tarde Martine me dijo excitada que sabía lo que significaba lo que había dicho uno de los personajes: «¡Me tiró sobre la cama y me violó!»). Después hubo una fiesta en el Metropolitan Museum of Art, y Martine y yo corrimos entre las altas estatuas. El suelo de mármol blanco era frío y duro bajo nuestros pies, y todo brillaba: el mármol, las luces, los vestidos bordados de perlas y las joyas. En el centro de todo estaba papá; era como ver la fuente de su energía, con chispas de electricidad a su alrededor. Le infundía vigor; hacía posible el reino de Saint Cleran.

Al lado de papá había una mujer que no se parecía a ninguna que yo hubiera conocido. El pelo le caía hacia atrás en ondas, como la melena de un león. Llevaba los hombros desnudos, y tenía la piel bronceada y cubierta de pecas. Era mucho más joven que él, y más joven que las regias mujeres que habían desfilado por Saint Cleran y se habían instalado en la Habitación Gris, esas damas de pintalabios grueso, tez pálida y manos condescendientes. Ella no llevaba

pintalabios, e iba con un traje que ninguna de esas mujeres se habría puesto jamás, cubierto por entero de lentejuelas color lavanda y sujeto sólo por la nuca como un bañador. Esas mujeres habían llevado caparazones duros e invisibles alrededor de ellas, como vitrinas; ella, en cambio, daba la impresión de no ocultar nada.

—Te presento a Cici —dijo papá.

Ella inclinó la cabeza a la altura de la mía y me cogió un momento las manos, como para ver si estaba preparada para un abrazo. No lo estaba; me había cogido totalmente por sorpresa. Ni siquiera Zoë había hecho algo así.

La sonrisa de Cici era cuadrada, y parecía curvarse hacia abajo por las comisuras, porque no se curvó hacia arriba. Había algo increíblemente despreocupado y sereno en ella, como si no sonriera para satisfacer a nadie más que a ella misma. Si la compartías, estabas compartiendo una broma o un secreto. Yo no sabía cuál era el secreto, pero me encantó la complicidad de su sonrisa.

Cuando nos despedimos, Cici me abrazó. Esta vez le dejé. No podía entender por qué se alegraba tanto de conocerme, pero lo acepté sin reservas. No tenía ni idea de qué relación tenía con papá o podía tener conmigo. En mi universo había unos puntos fijos: papá, la Tata, Betty, Gladys, Nana y el abuelo. No se me ocurrió que las estrellas pudieran cambiar de curso, o que la misma forma de mi universo pudiera transformarse tanto que resultara imposible reconocerlo. No estoy segura de si me pregunté siquiera si volvería a ver a Cici.

Poco después papá me escribió diciendo que Cici y él se habían casado. Creo que en la carta decía que esperaba que estrecháramos lazos. No utilizó la palabra «madrastra», y no la vi como sustituía de mamá, ya que no veía a mamá como mujer de papá. De todos modos, papá era casi una especie diferente de los maridos-esposas-hijos que yo conocía. Ése era un modelo que no esperaba que papá —o papá y yo— siguiéramos.

En la carta también me decía que yo no iba a volver a Saint Cleran. En adelante viviría en casa de los abuelos.

No le pregunté ni a él ni a nadie por qué había sido deportada de Saint Cleran. Su boda con Cici sin duda estaba relacionada con ello, pero no la acusaba a ella. No me la imaginaba en Saint Cleran, con sus cielos lluviosos, las mujeres con pañuelos y un mayordomo que tocaba un gong para anunciar la comida. No sabía mucho de ella, aparte de que era de Los Ángeles y que se sentía a sus anchas en el mundo de dinero y amigos famosos de papá. Ella no era actriz; no se me ocurrió que pudiera ser algo más que ella misma. Entendía por qué papá estaba fascinado con ella. Yo lo estaba. Por alguna razón había tenido

la sensación de que ella también sabía quién era yo. Tal vez ella había convencido a papá de que estaría mejor en Long Island con mis primos en lugar de viviendo como una princesa irlandesa solitaria con los hijos del mozo de cuadra por amigos. Por un momento me pregunté si debería haberme esforzado más en hacer amistad con las niñas del colegio de monjas de Loughrea.

Aun así, después de pasar un segundo verano recogiendo cristales de colores en la playa con mis primos, no estuve descontenta con el cambio. Tenía la impresión de que papá había empezado una nueva vida y había dejado atrás la anterior. Parecía natural que a mí también me dejara atrás. Había encontrado a otras personas que cuidaran de mí y nadie pareció creer que me importaría, de modo que, oportunamente, no me importó. Si papá y yo no vivíamos en Saint Cleran —lo que, de todos modos, sólo había ocurrido en periodos breves—, no tenía ni idea de cómo era vivir con él.

Grandes simas hacían temblar el acantilado que había debajo de la casa de los abuelos, surcando de profundas arrugas su superficie como un papel de seda que se ha utilizado muchas veces. Se derrumbaba visiblemente. Cuando el abuelo construyó la casa —mamá era joven y vivía sola en California—, hizo una cancha de bochas entre el borde del acantilado y la casa en sí: un rectángulo largo y estrecho de arena bordeado de tablas. Éste había medio desaparecido, y el borde del acantilado cada día estaba más cerca de la casa. La escalera de madera que llevaba a la playa se interrumpía en el aire.

La certeza de que algún día la casa también se derrumbaría me fascinaba, como los desastres que ocurren en un país del que apenas has oído hablar. No era triste ni aterrador, sino inevitable y satisfactoriamente dramático. No me gustaba mucho esa casa. A pesar de todas sus ventanas, era oscura, y al lado de la gruesa piedra de Saint Cleran, parecía endeble. Las ventanas irlandesas que me encantaban eran tan profundas que mirar por ellas era como mirar por un telescopio o una mirilla, y la luz gris dorada se volvía líquida a través del viejo cristal con remolinos. El cristal de las ventanas de Long Island era plano e insulso como el plástico, obstruido por feas persianas. La poca profundidad de los alféizares me ofendía.

La Tata y yo dormíamos en el cuarto de huéspedes, ella en una cama doble en la que enseguida me metí, y yo, en teoría, en la individual que había al lado. Las colchas de algodón blanco eran tan delgadas como las ventanas: gastadas y deformes por naturaleza, resultaban deprimentes. Me había acostumbrado a las habitaciones que mamá había amueblado, de colores vivos y llenas de objetos extraños embellecidos por las huellas del tiempo. Allí las cosas viejas

sólo eran viejas: cansadas y visiblemente preparadas para el final.

También corrían rumores de vender la casa. Era demasiado grande y el abuelo no podía mantener a tanta gente. Yo me ofendí por dentro, en beneficio de todos menos de mí misma. Tío Nap trabajaba duro llevando el restaurante de la ciudad, y yo no podía entender cómo podía ser culpa suya que hubiera pasado su apogeo. Tío Fraser no tenía un verdadero empleo, pero el abuelo necesitaba un lacayo, ¿y quién iba a serlo si no era él?

Yo no echaba de menos Saint Cleran, en el sentido de desear vivir de nuevo allí. Era absurdo. El traslado temporal a la Casa Grande me había enfriado. Iba a vivir donde resultara conveniente; me había sentido en mi propia familia como una huésped. Siempre dormiría en habitaciones prestadas y ya iba siendo hora de que me acostumbrara. Acababa de mudarme otra vez y sabía en el fondo que no sería la última. No se me ocurrió colgar un póster, poner una colcha alegre o cambiar el color de las paredes. Tenía la indiferencia de un nómada. Pero no su alma.

Recuperé unas cuantas cosas mías de Irlanda cinco o seis años después. Nunca volví a ver mi cofre del tesoro.

El abuelo bajaba de su reino del piso de arriba todas las noches para cenar y ver las noticias de la televisión. Corría el año 1972: cada noche regresaban ataúdes envueltos en banderas de Vietnam, las familias lloraban sobre los soldados perdidos en acción y los prisioneros de guerra, y la gente acudía furiosa a manifestaciones contra la guerra. Luego, durante las Olimpiadas que la Tata y yo seguimos con fervor, asesinaron a los atletas israelíes. El mundo exterior estaba lleno de muerte, luto, aviones y cruceros secuestrados, y yo me sentía reconfortada. No era la única que había visto desaparecer a un ser amado: mi madre no había sido la única que había muerto. Lo que me había pasado a mí era lo bastante importante para salir en las noticias, pero multiplicado por tantas veces pasaba a ser algo normal. Me alentó que hubiera protestas: la gente se negaba a pasar por ello y quería cambiarlo. Aun así me sentí más sabia que ellos. Yo sabía que la muerte era injusta y que todo le traía sin cuidado.

Mamá estaba presente en la casa, pero nunca se hablaba de ella. En la pared de la chimenea había una hilera de siluetas negras ovaladas de los cinco hijos del abuelo cuando eran pequeños. En la repisa había un gran grabado sin enmarcar de la famosa fotografía *The Act of Creation* de Philippe Halsman: la cara y los hombros desnudos de

mamá dentro de un marco de madera apoyado en el interior del brazo doblado de un hombre desnudo tendido de costado, con su musculosa espalda vuelta hacia la cámara, mientras el artista Jean Cocteau atraviesa el marco para dar una pincelada a la ceja de mamá. A su manera, representa todo lo que el abuelo deseaba que fuera su hermosa hija: una musa, un objeto de arte. Un ser humano tridimensional, como el remate del chiste de un artista.

Me preocupaba que la foto no estuviera enmarcada. Sabía que debería haberlo estado; ni mamá ni papá la habrían dejado apoyada contra la pared, doblándose bajo su propio peso, estropeándose y ensuciándose con el aire húmedo. Tal vez el abuelo estaba enfadado con mamá por haber muerto, pensé, y dejaba pudrir así la foto a modo de venganza.

No había rastro de mamá como una persona con vida propia: no había fotos de ella de adulta habitando su vida, como tampoco había fotos de ella con Tony, Anjelica o conmigo. Me pregunté si para el abuelo había muerto… o la había embalsamado mucho antes, cuando se marchó de Nueva York y lo dejó. Me atormentaba que la madre irreal de esa casa —su cara recortada en silueta, convertida en objeto — fuera materialmente más real que la madre cuya imagen se desdibujaba y parpadeaba en el interior de mi cabeza. Era como si una madre fuera la sombra o el eco de la otra. Cuando miraba esa foto, como hacía muchas veces al día cada vez que cruzaba la sala de estar, no estaba segura de cuál era cuál.

Seguía las huellas de mamá pero hacia atrás. De Maida Avenue a Saint Cleran y de ahí a Long Island, y con cada paso que daba, el último lugar se desvanecía en el futuro de mamá. Yo no llevaba nada conmigo salvo mi ropa y mi maleta azul, que era mía porque tenía mis iniciales, y la Tata, que formaba parte de mí (ahora que éramos igual de extranjeras) hasta el punto de que apenas la concebía como una persona aparte. Ella nunca hablaba del pasado. Yo no tenía pruebas tangibles de que mis mundos anteriores hubieran existido, ni había pruebas del futuro de mamá ni de su muerte fuera de mí. A veces me sentía abrumada, como si flotara en lo alto y observara cómo mi mente convertía los recuerdos en ilusiones o los borraba.

Me pareció que yo era, para el abuelo, la forma viviente de la pérdida de mamá, y de la cascada de decepción y cólera que había sentido al comprobar que la vida de ella no era tan grandiosa e histórica como había esperado. Como mi difunta madre, o como todas las personas que formaban parte del mundo del abuelo, yo era más abstracta que real. Algo parecido al afecto emanaba de vez en cuando de él. Pero era algo impersonal, su sangre que bombeaba, como el

calor corporal o el aliento.

La mayor parte del tiempo no parecía advertir ni importarle que yo estuviera allí. Era fácil no molestarle. Martine y yo a veces lo espiábamos mientras se sentaba en posición de loto en su habitación, y cuando íbamos en bicicleta, levantábamos la mirada y lo veíamos boca abajo en la azotea. Solía llevar alrededor de la cintura una especie de taparrabos que, cuando hacía el pino, caía del revés y le cubría el pecho. No creía en la ropa interior. Cuando empecé el colegio, no me atrevía a invitar a mis amigos a casa para jugar.

—Mira, Allegra. Ven a ver esto.

La Tata tenía en las manos la revista *Vogue*. La abrió encima de la mesa de comedor. Debajo de sus fuertes y curtidos dedos había una foto de una chica morena con una mano en la mejilla, mirándome con sentimiento.

—Es tu hermana. Anjelica.

Sabía que tenía una hermana y que se llamaba Anjelica, pero eso era todo. No había vuelto a verla desde los turbulentos y olvidados meses que siguieron a la muerte de mamá. A esas alturas, la había perdido casi tanto como a mamá.

Mientras miraba la foto me pareció reconocerla, aunque vagamente. ¿Recordaba realmente su cara? La tez morena y las cejas arqueadas eran las de mamá.

Anjelica nunca había ido a Saint Cleran en los tres años que yo había vivido allí. Aunque sabía que papá también era su padre, y aunque Tony venía a vernos, no esperaba que ella lo hiciera. Era como una diosa que había vivido en Saint Cleran —en mi habitación— antes que yo, en la edad dorada en que mamá todavía vivía, y que había dejado una huella tan profunda y duradera que sobreviviría todas las décadas de la vida de Angélica Healy. Una visita suya habría sido un acontecimiento casi sobrenatural.

Vivía en Nueva York, me dijo la Tata, y trabajaba de modelo. No tardaría en ir a Miller Place para verme.

Anjelica era alta —más alta que nadie— y delgada, con los ángulos huesudos de alguien que es importante en el mundo. No recuerdo qué llevaba, pero su ropa me pareció marcadamente informal, como algo que nadie se pondría en Miller Place. Nosotras íbamos desaliñadas o conscientemente acicaladas como mi maestra, la señorita Burdi, una mujer menuda cuyas largas uñas siempre iban a juego con su ropa, que cambiaba a diario de verde a azul a negro a amarillo. Yo seguramente llevaba mi conjunto favorito de Kmart: una camiseta de

poliéster rosa chillón y pantalones elásticos a juego.

Anjelica parecía distraída y distante, un ave exótica en un corral. Yo me esforzaba por relacionarla mentalmente con mi mundo. En Miller Place éramos personas corrientes de clase media, a pesar de tener un abuelo medio desnudo haciendo el pino en el tejado. Yo no estaba del todo segura de por qué había ido a verme. ¿Qué interés podía tener yo para ella? No sabíamos qué decimos. Le enseñé mis habilidades con la bicicleta, saludando con una mano. No pareció muy impresionada, lo que me hizo sentir mejor acerca de mi tibio coraje. No se habría quedado más impresionada si hubiera soltado las dos manos del manillar como hacían Martine y Nancy.

Como era mi hermana, me parecía lógico que quisiera volver a verme y me llevara con ella a la ciudad. Aun así, no me habría sorprendido que hubiera desaparecido sin decir otra palabra. Como existía en un plano más elevado, al igual que papá, eso también me habría parecido lógico.

Me llevó consigo a una sesión de fotografía. La observé mientras la vestían y maquillaban, aparentemente ajena a la gente que se movía alrededor. Luego se tendió en el suelo sobre una gigante hoja de papel blanco. Las luces eran tan brillantes que tenía que entrecerrar los ojos, pero ella no parecía darse cuenta. Se enrolló los dedos en el pelo, que yo había visto ondular y rociar de laca con la clase de rizos que mi pelo jamás aguantaría (mis tirabuzones irlandeses habían desaparecido hacia la hora de comer). Mientras el fotógrafo daba saltos apretando el disparador, ella se movía a cámara lenta, cambiando imperceptiblemente de postura, como una criatura levantada y mecida por el suave movimiento de las olas.

Parecía cómoda y a gusto consigo misma. Ésa era, a mis ojos, la verdadera Anjelica; en Miller Place se había mostrado cohibida porque iba disfrazada, una diosa que tenía que adoptar la forma humana. Allí, en un estudio secreto suspendido en medio de un Nueva York cegadoramente bullicioso, las ayudantes, que habían parecido vestirla, en realidad le habían quitado el disfraz. Yo era una intrusa a la que se le había dejado entrar en ese espacio sagrado sólo por ser su hermana: una hermana con los pies de barro, pero hermana al fin y al cabo. Me sentí honrada. Me di cuenta de que toda la gente que conocía en Miller Place se moriría sin haber visto nada parecido.

Cuando cambió la estación, Anjelica me llevó a comprar un abrigo. Yo sabía lo que quería: uno como el que llevaba una niña de mi clase, rojo con ribete de piel blanco. Lo encontré en Bonwit Teller, flotando como una aparición. Creo que hasta tenía capucha.

—Ahí está —dije tímida—. Ése es el que quiero.

Vi la expresión de Anjelica y pensé que debería haberlo imaginado. Mi gusto era provinciano e infantil; lo que me atraía no era adecuado, por supuesto. Aun así dejó que me lo probara.

—Pareces Papá Noel.

Cogió un abrigo de ante pardo claro con un ribete de piel color zorro y remolinos bordados a lo largo del bajo. No me gustó nada, pero ella insistió en que me lo probaba. El color era aburrido, y el bordado exótico y medio *hippy*. Era un abrigo para Nueva York, no para Miller Place. Me imaginaba llevándolo en la ciudad, aunque no me gustaba en realidad, pero en Miller Place sería vergonzoso. Lancé una última mirada de anhelo a mi abrigo de Papá Noel, colgado de nuevo en su percha, y vi, con los ojos de Anjelica, lo hortera y chillón que era. Aun así lo prefería.

Llevé esa prenda *hippy* todo el ciño para abrigarme. Cada vez que me lo ponía me sentía chic y moderna…, una extraña. Y, hasta cierto punto, un fraude: esa persona moderna no era yo. Me sentía dividida de un modo que no habría sabido describir: vulgar y corriente, y al mismo tiempo diferente gracias a mis orígenes. Entendía que era bueno estar sensibilizado con el arte y las cosas hermosas, tener criterios elevados y rigurosos, y flotar por encima de todo lo corriente, como hacían Anjelica y papá. Pero dudaba que yo pudiera, o no sabía cómo hacerlo.

Aquella Navidad de 1972 la Tata y yo fuimos a California, donde papá vivía entonces con Cici. Tío Fraser nos llevó con el tiempo justo, como siempre, al aeropuerto. Supuse que era su silenciosa forma de rebelarse a la voluntad del abuelo. Como el verano anterior al regresar a Irlanda, la Tata y yo tuvimos que correr hasta la puerta de embarque.

Gladys fue a recibimos. Era la primera vez que la veía desde que me había ido de Saint Cleran. Llevaba sandalias sin tacón; parecía ligeramente indecente verla en público con ropa de verano. El tiempo veraniego era extraño de por sí. Era Navidad; yo no había entendido del todo que no hacía frío en todas partes (salvo en Australia, por supuesto, donde todo es lo contrario de como se supone que es). No había flores en diciembre, pero al salir del aeropuerto me quedé deslumbrada por una catarata magenta brillante, una cascada cuyo elemento se transfiguraba en pétalos llameantes, sin rastro de verde entre ellos para romper la ilusión.

Me encantaban las lilas de Saint Clerán, sobre todo desde que alguien me dijo que las había plantado mamá. Había de tres colores:

malva pálido, un violeta claro que era el que menos me gustaba, y un violeta más oscuro, como el color del cielo en verano poco antes de que se haga de noche. Observaba los capullos, esperando que salieran repentinamente en pequeñas gotas; luego las flores se movían de aquí para allá como faldas al viento antes de caer como copos de nieve al suelo. Esa buganvilla parecía tan indómitamente permanente como delicada era la lila; florecía extrañamente en mitad de invierno, con un color vivido y sobrenatural. No tenía una conexión visible con la tierra; estallaba del interior de un alto muro de hormigón. No podía apartar los ojos de ella y estiraba el cuello cuando pasábamos por delante en coche.

Dejamos atrás las calles llanas bordeadas de edificios bajos con las fachadas llenas de huecos —no se parecía a ninguna ciudad que hubiera visto—, y empezamos a subir por una calle serpenteante. Alrededor de curvas muy cerradas, a lo largo de precipicios con una barrera de seguridad de aspecto poco sólido, por una montaña tan alta y empinada que no pertenecía a ninguna ciudad. Aquí y allá una buganvilla cubría la barrera; alivió mi miedo.

—Vas a quedarte con los padres de Celeste, Allegra.

Cuando Gladys dijo el nombre de Cici, lo pronunció «sisi», como si no hubiera oído cómo lo decían los demás. La mayoría de las veces la llamaba Celeste. Era su nombre, pero por la forma en que Gladys lo pronunciaba, con los labios ligeramente apretados como quien sorbe un limón, supe que ella no le gustaba.

—Ésa es su casa.

Al otro lado de un cañón ancho y profundo se erguía una gran casa de estilo recargado, con gabletes puntiagudos y entramado de madera. Esa montaña, a diferencia del acantilado de Long Island, no se derrumbaba. Con su gruesa capa de árboles, formaba un gran pedestal para la casa, que parecía monumentalmente sólida y fantasmagórica al mismo tiempo, y muy inglesa en ese lugar tan poco inglés.

—Puedes llamarme tía Dorothy —dijo la madre de Cici cuando llegamos.

Era una mujer menuda de unos sesenta años, asombrosamente guapa, con las uñas perfectamente pintadas y un gran diamante de aspecto peligroso en la mano derecha.

—Y éste es tío Myron.

El padre de Cici se adelantó arrastrando los pies y me estrechó la mano con solemnidad. Estaba encorvado y su voz era apenas un susurro. El brillo de sus ojos le hacía parecer una tortuga traviesa.

Seguí mi maleta azul, que, me di cuenta con tristeza, empezaba a estar un poco desvencijada. El hombre para todo de la tía Dorothy la

subió por las escaleras y la dejó en una habitación trasera. Me alegré de ver dos camas individuales: una para la Tata y otra para mí. Allí estaría bien, pensé, y no se me ocurrió que debiera o pudiera estar en otra parte. La Tata estaba conmigo y no tendría que dormir sola.

Me sentía sobrecogida por la casa, con su galería de trovadores en lo alto del gran salón y un gran ventanal desde el que se dominaban Los Ángeles y el brillante océano más allá. Tía Dorothy señaló la isla Catalina, que se elevaba alargada como el lomo de una ballena. Se enorgullecía personalmente de que el aire estuviera lo bastante limpio para verla. Aun así, vi la capa marrón de debajo, como si pesara más que el azul.

Junto a la puerta principal había un reloj de pie al que la tía Dorothy me dejó dar cuerda, y el comedor estaba empapelado con las siete maravillas de Estados Unidos. Tía Dorothy me dijo que la señora Kennedy había escogido el mismo papel para la Sala de Recepción Diplomática de la Casa Blanca; entendí que la tía Dorothy lo había encontrado antes que ella. Me dijo que Greta Garbo había vivido en la casa, y que —soltó una risa gutural, como si fuera algo que no debiera decirse— los criados de las casas vecinas se escondían en el bosque para verla bañarse desnuda en la piscina.

Al día siguiente la tía Dorothy me llevó a ver a Cici, que había ingresado en el hospital para someterse a una pequeña operación. Estaba en la cama bordando: una escena de cazadores con chaquetas rojas montando a caballo. Iba a ser un cinturón, el regalo de Navidad para papá. A la cabeza iba papá con sombrero de copa como maestro de cacería, agitando una fusta. Me impresionaron no sólo las puntadas diminutas sino el detallismo de la escena: los perros aullando, los muros de piedra que saltaban, las crines al aire, la cola de color óxido del zorro. Lo había dibujado ella misma y lo había trasladado al lienzo. Pero en mi fuero interno me sentí contrariada, porque era una escena de la vida irlandesa que papá había dejado atrás. No sabía que Cici había estado siquiera en Irlanda. ¿Trataba de apoderarse de ese mundo al que no tenía derecho? ¿O, a pesar de su belleza, su pronunciación lenta y su sonrisa sardónica, era más ingenua que yo? Me decanté por lo segundo y en adelante tuve un sentido protector hacia ella.

Sabía que le esperaba un chasco, después de poner tanto esmero y amorosa expectación en ese cinturón. Papá nunca lo llevaría; ¿y por qué lo conocía yo mejor que ella? Eso me puso triste. Noté el abismo que había entre los dos, tal vez antes de que ellos mismos lo descubrieran. Yo no estuve presente cuando Cici regaló el cinturón a papá, y nunca lo vi ni volví a oír hablar de él.

Ese año yo había trabajado mucho en dos regalos: uno para Anjelica y otro para papá. A Anjelica ya le había dado su bolso de macramé y le había gustado tanto como yo esperaba. Yo tenía ocho años: era lo bastante pequeña para hacer yo misma todos mis regalos de Navidad, pero lo bastante mayor para saber que no bastaba con un dibujo infantil. Me gustaba tricotar, hacer ganchillo y tejer alfombras; siempre iban con un modelo de muestra. El macramé era algo medio *hippy*, como el abrigo que me había comprado Anjelica, así que pensé que le gustaría más. Me sorprendió y frustró lo difícil que era tensar bien los hilos entre los nudos y calcular la distancia entre ellos; una vez que terminé ese bolso, nunca volví a hacer nada de macramé. Forré el bolso, de veinte centímetros por quince, con una tela violeta pálido, el color de las lilas de Saint Cleran.

Pero ¿qué podía hacer para papá? El año anterior había tejido una bufanda, de modo que no podía repetir. Él no necesitaba una alfombra y el ganchillo era muy femenino. Al final Nana me sugirió que hiciera un cuadro con cristales de la playa.

Me negué. Mi colección de trozos de cristal recogidos en la playa era muy valiosa. Aun así, no se me ocurría nada más. Pero ¿qué clase de cuadro? No podía hacer uno yo sola. No era una artista.

Nana me enseñó un libro de cuadros de Winslow Homer. Eran paisajes marinos, y los brumosos verdes y grises tenían la misma cualidad empañada de mis cristales. Escogí un cuadro de un faro con una pequeña bandera roja ondeando, para exhibir mi pequeño y poco común cristal rojo. No me entusiasmaba la idea de renunciar a él, y desde luego no se lo habría dado a nadie más que a papá, pero era lo único que tenía digno de él. Consideré por un momento cambiarlo por un color diferente o elegir otro cuadro, pero era demasiado tarde. Ya había pensado en utilizarlo y no podía echarme atrás. ¿Y si mi negativa a renunciar a esa atesorada pieza roja llegaba a sus oídos y me lo tomaba en cuenta?

Nana me consiguió una pequeña lámina de vidrio y la pusimos encima de la página del libro. Con cuidado hice un mosaico. Tuve que desprenderme también de la mayoría de mis cristales azules, el color menos común; era doloroso pero necesario. El cristal no era plano y a veces el pegamento no servía, de modo que busqué las piezas más planas, las que encajaran mejor en un rompecabezas, para hacer la réplica del cuadro lo más perfecta posible. De todos modos, me quedé un poco decepcionada con el resultado. Me preocupaba que fuera demasiado infantil y chapucero; incluso bobo. Nunca había oído hablar de un cuadro hecho con cristales recogidos en la playa.

El día de Navidad tía Dorothy nos llevó en coche a la casa de Cici

en las Pacific Palisades, al oeste de Los Ángeles. Cici estaba en casa, un poco pálida porque había tenido una reacción alérgica a pesar de que habían utilizado en la intervención un equipo hipoalergénico. Eso me impresionó: ella también era especial. Me había preocupado que, al no ser distante, fuera demasiado corriente para pertenecer al mundo de papá.

Nerviosa, di mi regalo a papá, quien abrió con sus largos dedos de puntas cuadradas la tarjeta y la leyó en alto: «Con disculpas a Winslow Homer». Me miró intrigado, luego deslizó un dedo por debajo del papel de regalo y lo rompió.

Nana me había sugerido que escribiera esas palabras en la tarjeta y así lo había hecho, aunque parecía que daba a Winslow Homer parte del mérito cuando en realidad sólo me disculpaba por haber hecho el cuadro.

—Ajá —dijo papá al sacar el cuadro que, a pesar de haberlo envuelto en papel de seda y metido en una caja, había perdido dos piezas.

Deseé arrebatárselo y desaparecer con un tubo de pegamento, pero me quedé paralizada.

Él se echó a reír.

—Veo que eres una gran admiradora de Winslow Homer. ¿Conoces bien su obra, cariño? Y, dime, ¿por qué crees que hace falta disculparte?

Tartamudeé una respuesta, incapaz de explicar lo especial que era el cristal rojo para mí. Noté cierto desdén hacia Nana en las bromas de papá y me enfadé con ella por haberme hecho malgastar mi tesoro y por hacer añicos la ilusión de que era un tesoro. Sentí tanto resentimiento hacia ella que no quedó nada para él.

—Gracias, cielo —dijo por fin—. Es un regalo precioso.

Lo dejó a un lado y supe al instante que nunca más lo cogería y lo volvería a mirar.

¿Por qué iba a gustarle o quererlo? Los cristales que recoges en la playa no son como el óleo; pegados al cristal se ven toscos como los escombros que son. Winslow Homer probablemente también había sido una mala elección: burgués y de segunda clase, no figuraba en el panteón de artistas que papá admiraba. Caí en la cuenta de que nunca había visto esa clase de cuadro en Saint Cleran; era evidente que no tenía interés para papá. Debería haber sabido que un cuadro que gustaba a Nana no podía ser lo bastante bueno para papá. Pero ¿qué habría sido bueno para él? Aunque hubiera copiado un Toulouse-Lautrec, no habría sido un Toulouse-Lautrec, sino una mera copia hecha con cristales. Se suponía que uno hacía sus propios cuadros, no

copiaba los de otras personas.

Me sentí como un salvaje embaucado con baratijas, un idiota que no sabía nada de arte. Lo que más deseaba en el mundo era complacer a papá. En Saint Cleran me había sentido capaz de hacerlo con mis dibujos, mi facilidad para el juego o mis bailes irlandeses. En los últimos seis meses había tomado sin saberlo un giro equivocado, alejándome de la persona que debía ser si quería ser digna hija de mi padre y hermana de Anjelica. Carente del talento que ellos tenían, había confiado en mi inteligencia; pero ésta me había defraudado. El problema no había estado en la ejecución del cuadro sino en la idea en sí.

VII

El coche traqueteó por una calle adoquinada bordeada de muros desnudos y anodinos. Me gustaba el color de los muros: rosa anaranjado, marrón rosáceo, amarillo anaranjado. Pero su desnudez resultaba desconcertante, como una hilera de caras sin ojos.

Me senté en el asiento trasero entre la Tata y Gladys. Conducía un hombre moreno de tez oscura. Tenía una cara redonda y plana, como las de los ídolos precolombinos de papá, pero no estaba asustada como la de ellos sino que parecía moldeada para sonreír. Se llamaba Arturo y siempre hizo de chófer para papá en México. Había sido boxeador y matado a un hombre en el cuadrilátero. Por supuesto, papá tenía que tener un chófer con un pasado así.

—*Gracias*[2] Arturo —dijo Gladys mientras nos deteníamos frente a una verja de hierro.

Un jardinero la abrió. En cuanto entramos, la cerró a nuestras espaldas. Qué extraño, pensé, como una prisión. Una calle bordeada de prisiones en las que la gente se había encerrado a sí misma.

La casa estaba en Cuernavaca, una ciudad turística a unas dos horas de México, y pertenecía al agente de papá. La había pedido prestada mientras trabajaba con Gladys en el guion de *El hombre que pudo reinar*. Cici no estaba con ellos y no me pareció extraño. Me habría chocado mucho más que estuviera Cici y Gladys no.

Aunque Gladys se mantenía al margen de la vida social de papá —nunca había formado parte del grupo de la Casa Grande, ni había visto las carreras ni la Copa del Mundo en la sala de estar del sótano, ni había participado en las cacerías, ni había bebido cócteles en el estudio—, era imposible imaginarla sin él. Ella era su luna, con una órbita a veces más cercana, otras más lejana, pero siempre contenida por la gravedad de él. Parecía no tener edad, como si hubiera logrado mantener a raya la crudeza de la vida, del mismo modo que se había protegido la piel del sol. Su peinado severo y sus gafas de montura negra no estaban concebidas para atraer a los hombres; llevaba

pintalabios sólo porque se habría sentido medio desnuda sin él. En su palidez siempre había algo espectral. Ni gruesa ni delgada, se movía sin hacer ruido y a veces no sabías dónde estaba.

Papá y ella ocupaban los dos dormitorios de la casa principal. La Tata y yo estábamos en la casa de huéspedes. Me sentía feliz de volver a estar con papá, pero también nerviosa. Me sentía muy presionada para convertirme en la clase de niña que debía ser, aunque no tenía muy claro lo que eso significaba. Todo lo que sabía era que no era la niña en la que me estaba convirtiendo en calidad de prima Soma en Miller Place. Intentar no ser esa niña me cohibía. Papá no pareció darse cuenta. Estaba como ausente, viajando con la imaginación en el ficticio reino de Kafiristán del Himalaya, o (sospecho ahora) dando tristemente tumbos a través de las promesas de un nuevo matrimonio que no funcionaba. Yo lo observaba a través de las puertas abiertas del jardín, recostado en una butaca de cuero con los pantalones de algodón enrollados, sus largos tobillos desnudos, fibrosos y marrones como el cuero de sus mocasines; o mientras se paseaba a grandes zancadas por la habitación con los brazos colgando, mientras Gladys garabateaba frenética en una libreta colocada sobre su regazo.

A medida que los días se convertían en semanas, me sentí más invisible que observada. Papá y yo ya no jugábamos al juego de la memoria, y después del fiasco con cristales de Winslow Homer yo había perdido toda la afición de pintar. Como no comíamos juntos, todas las conversaciones tenían que comenzar desde el otro lado de lo que de pronto parecía ser el amplio abismo del pasado año. No hablábamos sobre el paraíso perdido de Saint Cleran, ni sobre Nana, ni sobre el abuelo. Al final a papá se le ocurrió enseñarme a jugar a *backgammon*. Fue como una cuerda extendida de lado a lado del abismo, y enseguida fui lo bastante buena para que le divirtiera jugar conmigo.

Me pasaba casi todo el día chapoteando en la piscina mientras la Tata vigilaba desde el bordillo. Un día Gladys me enseñó a tirarme de cabeza.

—Juntas las manos encima de la cabeza, señalando con los dedos adonde quieres ir, y déjate caer hacia delante. —Y me hizo una demostración.

Pero no pude seguirla. Gladys salió del agua y me dobló las rodillas.

—Como una rana.

La miré esperando verla sonreír, pero estaba totalmente seria. Aun así no podía dejarme caer, de modo que doblé aún más las rodillas, acuclillándome tanto que acabé casi sentada.

—Inténtalo desde aquí.

Ella aceptó mi miedo como un hecho que no era digno de notar y eso le restó importancia. Su forma de tratarme como una adulta me hizo pensar en que podía escoger aprender, del mismo modo que ella había escogido enseñarme.

Me moría por ser ágil físicamente. Después de pasar un año en Miller Place seguía sin atreverme a ir en bicicleta sin manos. Los colegios norteamericanos ponían nota en educación física, y me ponía furiosa cuando mi boletín de todo sobresalientes se veía injustamente deslustrado. Una madre —la mía, fantaseaba— me habría enseñado a jugar al tenis en la cancha de Saint Cleran, o no habría parado hasta que hubiera aprendido a montar a caballo.

Buceaba durante horas todos los días. No había niños que hablaran inglés con los que jugar, ni libros que me apeteciera leer, ni librería donde comprar más, ni playas, bosques o ríos. Sólo esa piscina cuadrada, un sol abrasador y barajas de cartas con las que jugar solitarios, apuntando la puntuación en hoja tras hoja al estilo acumulativo de Las Vegas que me había enseñado papá. Hacía listas interminables de los países del mundo con sus capitales y de aquellos de los que tenía monedas. Papá me daba el suelto al volver de sus viajes, y empecé una tímida y poco emocionante colección de monedas que flotó durante años como llovizna a mi alrededor. Fingía entusiasmo para complacer a papá, quien parecía creer que una colección de monedas me haría destacar, me daría conocimientos sobre algo. Le gustaban las personas que eran expertas en algo. A menudo le oía decir cosas como: «Es el mejor criador de mulas del estado de Jalisco», o «Es el fontanero más listo del oeste de Irlanda». Arturo era el mejor chófer de todo México.

El día que cumplí nueve años, por la mañana papá me regaló tres monedas mexicanas de oro: piezas diminutas y redondas, cada una con un águila luchando con una serpiente entre las garras. Yo no las quería, pero afirmarlo habría sido una herejía. No me gustaban las monedas y no me gustaba México. Me sentía indispuesta, el sol me quemaba y quería volver a Miller Place y jugar con mis primos. Martine —a quien tal vez no volvería a ver— estaría probablemente en la playa buscando cristales azules o incluso rojos. Y ahí estaba yo, en una prisión.

De la gruesa rama de un mango colgaron un burro paticorto cubierto de papel de seda blanco y rosa con florituras, y apareció un grupo de niños. Nunca los había visto y no mostraron ningún interés por mí, aunque era la fiesta de mi cumpleaños. Ninguno hablaba inglés.

Me taparon los ojos con un pañuelo y di tres vueltas. Mareada, noté que me ponían un palo entre las manos.

—*¡Bátalo!* —dijo un hombre. Probablemente el jardinero.

—Golpea, cariño —dijo papá.

Yo no era la clase de niña a la que le gusta golpear cosas, y el pillo pesaba mucho y me costaba manejarlo. Yo nunca había visto una piñata y no entendía lo que tenía que hacer.

Di un golpe pero no toqué nada. Sentía la emoción de los otros niños, hablando en español y riéndose de mí. Cuando volví a golpear, oí un susurro de papel de seda y noté el fantasma de algo girando. Cómo no, se me dio fatal. No sabía que había otro hombre apostado en el extremo de la cuerda, tirando de la piñata para mantenerla fuera de mi alcance.

Yo había sido la primera porque era la niña del cumpleaños. Los chicos que han crecido con piñatas saben cómo funciona y la gente gritó desde los lados:

—¡Ahora! ¡Dale ahora!

Papá y Gladys no eran de los que gritaban. La Tata me habría ayudado, si hubiera sabido lo que pasaba (después del partido de *rugby* entre Inglaterra e Irlanda, sabía que lo llevaba en los genes), pero para ella la piñata era probablemente algo tan extranjero como las fundas de calabaza para cubrir el pene o una cabeza reducida. El jardinero chilló en un español que bien podría haber sido chino.

Di golpes y más golpes, ya que era lo que se esperaba de mí. Lo único que quería era que se acabara esa fiesta de cumpleaños inexplicable, bárbara y poco festiva.

—Basta, hijita, muy bueno.

Noté cómo el hombre me quitaba el palo de las manos y me desataba el pañuelo. Al menos había terminado la humillación.

—Así se hace, cariño —dijo papá con tono aburrido e impaciente mientras yo retrocedía y me colocaba al lado de la Tata.

Me pareció que le había decepcionado, lo que me hizo sentir aún más desgraciada. No sabía que nunca se le deja romper la piñata al primer niño; los hombres se la arrancan de las manos hasta que todos lo han intentado.

Al final el último chico, que era el más corpulento, dio un paso para golpear. La vasija de barro de la barriga del burro se resquebrajó y llovieron los caramelos. Los niños del pueblo se acercaron corriendo y se pelearon por recogerlos del suelo de ladrillo.

—Corre a coger caramelos, cariño —dijo papá, irritado con mi falta de iniciativa.

Encontré unos cuantos esparcidos en los bordes. No me gustaban

los caramelos mexicanos y me asustaba la aglomeración, así como el palo que seguía agitando el chico con los ojos tapados mientras el jardinero trataba de arrebatárselo.

Me habría gustado estar en otra parte. Entendí —sin preguntar y sin que nadie me lo dijera— que no iba a volver a Miller Place. No sabía por qué. Tal vez mi largo e infortunado brote de varicela habían sellado mi destino, o tal vez al abuelo no le había gustado que Martine y yo subiéramos las escaleras hasta su habitación para espiarlo. Pero ¿por qué Nana y el abuelo no me habían dejado pasar al menos el verano con ellos? ¿Por qué me habían hecho desaparecer en cuanto había terminado el colegio y me habían puesto en una vía muerta en México, como si no hubiera otro techo en el mundo para cobijarme?

Cici me explicó más tarde que Nana había escrito a papá diciendo que no podían seguir cuidando de mí: eran demasiado viejos y la responsabilidad de un niño era demasiado grande. Dudo que fuera lo que Nana quería. Tal vez todo lo que buscaba el abuelo era más dinero de papá, como Cici sospechaba con desdén. Fuera lo que fuese, hizo que papá decidiera alejarme de esos «viejos espaguetis dementes» (como los llamó en una carta dirigida a Cici) en cuanto terminara el colegio. Imagino que mi abuelo sintió una amarga satisfacción al obligar a papá a ocuparse de mí. No había tratado a mamá como era debido, y ahora que tenía una nueva mujer, el abuelo iba a ponérselo lo más difícil posible.

Comprendí que ese sofocante lugar no era permanente. Sólo era un circuito de espera, ya que aún no habían encontrado un lugar para mí. Pero las semanas se prolongaban, íbamos por el tercer mes y seguía sin haber indicios de mi partida.

Tenía la sensación de que improvisaban los planes sobre mi futuro. Yo era un inconveniente; no es que no me quisieran, pero era un problema que requería continuamente solución. Si preguntaba cuándo iba a ir a casa —fuera cual fuese— o si iba a quedarme donde estaba, ponía en un aprieto a papá o a Gladys. (Me imaginaba que la Tata no sabía más que yo). Podía ver la incertidumbre en sus caras mientras se devanaban los sesos buscando posibles respuestas que me hicieran callar, al menos por un tiempo. Eso sólo confirmaría lo improvisado que era mi destino. Era mejor esperar y ver.

Euclid. Vi la palabra en una placa en lugar del número trece. La calle Quince, la calle Catorce y Euclid Street.

El pesado Impala de Gladys, de un dorado sucio, giró hacia la izquierda. Al cabo de unas cuantas manzanas con señales de *stop*, se

detuvo frente a la casa que la Tata, ella y yo íbamos a compartir.

Yo no quería vivir en Euclid Street. Despreciaba al hombre que había puesto nombre a la calle cediendo a la superstición para disfrazar la calle Trece, y despreciaba la calle en sí por tener un nombre que parecía el de un insecto repugnante. Nadie viviría en Euclid Street si podía evitarlo.

Pero al menos volvía a estar en la ciudad de Los Ángeles, repleta de esa buganvilla seductoramente antinatural que parecía que nunca se marchitaba o perdía el color. El sol de finales de verano era suavizado por la bruma del Pacífico, a trece manzanas de distancia, y era más benigno que el del interior de México. Iba a ir a un colegio donde el primo de Cici era profesor. Eso me hizo creer que ella se preocupaba por mí.

La casa tenía unos paneles de plástico que parecían madera y unas alfombras del marrón verdoso de las boñigas de las vacas. Formaba parte de una larga hilera de casas bajas que tenían su reflejo exacto al otro lado de la calzada y se duplicaban calle tras calle entre Ocean y la Veintiséis, donde terminaba la numeración. En esas calles vivían familias. Yo encajaba físicamente allí, una niña de nueve años con coletas rubias y una bicicleta con timbre y cesta blanca. Era la parte que más me gustaba del día: sacar la bicicleta del cobertizo del patio, pasar por encima del laberinto de rastros de caracol que brillaba al sol matinal e ir sola e independiente al colegio agarrando el manillar con las dos manos, con absoluto control en una carretera pública por la que pasaban coches. Creía tener un lugar seguro en el mundo mientras seguía mi ruta a través de las calles casi desiertas, una ruta que era totalmente mía.

Me visualizaba a mí misma y me sentía como una impostora en un barrio residencial. Nunca había vivido en una calle así, con jardines delanteros con aspersores y todos los dueños de las casas cortando el césped que había entre la acera y la calle como se suponía que tenían que hacer, y dudaba que volviera a hacerlo. Me irritaba la uniformidad, que despersonalizaba a las personas que vivían allí, y al mismo tiempo anhelaba compartirla. Mi vida nómada, con su guion altamente dramático y su elenco de personajes excéntricos, me hacía parecer interesante y original, pero también farsante, como si no hubiera hecho nada para ganar mi estatus especial. En mi fuero interno me sentía normal y corriente. Estaba cansada de esa vida camaleónica.

Lo que más deseaba en este mundo era que me llamaran Nikki, con dos *k*. Anjelica me llamaba por el diminutivo «Legs», y aunque no me gustaba, me encantaba el afecto que desprendía. Pero los *spots*

publicitarios de los *panties* L'Eggs lo hacían insoportable. Unas mujeres se paseaban por delante de unas obras y los paletas silbaban con admiración: «¡Qué piernas!». Ese mismo silbido me perseguía, y lo peor era que a mis ojos yo entraba en la categoría de los Reventones, regordeta y patosa, muy alejada de la mujer a quien silbarían los hombres, como mi madre, que había sido tan guapa que había salido en la portada de *Life*, o como mi hermana, que siempre estaba en *Vogue*.

Nikki, tan parecido a Ricki, aunque nunca me había parado a pensarlo; el eco, que debía de haberme complacido subconscientemente, no se extendía a Vicki (o Vikki), con el que lo comparaba y no me gustaba en absoluto. Rara vez pensaba en Ricki, mi madre; no tenía recuerdos de ella, ni fotografías, nada que me hubiera llevado conmigo de Saint Cleran o Maida Avenue. Los recuerdos más vividos que conservaba de ella se reducían a esa silenciosa vuelta en coche y a su enfado por mis saltos; había empezado a pensar que recordaba el acto de recordar y no los sucesos en sí. Era una generación perdida en el registro mental, y quién sabía los detalles que se habían borrado, o las sombras o los halos de color que se habían incorporado a las imágenes. Yo estaba a tres mundos de distancia de mi madre perdida, demasiado lejos para encontrarla de nuevo.

La Tata también detestaba Euclid Street, aunque nunca lo dijo; no le habría parecido apropiado hacerlo. Pero yo lo notaba. Caminaba de puntillas alrededor de la señorita Hill, como llamaba a Gladys, y cenábamos las tres calladas en el comedor, en el que sólo entraban los moribundos rayos del sol, con los olores fantasmales a comida impregnados en las cortinas y las fibras de la alfombra.

Como la Tata no sabía conducir, estaba prácticamente aislada. Tenía una tarde libre a la semana, en la que caminaba un kilómetro y medio hasta una cafetería donde había quedado con una amiga. Me pregunté cómo había conocido a esa amiga, pero ella se cerraba en banda cuando la sondeaba. Estaba, ahora me doy cuenta, clínicamente deprimida. Siempre me cepillaba los dientes y el pelo, y me esperaba con un vaso de leche y galletas cuando volvía del colegio, pero estaba demasiado cansada para jugar conmigo y tenía poca paciencia.

Los sábados íbamos andando a la librería y me compraba cinco libros de Nancy Drew, mi nueva obsesión. Nancy Drew era una detective adolescente de pelo castaño rojizo, con dos secuaces y un descapotable azul celeste. Disfrutaba con los misterios inverosímiles, pero lo que más me fascinaba era que Nancy (como los Cinco) pudiera tener tales aventuras perteneciendo a un mundo tan corriente, y que

su mundo pudiera ser tan corriente cuando también había perdido a su madre. Al llegar a casa, me encerraba en el cuarto de baño y leía de cabo a rabo uno de los libros. Los demás los terminaba durante la semana, después del colegio, tumbada en una de las camas de cuatro columnas con las que tía Dorothy había contribuido a la casa.

Para alguien que desaprobaba a Enid Blyton como papá (o al menos eso me había dicho Gladys), Nancy Drew habría sido despreciable. Me sentía silenciosamente conchabada con la Tata cuando me compraba libros que no le gustaban al «señor Huston». No creo que ella pronunciara nunca las palabras «tu padre». Yo empezaba a darme cuenta de que la gente había tomado partido cuando mamá y papá se habían separado. La Tata, era evidente, estaba de parte de mamá, y Gladys de parte de papá. No sabía dónde estaba yo. Habría sido una deslealtad detestable abandonar el recuerdo de mi difunta madre, ya frágil de por sí; pero ¿cómo no iba a ser leal a papá cuando era el centro y el titiritero de mi mundo?

Gladys nunca habría contravenido abiertamente los deseos de papá, pero se las arregló para hacer la vista gorda con los lomos amarillos de mi estantería. Sus gestos de amistad eran tan sutiles que resultaba fácil pasarlos por alto. Fuimos adoptados por un gato siamés, y Gladys sugirió que lo llamáramos *Ignats*, porque sabía que lo encontraría divertido. Me dio una máquina de escribir y un libro para aprender a mecanografiar, y cuando tuve que escribir un trabajo para la clase de historia, me sugirió que escogiera el tema de las grutas —alguien me había regalado un libro sobre ellas del que podía sacar información—, y me ayudó a escribirlo la mañana que debía entregarlo, observándome por encima de mi espalda mientras tecleaba. Luego me llevó al colegio en coche para poder justificar ella misma mi tardanza.

Luego la madre de Gladys nos hizo una larga visita y nuestro vacilante entendimiento se esfumó. Era invierno, y el termostato de la casa subió a veintisiete grados. Yo no comprendía por qué la señora Hill no podía ponerse un suéter encima de su fino vestido de estar por casa de algodón en lugar de asfixiamos a todos en esa claustrofóbica recreación de lo que imaginaba que debía de ser el tórrido calor del oeste de Virginia, de donde era. El calor intensificaba el olor a polvo viejo y a moqueta de la casa, y el aire era tan escaso como en el interior de una tumba.

La Tata se instaló en mi habitación para dejar la suya a la señora Hill. El débil murmullo de la radio llegaba a través de la puerta cerrada, subrayando la ausencia de mido humano en vivo. Gladys y la Tata sólo hablaban lo estrictamente necesario, y las conversaciones

que mantenían eran educadas pero mínimas. Yo iba de una a otra, tratando de hacer el menor mido posible.

Yo también cerraba la puerta de mi habitación, para evitar el calor embalsamador del homo. Cerraba los conductos de la calefacción y abría todas las ventanas, sin importarme cuántos jerséis tenía que ponerme. Aunque odiaba la casa, la consideraba sobre todo mía. Creía que de no haber sido por mí nunca la habrían alquilado; por lo que se refería a la familia Huston, ni siquiera existiría. No se me ocurrió pensar que Gladys habría tenido que vivir en alguna parte, que sin mí habría tenido alguna casa o apartamento alquilado, que de hecho yo compartía su territorio en lugar de ella compartir el mío. Cuando nos mudamos a ella dejó que me pidiera el dormitorio principal, con su cuarto de baño individual. Vi la sorpresa en la cara de la Tata, pero Gladys pasó por alto mi arrogancia. A medida que la visita de la señora Hill se prolongaba, empecé a sentirme aislada en una esquina mientras el resto de la casa recuperaba su verdadera naturaleza: asfixiante y sin vida.

Los fines de semana eran una liberación para mí. Salía todo el día, y a veces hasta pasaba la noche fuera, en casa de Cici. O me quedaba en casa de mi madrina Gina, que vivía en Los Ángeles porque su marido, un maestro de esgrima búlgaro, quería ser actor. (Tras la caída del Telón de Acero, salió segundo en las elecciones presidenciales de Bulgaria). Mejor aún, Anjelica pasaba a recogerme y recorríamos el bonito San Vicente Boulevard, con su ancha mediana de césped bordeada de árboles de coral de nudosa corteza rojiza, hacia Hollywood, donde compartía una casa con su viejo amigo de Londres, Jeremy Railton. Acababa de sacarse el carné de conducir y bromeaba diciendo lo difícil que había sido para Jeremy impedir que fuera a más de cincuenta kilómetros por hora cuando la enseñó a conducir. La radio siempre estaba encendida. Cuando sonó Bob Dylan cantando *Knockin'on Heaven's Door*, Anjel subió el volumen y cantó con él. Así quería ser yo: despreocupada, entendida en música, controlando el volante, yendo a toda velocidad. Yo también canté, agradeciendo a Dylan por escribir un estribillo que era el mismo verso repetido varias veces. Uniformidad en el bulevar, uniformidad en la canción: ojalá no se hubiera acabado nunca ese trayecto arropado e iluminado por el sol.

Anjel me habló sobre el día que conoció a Gladys. Era Navidad, y Gladys se presentó en Saint Clerán sin regalos para Tony y para ella. «No hago regalos a la gente que no conozco —dijo—. Os regalaré algo cuando os conozca mejor».

—¿Puedes creerlo? —exclamó Anjel mientras conducía.

Me miró sonriendo. Ni siquiera tenía que clavar la mirada en la carretera. ¡Era indignante! La odié al instante. Se reía de su codicia a los ocho años, pero parte de la indignación había persistido.

—Yo también lo habría hecho.

Era mentira. No quería admitir que yo nunca habría esperado un regalo de nadie, y, de haberlo esperado, me habría apresurado a revisar en silencio mi percepción equivocada. Me habría gustado creerme con derecho a esperar algo, como Anjelica. Eso parecía resumir lo que la hacía más interesante, más confiada, más especial de lo que era en realidad.

Estar con Anjelica en Nueva York había sido como estar con papá, adentrándome en un mundo al que no pertenecía, sin saber si estaba dando la talla. Entonces no había sabido que el hombre que vivía con ella, un fotógrafo de moda, era depresivo y proclive a los ataques de cólera, por lo que ella tenía los nervios continuamente de punta. Allí estaba, llena de entusiasmo y energía, y me contagió. Quería que fuera su hermana; eso era todo lo que me importaba. Éramos aliadas: hijas de mamá, las chicas Soma.

Jeremy tenía una camioneta, y solíamos ir a un centro de jardinería o a una ferretería, yo sentada entre los dos en el asiento corrido, para comprar suministros para sus proyectos: cemento para hacer estanques para las tortugas y las ranas, plantas selváticas para atraer a las aves salvajes, madera y cable para construir jaulas para las nidadas de las codornices. Una vez Anjel sacó un vestido viejo de un baúl y los dos insistieron en que me lo probara. Era largo y blanco, con pequeños pliegues y encajes; había sido de nuestra abuela Angélica, me dijo. Yo odiaba los vestidos, pero lo peor era el gorrito con volantes. A Anjel siempre le había gustado disfrazarse y no aceptaba que a mí no me gustara. El vestido me hacía sentir estúpida; me anulaba. Pero no podía explicarlo, ni siquiera a mí misma, y no me atrevía a negarme por si decidían que no me querían en su mundo encantado y artístico. De modo que me lo puse, junto con el gorro, y me acurruqué en la hamaca como un hámster malhumorado mientras me hacían fotos.

Tengo recuerdos de Anjel y Cici riéndose juntas, y ninguno de Anjel con papá. Anjel no pasaba el día de Navidad con nosotros, pero nunca me paré a pensar por qué. Mi familia estaba hecha de personas individuales que compartían una circunstancia accidental; no formábamos un todo. Tony me escribía, pero no nos habíamos visto desde Irlanda. Dudaba que volviera a ver a Danny. Ni él ni Zoë me escribían, y las pocas veces que Cici mencionó el nombre de Zoë fue con tanta hostilidad que era evidente que Danny y ella no podían

formar parte de la nueva vida de papá.

El círculo de gente que había querido a mamá era más poderosamente magnético que la familia amébica de los Huston. Nos unía una fuerza misteriosa de una forma aparentemente casual, en lugares y momentos determinados: Anjelica y yo, Gina, Jeremy y la amiga de Anjel, Joan Buck, en Londres, en Nueva York y en Los Ángeles, y más tarde en Nuevo México. Me conocían desde que nací, cuando vivía mamá. Ellos eran más importantes que la familia: eran los testigos de la realidad que mi propia memoria no podía demostrar que era real.

Una noche Anjelica me llevó a Chinatown. Era la primera vez que visitaba un plato y estaba emocionada: una calle cerrada al tráfico, coches antiguos negros brillando bajo los megavatios de los enormes focos instalados sobre altos postes. Pero en general fue aburrido. Muchas personas de pie murmurando entre sí con la cabeza inclinada, otras corriendo alrededor con resolución, haciéndome temer estar en medio. Cuando la cámara rodó y se hizo el silencio, estaba demasiado lejos para oír lo que decían los actores.

Papá estuvo en el plato esa noche, aunque yo apenas lo vi. Es posible que prefiriera no ver a sus hijas mientras hacía de villano incestuoso. De todos modos era al nuevo novio de Anjelica a quien habíamos ido a ver. Esperamos en su caravana camerino hasta que terminó una escena. Finalmente se abrió la puerta.

—¡Eh, Toot![3]

No lo pronunció como el ruido de un tren, *tut-tut*, si no más bien como el singular de Toots. A veces lo alargaba a «Tootman».

—Éste es Jack —dijo Anjelica.

A los nueve años, nunca había oído hablar de Jack Nicholson ni había visto ninguna de sus películas. De hecho, había visto muy pocas películas. La Tata no me llevaba al cine, porque no había ninguno al que pudiéramos ir andando desde Euclid Street.

—Encantado de conocerte, Allegra.

Me estrechó la mano, luego se sentó delante de un gran espejo rodeado de luces. Una mujer se inclinó sobre su nariz, de la que asomaba una hilera de hilos negros anudados como un ciempiés masacrado.

—Sólo es maquillaje, cariño —me tranquilizó Anjel.

Sentí cierta aprensión, sobre todo cuando los dedos de la mujer la toquetearon. Yo apenas podía mirar.

Unas semanas más tarde tuve fiebre mientras estaba en casa de

Anjelica y Jeremy. Ella me acostó en su cama y me quedé adormilada. Oí pasos en las escaleras. Un hombre apareció en la puerta. Era Jack.

—¡Leggsie!

Pronunció el nombre durante segundos como quien saborea un *toffee*. Y de pronto me encantó; era mío, era yo. La atención de Jack me hizo sentir como una deidad menor postrada en cama.

—He traído a Scatman[4] —dijo—. Hará que te encuentres mejor.

A su lado había un hombre negro con una cara arrugada como el cuero que se resquebrajó en una gran sonrisa. Se sentó en mi cama y empezó a cantar con voz áspera una tonadilla disparatada y divertida, cada palabra al borde de la risa. Era el tema principal de *Los Aristogatos*, una película de Disney que había ido a ver con Anjel. En mi estado febril, la habitación se volvió un lugar fantástico y de ensueño, y un Scatman borroso se convirtió en un Enano Saltarín. Así eran Los Ángeles que me habían seducido: un lugar fuera del tiempo, donde las flores eran permanentes, y la enfermedad no significaba aburrimiento y tristeza sino que traía al mismo Gato Jazz al lado de mi cama, para cantar sólo para mí.

VIII

Al llegar el verano, mis visitas de los fines de semana a la casa de Cici y de papá se alargaron. La mayoría de los días tomábamos la Pacific Coast Highway hasta la colonia de Malibú, donde habían alquilado una casa en la playa. El coche de Cici era un Citroen Maserati —decía que no había muchos iguales— y en cuanto giraba la llave de contacto, la parte trasera se elevaba hidráulicamente con el calor, como un babuino robótico. Lo llamaba el Montículo Marrón, o el Montículo a secas. Yo me sentaba delante, un cubo de cuero inclinado hacia atrás como por la fuerza de la gravedad. Su hijo, Collin, comía galletas saladas en el minúsculo asiento trasero, con sus codos y rodillas más flexibles de lo normal sobresaliendo en extraños ángulos, y una sonrisa tímida en los labios.

Cici conducía con una mano en el cambio de marchas, haciendo repiquetear su anillo contra el cromo. Era un trozo alargado de jade, de un verde tan suave como la lana, y la piedra seguía la forma de su dedo índice como un fragmento de armadura. A veces llevaba también un diamante con corte de esmeralda del tamaño de mi pulgar, que al parecer había sido el anillo de compromiso de un hombre con el que no se había casado. Había tratado de devolvérselo y él no lo había querido, pero ¿era apropiado que siguiera llevándolo? Me quedé algo escandalizada pero también excitada. Cici no se sentía obligada, como yo, a hacer lo que los demás creían que debía hacer. Hacía exactamente lo que quería.

Conducía deprisa, cambiando continuamente de carril para sortear el tráfico. Era como un videojuego: los otros coches estaban allí sólo para hacer más emocionante el trayecto. Mi tarea era estar atenta por si había guardias. Cici me enseñó a bajar la visera y a mirar en el pequeño espejo, porque podía parecer sospechoso sacar la cabeza por la ventanilla. No queríamos que los guardias supieran que los vigilábamos. Cuando yo gritaba «¡Guardia!», ella pisaba el freno sonriendo con fingida inocencia para hacemos reír a Collin y a mí.

«Cerdos repugnantes», decía en una especie de siseo mientras pasábamos por el lado del coche patrulla exactamente a la velocidad límite o mientras el coche patrulla nos adelantaba zumbando siguiendo a alguien más.

Yo nunca había nadado con olas de verdad. Collin me enseñó a sortear las grandes olas, saltando y buceando a través de las paredes de agua que se acercaban, y chapoteando para coger la ola. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos y contener la respiración, y dejar que la ola me levantara y me arrojara hacia la playa. El roce de la arena en la piel rayaba en el dolor. Era el presente que me rascaba, haciéndome saber que estaba allí, que formaba parte del mundo real siempre que aguantara la respiración.

Collin tenía dos años menos que yo y me mostraba protectora hacia él. Gladys me había advertido de sus dificultades de aprendizaje. Era cierto que no podía leer o escribir bien, aunque tenía ocho años. Pero estaba muy lejos de ser «poco despierto». Al hermano de Cici, David, el clásico soltero de los años setenta de pelo rizado a la altura de los hombros, camisa desabrochada hasta el ombligo y cadenas de oro anidadas sobre el vello del pecho, Collin lo llamaba Chicksweeper[5]. Ya me habría gustado que mi cerebro fuera lo bastante rápido para dar con un apodo como ése.

Collin era obsesivo con sus entusiasmos, y no parecía tener muy clara la frontera entre la realidad y la fantasía. Tampoco la tenía clara yo, aunque la mía era fiel reflejo de la suya. Para él, la fantasía era real; para mí, la realidad era tan poco de fiar como la fantasía. Él no era «normal»; no funcionaba en la longitud de onda corriente. Yo tampoco era «normal». Una vaga sensación de singularidad me envolvía. Lo percibía como un velo entre las niñas del colegio y yo, y me costaba hacer amigas. Collin me aceptó tal como era, y viceversa. Con él siempre me encontraba en el presente o en una fantasía; fuera como fuese, el futuro y el pasado quedaban lejos. Era un alivio.

Papá siempre decía lo mismo para demostrar que Collin no era tonto. «Se sabe el nombre de todos los reptiles prehistóricos». Con el tono que utilizarías para hablar de una memoria prodigiosa o una proeza circense. «Imaginaos —podía oírlo decir—. Es capaz de hacer malabarismos con medusas». Lo decía con exagerada seriedad, como si la hazaña de Collin fuera tan extraordinaria que sólo pudieras quedarte boquiabierto de asombro. Me ponía furiosa. Parecía muy satisfecho consigo mismo por ser capaz de apreciar la inteligencia particular de Collin, como si sintiera la necesidad de demostrar que no era idiota, lo que sólo ponía de manifiesto que contemplaba la posibilidad. ¿Y por qué los «reptiles prehistóricos»? ¿Tenía miedo de

que lo tomaran por ignorante si los llamaba «dinosaurios»?

Además, lo que hacía singular la inteligencia de Collin era su gran agudeza, algo que papá no parecía capaz de percibir. Collin sabía tanto, o tan poco, de dinosaurios como cualquier niño. Yo sabía que, al menos por lo que se refería a los dinosaurios, Collin era totalmente normal, mientras que papá era evidente que no. También me agobiaba la duda de si todos los dinosaurios habían sido reptiles. Muchos parecían estar entre ambos, como el ictiosauro en forma de pez o el arqueoptérix con plumas. Como yo hablaba de verdad con Collin, en lugar de hacer declaraciones sobre él, sabía más de «reptiles prehistóricos» de lo que papá sabía o pretendía saber.

No estoy segura de cuándo ocurrió, pero papá se volvió falible. Tal vez fuera durante ese horrible verano en Cuernavaca, o cuando me dejó con la Tata y Gladys en la casa de Euclid, y me vi desterrada a los oscuros alrededores de su mundo. Mi corazón se había preparado entonces para ver defectos en él, y el primero fue esa aborrecible, condescendiente, seudoadmirativa evaluación de Collin.

No me gustaba la persona huraña y cerrada en la que me había convertido en la oscura casa de Euclid, y no quería ser así en la casa de Cici. Casi todas las habitaciones tenían una puerta que daba al exterior. Me gustaba tumbarme en la cama y contarlas mentalmente; había ocho. Algunas eran grandes puertas correderas que estaban abiertas todo el día.

La casa estaba enclavada en un cañón sin salida en el extremo occidental de Sunset Boulevard. Para empezar, la dirección suponía una gran mejora con respecto a Euclid. La casa se encaramaba en un saliente en mitad de una colina empinada, con un semicírculo de césped bordeado de rosales que Cici abonaba con excrementos de sus caballos. Éstos vivían en cercados al otro lado del riachuelo que corría al pie de la colina. Ella regaba a todas horas, en bikini y con una túnica flotante de gasa encima, descalza sobre las losas. Me encantaba lo permeable que era la casa: los olores de las flores mojadas y de los caballos que llegaban de lejos, y las suaves voces de Teddy Pendergrass e Isaac Hayes que salían de ella.

Los pies de Cici tenían los empeines muy curvados, y los dedos segundos tan largos que me parecían exóticamente deformes. Se sentaba encima de ellos en el sofá o los apoyaba en la mesa, y cuando hablaba los flexionaba como un gato que se arquea al sol. Hasta los flexionaba al andar, como si con cada paso sintiera una sacudida de placer físico. Los tendones de los dedos formaban crestas debajo de su

piel marrón, y los pies se apoyaban casi planos, como si estampara sus huellas en el suelo. Imaginé las elegantes ondas de choque atravesando la madera, el azulejo y el cemento, y grabando su rastro en la corteza de la tierra de debajo. El ruido también dejaba su impronta en el aire, y hacía temblar las finas hojas de la diadema etrusca de oro que había en una mesa de la sala de estar.

La diadema había estado en una mesa fuera del dormitorio de papá en Saint Cleran. En Cuernavaca, o durante el año que pasé en Euclid, me anunciaron que habían vendido Saint Cleran.

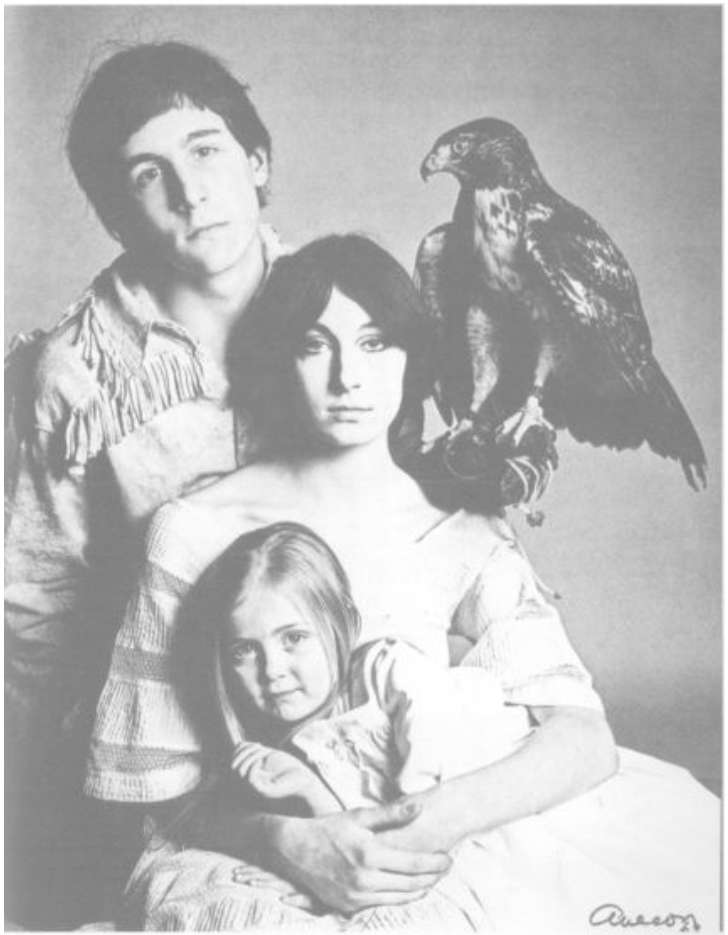
En secreto imitaba la forma de andar de Cici, doblando los dedos de los pies hacia dentro, presionando las almohadillas de las plantas y tensando el dedo gordo hasta que la parte interior de su pliegue tocaba el suelo. Estiraba los tobillos, tratando de curvar los empeines como los de ella, pero no se elevaban por encima de una frustrante línea diagonal. Al cabo de un minuto se me cansaban los pies.

La casa estaba llena de objetos de Saint Cleran. Collin dormía en la cama de latón que había sido de Betty. La mesa negra con naipes pintados en el tablero, que había estado en la Sala Roja del piso de arriba, hacía las veces de mesa de centro; y en la sala de estar se amontonaban los muebles mexicanos del estudio y las dos sirenas gigantes del salón interior. Los tres colmillos de narval del comedor —cuernos de unicornio de marfil en forma de espiral— formaban una especie de eje triple en el corazón de la casa. Había sido necesario fijar el más alto por debajo del nivel del suelo para que cupiera debajo del techo, y papá había hecho construir allí un estanque, bordeado de mármol negro y con tres fuentes bajas estilo Brancusi de las que borboteaba agua. A todos nos encantaba el estanque; quedaba maravillosamente ridículo en mitad de un salón y a veces se caían en él los invitados más eminentes.

Yo dormía debajo de la cabecera de la Habitación Gris, donde había dormido la baronesa Pauline de Rothschild. Era nudosa e incómoda para recostarte en ella a leer, lo que me hizo compadecer de pronto a la baronesa Pauline, que siempre me había parecido tan regia y distante. (Parpadeaba continuamente, muy deprisa. Yo solía mirarla fascinada desde el otro lado de la mesa del comedor mientras comíamos). Por bonita que fuera esa cabecera, no creo que papá la hubiera puesto jamás en su dormitorio.

Me sentía como en casa entre esos objetos familiares, aunque estaban todos mezclados de cualquier modo. Dormía en la cama donde habían dormido los amigos más importantes de papá; pero me observaba la Madonna de rostro oscuro y triste de la cocina, con el corazón atravesado por flechas y palabras latinas alrededor de la

cabeza como lazos de ectoplasma. Desbarataba todo mi sentido del orden; suponía una reorganización del cosmos. Todo —todos— éramos iguales allí, y no había arriba y abajo, el dominio del señor y el de los criados. Eso me gustaba.



Tony y uno de sus halcones, junto a sus hermanas Anjelica y Allegra.
(*Foto: Richard Avedon*)

Foto favorita de Allegra de su madre, Ricki Soma.

Ricki con su hija, de pocos días, Allegra

Allegra Huston con su «Tata».

John Julius en la época en que se enamoró de Ricki.

Parte posterior de la Casa Pequeña en Saint Cleran, donde vivía Allegra.

Fachada principal de la Casa Grande de Saint Cleran.

John Huston y su esposa Ricki.
(*Foto: Lillian Ross*)

Allegra en la playa de
Connemara.

Las hermanas Lynch, jugando con un perro, junto a Allegra que se escuda en Danny.

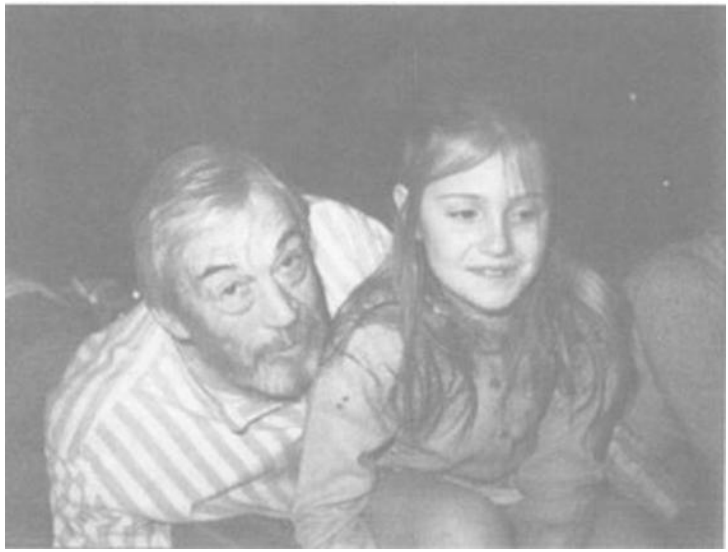
John Huston, en su estudio, dibujando uno de los halcones de su hijo Tony.

Allegra en la Primera Comunión de su amiga Caroline Lynch, detrás de ellas Karen Creagh.
(*Foto: Mary Lynch*)

La madre y el abuelo de Allegra en la azotea del restaurante de la familia.

Felicitación navideña del abuelo materno de Allegra.

Allegra en el Beach Club. Su abuela materna «Nana».



Huston con su hija en Los Ángeles.

Me sentía tan feliz, día tras día, de que no me dijeran que había llegado el momento de volver a la casa de Euclid, que casi me olvidé de ella. Cici y papá también parecían haberse olvidado. Al final pregunté cuándo iba a volver allí.

—No vas a volver —respondió Cici—. Ésta es tu casa ahora.

Vi la satisfacción con que me lo decía.

—¿Y la Tata? ¿Dónde dormirá?

Yo no quería volver a dormir con ella y la única habitación libre era la mía.

—Volvió a Irlanda hace unas semanas.

Cici lo dijo como si hubiera sido idea de la Tata.

Se me encogió el estómago. La Tata nunca me habría dejado a menos que se lo hubieran ordenado. Si protestaba, parecería que no quería quedarme con Cici; si no protestaba, estaría siendo desleal con ella. Al instante opté por lo segundo. Ya era un hecho consumado. Estaba allí con Cici y la Tata se había ido.

Me lo tomé como algo personal, no como un insulto sino más bien como si hubiera sido un fallo mío. La Tata, cuyo único papel en la vida había sido cuidar de mí, había sido despedida. Y yo ni siquiera me había dado cuenta. Había dejado pasar las semanas sin preguntar por ella, sin importarme que llevara días sin hablar con ella. Había dejado que se deshicieran de ella, después de pasarse veinte años con la familia Huston, con poco más que un gracias y un billete de avión. ¿Cómo debía de haberse sentido ella, sabiendo que yo había pasado página tan rápidamente sin mirar una sola vez atrás? Ella me había dado amor toda mi vida, había estado siempre conmigo, y yo se lo había pagado con el olvido. La habían arrojado a un mundo hostil. Conmigo había estado bajo el cobijo de la influencia de papá. Yo estaría bien sin ella, pero ¿qué iba a hacer ella sin mí?

Lo cierto era que sin la Tata me sentía más libre y más fuerte. El hecho de que ella no estuviera allí para protegerme y cuidar de mí, significaba que no necesitaba que me cuidaran y me protegieran. De todos modos, ella no podía protegerme de las cosas que me hacían sentir realmente vulnerable, como verme arrojada de una casa a otra, sin saber dónde estaría el siguiente mes. Todo lo que podía hacer era compartirlas conmigo, y cuanto más nos alejábamos de Irlanda y de Londres, más triste sabía que se sentía ella. Suponía que si no me habían dicho que la Tata se iba era porque temían que protestara o montara una escena; si esperaban a que preguntara por ella tal vez lo aceptara más fácilmente. Y así lo hice. ¿No habían estado todos, Cici, Gladys y papá, guiñándose el ojo, pensando en lo estupendo que era que Allegra no hubiera preguntado *aún* por la Tata? No me extraña.

Me había correspondido a mí preguntar y acordarme de ella, y no lo había hecho. Eso demostraba la clase de persona que era.

Una vez más se había repetido el patrón: esperar hasta el final del curso escolar, enviarme a alguna parte que pareciera temporal para ver si me gustaba, y arreglar todo a mis espaldas y decirme que era permanente. Esta vez me sentía feliz con el resultado, pero la técnica ya no me pasó por alto. Me molestó ser el sujeto de un experimento que nadie admitía estar realizando.

En el aeropuerto, mientras papá se acercaba al mostrador de Mexicana, Collin y yo nos quedamos a un lado con Cici. Ella iba con su habitual atuendo de verano, la parte superior del bikini —mi favorito, con una puesta de sol tropical en cada pecho, que le había alentado a comprar— y tejanos. Llevaba el estómago moreno al aire y el pelo con reflejos le caía sobre los hombros.

Éramos como una familia corriente (aunque un poco especial) que se iba de vacaciones, pero me pareció que todo estaba mal. Papá no se ocupaba de cosas como los billetes y los pasaportes; era la función de Gladys ser su intermediaria con el mundo cotidiano. Pero Gladys no estaba allí (eso me parecía bien; eran unas vacaciones de la familia), por lo que tal vez debería ser tarea de Cici; a ella, sin embargo, se la veía tan serena y segura de su sitio, esperando mientras su marido se ocupaba de todo, que no me pareció que tuviera que ocuparse ella tampoco. Su tarea era estar guapa, esperar con paciencia y coger las manos de los niños.

Una bolsa delgada y rectangular de cuero color marrón y con cremallera colgaba de una fina correa del hombro derecho de papá. Los hombres como tío Nap y tío Fraser no llevaban bolsas; tenían bolsillos. La camisa de safari de papá estaba cubierta de bolsillos perfectamente planchados; me habría gustado que los utilizara. Odiaba esa bolsa femenina. Lo empequeñecía a mis ojos. Hurgando en ella, se le veía incompetente y afectado. Como el padre de una familia corriente de dos más dos yendo de vacaciones, me di cuenta, sin saberlo, de que desempeñaba un papel que no iba con él. No éramos sólo nosotros, sino la pantomima; no podía durar. A partir de ese día advertí todos los indicios de que la relación de papá y Cici se desintegraba. Cuando por fin ocurrió no pude sorprenderme menos.

No me volvía loca la idea de volver a México, pero al menos tenía a Cici y a Collin, y no íbamos a ir a la cárcel de baja seguridad que era la casa de los Kohner en Cuernavaca. Nuestro destino era Puerto Vallarla, donde había una playa.

Ése era el México de Cici. Dábamos vueltas en un Volkswagen Safari parecido a un *jeep* con los lados metálicos y sin ventanillas, lleno de sus amigos. Collin y yo, apretujados en el espacio que había detrás del asiento trasero, formábamos parte del grupo. Sus amigos eran bulliciosos, se reían mucho, tenían idilios y se besuqueaban en el océano. Papá casi nunca se unía a nosotros. A menudo quedábamos con él para comer en El Dorado, en el paseo marítimo; no comas tomates ni sandía, me dijo Cici, porque riegan los campos con aguas residuales; siempre pedíamos bebidas sin hielo. Después de comer, papá y yo jugábamos al *backgammon*. Debajo de la mesa yo enterraba los dedos de los pies en la arena.

Nos alojamos en la casa que había construido Richard Burton después de hacer *La noche de la iguana* con papá, diez años atrás. Se erguía en la ladera de una colina, la larga pared del salón era sólo de media altura, y un balcón se abría al aire húmedo y caliente. A Collin y a mí nos dejaban salir solos después de cenar y subir corriendo la calle empinada hasta la heladería Bing para comprarnos un helado. Las gruesas rayas rosas y blancas pintadas en sus paredes le hacían tener exactamente el aspecto de una heladería. Estaba a la sombra de la catedral, cuya torre estaba rematada por una corona de hierro con filigrana —me encantaba ese detalle— que había donado la fábrica de cerveza Corona. Los iconos católicos que veía en todas partes me hacían pensar en Irlanda, pero allí la religión no era sombría ni opresiva. Era alegre y de los colores de los caramelos. No apuntaba a la gente agitando el dedo los domingos y los incitaban a beber.

Todos los días, al hacerse de noche, los altos nubarrones amarillo violáceos que llevaban toda la tarde concentrándose estallaban en una tormenta apocalíptica: rayos irregulares que desgarraban el cielo, lluvia torrencial que caía en cortinas de agua, truenos tan sonoros que me temblaba todo el cuerpo. Era prehistórico; así debían de haber sido las tormentas en el mundo de los dinosaurios de Collin. Tenía la sensación de estar compartiéndolo con él.

Ritualmente, cuando los truenos resonaban con estrépito a través de la pared inexistente del salón, Cici ponía el mismo disco en el tocadiscos: una misteriosa historia llamada *La Sombra*. Empezaba con acordes espeluznantes y una voz sepulcral entonaba: «¡Sólo la Sombra conoce los males que se esconden en los corazones de…» Los hombres, seguía la frase. Pero Cici, Collin y yo la cantábamos a la vez, y al llegar al final de la frase —es decir, si no se iba la electricidad— la ahogábamos con: «… los males que se esconden en el corazón de Henry Hyde!».

Henry Hyde era el abogado de papá de Nueva York. Nunca le

pregunté a Cici qué le había hecho para que lo odiara tanto; me parecía natural. El nombre encajaba: *Dr. Jekyll y Mr. Hyde* era una de las películas favoritas de Collin. Yo había conocido a Henry Hyde el año que viví con Nana y el abuelo, cuando él me dio un montón de libros publicados por Random House, de cuya junta directiva era miembro. Aunque uno de los libros era grueso y plano con ilustraciones, titulado *Just So Stories*, que me encantaba, la impersonal formalidad del regalo me dolió. No estaba segura de si me daba los libros a mí o a papá. Alguien debería haberse molestado en seleccionarlos para mí, pero sólo eran ejemplares de regalo que me había dado Henry Hyde; de modo que le cogí manía.

No estoy segura de qué hacía papá mientras nosotros gritábamos alegremente sobre el corazón maligno de Henry Hyde, pero debía de oímos, noche tras noche. Cici era imperdonablemente maliciosa con la gente con la que se cruzaba, como su vecino, el doctor Chainsaw, un psiquiatra que ella odiaba porque siempre talaba árboles, y concebía toda clase de tormentos imaginarios para ellos. Yo, que siempre me contenía, me quedaba atónita. Además, era divertido. Formábamos una pequeña camarilla y no me importaba que papá no formara parte de ella. No entendía que una parte de los cantos iban dirigidos a él.

Cici confiaba más en los animales que en las personas. Su perro favorito, *Meece*, había salvado la vida a Collin cuando era un bebé y la casa se incendió, aullando sin parar hasta que la criada lo rescató. A Cici le encantaba hacer cantar a *Meece*. Siendo un malamute, no podía ladrar, de modo que aullaban juntos.

En su foto favorita, que le habían sacado hacía unos años en el plato de *El juez de la horca* dirigida por papá, se la ve sentada a lomos de un león. No sonríe ni mira a la cámara. No posa. Toda su atención está concentrada en el león que da una gran zancada. El pelo le cae en suaves rizos como la melena del león; las piernas, con tejanos y botas de *cowboy*, cuelgan fuertes y relajadas sobre los musculosos costados. Ésa era la imagen de ella que yo había interiorizado: poderosamente hermosa, protectora de lo suyo, capaz de volverse feroz e implacable en un instante.

Era extraño, además de un poco estresante, vivir en la misma casa que papá. Los meses en la Casa Grande no habían contado porque era tan grande que nuestras vidas habían seguido caminos diferentes y lo había visto con la misma frecuencia que cuando habíamos dormido bajo otro techo. La casa de Cici, aunque cómoda, no era muy grande ni formal; era una casa familiar. Y la dinámica de una familia nos

resultaba extraña. Se me ocurrió que tal vez era totalmente extraña para papá. Yo sabía que no había sido un padre casero y accesible con Anjelica y Tony, y no esperaba que lo fuera conmigo. Pero así lo pedían las circunstancias de nuestras vidas. Los dos tuvimos que aprender a hacerlo.

Cici regresó al hospital para someterse a una operación y yo me levantaba de la cama con el pelo enmarañado. Mamá me lo había dejado crecer, y la Tata me lo cepillaba cada mañana y cada noche. Anjelica no paraba de hablar de cortarme el flequillo, y la idea me aterraba más allá de lo razonable. No dejaba que Cici me cortara ni las puntas abiertas. Mi pelo largo era mi pasado hecho visible y demostraba que éste formaba parte de mí. Yo era una niña con el pelo largo y rubio cuando mamá murió, una niña con el pelo largo y rubio que corría por los bosques de Irlanda y jugaba en la playa de Long Island. Sin mi pelo, ¿quién sería? ¿Quién sabría qué era yo?

El enredo estaba justo encima de la nuca. Estuvo muchos días allí. Normalmente me desenredaba yo sola el pelo con la ayuda del gel No More Tangles de Johnson & Johnson, un descubrimiento que habíamos hecho la Tata y yo al llegar a Estados Unidos. Si yo no podía, Cici lo hacía por mí.

Me peleé con él, haciendo muecas de dolor. El nudo persistió. No podía dejarlo allí; la Tata no lo habría permitido.

La puerta de la habitación de papá y de Cici que daba al pasillo estaba abierta. La crucé tímidamente con un peine en una mano y el bote de No More Tangles en la otra. El pasillo tenía unos cuatro metros y medio de largo, con armarios con puertas correderas a un lado y al otro un hueco y un cuarto de baño con la puerta siempre cerrada. Era un pasadizo entre dos mundos: la clase de lugar donde Orfeo se volvía para mirar a Eurídice, o una versión horizontal de la madriguera de Alicia.

—¿Papá?

Fue en aquella época cuando dejé de llamarlo papi.

—¿Sí, cariño?

Todo iba bien, podía acercarme. Al otro lado no había otra puerta. El pasillo comunicaba directamente con el dormitorio.

Papá estaba sentado en la cama, a punto de ponerse los zapatos. Yo sabía que iba a subir a su estudio situado en la ladera encima de la casa. Me encantaba subir y verlo pintar, como había hecho en Saint Clerán. Pero ahora que era mayor me daba vergüenza molestarlo. Por silenciosa que fuera, sabía que perturbaba la atmósfera cuando quería concentrarse y estar solo. Como no quería ponerlo en la desagradable situación de pedirme que me fuera, no iba muy a menudo.

—Tengo un enredo y no puedo deshacerlo.

Vi una expresión de confusión en su cara, como si no supiera lo que era un enredo. Miró alrededor buscando a alguien que pudiera lidiar con ello, pero estábamos solos en la casa.

—Claro, cariño.

Percibí en su voz que no sabía qué hacer.

Le tendí el peine y el bote de No More Tangles.

—Utiliza esto —dije, y me senté en el suelo a sus pies.

Quería ponérselo lo más fácil posible, así no tendría que moverse siquiera.

Estábamos frente a las puertas con espejo de un armario. Lo vi inclinarse en su postura típica, con los codos huesudos apoyados en las rodillas huesudas, los pantalones subidos por encima de sus largos tobillos, todo él alargado como un cuadro de El Greco. Noté sus dedos deshaciendo el enredo. Se movían con mucha delicadeza, más de la que había tenido la Tata.

Cerré los ojos y me entregué a ese momento de acogedora intimidad, y caí en la cuenta de que era tan frágil como una cáscara de huevo. Papá era delicado porque tenía miedo de hacerme daño; a ese paso, tardaríamos horas. Temí que se le agotara la paciencia. Apreté los dientes y me aseguré de no hacer ninguna mueca.

Era eléctricamente consciente de la enormidad de mi petición. Papá era un gran hombre, un cineasta famoso y reverenciado casi como un dios, no alguien de quien se espera que peine a una niña. Estaba transgrediendo las fronteras que me había impuesto a mí misma: de no ser una molestia, de ser capaz de cuidar de mí misma.

—Ya está bien. Es suficiente. —Perdí el valor y lo interrumpí antes de que deshiciera el enredo—. Gracias, papi.

Estoy segura de ese «papi». Se me clavó como una esquirla de cristal en mi memoria.

Le di un beso y volví a mi habitación, y la emprendí de nuevo con el enredo. Tuve que rendirme. Lo noté todo el día en la nuca, como un penacho de piel, o como la suave presión de los dedos calientes de papá.

Recuerdo esa mañana junto con la noche en la Habitación Butanesa, cuando papá me puso una mano en mi frente febril; momentos corrientes, tal vez, entre padres e hijas. Son los dos únicos que conservo yo. Estoy segura de que si hubiera habido más, me acordaría de ellos.

IX

El día que Cici me conoció, quiso ser como una madre para mí. Lo sé porque lo puso por escrito y lo guardó en una caja junto con la correspondencia entre ella y papá que se encuentra en la habitación de huéspedes de la casa donde vive ahora, su criadero de caballos de Santa Ynez.

Recuerda que me conoció un día antes del recuerdo que conservo yo de la fiesta en el Metropolitan Museum of Art. Me llevaron a la habitación de hotel de papá y me dijeron que hiciera mi número, el jig doble que me había enseñado Karen Creagh. Cici vio a una niña de ocho años insegura y deseosa de complacer, con una tata irlandesa con el pelo del color del acero que fumaba sombría en un rincón; un poni acróbata exhibiéndose en una habitación llena de viejos que fumaban puros. No lo soportó. Y aunque aún no estaba casada con papá, supo que ella era la única persona en condiciones para cambiar las cosas.

También se sintió identificada con mamá. Al día siguiente de su boda con papá, él la llevó a Irlanda, donde encontró a Zoë y a Danny instalados. Papá no la había advertido, ni siquiera le había mencionado su existencia; tampoco había advertido a Zoë de que tenía una nueva mujer. Se quedó horrorizada al descubrir que iba a quedarse en la Casa Grande mientras su hijo de seis años era trasladado con su niñera a la Casa Pequeña, a diez minutos a pie. Se sacaron las espadas contra la nueva señora Huston. Betty O'Kelly, resentida por haber sido suplantada como ama de Saint Cleran —y amante del señor—, dijo a todo el servicio que Cici golpeaba a sus criados. Sabiendo que los asuntos financieros de papá se tambaleaban, Cici se puso a revisar las cuentas con la escrupulosidad que le habían inculcado tío Myron y tía Dorothy, lo que llevó al despido de una furiosa Betty. A Cici no le dieron las llaves de un coche con la excusa de que podía tener un accidente, ya que en Irlanda se conducía por el otro lado de la carretera. Sintiéndose sola y desgraciada, deseó huir.

Pensó en la partida de mamá a Londres, diez años atrás, como quien se fuga de la cárcel.

De vuelta en Los Ángeles, ya vendido Saint Cleran, Cici presionó de nuevo para llevarme con ella. La Tata era el punto de fricción: Cici no veía a la Tata viviendo en su casa y la Tata tampoco quería vivir en ella. «Oh, señora Medcalf», recuerda mi madrina Gina que dijo la Tata suspirando lastimeramente antes de irse, muerta de preocupación por la influencia que tenía Cici sobre mí.

Pero el arreglo de Euclid era insostenible: yo me hacía mayor, la Tata no sabía conducir y Gladys iba a irse con papá a Marruecos para filmar *El hombre que pudo reinar*. Además, yo quería a Cici; nos trataba igual a Collin y a mí, y notaba que ella me quería. En las cartas que escribió en aquella época, Collin y yo éramos «los niños»; no hacía distinciones entre nosotros.

Me dieron dinero por mi cumpleaños, o tal vez en Navidad, y Cici me llevó al banco para abrir una cuenta de ahorro. Como era mi cuenta, me dejó responder a las preguntas que me hacía la mujer del mostrador.

—¿Nombre?

—¿Dirección?

—¿Teléfono?

La mujer rellenaba a mano el formulario. Cogió el bolígrafo en un ángulo extraño para colocar sus largas uñas alrededor del bolígrafo.

—¿Apellido de soltera de tu madre?

Yo no estaba segura de qué decir. No llamaba «mamá» a Cici, pero en todos los demás sentidos era mi madre. No quería herir sus sentimientos. Y mamá se había reducido a un rumor en mi memoria.

—Shane —respondí.

Se acercaba bastante a la verdad, me dije. Aun así, me sentí falsa. Me pregunté si a Cici le había gustado o chocado mi deslealtad hacia mamá. Yo había perdido mis amarras y me movía por instinto. Pronunciando una sola palabra me había dado a mí misma una madre con vida.

Quería que Cici pensara que para mí era lo más normal del mundo poner su apellido de soltera en el formulario. Quería que creyera que no había dudado y que no quería que ella dudara, lo que tal vez hiciera si me veía mirarla buscando su aprobación. De modo que mantuve los ojos clavados en las uñas de la mujer mientras escribía.

Cici tampoco dijo nada. Pero sentí el calor que emanaba de ella, como si hubieran encendido un calentador.

Yo tenía la sensación de que papá se había casado con Cici sin saber lo que hacía. Ella lo desconcertaba; no parecía estar seguro de la clase de mujer con la que estaba. Para empezar, tenía treinta y cuatro años menos que él; exactamente la mitad, calculé. No era «una señora», en el sentido que me habían inculcado; iba ligera de ropa, soltaba tacos y se reía a carcajadas con sus amigos. No había nada decoroso en ella. No se mostraba particularmente interesada en el arte y no leía; papá y ella no mantenían la clase de conversaciones intelectuales que él tenía con sus amigos o, en versiones aguadas, conmigo. Cuando él se reía de algo que decía Cici, no se reían realmente juntos. No es que se burlara, pero se reía de ella como quien se ríe de algo que te hace gracia; lo que, en otro momento y lugar, podía no parecerte gracioso. A veces dudaba de si había demostrado respeto hacia ella o hacia sí mismo al casarse con ella.

Cici adoraba los caballos. Era lo único que tenía en común con papá. El cuarto que había junto al garaje era el de los arreos, lleno de sillas y bridas, y rodeado de cintas azules, rojas, amarillas, verdes y blancas de los concursos de caballos. Ella montaba casi cada día, aunque siempre volvía con la nariz y los ojos llorosos a causa de las alergias. Pero papá no montaba con ella. Parecía haberlo dejado. Ella no montaba como él. Las cacerías irlandesas estaban llenas de ritual y vestimenta, con enormes caballos brillantes, abrigos rojos y redecillas de cabello, sillas inglesas endebles, perros de caza locos y galopes a través de campos y muros de piedra…, un acontecimiento intensamente social. Cici montaba al estilo del Oeste, con botas y tejanos, y, siendo como era ella, con la parte superior del bikini; normalmente sola, por los senderos que ascendían las colinas del parque estatal Will Rogers, que estaba al otro lado del cañón. Su forma de montar era meditabunda e íntima, silenciosa y pausada.

Me regaló uno de sus caballos, una yegua albina de ojos azules llamada *Blanca*. Como era una poni de Connemara, Irlanda, le pareció que tenía que ser mía. Me encantaba *Blanca* porque era irlandesa, blanca, pequeña y dócil. Me gustaba peinarle las crines y cepillarle la cola, aunque la fuerza de sus patas traseras me asustaba un poco. Pero me aterraba sentarme sobre su lomo. Me había refugiado tanto en los libros durante el año en Euclid que mi ineptitud física se había calcificado. Tenía el cuerpo como desconectado, fuera de control.

Quería que me gustara montar, no sólo porque papá valoraba el buen manejo de un caballo, sino porque así tendría algo en común con Cici (sobre todo ya que Collin no montaba). Ella me llevaba por los caminos sobre su semental árabe gris, *Kheeder*. El suelo era arenoso, rocoso e inestable, y aun a paso lento la fiable *Blanca* tropezaba. Con

cada pequeño traspié se me tensaban los músculos, se me aceleraba el pulso y se me ponía toda la piel de gallina, como si me sudaran las mismas terminales nerviosas. Me aferraba al pomo de la silla de montar o a las crines de *Blanca* hasta que superaba el pánico, esperando que Cici no se diera la vuelta y viera lo cobarde que era. Entendía lo que se suponía que debía sentir al montar —la sensación de estar en comunión con el caballo, con el ruido de los cascos resonando como los latidos de la tierra a través de ti, el oxígeno puro llenándote los pulmones—, pero todo ello era inaccesible para mí. Si alargaba una mano para alcanzarlo, me caería.

Notaba la decepción de Cici. Era algo que quería darme a mí, y a papá a través de mí. Pero todo lo que yo percibía en papá era falta de interés. Una vez salió y elogió la naturalidad con que me sentaba sobre el caballo, pero *Blanca* no se movía, atada a uno de los postes de hierro que rodeaban el semicírculo de césped bordeado de rosales. Al cabo de un momento entró. No esperó a vernos alejarnos a caballo.

Papá elogiaba los logros, no el esfuerzo. A mí me parecía lógico. Quería hacer bien las cosas y no veía nada elogiable en hacerlas mal. Y él, a quien se le daban bien tantas cosas, las hacía todas aparentemente sin esfuerzo. Yo no tenía una noción del aprendizaje, fuera de lo académico; creía que tenías que saber pintar, cantar o montar a caballo la primera vez que lo intentabas, o al menos demostrar un talento evidente que sólo hacía falta encauzar y perfeccionar. De modo que evitaba todo lo que no sabía hacer y sacaba partido a mis puntos fuertes. Leía novelas clásicas de las que podía hablar con papá, bailaba el jig irlandés cuando me lo pedían y siempre estaba lista para jugar al *backgammon*.

A esas alturas era lo bastante buena para jugar al *backgammon* con él en las mismas condiciones. Cuando vivía en Euclid me había dado libros que yo había estudiado a fondo. Conocía la teoría de la duplicación y las probabilidades de cada tirada de dados; sabía los pros y los contras de cada posible jugada de apertura. Si papá hacía una jugada floja o anticuada, a veces se lo señalaba. Notaba entre nosotros una chispa de energía, un toma y daca que significaba que podía ganarme su respeto y admiración.

Él había encargado una mesa especial con el tablero debajo de un panel de quita y pon. Tenía las patas cuadradas y abiertas como una nave de aterrizaje extraterreste, y toda ella estaba cubierta de cañas de bambú partidas. Vi cómo se le ensombrecía la cara cuando llegó; le pareció tan poco grácil como a mí. Mientras la observaba, su cara perdió esa expresión vaga y se endureció en una sombría medio sonrisa, desafiando a todos, incluido él mismo, a cuestionar su

obligada satisfacción con lo que había mandado hacer.

Aunque la mesa no era bonita, era un placer jugar en ella. El borde del tablero hundido era ancho, con mucho espacio para poner vasos y un bloc; teníamos que tener cuidado de no dar la vuelta a los vasos en lugar de a los cubiletes. El tablero de cuero estaba acolchado por debajo y los puntos habían sido cosidos, no incrustados, para que las fichas no tropezaran. Papá las deslizaba con elegancia por la superficie de cuero, las yemas de sus dedos planos y con las uñas bien cuidadas conduciéndolas con firmeza hasta su nueva posición. Cuando tenía que cogerlas —para desplazarlas a través de la barra central—, lo hacía con la menor presión posible, los nudillos rectos, como si se adhirieran a sus dedos por medio de afinidad magnética, y no por la cruda sujeción de las articulaciones anatómicas. Parecía dolido si cogías una ficha innecesariamente, y se ponía casi enfermo cuando colocabas la ficha de lado y avanzabas contando los puntos. Ni a él ni a mí nos hacía falta contar. Leíamos los puntos como si fueran palabras.

Los movimientos de papá por el tablero de *backgammon* eran tan rítmicos como los de un tejedor. Agitaba el cubilete de cuero tres veces, sujetándolo delicadamente con el pulgar y dos dedos, y con el cuarto y quinto doblados contra la palma; todo el movimiento provenía de la muñeca. Casi nunca se paraba a pensar, y mientras deslizaba las fichas pronunciaba en alto los números con un tono salmodioso, redondeado y ondulante como las esquinas pulidas de los dados. Sólo hablábamos a intervalos muy breves, sin preguntas penetrantes ni discusiones estimulantes. A veces jugábamos durante horas.

—No es un juego de verdad a no ser que apuestes dinero de verdad —dijo papá un día—. Si no hay nada en juego, el dado doble no significa nada, y es el elemento más fascinante del juego. Jugaremos a un dólar el punto.

Eso era mucho dinero para mí. Tres dobles llevarían la partida a una apuesta de ocho dólares, y jugábamos al menos diez partidas cada vez que nos sentábamos. Cuando papá se iba de la ciudad ajustábamos cuentas y yo solía recibir unos sesenta dólares. Él contaba con solemnidad los billetes y yo los guardaba para utilizarlos en libros.

Yo sabía que esperaba lo mismo de mí si yo perdía, pero me creía que nunca ocurriría… hasta que ocurrió. La fecha de su partida se aproximaba, y los nervios me hicieron rechazar más dobles que nunca. La caída fue irremediable. Empecé a sentir resentimiento: era una niña, y veintitrés dólares era mucho más dinero para mí que para papá. Pero aunque quería que me los perdonara, no creía que el

perdón fuera una opción y no me atreví a sugerirlo ni con el tono más despreocupado, por si perdía el respeto de papá. Me sentía orgullosa de que papá me tomara en serio como jugadora de *backgammon*, pero los últimos días evité jugar. El día que se marchó eché mano de mis ahorros y apoquiné.

Cuando los amigos de papá venían a jugar, hombres de cincuenta y sesenta años, él les decía, después de unas cuantas partidas: «¿Por qué no jugáis con mi hija de diez años?». Los amigos siempre aceptaban. Por educación, por supuesto, pero también había algo de servilismo en muchas de sus amistades. Mientras jugaba, deslizando con decisión las fichas por el tablero sin contar en cuanto el dado dejaba de dar vueltas, veía una expresión atormentada en los ojos de mi contrincante. Éste miraba a papá, que estaba sentado a un lado como un árbitro de tenis, y papá arqueaba ligeramente una ceja, como diciendo: No creerás que voy a consentir que desplumes a una niña, ¿no? Ellos pagaban la broma y yo era el implemento. Echaba humo por dentro.

—Así se hace, cariño —me decía sentándose en mi sitio.

Yo había hecho mi papel de diablo inocente y era despedida.

Un día, Billy Pearson, el mejor amigo de papá, ofreció respaldarme, ante el memo de tumo, a veinte dólares el punto. Emocionada de jugar con apuestas de verdad, empecé a colocar mis fichas.

—No, cariño. Ni hablar.

Me quedé sorprendida y dolida. Papá parecía enfadado conmigo y yo no sabía por qué. Me moría de ganas de jugar; era lo bastante buena para ganar; no podía afrontar esas apuestas por mí misma y conocía a Billy desde Saint Cleran. Imploré a papá en silencio, pero de nada sirvió. Billy recibió una reprimenda velada y me dijeron que me fuera a mi habitación.

—Nunca apuestes con dinero de otras personas —me dijo papá al día siguiente, como si debiera haberlo sabido—. Si pierdes, estarás en deuda. Si ganas, sentirás que les debes algo, pero dependerá de ellas compartir o no las ganancias contigo, y en qué proporción. Ninguna mujer debería colocarse en una posición así.

Creo que es el único consejo que me dio en su vida.

En una caja forrada de terciopelo que papá guardaba dentro de su armario había una colección de broches: esculturas modernistas de hueso engastadas en rectángulos irregulares de oro forjado manualmente. Eran objetos coptos antiguos, rajados y astillados como

huesos, como si hubieran arrancado a mordiscos la carne o ésta se hubiera desprendido sola y la hubieran dejado blanquear al sol. Me recordaron las reliquias de los santos. Había sido idea de Tony convertirlos en broches, y papá estaba ocupado en encontrar a mujeres adecuadas para llevarlos. Dio uno a Cici y a Anjelica, otro a la tía Dorothy, otro fue a parar a Francia, a la baronesa Pauline, y otro a su vieja amiga Cherokee MacNamara.

Yo no estaba totalmente segura de si me gustaban, pero deseaba desesperadamente uno. Eso me pondría a la altura de las mujeres a quien papá daba tesoros. Quería que pensara en mí como alguien que podía apreciar las cosas que él admiraba.

Pero no le pedí ninguno. Habría sido vergonzoso; aún más, habría restado valor al regido. De vez en cuando le oía a papá decir a Cici el nombre de otra mujer a quien iba a regalar un broche y cuál. Al final la caja se vació.

Cuando regresó de Marruecos, papá trajo más tesoros: objetos exóticos como los que habían decorado Saint Cleran. Una vieja puerta marroquí se convirtió en la nueva mesa de centro. Envueltos en rollos de papel de seda había pesados collares bereberes de coral y ámbar. El mío consistía en delgadas hileras de coral tubular, colgadas en grupos de tres y separadas por monedas.

Las monedas eran la razón por la que me lo había comprado; y yo las odié en silencio. Mi collar era el más pequeño de todos, el más delgado y más burdo. Las monedas estaban engastadas en aros de metal gris oscuro, como las anillas de las latas de 7-Up. Los toscos extremos de las cuentas de coral dejaban ver el gastado hilo negro que sujetaba todo.

Si mi collar tenía monedas, los demás tenían preciosas cuentas de ámbar del color de la miel, redondas como soles apagados. Ésos fueron para Anjelica. Me parecía que papá tenía una idea de mí que era en parte cierta, pero no del todo. Yo era la intelectual pero en la categoría de «experta»; no tenía nada del pensador creativo que papá realmente admiraba. Tony pertenecía a este grupo, aunque a los ojos de papá no daba la talla. Anjelica, por supuesto, era la belleza, la princesa, la joya: la que merecía recibir todas las cosas realmente especiales; las mismas que yo deseaba.

Me sentí taimada y culpable, como si fuera yo quien ocultaba a papá un aspecto de mi verdadero ser; lo que era cierto, porque nunca le dije que no quería las monedas, que no me gustaban ni me interesaban. En secreto lo acusaba de no saberlo, de no molestarse en descubrir que había otras dimensiones en mí. Tenía la sensación de que se me había dado un papel, uno importante en la historia pero no

el principal. Y si ése era mi papel, tenía que aceptarlo y encerrar mis emociones dentro de sus límites.

—No es tu verdadero padre —me dijo una chica en el colegio.

Yo le había estado explicando que mi padre iba a ir a Marruecos. No tenía ni idea de qué hablaba.

—Eres adoptada.

—¡No es verdad!

Nunca había oído decir nada parecido ni se me había pasado por la cabeza, pero al instante supe que era posible. Sentí que se había abierto una trampilla ante mí y que me tambaleaba al borde.

—Eso es lo que ponía en el *Palisades View*. Lo dijo tu madrastra.

Había visto a Cici rizarse el pelo para la foto del periódico local, y había pensado en lo guapa que estaba, descalza y relajada, bañada en la luz del sol que entraba a raudales a través de los ventanales del salón. ¿Por qué iba a decir algo así si no era verdad?

Registré la casa, pero no logré encontrar el periódico. Las tiendas de Pacific Palisades estaban a kilómetros de distancia, fuera de mi alcance. Días después —o tal vez sólo fueran horas o un día como mucho—, vi el periódico encima de la mesa de comedor. Me lo llevé a mi habitación y cerré la puerta.

La periodista escribía que Cici vivía con su marido, el cineasta John Huston, con su hijo de un matrimonio anterior, Collin, y con la hija adoptada de John, Allegra. Leí las palabras una y otra vez, preguntándome si la periodista podía haber confundido el hecho de que yo no era la hija de Cici con el de que no era hija de mi padre. ¿Era la hija adoptada de Cici porque había dado su nombre de soltera en el banco? Ella solía referirse a mí como su hija a secas, sin el adjetivo «adoptada» ni el sufijo «-astra». ¿Era mejor ser adoptada que hijastra? ¿Era eso lo que Cici había querido decir en realidad a esa periodista tan estúpida que lo había liado todo? La explicación no carecía de fundamento. Sin querer aclararlo, nunca le pregunté a Cici qué había dicho.

Se enconó. Intuía que había alguna clase de verdad en ello; explicaba ese vivido recuerdo de estar jugando en la alfombra de una habitación de hotel con la afilada esquina de una mesa de centro cerca de mi mejilla, y una voz que decía: «Éste es tu padre». Si era realmente mi padre, no me habrían dicho tal cosa. Pero si era el padre de Tony y Anjelica, como era evidente —estaba segura de que ellos eran hermanos míos, y que mamá nos había tenido a los tres—, ¿por qué yo todavía no había sabido que él era el mío?

Mamá *era* mi verdadera madre. Tenía que ser mi verdadera madre la que había muerto, o la pérdida de ella, el vacío que había experimentado toda mi vida desde que tenía memoria, no habría significado nada. «Adoptada» me despojaba de madre y padre a la vez. No podía aceptarlo; era evidente que la periodista se había equivocado. Después de todo, era un periódico pequeño y los periodistas buenos no trabajarían para él sino para *Los Angeles Times*.

Saqué mi pasaporte de la caja de zapatos que guardaba en mi armario. Sobre la suave superficie de mi fotografía, en la inconfundible letra de papá, se leía la firma de «John Huston, *father* (padre)». Las letras se inclinaban hacia delante con determinación y certeza, y los palitos de las *t* eran tan feroces que no dejaban margen para la discusión. Era un documento legal. Papá no podía haber mentido.

Había obtenido ese pasaporte el año que había vivido en Euclid. Habíamos tenido varias reuniones con un abogado que culminaron en un edificio blanco con la alta y solitaria monumentalidad de una tumba. Era el Federal Building, en el 11000 Wilshire Boulevard. Estábamos allí para convertirme en una ciudadana norteamericana.

Nunca había visto a papá en una situación así; suplicante, indeciso y fuera de control. Sus rodillas y codos parecían más rígidos y angulares que nunca, como si una mano gigante los hubiera doblado y rodeado de una goma. Tenía una medio sonrisa fija en los labios, esperando a ser desconectada. Me senté tensa a su lado, temiendo las preguntas que estaba segura de que iban a hacerme. El funcionario no sabía que papá y yo no vivíamos bajo el mismo techo y me figuré que no debía saberlo. Podía decir que no podía quedarme en el país, que no podía ser norteamericana, y tendría que ir a vivir a otra parte. Pero ¿dónde? ¿En Londres con Tony, a quien hacía años que no veía? Saint Cleran ya no era nuestro.

Pero las preguntas nunca llegaron. El funcionario sacó un pasaporte nuevo de un cajón. Gladys le entregó una foto mía en blanco y negro que acababan de hacerme. Él la pegó, deslizó el pasaporte por la mesa hacia papá y le ofreció un bolígrafo.

Observé cómo el bolígrafo se hundía en la gruesa superficie de la fotografía, y cómo los huesos de los nudillos partían de un centro como las puntas de una estrella. Luego el funcionario estampó unas letras en relieve con una herramienta que hizo que se le hincharan los músculos de la mano, como si un topo se abriera paso por debajo de su piel.

Mi anterior pasaporte me había identificado como una súbdita británica de setenta y cinco centímetros, sin características distintivas.

Lo había firmado mi madre. El nuevo daba la dirección de la oficina del mánager de papá y no preguntaba rasgos distintivos. Lo firmaba, y así lo decía sin rodeos, mi padre.

X

A veces, mientras me cepillaba los dientes por las mañanas, oía hablar en la cocina a Cici y a Maricela, la criada, sobre lo que tenían que llevar a papá a la cama para desayunar porque había bebido hasta perder el sentido. Susurraban entre risitas, como si hubieran robado a mano armada la dignidad de papá. Me hacía sentir incómoda. Después de todo, era mi padre. Tal vez debería tomar partido por él, pensaba. Pero ¿cómo? Era vergonzoso beber hasta perder el sentido. Además, a quien me sentía unida era a Cici, que me había dado una vida normal.

Maricela era mexicana y procedía de una gran familia de Tijuana que vivía en su mayor parte en Los Ángeles. Insistía en que no sabía cuántos años tenía, lo que me parecía imposible de creer. Cici solía decir que era como una hija para ella, ya que había estado desde los catorce años con ella. Eso había sido seis años atrás, por lo que le ponía unos veinte.

Tenía unos ojos alargados y casi asiáticos, y el pelo cortado a lo chico. Nunca se maquillaba ni llevaba ropa femenina, sólo camisetas y tejanos. Tenía una forma de esconderse de la gente como un gato salvaje.

Yo no le caía bien. Hice lo posible por ganármela, porque me asustaba no caer bien a alguien, pero fue inútil. Le decía a Cici que yo odiaba a Collin, lo que era tan falso que, por suerte, no la creyó. También le dijo que había enterrado mi comida en el jardín como un perro, una historia basada en la época en que escondía galletas en mi habitación para más tarde. Tenía un sentido del humor muy personal, y sus risotadas cortantes y repentinas me dejaban perpleja. Yo compartía con Collin la sensación de ser diferente al resto del mundo y era buena con él. A mí, en cambio, me hacía el vacío siempre que podía. Yo atribuía el desdén que mostraba hacia todos y todo a un sentido práctico y nada sentimental fruto de una niñez marcada por la pobreza, de modo que no se lo tenía en cuenta. De hecho, me fascinaba. Deseé que me importara todo tan poco como a ella.

Durante uno de los viajes de papá a Marruecos Maricela cayó en una depresión. Había tenido un idilio, dijo, con un piloto de avión llamado Juan y suspiraba por él. Corrió el rumor de que estaba embarazada, pero no había ningún bebé en camino. Me pregunté cómo o dónde podía haber conocido al piloto. No era de las que frecuentaban los bares. Era extraño pensar en Maricela con cualquier hombre.

Cici estaba preocupada por ella y decidió que necesitaba unas vacaciones, de modo que le compró un billete de avión a donde quisiera. El destino resultó ser Marruecos; Juan resultó ser John, y el piloto de avión era en realidad un cineasta. Tony, mi hermano, sorprendió a papá y a Maricela abrazados. Al cabo de tres años, de los cuales compartí uno con ellos, el matrimonio de papá y Cici terminó.

Rellené a máquina los formularios que Cici tuvo que presentar para el divorcio. Me pareció natural, ya que yo era buena tecleando y ella no. Me sentí orgullosa de que confiara en que yo, a los once años, lo hiciera correctamente. Decidí que no era una deslealtad hacia papá, ya que él me había dejado con ella; pero pensé que era mejor no mencionárselo.

Si me hubieran preguntado si quería quedarme con Cici, habría respondido que sí. Pero no recuerdo que me lo preguntaran. ¿Adónde más habría podido ir? No con papá y Maricela a México. Cici quiso quedarse conmigo. Una de dos, o papá se dio cuenta de que había sido como una madre para mí y quiso que me quedara con ella —aunque el divorcio no tardó en torcerse—, o bien optó por la solución fácil.

Cici tenía listas de objetos que ocupaban páginas y páginas, más objetos de los que parecían caber en una casa, cosas con nombres extraños, como pectoral de jade egipcio o vaso funerario etrusco. Eran los inventarios de Saint Cleran, apuntados según lo que se había guardado, vendido, almacenado o regalado. Los objetos restantes estaban marcados con las iniciales para señalar cuáles se irían con papá y cuáles se quedarían con Cici. Cici se puso furiosa cuando papá se llevó la cubertería de plata. Lamenté que se fueran también las copas de champán con grabado dorado.

Cici señaló un objeto, *Night Image*, con las iniciales «J.H.».

—Es el primo Eso —dijo—. Debería ser para ti.

Una escultura abstracta de metro veinte de altura, cubierta de distintos segmentos de cuerda e hilo de colores, *Night Image* tenía exactamente el mismo aspecto que un personaje de *La familia Addams*, pero sin las gafas de sol. A todos nos encantaba esa serie y la veíamos

todas las tardes. Cici hacía una brillante imitación de Cosa, con la mano en la caja, y yo siempre hacía las voces de Lurch, a veces en el personaje de Gladys. La escultura había estado en la mesa del vestíbulo del piso de arriba de la Casa Grande, con un aspecto extraño y ligeramente prohibitivo. En la casa de Cici, con otro nombre, se había convertido en mi objeto favorito. Me encantaba peinarlo, desenredar sus hilos con los dedos y cepillarlo con un cepillo suave de plata que me dio tía Dorothy.

Escribí nerviosa a papá preguntándole si podía quedármelo. Nunca me habría atrevido a pedir nada sin que Cici me apremiara a hacerlo, y me preocupó que me estuviera empujando a cometer un gran error. ¿Y si papá se enfadaba conmigo? Peor aún, ¿y si decidía que Cici era una mala influencia para mí y me alejaba de ella?

Papá contestó diciendo que por supuesto que podía quedarme con *Night Image*; era lo apropiado, ya que esa escultura era lo último que le había dado mi madre. La formalidad de sus palabras —una especie de presentación oficial a esa obra de arte—, parecía atribuirse haber considerado dármela. ¿Por qué había tenido que pedírselo?, me pregunté inmediatamente. Si no se lo hubiera pedido, si Cici no me hubiera forzado a hacerlo, el primo Eso habría desaparecido sin un pensamiento hacia mí o mamá, y quién sabía dónde habría terminado. Dentro de una caja en algún almacén oscuro.

Además, ¿por qué no lo llamaba como siempre lo habíamos llamado? De nuestros labios nunca habían salido las palabras *Night Image*, ni en Saint Cleran ni en la casa de Cici. Toda la carta me buscaba las cosquillas. Había que tomar partido y yo sabía de qué lado estaba.

Cuando llegó el camión de la mudanza, Cici y yo lo esperábamos. Yo había vuelto del colegio porque era verano. Collin también estaba.

Los hombres de la mudanza aparcaron su furgoneta en el césped. Cici no quería que brincaran por la casa, de modo que entre ella y yo sacamos las cosas de papá.

Fue algo impersonal, como limpiar las cenizas después de un incendio. Papá había desaparecido y yo no estaba segura de dónde estaba. Si asociaba esas cosas a algo, después de los años que habían estado en la casa de Cici, era a Saint Cleran, no a papá; y hacía años que se había vendido Saint Cleran.

Llevamos el crucifijo de tamaño natural de la sala de estar al jardín, Cici por la cabeza y yo por los pies. Tuvimos que girar con torpeza para no caer en el estanque ni golpear al primo Eso, seguro

ahora conmigo en su mesa.

—Adelante, soldados de Cristo —empezó a cantar Cici, dando un giro sarcástico a las palabras.

Aunque sólo podía verle la nuca, sabía que tenía las comisuras de la boca hacia abajo. A mí también me pareció divertido.

—¡Marchando a la guerra! —chillamos equivocadamente.

Luego nos quedamos atascadas. Ninguna de las dos sabíamos cómo seguía la letra. Cici empezó de nuevo.

—Adelante, soldados de Cristo —cantamos juntas mientras salíamos por la ancha puerta delantera con la cruz sobre los hombros —. Adelante, soldados de Cristo —repetimos una y otra vez, mientras recogíamos los distintos santos y Cristos.

Hipnotizada, empecé a sentirme como un soldado de Cristo combatiendo por una causa justa. Vaciar la casa de las reliquias de papá se parecía cada vez más a vaciarla de los demonios.

Cici había empezado a cantar para animarme, porque tenía miedo de que asociara la pérdida de esos objetos con la pérdida de papá. De pronto, cada objeto que salía de la casa era un enemigo caído. Casi me quedé decepcionada cuando llegamos al último objeto de la lista: la oscura Maddona que colgaba en mi dormitorio.

Solía quedarme mirándola hasta que me dormía, con las flechas en el corazón y las tiernas manos extendidas. Las palabras en latín flotaban alrededor de ella como tábanos, listos para picarla; sin embargo, tenía una expresión serena. Me sentía identificada con ella y al mismo tiempo la odiaba; la odiaba por mostrarse tan serenamente resignada en su angustia, tan preparada para recibir aún más daños, tan orgullosa de su trono de dolor. Conservaba las heridas abiertas, porque para ella eran insignias de honor. Las mías estaban bien cicatrizadas y no me gustaba imaginármela hurgando en ellas mientras yo dormía.

Cici y yo la levantamos entre las dos y la llevamos fuera. A ambos lados del marco de la puerta había parterres de pensamientos, y más allá, el césped con su círculo de flores. La Madonna esperó sobre el césped a que los hombres la empaquetaran; un nudo de oscuridad en un día radiante. Me alegré de que se la llevaran de mi habitación. No me había dado cuenta de lo mucho que me oprimía. Con ella se iba toda la oscuridad de la habitación. La líquida luz del sol entró por la puerta abierta al salir ella.

A la mañana siguiente, al volver de la colina de los zurullos, como llamaba Cici al corral *de Blanca*, encontré a Cici encaramada en lo alto de un escalera de mano en mitad de mi habitación, con una grapadora en la mano. De una tabla clavada al techo colgaban a modo de gruesas

cortinas cuatro tiras anchas de estopilla de los colores de los helados: rosa, amarillo, azul y verde.

—¿Te gusta?

Ya había terminado un extremo de la habitación. Los cuatro colores cubrían a rayas el techo como una carpa de circo y caían al suelo.

Era impresionante el efecto: femenino y espectacular, y al mismo tiempo bohemio, dejando entrar la luz a través del tejido. Cici llevaba meses planeándolo, me dijo, y se había traído en secreto la tela de Puerto Vallarla. Yo sabía que no había podido hacerlo con la Madonna allí colgada. Había sido la habitación de la Madonna y yo era una huésped en ella, como lo había sido en la Habitación Butanesa. Pero el día anterior la Madonna, con todas sus penas masoquistas, se había ido.

Ayudé a Cici a colgar el resto de la tela, sosteniéndola por encima de mi cabeza para que ella la alcanzara, curvando sus largos dedos de los pies sobre el borde del peldaño, y la grapara en la intersección de la pared con el techo. Cortó pulcramente los bordes por encima de las paredes y los armarios, pero dejó caer la tela frente a las ventanas como si fueran cortinas. Yo podía apartarla si quería y sujetarla detrás de clavos.

En el centro del techo, en la tabla donde había grapado los extremos de la tela, colgó un pequeño espejo bordeado de cristal veneciano rosa. Me emocioné. Sabía que había algo chocante en colgar un espejo en el techo, aunque no sabía qué era. Chicksweeper tenía uno gigante, como los que hay empotrados en los armarios, y en él se reflejaban la cama doble y la alfombra blanca. A Collin y a mí nos parecía tronchante. El mío era precioso.

Esa habitación de fantasía no era realmente mía; era más bien como la que había tenido Cici de niña, pero aún más extremada y más asombrosa. Pero como no sabía quién era yo, no me importó. Era mía y, lo mejor de todo, Cici la había creado a propósito para mí. La cantidad de esfuerzo que había puesto en ella daba a entender que iba a quedarme allí. Cada palmo de pared estaba cubierto de tela ondulante, lo que significaba que no había sitio para cuadros, fotografías ni pósters; no me sentiría presionada a ofrecer una expresión visible de mí misma, ni a tomar decisiones estéticas que podían ser rechazadas por Anjelica o papá (aun en su ausencia, sentía la sombra de su juicio). Estaba cansada de que todo fuera serio y de buen gusto. La cabecera de madera nudosa en la que no podía apoyarme había desaparecido, y en su lugar estaban las camas con las que tía Dorothy había contribuido a la casa de Euclid. En mi bonita

carpa, podía invitar a una amiga a dormir.

Entretanto, a nuestros gatitos les encantaba jugar con los extremos sueltos de las telas que caían sobre el suelo y se metían por debajo de las camas. El mío se llamaba *Jinx*, y el de Collin, *D'Artagnan Porthos Athos Aramis Rochefort Richelieu Louis XTV Green* (Green era el apellido de Collin). Los habíamos traído de la casa de los vecinos en los bolsillos de nuestros abrigos cuando eran diminutos, demasiado para separarlos de su madre. Como consecuencia, se chupaban la cola. Cici quería echarles agua oxigenada o quinina para que dejaran de chupárselas, pero yo me negué, a pesar del aspecto lamentable que tenían. No me sentía culpable por haber alejado a *Jinx* de su madre, pero tampoco quería castigarlo por echarla de menos.

Anjelica había vivido con Jack desde que yo vivía con Cici. La hija de él, Jennifer, tenía un año más que yo, y era rubia y rellenita como yo, de modo que podríamos haber sido hermanas. Nos hacía gracia pensar que si Anjel y Jack se casaban, yo sería tía de Jen.

Nos llevaron a Aspen dos semanas para esquiar. Formábamos una familia perfecta: Jen y yo dormíamos en la misma habitación, Anjelica cocinaba pollo asado y espaguetis a la boloñesa por las noches, y Jack, el maestro de ceremonias, era la fuente de toda emoción. Anjel nos hizo de madre, llevándonos a comprar ropa para esquiar y poniéndonos protector solar en la cara. Cada día el instructor de esquí nos llevaba a un restaurante para que comiéramos con ellos.

—¡Es un fenómeno! —se jactaba Jack ante todo el que preguntaba a Jen si le gustaba esquiar.

Me alegraba por ella, que brillaba a los ojos de su padre, aunque yo estaba lejos de serlo.

Me encantaba la voz de Jack. Como la de papá, tenía una forma de impregnar todo el aire de una habitación. Pero el hablar de Jack era más argótico y tenía una nota más peligrosa. Todo lo que decía parecía contener una broma oculta; una broma que hacía a tu costa si percibías la sonrisa que había tras las palabras. La voz de papá te convertía en su discípula; la de Jack, en su cómplice.

Me encantaba que me llamara Leggsington, y a Jen, Bimbooreen, y tenía apodos para todo el mundo: Curly y Whitey, y Red Dog, Blackie y Beaner. Arthur Garfunkel era la G, o la Gran G, o la Nueva G. Warren Beatty era el Pro, de profesional. Cuando a Anjel la llamaba Toot o Tootman, me parecía ver el vínculo que los unía. Ella *era* Toot y él la había bautizado; era singular y especial, como debía ser.

La primera vez que Anjelica me llevó a casa de Jack, aparcó su

pequeño Mercedes en el garaje abierto al lado de un gran Mercedes —llamado *Bing*, porque era del color de una cereza roja, en inglés *bing cherry*— y entramos en la casa por la cocina. Jack estaba sentado en un sofá, en una zona contigua a la cocina que no era propiamente la sala de estar, echado hacia delante sobre el teléfono, como si contara un secreto. Iba con tejanos y camisa blanca, más blanca que ninguna camisa que había visto nunca. Cerca de él había un colgador lleno de gorras de béisbol, más de las que me imaginaba que podía llevar una persona.

—Toot —dijo alargando la palabra mientras colgaba.

Se levantó para besarla. Por primera vez me fijé en que Anjel era más alta que él.

Pasé muchos fines de semana en casa de Jack con Jen. Teníamos la sala de estar para nosotras por las mañanas, antes de que Jack y Anjel se levantaran. Hacíamos un rompecabezas de piezas de madera de un cerdo (Jack coleccionaba cerdos y por todas partes había objetos con forma de cerdo) o armábamos la extraña figura robótica de plata que se desmontaba en piezas, o nos tumbábamos en la alfombra lejos del sol y jugábamos largas partidas de Petropolis, que era una especie de Monopoly de edición especial para millonarios. Un conde francés le había regalado el juego a Jack: las propiedades eran países enteros, con tarjetas de cuero repujado; las casas eran torres de perforación de petróleo de plata maciza, y los hoteles, plataformas petrolíferas revestidas de oro. También diseñábamos nuestras casas. Trazábamos planos de plantas interminables, normalmente con gimnasio (aunque ninguna de las dos era aficionada al deporte), y siempre con una escalera que unía el dormitorio principal con la piscina.

La habitación de Jack, en el piso de arriba, tenía un pequeño balcón que daba a la piscina. Jen y yo a menudo nos estábamos bañando cuando Jack aparecía por las mañanas: bajaba la barandilla con bisagras, daba un salto y caía en bomba en la piscina. *Bozo*, su labrador negro, saltaba detrás de él, loco de la emoción, y repartía arañazos al mover las patas mientras nadaba cerca de nosotras. Yo me alejaba de él, temiendo las marcas rojas de sus uñas en los brazos.

—¡Sujétalas! —decía Jack—. ¡Baila con el *Big Bo*!

Su capacidad para jugar me maravillaba. No jugaba como un niño, sino como un adulto que sabía divertirse; de un modo un poco desenfrenado pero siempre controlando la situación, abandonándose pero sólo mientras durara el instante. Parecía saber exactamente lo que quería hacer en cualquier momento. Pasaba largas horas en el piso de arriba leyendo; historia y filosofía sobre todo, nombres como Hegel y Nietzsche que me sonaban, pero que no había imaginado que

nadie pudiera leerlos. Coleccionaba cuadros hasta el extremo de la obsesión; y se quedaba tan encantado descubriendo un nuevo pintor que admiraba, o un pintor poco conocido como Alma-Tadema o Boughereau, como comprando un nuevo Picasso o un Dufy. Yo estaba allí cuando llegó un camión con un lienzo gigante de una mujer fumando, de una artista de la que nunca había oído hablar llamada Támara de Lempicka. Sólo había una pared lo bastante grande para él: la que estaba frente a las escaleras. Aunque el efecto general era más cosmopolita que mítico, vi en la cara en facetas y en el cuerpo anguloso de la mujer ecos del San Jorge de papá.

Jack compraba tantos cuadros que no tardaron en desbordar las paredes y tuvo que amontonarlos en la *Suite* de Garfunkel, como llamaba el cuarto del servicio. Al final la habitación estaba tan llena de cuadros que no había espacio para que Arthur Garfunkel se instalara en ella.

Yo solía dormir en el sofá de la sala de la televisión, que era blando y mullido. La habitación siempre estaba oscura, con gruesas cortinas que no dejaban entrar el sol que se reflejaba en la piscina; tenía la sensación de estar en las entrañas de la casa. El sofá estaba sobre una pequeña plataforma para ver por encima del proyector de televisión, que estaba instalado en mitad del suelo, proyectando tres ojos —rojo, azul y verde— sobre una pantalla que cubría prácticamente toda una pared. Al lado del proyector había un par de sillones apretujados, y las paredes estaban cubiertas de cuadros. Era difícil saberlo con seguridad, pero me parecía que algunos eran de Anjelica.

Los amigos de Jack venían a ver los partidos que jugaban los Lakers fuera de casa. A mí no me gustaba mucho el baloncesto, pero me divertía verlo con Jack. En la pantalla, unos gigantes borrosos y descoloridos con camisetas amarillas daban botes por una pista mientras Jack les gritaba, dando saltos como ellos, animándolos como si estuviera en el estadio. Sus amigos daban puñetazos al aire y también vitoreaban, un poco menos fuerte, con más recato, como el coro de un cantante. Me hacía pensar en papá: otro rey con su corte.

Cuando los amigos de Jack se reunían por las noches, Harry Dean Stanton cantaba canciones mexicanas. Yo esperaba atenta el momento en que cogía la guitarra. No entendía las palabras en español, pero estaban llenas de tormento. Mientras Harry las cantaba, parecía que se le trababa la voz con púas de congoja al pasar de una nota a la siguiente. Me abandonaba mientras escuchaba. Su voz acuosa me inundaba.

Harry Dean no se reía fuerte ni contaba chistes como los demás.

Hablaba despacio con el acento de Kentucky, como si pesara sobre él la melancolía de siglos. Tenía que inclinarme para oírlo. Su cara estrecha y lánguida me recordaba al granjero de *American Gothic*[6]. No formaba parte del grupo de baloncesto. Como a mí, le encantaba jugar al Scrabble; y, aunque era una niña, empezamos una partida que duró todo el tiempo que viví en Los Angeles.

Anjel tenía su lugar en la corte de Jack, aunque no era exactamente la reina. Él era el único sol, mientras que ella seguía desplazándose en una órbita interior. Todavía tenía poco más de veinte años, muchos menos que Jack. A mí me parecía natural que, siendo la hija de papá, le mostrara respeto. Lo que ocurría era que cuando Jack quería algo, todo el mundo estaba allí para servirlo. A mí me encantaba el ambiente circense que reinaba en su casa, con gente que entraba y salía, y el aquelarre de la cocina —Anjelica, la secretaria de Jack Annie y Helena, la vecina— haciendo tostadas de queso y tomate en el gratinador del homo. Me resultaba familiar, aunque no lo reconociera: una versión californiana de Saint Cleran.

Me parecía normal que Jack se mostrara algo distante. Como papá, descendía de las alturas para satisfacer sus necesidades y volvía a ascender. Yo no me sentía unida a él en el sentido de que no hacíamos nada especial juntos ni compartíamos una emoción intensa; pero me trataba exactamente como a Jen y ella era su hija. Veía la televisión a su lado, nadaba con él, me reía de sus bromas. Eso era todo lo que quería, que me incluyera en el centro de su mundo.

Jen y yo fuimos juntas a Portland, Oregón, cuando él filmó *Alguien voló sobre el nido del cuco*, y a Billings, Montana, cuando filmó *Missouri*. Yo sabía que Anjel se alegraba de que Jen y yo hubiéramos hecho buenas migas, y yo me alegraba doblemente de complacerla. De Billings fuimos de excursión a Yellowstone. Condujo Jack. De regreso, mientras conducía a gran velocidad, en medio del silencio, exclamó de pronto: «¡Un día más, otros veinticinco mil!»[7]. Me pareció lo más gracioso que había oído nunca y lo repetí a toda la gente que conocía. Me quedaba un poco confundida cuando nadie pillaba la broma, pero no me importaba; eran intrusos, mientras que yo era una más. Cuando llegué al plató descubrí que conocía a alguien más: a Harry Dean Stanton, con la cara hinchada de picaduras de mosquito y el afligido eco de las canciones mexicanas que me encantaba oírle cantar resonando a su alrededor.

El plató retumbaba con la presencia invisible de otra estrella del cine: Marión Brando. Como un trueno tan lejano que un sexto o séptimo sentido sólo registra una perturbación inapreciable en el aire, la proximidad de Marión intimidaba a todos, incluido Jack. Se le

consideraba, yo lo sabía, el actor más grande con vida; era sin duda la persona más famosa que había estado en Saint Cleran, y en el condado de Galway todavía se hablaba de ello una década después. Aunque Marión ni siquiera pisó el plató los primeros días que estuve en Montana, Jack parecía nervioso, un poco fuera de lugar. Me sorprendió, porque sabía que Marión vivía en la colina encima de la casa de Jack, los dos compartían el mismo camino de entrada y eran amigos. (El año siguiente Marión le gastó una broma a Jack, diciéndole que iba a vender su casa a Sylvester Stallone a menos que Jack le ofreciera la misma elevada cantidad).

Después de ir a casa de Jack durante dos años, no había conocido a Marión. Lo conocí en Montana, a cuarenta y seis grados, con los saltamontes saliéndonos al paso.

—Mira sus ojos, Legs —me susurró Anjel—. Los tiene violeta.

Los miré a hurtadillas, sin atreverme a sostenerle la mirada cuando me miraba. No eran violeta, sino gris azulado.

Había suspendido el examen. No era uno de ellos. Vivir a lo grande, como papá y Anjelica, significaba convertir en mitos a los grandes. Sabía que papá habría coincidido en que Brando tenía los ojos violeta. Si eras especial, veías lo que los demás tenían de especial; aunque tú no fueras un dios, reconocías un dios cuando lo veías. Eso os hacía a los dos diferentes. Yo sabía que estaba fuera del juego; no podía jugar. Era un defecto que no tenía solución; era prosaica. Me habría gustado no serlo, pero lo era.

Fue unos meses después de que se fuera papá cuando murió el hermano de Cici.

Stephan era el pequeño de la familia, su único hermano menor. Yo lo había visto una vez, cuando tía Dorothy nos llevó a Collin y a mí a San Francisco para pasar el fin de semana con motivo de su graduación en la Facultad de Derecho. Se le veía triste y resignado; tuve la impresión de que la facultad era algo tan serio que nadie podía volver a reírse. (Tía Dorothy me decía a menudo que yo debía ser abogada). Encima del televisor del dormitorio de tía Dorothy estaba la foto de la boda de Stephan (guapo y moreno con un traje blanco con flores bordadas), aunque él y su mujer ya se habían divorciado. Hablaba a menudo de su ex mujer, como si fingir que seguían casados lo hiciera posible. A menudo decía de sus dos hijos mayores: «Ojalá Bob [o David] encuentre una buena chica y siente la cabeza», aunque tanto Collin como yo teníamos claro que las buenas chicas no mostraban interés por Chicksweeper, y que las chicas de cualquier

clase no mostraban ningún interés por Bob.

Stephan había estado volando en un planeador cuando se estrelló contra una montaña. El amigo de Cici, Dyke Debbie, el profesor de tenis, me dijo que se había suicidado. Tía Dorothy siempre insistió en que había sido un accidente. El día que recibimos la llamada telefónica, me quedé viendo la televisión con Collin en mi habitación, al otro lado de la puerta de vaivén de la cocina, mientras los amigos de Cici se hacían cargo de todo. Esa noche dormimos en casa de su amigo Joey.

No me gustaba Joey, con su melena larga y rizada, y sus cadenas doradas. Me pareció que me miraba cuando Collin y yo volvimos a entrar en la sala de estar después de disfrutar de un *jacuzzi* nocturno. (El *jacuzzi* estaba junto a la habitación de Cici, hundido en el suelo de una habitación acristalada, y tenía forma de T con montones de niveles y lugares curvos para tumbarte sobre el cemento. Cuando Anjelica se lo enseñó a Jack, éste encargó uno exactamente igual para él). Yo no quería ir a casa de Joey, pero dadas las circunstancias no me pareció bien protestar.

Joey puso una sábana y una almohada para Collin en el sofá, y me ofreció su cama en una habitación de soltero de sábanas gris oscuras, muebles de metal negro y una mullida alfombra de pelo (aunque no tan ridícula como la de Chicksweeper). Me desperté en mitad de la noche y lo vi dormido a mi lado. El torso desnudo. ¿Estaba desnudo? Me quedé sin aliento y empecé a jadear, con el corazón latiéndome tan fuerte que me dio miedo que el ruido agitara las moléculas de aire y lo despertara. Me pregunté si era correcto que durmiera a mi lado en la cama, luego decidí que estaba siendo ridícula. Era su cama. Había sido una amabilidad dejarme dormir en ella.

Era imposible que volviera a dormirme a su lado y faltaba mucho para que se hiciera de día. Me preocupó que se ofendiera si me levantaba de la cama. ¿Equivaldría a acusarlo de haber intentado abusar de mí? Eso no habría sido justo. Ni siquiera me había rozado sin querer.

Me levanté y fui a la sala de estar, y me tumbé en el suelo junto al sofá de Collin con la sensación de que lo protegía: su hermana mayor a su lado, por si se despertaba triste por la muerte de su tío. Estaba desesperada por dormirme otra vez. Si yo ya me había dormido, y Joey se despertaba y veía que yo no estaba en la cama, eso me haría inocente de miedo y recelo; una persona recelosa y asustada no podía conciliar el sueño. Pero no paraba de dar vueltas a la imagen de mí misma dormida y vulnerable.

Joey salió de la habitación. Llevaba la parte de abajo del pijama.

Supe inmediatamente que la había llevado todo el tiempo y me puse como la grana. Nunca habría traicionado la confianza de Cici, y menos aún en un momento así.

—¿Qué estás haciendo en el suelo? Estarás más cómoda en la cama.

—Estoy bien aquí —tartamudeé— Quiero estar cerca de Collin.

—No voy a tocarte —dijo él. Me había leído el pensamiento—. No tienes nada que temer.

—Lo sé —dije, dando marcha atrás desesperada. No quería que le dijera a Cici que no había confiado en él, porque ella se creería que no confiaba en ella—. Ya sabes…, es por lo de Stephan. Sólo quiero estar con Collin.

Collin se estaba despertando, aturdido y soñoliento. Le hice callar con lo que esperaba que pareciera una expresión preocupada de hermana mayor. Joey se encogió de hombros y regresó a su habitación.

No se lo conté a Cici, por supuesto. No se lo conté a nadie, ni a tía Dorothy ni a Anjelica, porque no quería hacer quedar mal a Cici, o peor, transmitirles la idea de que no estaba segura con ella. Nadie me había hecho nada. Pero creo que Joey se lo contó, porque no tardó en desaparecer de nuestras vidas.

Estaba acostumbrada a ver a Cici beber en lugar de comer. Se quedaba frente a la puerta abierta de la nevera y bebía un trago de zumo con proteínas líquidas que venía en envases de plástico cubiertos de letras para dar credibilidad científica al producto. Después de la muerte de Stephan, los viajes a la nevera eran para buscar zumo de pomelo y vodka. No le di muchas vueltas; era normal beber por las mañanas, y en todos los congeladores que había conocido había Stolichnaya. Nunca la había visto borracha; sencillamente no la veía.

En lugar de Maricela, ahora estaban Ana María y Eduardo. Tenían un aire de malevolencia velada que Cici, obcecada por el dolor y desesperada por encontrar a alguien que nos cuidara, era incapaz de ver. Supongo que nos guardaban rencor por ser niños norteamericanos consentidos.

Un día Collin y yo estábamos en mi cuarto jugando con *Snowflake*, nuestra perra, una samoyedo. A ella le encantaba ir en el asiento trasero de la furgoneta con nosotros y su boca negra parecía estar siempre riendo. Teníamos la fusta del cuarto de los arreos, una serpiente de cuero de dos metros y medio de largo, y la hacíamos serpentear por el suelo. *Snowflake* ladraba tratando de atraparlo entre las patas. La puerta estaba cerrada, probablemente porque siempre la

cerrábamos para dejar fuera a Ana María y a Eduardo, ya que siempre nos miraban como si estuviéramos haciendo algo mal.

De pronto, se abrió la puerta y Cici irrumpió dentro, me arrebató la fusta de la mano y la hizo restallar entre nuestras piernas.

—¡Ni se te ocurra latiguear a un animal!

—No estábamos… —tartamudeé.

—Ana María dice que estáis latigueando a *Snowflake*. La ha oído ladrar.

Vi a Ana María fuera, satisfecha consigo misma.

—¡Nunca latiguearíamos a *Snowflake*! —repliqué, llorando furiosa.

No podía comprender cómo Cici podía creemos capaces de hacerlo, aunque Ana María se lo hubiera dicho. ¿No nos conocía mejor que ella? Pero ella no quiso escuchar y desapareció de nuevo en el otro extremo de la casa.

Nos prohibieron ver la televisión durante toda una semana y nos echaban de casa por las tardes. Cici a veces también lo hacía, diciendo que no hacíamos suficiente ejercicio ni tomábamos aire fresco. La Tata casi nunca me había dicho lo que debía hacer en mi tiempo libre, y me molestó verme obligada a hacer algo porque Cici así lo había decidido sin pensar. Aun así, era mejor que la indiferencia. Demostraba que le importábamos.

Subíamos más allá de la última casa del cañón hasta las cuevas. Yo caminaba con cuidado por el camino de arena. La ladera era empinada y había plantas con pinchos; aunque probablemente no habría caído muy lejos, mi miedo parecía más legítimo que mi viejo terror de cruzar el pequeño abismo en el bosque de Saint Cleran. Me sentía orgullosa, al menos, de no tener miedo a las serpientes de cascabel. San Patricio había expulsado las serpientes de Irlanda y estaba segura de que nunca se me acercarían.

Las cuevas eran huecos poco profundos en la ladera, apenas lo bastante profundas para los linces o los murciélagos. La arenisca de alrededor estaba desnuda y brillaba dorada incluso al mediodía. Nos sentamos a la acogedora sombra del saliente, tirando piedras mientras hablábamos. Como siempre, Collin llevó la conversación a los dinosaurios y los superhéroes. A mí sólo me interesaban porque era la moneda de cambio de mi comunicación con él. Podía hablar de ellos todo lo que él quisiera.

Notaba la arenisca áspera y granulosa bajo mis dedos mientras formaba con ella pequeñas piedras. No las oíamos aterrizar cuando las tirábamos; desaparecían en el aire sin hacer ruido. El fuerte olor de los matorrales de roble y el polvo seco me irritó las membranas de la nariz. El calor y la bruma del mar difuminaban los contornos,

haciendo el mundo vaporoso e indefinido. Me sentí desconectada del mundo y de mi lugar en él, fuera cual fuese. La roca irlandesa había estado fría y húmeda el día más caluroso del verano, aterciopelada de musgo y liquen, y tan dura que nadie podía romperla. Esa arenisca calentada por el sol era como piel seca; daba gusto arrancarla, y era lo más parecido al polvo. Las turbulentas torres de cúmulos blancos que se construían en el cielo no eran nada comparado con las nubes bajas y rápidas de Irlanda.

Con papá lejos y con Cici a la deriva en un mundo paralelo, había algo irreal en el transcurso de los días. Deberían pasar, me parecía, de una forma sólida, uno a uno, como ladrillos, formando una masa consistente de pasado sobre la que detenerme a mirar el futuro. En lugar de ello eran indiferenciables, todos se fundían en uno, como la arenisca, que parecía roca pero se deshacía en polvo entre mis dedos.

XI

En la zona de descenso de pasajeros del Beverly Hills Hotel había tres carriles separados por delgados tramos de acera. La furgoneta Datsun roja parecía fuera de lugar entre los Mercedes y los Porsche, mientras la conductora, es decir, quienquiera que estuviera trabajando para Cici en aquel momento como criada-niñera, se dirigía a la plaza de aparcamiento más alejada de la puerta.

Me abrí paso entre las limusinas y los coches elegantes, y recorrí la alfombra verde hasta la puerta, que Ennis abrió por mí. Creo que me reconoció como la hija de papá, aunque su sonrisa profesional de bienvenida podría haber ido dirigida a cualquiera. Gladys me dijo que había sido Ennis quien había atendido al padre de papá, Walter, cuando allí mismo, en el vestíbulo, murió repentinamente por la rotura de un aneurisma aórtico. Yo sabía dónde estaban los teléfonos y pregunté por la habitación de papá.

—Sube, cariño —diría él, y me daría el número de su *suite*.

Los pasillos estaban empapelados por la mitad superior con un estampado de frondas de palmera verde oscuro sobre un fondo que se había vuelto color crema con los años. Me encantaba ese papel; parecía contener todo lo bueno de California, y lo mejor de todo era lo bien que lo conocía.

En el interior de las habitaciones, el verde oscuro y el rosa claro de hotel daban paso a un amarillo cálido. Papá siempre estaba instalado en un sofá con las rodillas muy marcadas, las largas espinillas estrechándose hacia sus zapatos impecables. Gladys solía estar con él; era ella quien siempre llamaba a casa de Cici para preguntar por mí. «Tu padre quiere verte», decía cada vez, como un ensalmo.

No se veía a Maricela por ninguna parte. Se había escondido en una habitación o la habían dejado en México.

Ése era el mundo de papá como nunca lo había logrado ser la casa de Cici, aun teniendo en ella todos sus tesoros. ¿Los sofás de los hoteles siempre estaban vueltos hacia la ventana y apoyados contra la

pared de la puerta por la que entrabas, con un cuadro encima y una mesa de centro delante, tanto en el Claridge's como en el Beverly Hills Hotel? En mi recuerdo siempre me acerco a papá desde un ángulo por encima de su hombro derecho.

Él me preguntaba por el colegio, por Collin y por tía Dorothy. Jugábamos al *backgammon*. Nunca pronunciaba el nombre de Cici.

La única comunicación directa entre ellos consistía en notas cortantes informándola de cuándo tenía previsto ir a Los Ángeles y de sus deseos de verme. Cici me las enseñaba, intentando disimular su rabia sin conseguirlo. Había sido traicionada y ahora la convertían en la mala. Yo no sabía —sigo sin saberlo— qué había llevado a papá a odiarla tanto. En su autobiografía se refería a ella sólo como un cocodrilo.

Yo percibía la injusticia y la incoherencia. Si tanto la odiaba, ¿qué significaba que me hubiera dejado con ella? Ese artículo del periódico, el del término «adoptada», me perseguía. ¿Era ésa la prueba de que era cierto? A una hija adoptada se la podía dejar con cualquiera; todo lo que necesitaba era una casa, cualquier casa. ¿Habría dejado papá a su verdadera hija con alguien a quien de un modo obvio despreciaba?

Cuando Cici y yo jugábamos al *backgammon* en aquella mesa de bambú que papá había dejado atrás, gruñía palabras inventadas cada vez que sacaba una mala tirada, retorciendo sus dedos de dobles articulaciones como garras de bruja. Cuando los dados eran buenos, resoplaba y soltaba una carcajada. Si yo ganaba, canturreaba una sarta de insultos y terminaba con «¡Te odio!». La tranquilidad con que lo decía reflejaba lo mucho que me quería y confiaba en mí. Y en las listas del Beverly Hills Hotel me había convertido en su defensora. Aprovechaba la más mínima oportunidad para mencionar su nombre delante de papá, y explicar todas las cosas buenas que había hecho por mí y lo mucho que nos divertíamos. «Ajá —decía él—. Me alegro». Sin comprometerse. Con tono paciente. Un muro de roca caliente.

En una carta me pidió que fuera a verlo a México. Yo no quería ir. Tenía miedo de que intentara volverme contra Cici. O de que Maricela esgrimiera su rencor inescrutable contra mí. Además, México tal como lo había conocido sin Cici ni Collin consistía en gérmenes, enfermedad, comida apelmazada como frijoles y guacamole, y aburrimiento. No podía limitarme a decir que no, de modo que, a sugerencia de Cici, pregunté si podía acompañarme Cici o tía Dorothy. Nunca volvió a tocarse el tema.

—¿Te gusta la comida china, cariño?

Por una vez papá no se había alojado en el Beverly Hills Hotel sino en el Shangri-La de Santa Mónica, era la hora de cenar, que no era cuando solía ir a verlo, y había un restaurante chino abajo.

—Sí —respondí—. Me encanta.

Cici nos llevaba a menudo a *Madame* Wu's. Había un árbol enorme en el vestíbulo que crecía a través de un agujero en el techo, y tomábamos cerdo agridulce y galletas de la suerte.

—Es una de las tres mejores cocinas del mundo —dijo papá—. La francesa, la árabe y la china.

Sabía que la comida francesa era la mejor del mundo. Pero nunca había oído hablar de la árabe, y me sorprendió un poco que pusiera la china entre ambas, ya que los restaurantes chinos que conocía no tenían esa clase de reputación. Pero nunca cuestionaba las afirmaciones de papá. A menudo elevaban una opinión inesperada a la categoría de verdad absoluta, y parecía que pretendían desconcertar a la gente.

—¿Qué hay de la italiana?

Yo odiaba tener que dar mi opinión a menos que fuera sobre la teoría del *backgammon*, pero papá esperaba que le diera conversación. En el Beverly Hills Hotel le había oído pedir *prosciutto* y melón al servicio de habitaciones. Cuando protesté ante la mezcla de carne y fruta, él replicó: «El que entiende de comida sólo come el melón con *prosciutto*».

—La comida italiana puede ser buena si está bien preparada —dijo esta vez—. Pero no es una «gran» cocina.

Yo estaba aprendiendo las costumbres del mundo sofisticado, lo que sin duda era instructivo para mí; y me halagaba que él quisiera verme aun a costa de sentirme a menudo inepta o incompetente. Pero siempre me sentía agotada cuando nos despedíamos.

A papá no le gustaba comer en público. Decía que era repugnante ver a la gente con la boca llena de comida, y que comer debería ser un acto privado, como ir al cuarto de baño. Pero la civilización dictaba que las comidas fueran una actividad social, y, dado que tenían que ser públicas, con papá eran lo más civilizadas posibles. Yo era siempre hiperconsciente de comer bien en su presencia. En la Casa Grande me había esforzado por cortar la lechuga del plato de acompañamiento con el borde del tenedor, porque Tata me había dicho que era de mala educación llenarse demasiado la boca, y Betty O'Kelly decía que no estaba bien cortar la ensalada con cuchillo.

Estábamos sentados uno delante del otro en mitad del restaurante, cerca de una columna. En *Madame* Wu's había reservados, al igual que en el restaurante del abuelo, en Nueva York, y en el Hamburger

Hamlet al que me llevaba Gladys, junto a la oficina del representante de papá en Hollywood. Esa mesa, en cambio, parecía formal y expuesta.

El camarero me puso delante mi pollo con guisantes en su vaina y me sirvió arroz en el plato. Cogí el tenedor.

—Déjalo, cariño —ordenó papá de inmediato—. La comida china ha de comerse con palillos.

—Pero yo no sé utilizarlos.

—Entonces aprenderás ahora mismo.

Hizo un gesto al camarero para que retirara los tenedores.

Cogí los dos palillos. Parecían de madera pero eran brillantes y con la superficie dura, como el plástico o algún otro material que no sabía identificar. Los extremos cuadrados parecían más apropiados para coger la comida y los redondos encajaban mejor en mi mano.

—No, no. Así no.

Papá dio la vuelta a los palillos en mi memo y me hizo una demostración de cómo debía sostenerlos, con el palillo superior sobresaliendo a una distancia exacta del inferior. Se apoyaban en sus largos dedos como extremidades más rígidas del mismo insecto.

—Me sorprende que no sepas utilizarlos, Allegra. Has dicho que te encantan los restaurantes chinos, pero nunca has comido comida china de verdad si no has utilizado los palillos.

Lo tomé como una crítica a Cici. No me parecía que los palillos fueran un indicador del refinamiento cultural y de las aptitudes maternales tan importante como los veía papá.

Probé con el trozo de pollo. Su forma irregular parecía más fácil de atrapar que las vainas resbaladizas. Los palillos dieron un tijeretazo en mi mano, y el pollo rebotó en la columna y cayó al suelo. Papá hizo una mueca y fingió no darse cuenta.

Logré pinchar otro trozo de pollo para llevármelo a la boca. Era demasiado grande. Tenía dos horribles opciones: metérmelo entero y dejar que se me hincharan los carrillos, o morder un trozo y volver a dejar el resto en el plato. Me arriesgué a lanzar una mirada furtiva a papá. Miraba a los camareros que se movían sin hacer ruido a nuestro alrededor, las plantas en macetas, el trozo de pollo que había lanzado al suelo… todo menos mi cara y mis torpes dedos.

Esperó a que manejara ese bocado y me miró de nuevo.

—¿Qué estás leyendo, Allegra?

No confesé que tenía la librería llena de libros de Agatha Christie.

—*Los viajes de Gulliver* —respondí con sinceridad.

—Excelente. —Asintió con aprobación—. Los caballos son seres muy superiores a los seres humanos.

Por las noches, Cici y yo salíamos como delincuentes al amparo de la oscuridad, metíamos una manguera en la fosa séptica que había debajo del césped y vaciábamos las aguas residuales por la ladera. «Las babas nocturnas», como las llamaba ella. Los retretes habían empezado a atascarse y no podía permitirse las continuas visitas de Walt el fontanero. Pero enseguida tuvimos que dejar de hacerlo a causa de los olores y Walt regresó. En una furgoneta nueva.

—¡Walt! —Como siempre, ella llevaba una prenda vaporosa encima de la parte de abajo del bikini. Tenía las piernas largas y esbeltas de montar a caballo, pulidas por el sol—. ¿Qué ha sido de la Oíd Red?

Walt tenía la cara curtida, como tallada en madera.

—Bueno, señorita Huston. Le he hecho unos cuantos agujeros y mi mujer la está utilizando como caravana.

Cici dejó escapar un chillido.

—¡Walt! ¡No hablas en serio!

Aplastó el césped con los dedos de los pies, como si no pudiera contener su satisfacción, y me miró para ver si yo lo creía.

No lo creía ni creía que ella lo hiciera. Pero ella retuvo la posibilidad, como una exótica criatura plumada que no quería soltar aún. Yo, enérgica y racional, anhelaba experimentar de ese modo el placer de lo prohibido.

Walt también la retuvo. Me pregunté si sólo lo haría hasta que sus facciones se resquebrajaran y se reorganizaran en una sonrisa.

—No, zeñorita Huston —dijo por fin—. *Zólo* quería haserla reír.

Los días sombríos de invierno, las lluvias de febrero y la aflicción de Cici habían quedado atrás. Echó a Ana María y a Eduardo —yo confiaba en que hubiera comprendido que habían mentido acerca de Collin y de mí— y entró Lisa. Acababa de romper con el Chicksweeper y necesitaba un lugar donde vivir.

Yo tenía reservas sobre tener como niñera a Lisa, con su melena rubia y su voz entrecortada, pero no duraron mucho. Ella derribó el muro invisible que habían levantado las oscuras maquinaciones de Ana María y Eduardo entre el extremo de la casa que ocupábamos nosotros y el de Cici. Collin y yo la adorábamos, y lo mejor de todo era que Cici volvía a estar contenta.

—¿Qué tal va todo con Lisa? —me preguntaba tía Dorothy cuando Collin y yo íbamos a pasar el día a su piscina.

—Genial. Pero ha tenido que ir al médico porque tenía gonorrea.

Tía Dorothy echó la cabeza hacia atrás como si la hubiera golpeado en la garganta. Respiró hondo, se serenó y movió los dedos en el aire como si dirigiera una orquesta a hurtadillas.

—Seguro que era diarrea —dijo con una voz cuidadosamente modulada.

No era diarrea. Yo lo sabía perfectamente, y aunque no tenía ni idea de qué era la gonorrea, estaba segura de que no eran lo mismo. Nunca había oído decir que alguien fuera al médico por una diarrea. Lisa solía decir mal ciertas palabras y tenía que concentrarse para hablar bien. Pero no era eso; yo había oído a Cici y a ella reírse en la cocina como si se tratara de una gran broma, y sólo había querido compartirla con tía Dorothy. En mi interior maldije mi bocaza. Por eso habían estado riéndose; había cierto misterio en tomo a la gonorrea y no debería haberlo repetido.

Tía Dorothy me clavó su mirada penetrante y apretó los labios pintados de rosa.

—Debía de ser diarrea —rectifiqué.

Pareció satisfecha; había oído lo que quería oír. ¿Cómo no le importaba o no se daba cuenta de que mentía? Me chocó. Ella había logrado alterar la realidad a fuerza de voluntad.

—Nos ha encantado volver a tener una niña en casa —había dicho cuando me marché después de esa primera visita en Navidad.

Cuanto más tiempo pasaba allí, mejor percibía un residuo de tristeza inaprensible de la época en que Cici y sus hermanos eran jóvenes. Yo sabía que Cici había escapado de casa en cuanto había podido, casándose a los diecisiete años con Gene Shacove, el peluquero en el que se había inspirado el personaje de Warren Beatty en *Shampoo*; el matrimonio duró un año. Sus hermanos mayores también habían rechazado, a su manera, la vida familiar; su hermano pequeño se había quitado la vida. Había un problema en la familia, pero yo no sabía cuál era.

Cici llamaba a tía Dorothy «madre» en su cara. Había una nota de exasperación atrapada en las sílabas. A veces hasta me parecía percibir cierto sarcasmo. A sus espaldas la llamaba *Gloom Lady*, la Mujer Lúgubre, a tío Myron, *Gloom Man*, el Hombre Lúgubre y a la casa, *Gloom Castle*, el Castillo Lúgubre.

Aun así parecían sentirse cómodos con su relación cáustica y era evidente que eso era mejor que nada. Yo no envidiaba precisamente a Cici por tener una madre, pero tanteé diferentes actitudes hacia ello de la misma manera que me probaba sus zapatos. A veces casi me alegraba de que mamá hubiera muerto siendo yo tan pequeña, antes de ser lo bastante mayor para conocerla. No es que temiera que hubiéramos tenido una relación como la de Cici y tía Dorothy —mamá siempre era «mamá», no ese «madre» formal—, pero habría sido mucho peor si hubiera tenido seis, diez o doce años cuando murió

mamá. Como Joan Buck, la mejor amiga de Anjel, habría conocido su belleza, su sabiduría y su forma de tratar a los niños como si fueran más importantes e interesantes que los adultos. Me parecía injusto que mamá hubiera sido más madre para Joan que para mí, pero al mismo tiempo agradecía no saber exactamente lo que me había perdido. Tal como eran las cosas, sólo había perdido una promesa. De haber sido lo bastante mayor para conocer por mí misma la perfección de mamá antes de que se muriera, mi propia ineptitud me habría resultado aún más difícil de soportar.

Una vez al mes me sentaba con Cici en su cama mientras hacía cuentas. Cada penique que había gastado lo apuntaba en una columna, cada cheque que había extendido lo marcaba con un visto. Me dejaba introducir las cifras y empecé a hacerlas como ella: los siete con un hoyo en la parte superior y un travesaño. Me sentía privilegiada y servicial. Y veía que, por mucho cuidado que tuviera, los ingresos y los gastos no cuadraban.

El estudio de papá estaba vacío y Cici decidió alquilarlo. El inquilino fue Anjelica. Me impresionó que pudiera andar por el camino empedrado con zapatos de tacón, haciendo equilibrios con parsimonia, como los juguetes que se tambalean y nunca caen. Ella y Cici salían en la camioneta después del atardecer para robar flores de otros jardines, y al volver a casa hacían ramos preciosos y lo llamaban la Palisades Florist. Cici había tomado esa costumbre de tía Dorothy, que solía ir con su Roll-Royce al jardín de Lucille Ball para coger tulipanes.

Imaginé que Anjel se había ido de la casa de Jack porque habían roto. La había visto llorar a menudo, y por alguna razón me había hecho la idea de que tenía su propia habitación en casa de Jack para tener algún lugar donde llorar.

La habitación estaba en lo alto de las escaleras, a las puertas del reino privado de Jack. La primera vez que entré, la cabeza me dio vueltas. Por un momento no supe dónde me encontraba. Estaba llena de las cosas de Anjel. Por alguna razón supe que eran suyas de años anteriores, hasta el frasquito de plata más pequeño, porque no recordaba haberlas visto en la casa que había compartido con Jeremy. ¿De dónde habían salido? Las paredes estaban cubiertas de cuadros, dibujos y fotografías de ella, de sus amigos o de los amigos de mamá. También había cartas enmarcadas de los amigos de mamá. Y, en medio del caos, vi las conchas de ostra y las perlas hundidas en algodón y rodeadas de un rectángulo de nácar que había colgado en

mi habitación de la Casa Pequeña de Saint Cleran.

Había creído que era mío y de pronto caí en la cuenta de que, por supuesto, era de Anjel. Todo lo que consideraba de mi propiedad había sido antes de ella. Era mío sólo porque ella ya no lo quería o se había olvidado de ello. Si lo reclamaba, perdía todo mi derecho.

Vio mi asombro mientras recorría con la mirada sus tesoros, la visible acumulación de días, afectos, casas y experiencias, las pruebas de una vida vivida. Yo viajaba por la vida tan ligera de equipaje —iba de casa en casa con poco más que mi ropa y mi maleta, ropa que al poco tiempo ya no me cabía— que a veces tenía la sensación de que mi propia existencia no era del todo real. En la habitación de Anjelica, cada objeto la arraigaba aún más a su lugar en el mundo, mientras que cada objeto que yo perdía al averiguar que era de ella me desarraigaba del mío.

—Ésta era la cama de mamá, Legs.

Lo dijo con afecto. A ella sólo le inspiraba afecto. Tenía muchos recuerdos de mamá y en ellos mamá estaba viva.

Casi tenía miedo de mirarla, como si pudiera volverme de piedra. En los remates de la cabecera y de los pies había caras talladas, y estaba pintada de gris, el color de las nubes bajas.

¿Era ésa la cama en la que yo había estado sentada, entre Anjelica y Tony, cuando Leslie me dijo que mi madre había muerto? No había pistas: en la pintura no había arañazos hechos por mis uñas, ni marcas dejadas por mis lágrimas. No es que esperara verlos; sabía que no había dado zarpazos ni había gritado, y Anjel me había dicho que no había llorado. Pero ¿cómo podía haber reaccionado tan impasible, fría y «gris»? Era la cama de mamá; la había calentado con su cuerpo, la había ocupado mientras dormía y soñaba. De repente, esa cama estaba en la misma habitación que yo; ella estaba en la misma habitación que yo. ¿Cómo podía no haber rastro de ella?

Anjel no se llevó la cama a casa de Cici. Me imaginé que seguía en la casa de Jack. Para mí, eso significaba que ella no lo había dejado en realidad. Y entre las fotografías que colgaban de la pared de su vestidor había una de un adolescente con la misma deslumbrante sonrisa: una foto de la graduación de Jack.

—Era guapo, ¿verdad, Legs?

Todavía lo quería. Lo noté en su voz y eso me puso contenta. Estaba segura de que pronto volvería con él, que era con quien le correspondía estar.

Un día bajamos al sótano para coger una botella de vino o para guardar uno de los abrigos de pieles de Anjel en la habitación con la temperatura controlada donde Cici guardaba los suyos.

—¡Mi maleta! —exclamó Anjel.

Al principio no estaba segura de a qué se refería; si había traído una maleta y la había guardado allí abajo, ¿por qué se sorprendía tanto de verla? Luego me di cuenta de que miraba la maleta de lona azul oscura con las esquinas cuadradas que había ido conmigo a todas partes, de Maida Avenue a Saint Cleran, a la casa del abuelo y a Euclid Street, y ahora, por fin, a la casa de Cici. Mi maleta, con la inscripción «A. H.» debajo del cierre.

—La tenías tú —dijo encantada—. ¡Qué maravilla!

¡No!, quería gritar. Ésta es *mi* maleta. Ésas son mis iniciales ¡Yo soy A. H.! Pero no era *esa* A. H., la A. H. era ella.

Me había sentido tan orgullosa de tener mi propia maleta, con mis iniciales, y seguía teniéndola aunque se hubiera ido la Tata. Sabía que la había tenido toda mi vida, lo que significaba que mamá había grabado las iniciales en ella.

Lo había hecho mamá, en efecto, pero para Anjelica. Me quedé destrozada.

La gran *A* dorada de la puerta de mi habitación de Maida Avenue era de «Anjelica», no de «Allegra». Yo ya sabía que todo lo que había sido mío en Saint Clerán pertenecía en realidad a Anjel. De pronto todo lo que había sido de mamá también era al parecer de ella. ¿Había habido algo mío…, incluida mamá? No me parecía a ella físicamente, con mi piel pálida y mi pelo rubio, no como lo hacía Anjelica, con sus cejas arqueadas y su belleza morena italiana. Casi no tenía recuerdos de mamá, y los pocos que conservaba no eran sobre ella sino sobre mí. Anjel tenía los derechos de propiedad. Todo lo que tenía yo era un hecho abstracto.

Un día de febrero de 1977 Cici se sentó en el sofá de ante rojizo de la sala de estar. El agua salía gorgoteando de las fuentes de piedra de lo que todavía veía como el estanque de papá. Los colmillos de narval habían desaparecido.

—Tengo algo que decirte —dijo.

Había escogido un momento en que Collin no estaba. No sabía lo que me esperaba, pero temía los momentos como ése. Tenía la sensación de que mi mundo iba a dividirse.

—John no es tu verdadero padre.

En cuanto oí las palabras, supe que había estado esperándolas. Todas las personas con las que había vivido habían sido temporales, y Cici podía ser una más. Lograría sobrellevar su pérdida. Aunque no viviera conmigo, papá era lo único que me quedaba por perder.

No podía parar de llorar. De pronto todo tenía sentido: el hecho de que hubiera conocido a papá tan mayor; la palabra «adoptada» del artículo; la constante incertidumbre acerca de dónde me correspondía estar.

—Tu verdadero padre es un lord inglés. Le pregunté si quería conocerte. Vendrá mañana.

Vi manchas oscuras en el ante donde habían caído mis lágrimas y esperé que no dejaran marca; luego me di cuenta de que esperaba todo lo contrario.

—Tu madre salió y encontró amor —continuó Cici—. John se puso furioso, porque se suponía que ella era su esclava y tenía que aceptar lo de Zoë, Danny y demás. Pero ella se negó. Salió y encontró otra vida.

Noté que Cici admiraba a mamá por eso, tenía afinidad con ella. Cuando por fin levanté la cara hacia ella, me sostuvo la mirada. Sonrió; no con su habitual sonrisa cuadrada sino con una ternura casi imperceptible. Me suplicaba con la voz que la creyera.

—Eres hija del amor.

Eso no era lo que yo quería oír. Pero parecía importante para Cici. Percibí, en sus palabras, o quizá sólo en la suplicante ternura de su voz, que de algún modo era mejor ser la hija de ese amor que de pronto me había caído encima, que haber nacido, como Anjelica y Tony, de los padres oficiales cuyo amor no había perdurado y que, si creía a Cici, tal vez nunca había existido.

Quería que fuera importante para mí, pero yo ya estaba cansada. Deseé que mi vida fuera simple y sin complicaciones, como las canastas de baloncesto que ves en el camino del garaje de las familias normales. Me sentí bombardeada. Ese nuevo padre no era —no podía ser— la última pieza del rompecabezas. Sólo era una sacudida más en la precaria percepción de mí misma.

Al día siguiente estalló una tormenta bíblica. Por el empinado camino de entrada caían cortinas de agua, convirtiendo la hierba y los árboles que había más allá de las grandes cristaleras en distorsionados remolinos de verde. Esperé sentada con Cici a que llamaran a la puerta.

Cuando entró, chorreaba agua. Cici le estrechó la mano.

—Soy Celeste —dijo. Y, con una mano en mi hombro, añadió—: Ésta es Allegra.

Creo que él le dio las gracias. Se comportó con elegancia y naturalidad, como si cada día conociera a una hija secreta. Eso me desconcertó. Luego percibí la incomodidad subyacente y me sentí mejor. No veía por qué esa situación tenía que ser más cómoda para él

que para mí.

Caminó hacia mí y yo me acerqué a él sumisa. Dejé que me abrazara.

—Me alegro mucho de conocerte, Allegra. Quise mucho a tu madre.

¿Lo dijo entonces o luego? ¿Dijo con tantas palabras que era mi padre, que yo era su hija? No lo sé.

No me alegraba dé conocerlo. Me pregunté si eso significaba que lo lamentaba, pero tampoco era eso. Tenía la mente en blanco. Alguien más tendría que pulsar un botón para estimular mis emociones, si quería hacerlo.

Yo no estaba segura de si ese hombre con el pelo canoso y gafas, con la cara cuadrada y las iniciales bordadas en la camisa, querría. No podía esperar que me arrojara a sus brazos, ¿no? La alternativa habría sido un mar de lágrimas y llanto histérico. Me pregunté si había temido que reaccionara así. Tal vez sintió alivio al verme tan inexpresiva. ¿O le estaba decepcionando actuando como una muerta viviente?

Estaba decepcionando a Cici. Sabía que creía que en cierto modo él era un regalo que ella me hacía. Toda mi vida me habían mentido todos; ella me ofrecía la verdad. Quería que la noticia de que no era hija de papá me hiciera feliz.

Cici y él llevaron el peso de la conversación, aunque me hacían intervenir continuamente. Nos sentamos en el otro sofá, el que me parecía más formal y más alejado de la puerta de vaivén de la cocina, lejos de la fuente del suelo. La luz fracturada a través de las ventanas empañadas de lluvia que había detrás de él disolvía los contornos de su cara.

Su voz y la de Cici parecían llegar de algún lugar lejano, por encima del repiqueteo de la lluvia. Se me pasó por la cabeza que él y Cici se enamorarían y se casarían. Eso sería un final feliz. Pero la ilusión se desvaneció en cuanto él habló de su mujer y me dijo que yo tenía un hermano y una hermana en Londres.

Las palabras le brotaban fácilmente. A mí no. Él quería saber quién era yo, pero por más que me soplara Cici, ¿qué podía decirle? Fue como una piedra arrojada al azar al río de mis días. Al día siguiente él volvería a Londres y yo no tenía ni idea ni curiosidad siquiera por saber si volvería a verlo.

Noté que se esforzaban. La visita tenía que durar cierto tiempo; el taxi volvería al cabo de una hora. Parecía casi insultante dedicar sólo una hora a algo tan importante como conocer a un padre. Pero esa hora en el sofá se hizo insoportablemente larga.

—¿Por qué no tocas el piano para tu padre? —preguntó Cici alegremente, aferrándose a la idea como a un trapecio.

—Sí, por favor —dijo mi padre, aferrándose también a ella—. Me encantaría oírte tocar.

Sabía que Cici odiaba que bailara un jig doble para los amigos de papá y a mí tampoco me gustaba hacerlo. Pero tocar el piano significaba que no tendríamos que hablar.

—De acuerdo.

Cici había persuadido al padre de Collin, el guionista Walon Green, para que alquilara un piano para mí. Yo no entendía por qué había accedido, ni me creía del todo que se hubiera prestado a pagarlo. Cuando papá no estaba, Cici había fomentado la relación entre Wally y yo; iba con Collin a su casa los fines de semana y una vez fuimos los tres de acampada al estado de Washington. Y ella quería que papá se enterara.

Yo había recibido clases de piano el año que pasé en Long Island y el año que pasé en Euclid. El profesor que Cici había contratado trabajaba de otro modo, escribiendo los acordes como si fueran para guitarra. Era un sistema más sencillo que el convencional, pero tenía el inconveniente de que sólo podía tocar las piezas que él había transcrito para mí.

Empecé por *Danse Macabre*, mi favorita. Era consciente de que no tocaba como era debido, que lo hacía a la manera medio *hippie* de Los Ángeles que mi nuevo padre inglés seguramente desdeñaba. Se quedó, como era de esperar, decepcionado. Aun así seguí tocando. Era mejor que la alternativa.

Cuando empecé la siguiente pieza, mi padre se sentó a mi lado en la banqueta e improvisó por encima de mis cuidadosos acordes. Cici sonreía radiante. Yo seguí tocando torpemente, consciente de lo cómodo que se sentía él ante el teclado y sabiendo que esa situación no podía ser exactamente divertida para él. Cuando iba a ver a papá al Beverly Hill Hotel, seguíamos una especie de guion. Yo no tenía un guion para conocer a un nuevo padre y era evidente que él tampoco tenía uno para conocer a una nueva hija. Me pregunté si él estaba tan impaciente como yo de que se acabara esa difícil hora.

XII

Un día de primavera de 2007, me senté en un elegante sofá de un banco de Trafalgar Square. De las enormes arañas de luces caían cortinas de luz más brillantes que el día londinense de fuera, de una intensidad antinatural, como en un escenario; la gente pasaba por mi lado cabizbaja, como se supone que camina alguien absorto en sus asuntos.

Oí los pasos del joven trajeado al que esperaba antes de verlo reaparecer, andando un poco más despacio que los demás para subrayar la importancia de su cometido. Tenía la expresión confiada de quien lleva a cabo su deber.

Me entregó dos sobres grandes y abultados atados a un paquete. Los extremos del cordel que lo dividía en cuatro estaban sujetos con un círculo irregular de lacre de cera de un rojo lodoso.

En la intersección del cordel había un sobre más pequeño en el que se leía, en letra menuda y elegante: «Instrucciones para su destrucción». La carta que había dentro estaba firmada con un escueto «Norwich», sin «John Julius» delante: con un título no era necesario el nombre de pila. En caso de fallecimiento, decía, el banco debía enviar las cartas a sus abogados, quienes me las entregarían a mí, su hija «natural».

No se había dado el caso. Cuando le comenté que estaba escribiendo este libro, me dijo que había guardado las cartas que le había escrito mi madre y lo arregló para que yo las recogiera. Al ver los dos sobres, me dio un brinco el corazón: tal vez en el segundo estuvieran las cartas que él le había escrito a ella. ¿Se las había devuelto cuando habían roto?

Ya había revisado todas las cartas del baúl de latón y no había encontrado ninguna de él. Su letra era inconfundible. Las cartas que sabía que él había escrito no estaban allí.

Me descubrí reacia a romper el sello y abrir los sobres. Fuiste «hija del amor», me había dicho Cici. Pero al leer las cartas que mamá había guardado y los fragmentos de su diario, la había visto enamorada de otros hombres que no eran papá: el joven que se abría camino, el diplomático argentino, el escritor/aventurero Patrick Leigh Fermor. A esas alturas yo sabía que no había dejado a papá por Zoë, como me había dado a entender Cici. Ya estaba viviendo en un piso alquilado de Londres. Me alegré de que hubiera encontrado felicidad en esos idilios hasta que se fueron a pique. Pero quería que mi padre se diferenciara del resto, que fuera el hombre que mamá había amado por encima de todos los demás. Creía que lo era, porque de todos los hombres de los que ella se había enamorado de adulta, era el único del que había conservado un hijo, y había notado sus patadas mientras miraba desde la ventana de su habitación la casa donde él vivía con su mujer y sus hijos, al otro lado del canal.

Leer las cartas que ella le escribió prometía ser doloroso. Me daba pavor. Traté de ordenarlas por fechas sin abrirlas, según los matasellos de los sobres, pero faltaban muchos o la tinta estaba demasiado emborronada para descifrarlos. Logré ordenarlas *grosso modo* por la dirección del sobre; sólo en una constaba su casa, las demás iban dirigidas a la atención del Ministerio de Asuntos Exteriores, donde él trabajaba, o bien a su club o a un hotel de Ginebra; estas últimas con otra caligrafía, para que no fuera tan evidente que, en una convención sobre desarme nuclear, un miembro de la delegación británica estaba siendo inundado de cartas de amor. Pero para reconstruir como era debido la clase de amor que me había concebido, tenía que abrirlas todas.

La primera carta era de octubre de 1961, casi tres años antes de que yo naciera. La última fue escrita en enero de 1969, el mes en que mamá murió. Fijé la vista en el encabezamiento de cada carta, pero siempre saltaban como peces las palabras de debajo: «queridísimo», una y otra vez. La mayoría de las cartas eran de seis, ocho, diez páginas. Algunas estaban escritas con un día de diferencia. Otras sólo con horas.

El dolor me inundó. Mis manos se volvieron independientes, como robóticas, a medida que doblaba cada carta y la metía de nuevo en su sobre, escribía la fecha fuera y la devolvía a su sitio en el montón. En mi sofá, rodeada de la manifestación física del amor que me había dado la vida, me sentí también rodeada de la muerte de mamá. No estaría leyendo esas cartas en ese momento si ella hubiera vivido para verme crecer y para hacer el caballito a su nieto sobre sus rodillas. Y yo sabía mucho más que ella, sabía cómo terminaba esa pasión

abrumadora y absorbente, y con tanta ausencia en ella que exigía cartas.

Todas las cartas eran de mamá a John Julius. ¿Qué había sido de las cartas que él le había escrito a ella? ¿Tan enfadada y dolida estaba que quemó las pruebas de una devoción que había resultado ser hueca? Parecía improbable. Guardaba todo: telegramas para desear buena suerte, tarjetas de floristerías, posavasos de papel y fundas de pajitas de noches olvidadas. Se le daba bien transformar un idilio acabado en una tierna amistad. Lo más probable es que las guardara aparte y que, cuando la familia se ocupó de sus pertenencias, no las encontraran.

Pero ¿dónde podía haberlas guardado? ¿En el cajón de algún mueble que luego se vendió? Seguro que lo habían vaciado todo. ¿En algún escondite secreto y frío donde no las encontrara nadie por equivocación? Hay dos posibilidades: que las cartas de mi padre llegaran a manos de alguien que creyó apropiado tirarlas; o que estén sepultadas en algún sótano de Londres, donde nos sobrevivirán a todos durante décadas, tal vez siglos, hasta que el sótano en sí deje de existir.

Mamá conoció a John Julius en una fiesta a principios del otoño de 1961. Cuando escribió su primera carta, en octubre, la pasión se había apoderado de ella. Anhelaba su cuerpo, su mente, su generoso ser. Se perdía en los cristales azules de sus ojos.

Me alegro por ella; por el frenesí de su pasión, y por el hecho de que la persona que lo despertara fuera mi padre. Pero mis emociones son fruto de la intensa fuerza vital que fluye a través de la tinta de su pluma. Una fuerza vital que apenas unos años después será extinguida en una fracción de segundo por un coche que, al pasar por un bache, dio una sacudida y se interpuso en el camino de un camión que avanzaba en sentido contrario.

Dejé las cartas, incapaz de soportarlo; y en cuanto dejé de leer tuve que empezar de nuevo, como si el dolor fuera heroína. Me sentía eléctricamente sintonizada con las corrientes meteorológicas: las más leves fluctuaciones de la luz, las ráfagas del viento que agitaban las hojas y la hierba, y le acariciaban la piel, las sombras de las nubes, la fragancia de las flores y de la lluvia. Podía hacer el seguimiento de sus cambios de humor: la euforia de su amor por John Julius que le penetra los poros y brilla a través de ella, la tristeza que trata de disimular y superar; la sombra de las circunstancias implacables a las que vuelve valientemente la cara.

Hacia 1961 mamá se había resignado a ser la mujer de John Huston. Habían ingeniado un *modus vivendi*, y ella supervisaba el buen funcionamiento de Saint Cleran, diseñándolo, decorándolo y ocupándose de las obras, y creando la ilusión de una vida familiar en las esporádicas visitas de papá. Lo había «hecho tan bien», escribió, que «es en realidad la casa de John». El resto del tiempo —la mayor parte— era una mujer soltera que vivía en una casa en la que papá nunca pasaba la noche. Ella era discreta con sus aventuras amorosas para no causar escándalo ni confundir a Tony y a Anjelica.

A ella le encantaba su pequeña casa —siempre la llamó la Casa del Mayordomo— y no tenía reparos en llevar allí a los hombres que amaba. Le envió fotos a John Julius la primera Navidad que estuvieron separados. Más tarde también lo llevaría allí.

Se volvió más confiada y empezó a sobrepasar los límites de lo que le estaba permitido hacer como señora Huston. Pensó en tomar un apartamento en París, pero al final decidió alquilar uno en Londres. Tony y Anjelica empegaban a ser demasiado mayores para ir a los colegios locales irlandeses. Tanto ellos como ella necesitaban sentir que formaban parte de un mundo más grande.

Aun así sufrió mucho con el nacimiento de Danny en mayo de 1962. Durante el rodaje de *Freud* en Munich se enteró de que Zoë estaba embarazada; hace bromas forzadas y cáusticas sobre ello en las cartas que escribe a John Julius. Es evidente que lo que le duele no es la infidelidad de papá, sino que la ignore absolutamente y que eso pueda afectarla. Él nunca le explicó la situación sino que dejó que la dedujera; no demostró ni un ápice de preocupación por ese hijo que podía convertirla en blanco de cotilleos, humillación o miradas compasivas, que es lo que más temía en el mundo. Su silencio daba a entender que no era asunto de ella, que no tenía relación con su vida conyugal, lo que, según ella, significaba que a él le traía sin cuidado el impacto que podía tener en Anjelica y Tony. Eso la ponía furiosa. Se esforzaba por entenderlo, por aceptarlo, por hacer desaparecer el odio y la ira.

Aun así, no parece haber considerado el divorcio. John Julius no está libre para casarse, y tengo la sensación de que, después del deseo inicial de poseerlo totalmente, ella ve ventajas en ello. Le gusta la vida que lleva: tiene independencia en Londres, el proyecto en marcha de Saint Clerán, y estabilidad para sus hijos, que son el centro de su mundo. Juguetea con la idea de trabajar, pero hay suficiente dinero y en realidad no le hace falta. Lleva con papá desde los diecinueve años y casada con él desde los veinte. Romper esos lazos, cambiar de identidad, supondría un trastorno.

Para mi sorpresa, sigue sintiendo afecto por papá. Su rabia por la crueldad que demuestra a raíz de la llegada de Danny enseguida se apaga; lo conoce bien y sabe que no cambiará. No lo llama «el Monstruo», como durante su idilio con Lucio. La distancia emocional la ha acercado a él. Lo describe como un genio rebelde, exasperante e infantil que tiene a su cargo. Le preocupa su salud. Admira sus películas y las recomienda con orgullo. Escribe un guion y lo corrigen juntos con la condición de que lo dirija él. Se queda encantada cuando encuentra el perfecto regalo de Navidad para él: *Night Image*, mi primo Eso.

Él, a su manera limitada, la apoya. La anima a mudarse a Londres, y parece emocionarse sinceramente con la compra de la casa de Maida Avenue y las obras que hay que hacer en ella. En su entusiasmo compartido por arreglar casas, casi no parece importarles el hecho de que no vivirán juntos en ellas. Aun así, los deseos de él siempre tienen prioridad. Cuando de pronto empezó a escasear el dinero, papá insistió en invertir en un nuevo sistema de calefacción para el baño japonés de Saint Cleran, en lugar de hacerlo en las obras de Maida Avenue. Mamá se vio obligada a pedírselo prestado a su padre.

La habían educado para complacer a un hombre exigente, excéntrico, irracional, encantador, egoísta y dominante. Se trataba de otro hombre, pero el patrón era el mismo. El abuelo y papá eran los dos polos de su existencia. Aceptarlo y comprender su papel en ello le dio libertad.

Me cuesta entender que mamá escribiera a su amante hablando de su marido con tanta admiración. Tiene un don innato para los juegos malabares. Lo que realmente me desconcierta es la dulzura con que escribe sobre Anne, la mujer de John Julius. ¿Cómo es que no está celosa o resentida? ¿Por qué no desea verla en el fondo del mar? Sin embargo no lo hace. Escribe con generosa comprensión sobre la lucha artística de Anne como pintora. Explica a John Julius, que está llevando a un grupo de turistas por Turquía, cómo iba vestida Anne y lo guapa que estaba en una fiesta en casa de la madre de él.

Mamá se había hecho bastante amiga de la madre de John Julius, *lady* Diana Cooper, con quien tenía un muro del jardín en común. Cuando era joven, Diana era considerada la muchacha más guapa de Inglaterra. Su marido, Duff Cooper, tuvo muchas aventuras; Diana lo resolvió haciéndose amiga íntima de las mujeres de las que su marido se enamoraba. Supongo que recibió a mamá con el mismo espíritu, y no vio motivos para no invitar a mamá y a Anne a la misma fiesta. Compadezco a Anne (quien, en el futuro, sería afable y cordial conmigo); fue la única que no se enteró.

Cuando mamá vio a Anne en la fiesta de Diana ya estaba embarazada. Lo supo durante las vacaciones de Navidad de 1963 en Saint Cleran. Lo mantiene en secreto en sus cartas a John Julius, agarrándose al secreto —yo— como si fuera una botella de agua caliente. Está llena de alegría. Literalmente. Como mi nombre.

Siempre he pensado en mi nombre como en una especie de oración. Un deseo dirigido a lo que iba a ser, no una declaración de lo que ya era. Había imaginado a mamá destrozada: los matrimonios de ambos, el momento elegido, todo estaba mal. No sabía si se había planteado abortar, pero había supuesto que esa semilla que crecía en su interior era, como poco, un problema. La felicidad me invade a través de los ojos y de los dedos al comprender que estaba equivocada. No hay tensión alrededor de mi nombre. Hice a mi madre lisa y llanamente feliz al hacerle apostar por la existencia. En ningún momento se le pasa por la cabeza que no me quiere.

Cuando leí lo de ese aborto con el diplomático argentino, sentí como parte de mí salía volando a través de las puntas de mis dedos. Al instante supe lo desgarrador que había sido para ella arrancarse de las entrañas el hijo de un hombre al que amaba. Lo supe porque yo era la prueba de su decisión de no repetir la experiencia.

Ahora leo algo que me retuerce las entrañas: «Todas esas vidas que interrumpí». Entonces hubo otras.

¿Cuántas? ¿Cuándo? ¿Con quién? No lo sé, y probablemente nunca lo sabré.

«Un arrepentimiento efímero —escribió mamá a John Julius—. Pero hasta lo efímero tiene sustancia». ¿Está siendo valiente? Se contradice. Si es efímero, el arrepentimiento acaba desapareciendo. ¿Hasta qué punto puede haber sido efímero si para ella tiene sustancia años después?

Ocho años antes escribió, al poco tiempo de enamorarse de un hombre, cuánto deseaba tener un hijo con él, y se reprendía por ello. El control de la natalidad anterior a la píldora era incompleto. Pero a partir de ese fragmento de diario me entero de sus anhelos; y, pragmática como debía de haberse mostrado cada vez, imagino lo que le costó interrumpir esa vida. Cada uno interrumpía un idilio, una esperanza, un posible futuro para los tres. Después de eso el amor sólo podía ser un camino muerto hacia el final.

¿Qué cambió esta vez? Debió de facilitar las cosas que ella viviera a un mar de distancia de papá, y no a sólo diez minutos a pie. No quería tener que fingir que papá era mi padre. En Saint Cleran lo habría hecho si la rutina de sus vidas hubiera continuado. En Londres podía plantar cara a la situación.

Nunca transmitió a John Julius alguna expectativa de que mi aparición cambiaría las cosas entre ellos. Es imposible que no la tuviera. Pero sabía dominar sus emociones. El abuelo le había enseñado a hacerlo desde niña.

Sólo le aterraba una cosa: la escena que tendría lugar cuando se lo dijera a papá. Le escribió en marzo, pasado el hito de los tres meses. Él la obligó a ir a Irlanda.

Cici ofrece una gran historia de esta escena. La mayor parte —aunque, evidentemente, todo no— se la contó papá.

Papá está en su estudio de la Casa Grande tomando una copa de sobremesa con el sacerdote del pueblo. (Primer suceso improbable). El señor Creagh entra y anuncia que ha llegado la señora Huston.

—La señora Huston —dice papá al sacerdote—. Qué alegría. No he visto a mi mujer desde hace más de un año. (No es cierto. Ella estuvo en Navidad).

Mamá entra envuelta en una capa. Cuando se la quita, el bombo es evidente. Papá se pone rojo de vergüenza. Más tarde, en su dormitorio, le rompe la muñeca con el atizador de la chimenea.

No rompió ninguna muñeca, pero Cici le creía capaz. Lo describía furioso como el Diablo Rojo, la criatura más aterradora a la que se había enfrentado alguna vez. Y eso lo contaba una mujer que había montado un león.

Mamá había esperado un algo de sensatez y comprensión, pero sabía que era poco probable. No había hecho nada que no hubiera hecho papá dos años atrás. Creía merecer cierta generosidad de espíritu, un reconocimiento del compañerismo que los había unido, una recompensa a su propia comprensión. O sencillamente amabilidad. En lugar de ello, él la había reprendido con severidad.

Mamá guardó silencio mientras papá hacía comentarios desagradables, sin pedir nada de él, evitando las acusaciones y cualquier mención a Danny. Él le preguntó si quería que fingiera ser el padre de la criatura. No, dijo ella; todo lo que quería era silencio durante unos pocos años, hasta que Tony y Anjelica fueran lo bastante mayores para comprender la verdad. Hasta entonces aceptarían que el hijo era de ella sin cuestionarse nada. No era de otra raza, le aseguró.

Si hubiera dicho que sí, le dijo ella a John Julius, papá le habría partido la cara, «al menos en sentido figurado».

Así terminó la primera escena. Pero papá dio vueltas a esa frase. Decidió tomárselo como un desaire hacia Danny y su madre multirracial.

Por primera vez en años mamá lo llama monstruo, y no precisamente bromeando. ¿La golpeó papá? No lo sé. No lo hizo el primer día, aunque, como mamá le escribe a John Julius, lo había hecho en el pasado. Estoy bastante segura de que la llamó puta y cosas peores. Le duele profundamente que papá le crea capaz de soltar un insulto racista contra Danny o su madre, cuando todo lo que quería era tranquilizarlo por Tony y Anjelica. Cree que está malinterpretándola a propósito para desahogar su cólera. «¿Por qué —escribe— él es el único con orgullo al que herir, sentimientos que considerar, bondad de la que aprovecharse o paciencia que poner a prueba? ¿Acaso yo no tengo? ¿Por qué no le cabe en la cabeza que somos iguales?».

Sin disculparlo, se lo pregunta a sí misma. ¿Es su silencio contenido y su falta de seguridad en sí misma lo que provocan tanta crueldad? Está segura de que podría haber manejado el asunto mejor, pero ¿cómo? Siente cómo brota en ella el odio y suplica a John Julius que le ayude a entender a papá para no odiarlo. Espera no volver a verlo.

Quería que acudiera a él y, poniéndose en sus manos, dijera: «John, estoy en un apuro», para que él pudiera decir algo así como: «Bueno, cariño, deja que te ayude». No pensaba hacerlo. «Mi querido John Julius —escribió—, no estoy en un apuro, ¿verdad?». Su satisfacción —que tanto me sorprendió descubrir y que me hace tan feliz— fue lo que hizo enfurecer a papá.

El día siguiente a esas escenas, mamá escribió a John Julius una segunda carta, esta vez en papel amarillo canario por el que se disculpa. Pero es apropiado. Papá se ha ido de Saint Cleran; las tormentas han cesado. El sol brilla a través de los álamos balsámicos que hay al otro lado de la ventana del dormitorio de mamá y el viburno está floreciendo. Aunque sigue adorando su pequeña casa y su habitación azul, tiene la sensación de estar saliendo de la cárcel.

«Mi habitación azul». La habitación en lo alto de las escaleras, con la puerta cerrada. La habitación en la que no me atrevía a entrar hasta que vino Danny. Con las paredes y la colcha de color *beige*.

Cuando mamá murió, papá borró todo rastro de ella de la Casa Pequeña. Dejó en paz el dormitorio de Anjelica, el cuarto de huéspedes, la galería y la cocina, y volcó su cólera en dos habitaciones: el dormitorio y la salita de estar de ella. Esa salita de estar, dice Tony, era lo más acogedor que había conocido jamás, con música sonando de fondo, flores de olor fragante y libros de arte de tamaño descomunal que habían mirado juntos las tardes sombrías. Sus paredes eran, en palabras de mamá, del color de la sopa de tomate.

Papá las hizo pintar de verde oscuro, y dio instrucciones de embalar los muebles y enviárselos a Zoë y a Danny a Roma.

Se convirtió en la Habitación de Yeats, el pequeño museo de los cuadros de Jack Yeats enmarcados con una luz en la parte superior. No había sofá; es posible que ni siquiera hubiera una silla. Sólo mesas contra las paredes. Nadie entraba nunca en ella. Era una habitación muerta.

Mamá estaba por encima de los insultos. Fueron Tony y Anjelica quienes sufrieron la crueldad, mientras —sin comentarios ni indicio alguno de que pudiera dolerles— papá mandaba los últimos vestigios del calor de mamá a su otra familia. Yo sentí el frío que quedó.

Durante casi toda la última fase del embarazo de mamá, John Julius estuvo lejos, guiando a un grupo de turistas por el este del Mediterráneo. Ella lo echó muchísimo de menos, como cualquier mujer echaría de menos a un hombre que está de viaje de negocios. Estaba llena de nostalgia —como al principio—, pero también de alegría. Notaba mis patadas. Estaba convencida de que era un niño.

Él debió de volver unas semanas antes de que yo naciera, a finales de agosto, porque se interrumpe la correspondencia. Se reanudó cuando yo tenía menos de diez días. John Julius estaba en Francia, disfrutando de unas vacaciones con su mujer y sus hijos. Las cartas volaban casi cada día a una lista de correos de un pueblo rural. No reflejan la misma serenidad que las cartas del verano. En el anhelo de mamá hay una fría rabia que no se percibía antes. El amor intenso que siente por él de pronto la atormenta.

Él justifica su ausencia con buenas razones: su familia también lo ha echado de menos durante su larga ausencia y ésta es la última oportunidad que tienen para disfrutar de unas vacaciones todos juntos antes de que empiecen los colegios. Sé que mamá era lo bastante generosa para considerarlo justo. Dice que lo entiende. Pero no permitirá que escurra el bulto. «No quiero embarcarme yo sola —escribe—, pero quiero que digieras algo: Allegra es una entidad en sí misma, a pesar de toda la alegría y la satisfacción, que son enormes e inherentes a su presencia, y de toda la riqueza y la nueva dimensión que proporciona a mi vida. Ella no es tu suplente ni una sustituta de tu presencia. Doy gracias a Dios por ella, y es infinita mi gratitud por el amor fundamental de estos tres últimos años que me la han dado, pero nunca olvidaré los días en que te necesité *a ti*». Termina sin una despedida, sólo una «R».

Nunca ha sido tan cruel ni tan tajante. Las palabras que cubren la

página, en su letra medio de molde, me golpean los ojos como puñetazos: como los golpes de cada hora en que él estuvo ausente. Siento una ráfaga de soledad que le hiela los huesos.

Me he pasado la mayor parte de mi vida considerándome fuerte y creyendo que Nietzsche tenía razón al decir que lo que no te mata te hace más fuerte. No hace mucho decidí que Nietzsche estaba equivocado. Un brazo roto y cosido no es tan fuerte como uno que nunca se ha roto. Hay ciertas heridas que nunca cicatrizan.

Mamá aceptó muchas cosas: el secretismo, los otros compromisos, el tiempo esporádico y robado que pasaban juntos. Se refería a ellas como «los hechos imposibles». Era lo que había escogido a cambio del amor. Pero esa semana se coló una fría certeza: a la hora de la verdad, estaba sola.

En octubre, cuando yo tenía casi dos meses, mamá fue a la oficina del Registro Civil de Marylebone para inscribir mi nacimiento. Probablemente me dejó en casa con la Tata; bastaba con llevar los documentos del hospital.

La imagino frente al mostrador de una de esas habitaciones mohosas y llenas de chupatintas que sigue habiendo en Londres. El barniz de la madera está deteriorado y ha empezado a desconcharse. Las baldosas de linóleo se están curvando por las esquinas. Las sillas que hay contra la pared, duras y llenas de arañazos, están colocadas de cualquier modo. La bombilla desnuda que cuelga del techo parpadea en un esfuerzo sutil por disipar la penumbra de un día de otoño.

—¿Nombre de pila? —pregunta la funcionaría.

—Allegra —dice mi madre.

—¿Algún otro nombre?

—No.

Sigue el apellido de la madre. Y el del padre.

Mamá y John Julius habían acordado no darle el apellido de él. A ella le horrorizaba tanto como a él la idea de un escándalo; era lo que la había enfurecido del embarazo de Zoë y del nacimiento de Danny. John Julius era conocido como escritor y personalidad televisiva, y tenía un título, vizconde de Norwich, de modo que los cronistas de sociedad se habrían cebado. Mucha gente de su círculo debía de haberse enterado de que John Julius era mi padre, pero en el elegante mundo de Inglaterra podía callarse.

En esa última y horrible escena entre ellos, papá dio permiso a mamá para ponerme su apellido. También la desterró de Saint Cleran

y la ofendió advirtiéndole que no intrigara con los criados. Lo peor de todo, inventó que era ella la que lo había ofendido; que era una mujer cruel, egoísta, intolerante y llena de prejuicios.

No creo que ella titubeara. Había tenido semanas para tomar una decisión. Se había puesto su armadura.

Nadie, respondió. Desconocido.

Imagino que la funcionaría la miró fijamente: una mujer despampanante, bien vestida y dueña de sí misma, con acento norteamericano y porte de bailarina. No parecía de las que no sabía quién era el padre de la criatura.

Imagino que mamá la miró hasta que apartó la vista.

La funcionaría tecleó dos rayas en esa columna. Padre: desconocido.

XIII

«Mis otros hijos me llaman papá, con acento en la a», me escribió John Julius no mucho después de nuestro extraño encuentro. Me desconcertó un poco. Había evitado dirigirme a él aquel día. Me resultaba imposible llamarlo «papá». Parecía demasiado íntimo y natural, como si entre nosotros hubiera la típica relación padre-hija. Él tampoco parecía muy convencido; algo detrás de sus palabras me hizo pensar que tanteaba. Toda la relación era tan nueva como experimental. No estaba muy segura de si el experimento prosperaría, o si quería que lo hiciera.

Yo no necesitaba un nuevo padre. Ya tenía uno. No vivía conmigo, pero ya me había acostumbrado. Vivir bajo el mismo techo que él me había parecido raro; cuando se fue a México, volvió a adoptar su actitud regia. Era más él mismo cuando no vivía con Cici; debí de percibir su infelicidad sin comprender la causa.

Cada mes veía a papá cuando iba a Los Ángeles. Nunca se me ocurrió pensar que pudiera dejar de ser «papá»; la irrupción de John Julius en mi vida no cambió en lo más mínimo mi imagen de papá. Nuestra relación nunca se había basado en el vínculo original; sus pilares eran el respeto y la gratitud por mi parte, y la generosidad y el afecto por la suya. El amor había crecido a partir de ahí. No dependía de la biología o la costumbre.

Papá nunca mencionó a John Julius, aunque Cici debió de comentarle que nos habíamos conocido. Siguió comportándose como si no hubiera cambiado nada entre nosotros. De modo que no cambió nada.

¿Qué podía darme ese nuevo padre? Poca cosa. Me envió libros sobre su familia —mi familia, en teoría— que nunca leí. Ya había suficientes personas en mi vida que eran parientes no muy cercanos: papá, Tony, la Tata, el abuelo y Nana, mi prima Martine y Danny, mi hermano perdido a quien había vuelto a encontrar en el Beverly Hills Hotel, donde lo vi con papá por primera vez desde que me había ido

de Saint Cleran. Danny me dio un anillo de oro y turquesa, que despertó en Cici la fantasía de que él y yo nos casaríamos, lo que era posible ya que no éramos parientes consanguíneos. Era una fantasía parecida a la que yo había tenido brevemente cuando John Julius y Cici se habían sentado juntos en el sofá: que los extremos más alejados de mi familia se unieran y se cerrara el círculo.

Hasta donde me alcanzaba la memoria, cada vez que había pasado tiempo con alguien, me había comportado como creía que debía hacerlo una hija, una hermana o una nieta; de pronto me apartaban. Yo no podía abandonar esos sentimientos de hija, hermana y nieta así sin más, de modo que me alargué todo lo que pude, aferrándome a ellos aun a cientos de miles de kilómetros de distancia. Los vínculos familiares eran como cables extendidos alrededor de la superficie curvada de la tierra, tan tensos que podían romperse en cualquier momento; y yo con ellos. John Julius era otra persona que me reclamaba, alguien más a quien escribir, otro gancho clavado en la carne.

Había desaparecido una vez de mi vida. Tal vez después de esta primera oleada de tibio entusiasmo él volviera a hacerlo.

Yo era una niña solitaria; me quedaba poca energía emocional para las amistades. En el colegio tenía amigas con las que comía, pero casi nunca las invitaba a casa y casi nunca volvía a casa con ellas. Todo lo que quería hacer era leer y jugar al *backgammon*. En gran medida se debía a la confusión de tener doce años. El resto era agotamiento espiritual.

Cici tenía pensado mandarme a un internado de Ojai Valley al que había ido. Los chicos podían tener su propia casa, me dijo, y había toda clase de actividades que hacer. Creo que esperaba que eso me diera energía, y me ayudara a centrarme y a descubrir alguna pasión por la vida.

Yo no quería ir. La mitad de mis libros favoritos de Enid Blyton estaban ambientados en internados, pero sabía que eran una fantasía; además, eran ingleses. No me atraía nada de Ojai. Y me aterraba la idea de que me llevaran a un internado y me abandonaran en él. Con el siguiente torbellino se olvidarían de mí. Ya no tendría ningún hogar.

Me mandaron a un psicólogo educativo que me puso a hacer rompecabezas de lógica y me preguntó si me sentía académicamente estimulada en el instituto público Paul Revere. Mentí con ganas y dije que sí. Cuando llegó su informe, Cici me lo leyó. Me sentí orgullosa de haber sabido engañarlo tan bien. Leyéndolo más tarde, vi que era más listo de lo que yo había creído. Disfrazando en parte sus motivos, dio

el veredicto que sabía que yo necesitaba: recomendó que me quedara donde estaba.

En aquella época a Collin y a mí nos cuidaba Sue, de Nueva Zelanda. Me gustó al instante, con su dentadura desigual y su figura poco glamurosa; parecía más estable y formal que Lisa y que el alto, alegre y guapo Rock. Los amigos de Cici habían sido buenos compañeros, y nos habían dejado cenar tanta pasta con atún y macarrones con queso como habíamos querido. Pero cuando algo se torcía, tenía la impresión de que estábamos en un aprieto. Un día que Collin iba en la parte trasera de la furgoneta (solíamos sentamos sobre los arcos de las ruedas como jardineros mexicanos), Rock tomó una curva demasiado deprisa: la furgoneta se levantó sobre dos ruedas y la carretera dio vueltas ante nuestros ojos. Yo estaba segura de que Collin se había caído, pero Rock siguió conduciendo como si no hubiera pasado nada. Tendría que obligarle a parar, pensé, y cuando retrocediéramos encontraríamos a Collin con la cabeza aplastada contra el asfalto. Cuando miré atrás, sólo vi los arcos de las ruedas vacíos…, hasta que encontré a Collin acurrucado cerca de la cabina, con los ojos muy abiertos, su cara bronceada del color de la arena. Me dedicó una sonrisa torcida a través del cristal.

No se lo expliqué a Cici. No sabía qué pasaría si lo hacía. Podía destruir su amistad con Rock o poner fin a las risas frenéticas de nuestras veladas. O podía pensar que estaba exagerando; después de todo, Rock no había reaccionado como si hubiera ocurrido algo terrible. ¿Qué era peor, ser la soplona aguafiestas o que no me creyeran nunca más? Era mejor no decir nada y dejarlo estar, y encargarme de que Collin fuera en la cabina, o ir con él en la parte trasera y pedirle que se agarrara fuerte:

Sue me llevó a la bolera con sus amigos ingleses. Tenía la sensación de que nos unía la Commonwealth. Aunque procuraba no pensar en mi nuevo padre inglés, algo se coló en mi subconsciente: un arraigo derivado de ese largo linaje de antepasados aristocráticos. Mi padre no era alguien a quien había conocido en una habitación de hotel. Era alguien que había querido a mi madre de verdad y que había estado ahí cuando yo era pequeña. Era la clase de historia que leía en los libros. Yo era la única persona en el mundo con esa historia: las circunstancias habían convergido para crearme a mí en particular. Esa sensación de ser diferente que había experimentado desde que tenía memoria, cuando tenía días malos todavía me hacía sentir farsante y extraña, pero en los días buenos me hacía creer que era especial.

Cuando Cici y Collin se fueron unos días de viaje, los amigos

ingleses de Sue vinieron a comer y a jugar al Scrabble. De pronto ella se cayó hacia atrás, como si una fuerza invisible hubiera agarrado la silla y la hubiera tirado al suelo. Las fichas se cayeron de la mesa. Sue se agitaba con convulsiones en el suelo, con los ojos en blanco como un caballo desbocado. Yo grité; el único ruido que se oía eran los golpes de su cabeza contra el suelo. Quise correr, pero los músculos no me respondieron.

Sus amigos le pusieron una cuchara entre los dientes y le mecieron la cabeza hasta que se le pasó el ataque. Me dijeron que era epilepsia. Había oído hablar de ello y sabía que era una enfermedad normal, tal vez hasta corriente. Sabía que en el pasado la gente se creía que los epilépticos eran personas poseídas por el demonio, y que «los que sabían», como diría papá, desdeñaban su ignorancia.

—No se lo digas a Cici, por favor.

Fue lo primero que dijo todavía en el suelo, mirándome.

Me invadió una sensación de poder que no me gustó. Sabía que Sue debería haber hablado a Cici de la epilepsia antes de aceptar el empleo; y que si lo hubiera hecho, probablemente no lo habría conseguido. Esta vez supe que debía decírselo. Pero yo quería que alguien cuidara de mí… como Sue antes de que ocurriera eso. Quería que ella me dijera lo que debía hacer. No quería tener que decidir.

—Perderé el trabajo.

Tenía los ojos llorosos y suplicantes.

No podía soportarlo. Volvía a ser Sue, pero seguía latiéndome con fuerza el corazón. No quería acercarme a ella. Nunca había imaginado que la epilepsia pudiera ser tan aterradora.

Ante mí se extendía el camino más fácil y me acerqué a él despacio. Sue nunca había tenido un ataque antes, me dije. Tal vez no volviera a repetirse.

—Pero ¿y si estás conduciendo?

Las palabras brotaron de mi boca sin pensarlo. No soportaba que me viera asustada. No quería que pensara que era ignorante, o que estaba predispuesta contra ella por tener una enfermedad que no se merecía. No me parecía bien que creyera que no confiaba en ella.

—Lo veo venir y paro en el arcén —insistió ella—. No me pasa muy a menudo. Por favor, Allegra. Me despedirá.

Intenté no pensar en ello. ¿No podría haber hecho algo entonces para detener el ataque, o haber corrido al menos a su habitación para tenerlo en privado? Si así era como la avisaba, no podría reaccionar a tiempo en la carretera.

Cici nos había dado permiso para coger el coche en las vacaciones de verano e ir al Gran Cañón, al Bosque Petrificado y a Yosemite. Si le

explicaba lo del ataque epiléptico, probablemente le diría a Sue que hiciera las maletas.

—No se lo diré —prometí.

Me fijé en que Sue prestaba el doble de atención cuando conducía. Ahora que lo sabía, yo misma podía agarrar el volante si era necesario.

—¿Quieres ir a la playa? —me preguntó Anjel.

Seguía viviendo en el estudio de papá de la ladera, encima de la casa de Cici.

—Claro.

Era mi hermana; habría ido a cualquier parte con ella.

Tomamos la Pacific Coast Highway hacia Malibú, y dejamos atrás el puesto de hamburguesas de Patríele y la playa a la que solía ir Cici, y la casa de Lou Adler con su muro salpicado de rocas, donde había estado con Anjel y Jack. La playa quedaba oculta detrás de casas apiñadas entre sí y separadas únicamente por un afloramiento rocoso sobre el que no podía construirse y que se adentraba en las olas.

Dejamos el tráfico continuo para adentramos en un camino. Al fondo se abrió una puerta de garaje. Nos metimos en la caverna al lado de un Rolls-Royce Corniche nuevo color borgoña.

Tía Dorothy conducía un Rolls-Royce antiguo de 1964, el año en que nací. A su lado en el garaje de tres plazas del Castillo Lúgubre, un tal James Young inspeccionaba una limusina Rolls-Royce de 1966, una de las dos que se habían fabricado. Las dos eran de un azul tan oscuro que parecía negro. Eran elegantes y de líneas aerodinámicas. Los Corniche, en cambio, me parecían gordos como las garrapatas repletas de sangre que Cici y yo arrancábamos a los perros quemándolas con cigarrillos. Desdeñaba a la gente que conducía Corniche, alardeando de lo rica que era.

Éste hasta tenía una matrícula personalizada: PRO 3. Pero estaba con Anjelica, en casa de su nuevo novio, y no dije nada.

Me llevó por un pasillo de azulejos anodino y con una puerta a cada lado, hasta una habitación cuyas enormes ventanas estaban llenas de playa, mar y cielo, sin nada más entre medio. La habitación en sí parecía desaparecer ante esa vista. La ancha playa era como ante dorado, hermosa y serenamente vacía. El mar gris avanzaba sobre ella a un ritmo casi tan perfecto y escrupulosamente irregular que acariciaba los riscos de mi mente.

Contaba con que no me cayera bien el dueño del Corniche, sobre todo porque no era Jack. Pero nunca podría caerme mal alguien que vivía en los brazos de esas olas.

Nos pusimos el bañador y salimos a la pequeña terraza de madera

que sobresalía por encima de la parte superior de la arena.

La playa no estaba desierta, después de todo. Cerca de la orilla, donde la arena estaba endurecida por el agua pero no empapada, había tres hombres tan separados entre sí que por las ventanillas del coche sólo alcancé a ver el espacio entre ellos. Había dos a mi derecha y uno a mi izquierda. Se lanzaban *frisbees*, que volaban en línea recta como misiles de precisión. No uno sino muchos, un bombardeo disparado de aquí para allá, a veces dos a la vez que se separaban a mitad de vuelo como una cápsula de un buque nodriza. Un perro perseguía todos los frisbees que aterrizaban en el agua. Yo nunca había visto nada parecido. Creía que los frisbees eran un juego de niños.

Anjel corrió hacia el hombre solitario y lo besó. La seguí.

—Te presento a Ryan —me dijo.

O'Neal; lo conocía. Era corpulento y ancho de pecho, con el pelo rubio y ondulado, y los labios del mismo color que la piel. Había protagonizado *Love Story*. Cuando iba a cuarto en Long Island, un chico de la clase leyó el libro y el resto nos escandalizamos.

Los del otro lado eran, según me enteré después, su hermano y su camello. Se escabulleron hacia el norte de la playa en cuanto nos vieron llegar a Anjel y a mí; ya no se les necesitaba para jugar.

Nos colocamos más cerca de Ryan de lo que habían estado ellos y se abrió el fuego. Los frisbees, incluso tal como los conocía, se me daban tan mal como cualquier otra actividad física. Podía atraparlos si no me golpeaban la mano con demasiada fuerza, como hacían la mayoría de los de Ryan, salvo los pequeños de los pares formados por uno grande y uno pequeño. Mis saltos detrás de un lanzamiento bajo casi siempre llegaban demasiado tarde. Cuando lanzaba, el frisbee tan pronto salía disparado con furia como perdía fuelle a poco más de medio camino de donde estaba Ryan.

Se acercó a grandes zancadas.

—Veamos cómo lo haces.

Tensé la muñeca. Antes de que pudiera relajarla, me cogió la mano y le dio la vuelta. Tenía los dedos planos contra la parte inferior del frisbee, como si llevara un plato.

Ryan puso los dedos sobre los míos y los cerró alrededor del borde. Yo tenía las uñas demasiado largas para agarrarlo bien, aunque la mayoría estaban rotas. Me mordía los trozos desiguales.

Sin dejar de rodearme con un brazo, y agarrando el frisbee con los dedos sobre los míos, me movió hasta colocarme de espaldas al mar y de lado con respecto a la dirección hacia donde quería lanzarlo. Dobló su brazo y el mío sobre mi cuerpo, y colocó nuestras muñecas a la

altura de mi cintura. Sin soltarme, hizo un par de demostraciones: el giro de muñeca que lo lanzaba al vuelo.

No dijo gran cosa y no me criticó. Con su actitud decía que nadie sabía lanzar un frisbee como él y que era su tarea enseñar a unos pocos privilegiados, de modo que se mostró paciente y preciso. Ese único movimiento era el eje alrededor del cual giraba todo. Era el secreto de la fuerza, la gracia y el poder…, si lograba pillarlo.

—Intentémoslo.

Movió el brazo con el mío, lanzándolo hacia delante con tanta fuerza que el impulso me hizo salir tras él. La segunda vez planté el pie firmemente en el suelo. La pierna de atrás salió disparada, recta, como la hoja de unas tijeras que se abren y se cierran. No había contado con ello, pero era agradable: me sentía fuerte, equilibrada, controlando la situación. Anjel me sonrió. Le devolví la sonrisa.

Corrí y salté tras los frisbees, y volví a lanzarlos, abriendo y cerrando las piernas como Anjel. No me sorprendió que Anjel lo hiciera bien; a ella se le daba bien todo. Yo negociaba con ella para que me dejara los más ligeros, que eran más fáciles de lanzar, y algunos lograron llegar hasta Ryan. Él hacía un gesto de aprobación cuando le lanzaba uno bien. Por primera vez en mi vida me sentí deportista, coordinada y competente. Estaba con Anjel en su mundo y pertenecía a él.

Al día siguiente, cuando me desperté, no podía moverme. El cerebro daba órdenes a las piernas, pero estaban inmóviles como leños talados. No sabía qué me pasaba. Me asusté.

—No puedo levantarme —dije a Cici.

Ella se echó a reír, lo que me dolió. Solía mostrarse seca y práctica ante mis dificultades, pero nunca le había faltado la compasión.

—Eso sólo demuestra que no haces suficiente ejercicio —dijo, y me dejó sola para que forzara las piernas, superara el dolor y me moviera.

Yo sabía que, según ella, Collin y yo pasábamos demasiado tiempo dentro de casa. Desaprobaba la debilidad y no me extrañaba. Pero eso era distinto. Estaba enfadada porque sabía dónde había estado.

Las Navidades anteriores, cuando Anjelica me había dado un blusón con mangas de campana, unos pantalones acampanados de rayón blanco y un par de sandalias que eran como un entramado de cuerdas sujeto a unas plataformas de madera brillante, Cici había declarado con desdén: «La ropa de Tatum O'Neal». Tatum sólo tenía un año más que yo, pero Ryan le compraba vestidos ajustados y la llevaba a fiestas. Cici no lo aprobaba.

A mí no me desagradaba la ropa de Tatum O'Neal; simplemente no iba conmigo. Ni siquiera me parecía bien colgarla entre mi otra ropa.

¿Me la había dado Anjel porque quería que fuera como Tatum, a quien todavía no conocía? Aún no tenía ni la décima parte de seguridad en mí misma necesaria para llevarla. Se quedó en su caja en el suelo de mi armario.

Yo dormía en la cama de Tatum; mejor dicho, en las camas, ya que Ryan tenía dos casas: la de Malibú y otra en Beverly Hills, en lo alto de una montaña al otro lado del cañón del Castillo Lúgubre. Nos instalábamos en una u otra según su estado de ánimo. Tatum estaba en Inglaterra rodando *Doble triunfo*, pero sus armarios estaban rebosantes de la ropa que había dejado atrás, toda con olor a Saint-Laurent Rive Gauche que, según descubrí cuando llegué a casa, rociaba directamente en las prendas y echaba en el agua de la lavadora.

Ella y su hermano Griffin vivían con Ryan porque decían que su madre estaba loca. Griffin tenía un ciño menos que yo y era menudo para su edad, con ojos verde hoja y una cara pecosa como un golfillo sacado de una novela de Dickens. Al instante se convirtió en otro hermano pequeño para mí. Me inspiraba ternura y tenía una actitud protectora hacia él. Parecía solo.

Una vez en la casa de la playa se probó mis zapatos de plataforma, haciendo el payaso. Anjel mezclaba una Coca-Cola con limón en la cocina, y la vi mirar nerviosa las escaleras. Me di cuenta de que no quería que Ryan viera a su hijo con zapatos de chica, aunque fuera para divertirse. Me reí menos fuerte y traté de recuperar mis zapatos. Pero Griffin no paró de dar vueltas con ellos prolongando la broma, como si desafiara a su padre a bajar y verlo.

Ryan estaba filmando *Driver* ese verano y el rodaje era sobre todo por las noches. Se despertaba hacia las dos o tres de la tarde y se iba a la playa, y Anjel y yo lo seguíamos para disfrutar de una sesión de frisbee. Griffin casi nunca jugaba; le gustaba hacer surf, pero la mayoría de las veces se quedaba en su habitación fumando marihuana. El vecino de Ryan, un hombre de pelo blanco al que siempre llamábamos Lees Bars Stools y Dinettes —sus anuncios salían en todos los canales de televisión—, surcaba las olas paralelo a nosotros mientras el sol empezaba a ocultarse detrás del mar.

Luego todos disfrutábamos de una sauna. Yo enseguida dejé de cohibirme por mi desnudez o la de Ryan. Empecé a depilarme las piernas.

En cuanto se hacía de noche, íbamos en el Corniche al muelle de San Pedro. Solía sentarme entre los dos asientos delanteros mientras Griffin se acurrucaba como un pequeño animal en el trasero. Ryan estiraba el brazo derecho delante de mí para poner una mano en el

muslo de Anjel mientras conducía.

En un callejón de los alrededores del plató encontré una gata diminuta, apenas más grande que mi mano, con el pelo largo y castaño gris, y una cara perfectamente triangular. Parecía totalmente sola. Dejó que la cogiera en brazos y la llevara al Winnebago de Ryan.

—Debe de tener hambre —dijo Anjel.

Teníamos sándwiches de bacon, lechuga y tomate: la comida favorita de Ryan, aparte de la sopa de tomate. Los pequeños dientes de la gata eran demasiado pequeños para el bacon, de modo que le ofrecí una rodaja de tomate. Se levantó sobre sus patas traseras y la tocó con las delanteras.

—Es boxeadora —dijo Ryan encantado.

Le apasionaba el boxeo. En su dormitorio de la casa de la playa tenía un saco y una pera. También le había dado a Anjelica unos guantes y le había enseñado a dar puñetazos.

Llamamos a la gatita *Sugar* por Sugar Ray Leonard. Anjel dijo que era nombre de matón de calle, justo lo que le iba. Esa mañana volvimos a la casa de Beverly Hills y *Sugar* se instaló conmigo en la *suite* de moqueta blanca de Tatum. Era un edificio aparte, situado a sólo unos pocos metros del dormitorio principal; lo visualizaba a la derecha de Dios. El dormitorio de Griffin estaba en el extremo más alejado de la casa en forma de U, una habitación que el arquitecto había pensado para la criada.

Cuando me levantaba de la cama, *Sugar* me atacaba los tobillos, rascándome y mordiéndome, y haciéndome sangre, hasta que se daba cuenta de que era yo. Corría hacia la puerta cada vez que la abría, pero yo no quería que saliera por si la alcanzaba un coyote o se escapaba. Me sentía como su carcelera. No tardó en escaparse y no volví a verla.

La última noche en San Pedro estaba previsto rodar una escena peligrosa. Los exteriores eran un aparcamiento enorme con una hilera de columnas de cemento en el centro y una zanja ancha a un lado; un coche subiría una rampa levantándose sobre dos ruedas, volcaría y caería en la zanja. El doble, Billy Burton, era amigo de Cici; un vaquero con acento del Sur, tejanos ceñidos y sonrisa plácida. Lo había visto antes, de modo que tenía la sensación de conocerlo.

Aunque Ryan no salía en la escena, nos reunimos todos de madrugada para ver el rodaje de la toma peligrosa. Billy llevaba un traje acolchado y se acercó tranquilamente al coche.

«Se rueda. ¡Acción!». El coche subió la rampa, volcó… y, cayendo de lado, se estrelló contra las columnas de hormigón, rebotó en el borde cortante de la zanja y se detuvo en seco. No era lo que habían

planeado: metal aplastado, golpes desiguales y un coche dando vueltas y haciéndose pedazos. El corazón me dio un vuelco. La zanja en la que se había metido había dejado el coche aplastado como si le hubiera pasado encima una apisonadora.

Los últimos golpes resonaron en el silencio. Nadie gritó «Corten». Todos los que nos encontrábamos en ese espacio cavernoso nos quedamos paralizados del *shock*. Yo esperaba que la gente corriera hacia el coche, pero nadie lo hizo. Pareció que pasaban minutos, aunque probablemente sólo fueron segundos.

Por la ventanilla del coche salió una mano. La mano de Billy. La gente por fin corrió para sacarlo. Oí cómo le preguntaban por qué no les había indicado por señas que estaba bien. «No quería estropear la escena», dijo. Habló con su voz suave y lenta de siempre. «No oí a nadie decir "corten"».

Yo temblaba y traté de disimular. Pasado el alivio, el plató volvió a la normalidad: la gente corriendo de un lado para otro con equipo, tablas con sujetapapeles, maletas. Mientras Ryan, Anjel, Griffin y yo regresábamos a la caravana; vi a Billy, todavía con el traje acolchado, dirigiéndose a las mesas del servicio de *catering* para pedir un café. No me atreví a mirarlo, temiendo que la presión de mis ojos lo hiciera desaparecer; seguía sin creer que estuviera realmente allí. Lo había visto destrozado en un accidente de coche. Lo había visto volver de la muerte.

El colegio de secundaria Marymount, y el convento asociado, de la orden del Sagrado Corazón de María, se encontraba en un viejo edificio estilo misión española en Sunset Boulevard. Papá había filmado un anuncio en él. Le encantaban las monjas, y viceversa, sobre todo las irlandesas. Flirteaba con ellas a su estilo caballeroso. Probablemente pocos hombres las trataban como a damas.

—Creo que llevaré a mi hija a este colegio el año que viene —lo oí pronunciar las palabras como si fueran bombones que iba desenvolviendo y ofreciendo a las monjas.

No eran monjas en toda regla, con hábito negro y toca, como las monjas de Loughrea. Llevaban un traje de poliéster rosa y verde, y se les veían las piernas, totalmente lisas debajo de unas gruesas medias color carne. A mí me parecía muy poco decoroso. Sólo las distinguía la gran cruz plateada que llevaba cada una colgada de una larga cadena alrededor del cuello. El nombre de la superiora era hermana Colette; poco apropiado, me pareció, para una monja.

La hermana Charles era la irlandesa. Daba clases de costura y era una gran admiradora de papá. «Qué artista más maravilloso es tu padre —me decía casi cada vez que la veía—. Ese film suyo, *La hija de*

Ryan, es con mucho la película más bonita que he visto nunca. El amor que siente por Irlanda se ve en…».

Me quedaba confusa. No creía que papá hubiera hecho una película llamada *La hija de Ryan*, aunque no estaba cien por cien segura; ¿podía referirse a Tatum? Ryan había hecho una película en Irlanda hacía poco, *Barry Lyndon*, pero me parecía que Tatum no actuaba en ella. No quería corregir a la hermana Charles, que tan extasiada estaba con la película, porque eso significaba que yo le gustaba. Cuando por fin descubrí que existía una película llamada *La hija de Ryan* y que la había dirigido David Lean, no me atreví a aclarárselo por si perdía interés en papá y en mí; o, peor, por si se pensaba que, en mi afán hipócrita y chabacano de gustar, la había inducido a creer que la película era de papá.

Yo quería que las niñas del colegio supieran que estaba relacionada con Ryan, de modo que mencionaba su nombre siempre que podía. Cuando una de las mayores comentó que algunas chicas tenían novios en Loyola, el colegio para chicos hermanado con el nuestro, repliqué:

—Yo ya tengo a alguien. Ryan. El novio de mi hermana. Me trajo al colegio. Ryan O'Neal.

Me miró de forma extraña y dejó de hablarme. Tal como lo había dicho, parecía que yo también me estaba acostando con él. Me sentí ridícula. ¿Por qué tenía que dármelas de conocer a famosos y armarla? Aun así, me alegraba de haberlo dicho. Mi conexión con la estrella de cine me hacía interesante; nunca había gozado de popularidad ni se me habían dado bien los deportes, y si me hubiera callado, nadie se habría fijado en quién iba al volante del Corniche color magenta que a veces me dejaba o me recogía del camino curvado de entrada de la escuela.

A solas con Ryan en el coche, me ponía la mano derecha en el muslo, como hacía con Anjel cuando iba sentada a su lado.

—No te importa, ¿verdad?

—No —decía yo con naturalidad, aunque no estaba segura de si era apropiado.

Para empezar, no me parecía seguro que condujera con una sola mano.

—No sé conducir de otra forma.

Y guardaba silencio hasta que se aseguraba de que entendía que era la verdad.

En la Pacific Coast Highway había tanto tráfico por las mañanas que Ryan se subía al arcén y pisaba a fondo el acelerador. Yo observaba el cuentakilómetros, ochenta, noventa, cien, aterrada de que otro conductor tuviera la misma idea y saliera delante de nosotros

sin damos tiempo a frenar y evitar la colisión. Yo no llevaba el cinturón de seguridad; creo que nunca había visto a nadie llevarlo. Quería ponérmelo, pero tenía miedo de que Ryan se lo tomara como una crítica a su conducción. Trataba de relajar el muslo para que no me delataran los músculos tensos bajo su mano.

No tardé en pasar la mayor parte del tiempo con Anjelica y Ryan. Sabía que Cici no estaba contenta, pero lo atribuía al hecho de que no me fuera a la cama a la hora, o que dejaran fumar marihuana y esnifar coca a Griffin, y se pensara que tal vez yo también lo hacía, que no era el caso.

La sola idea de meterme humo en los pulmones me repugnaba. No hacía mucha distinción entre tabaco y porros, aunque Anjel parecía fumarlos de forma indistinta. El olor de la marihuana me gustaba más que el del tabaco. Aparte de eso, no veía la diferencia. La gente fumaba para relajarse o simplemente porque fumaba. Yo sabía que la marihuana era ilegal, pero también lo era conducir a toda velocidad y todo el mundo lo hacía.

La cocaína era otra cosa. Saltaba a la vista que era una droga; a Anjelica la habían detenido por estar en posesión de ella durante el escándalo de Román Polanski, cuando la policía registró la casa de Jack después de que Polanski se llevara a una niña de trece años allí. Yo tenía doce, pero me pareció que todo el asunto estaba muy lejos de lo que podía ocurrirme a mí. Había visto a gente esnifar coca: inclinada sobre un espejo con un billete de veinte dólares enroscado o con una gruesa pajita plateada dentro de la nariz, balanceando la cabeza con los ojos cerrados mientras seguían la línea de polvos blancos. Luego recostaban la cabeza y de vez en cuando decían: ohhhhh. Todo el asunto parecía estúpido. No tenía ningún interés en probarlo.

Al cabo de un tiempo Anjelica me preguntó si quería vivir con ella. Respondí que sí, por supuesto. Anjel era mi hermana, mi diosa, todo lo que yo quería ser. Y ya estaba viviendo prácticamente con ella. Por teléfono papá me pidió formalmente que se lo confirmara, y si estaba de acuerdo en pagar mi parte de alquiler con el fondo de fideicomiso que había abierto para mí. Anjel había encontrado una casa en Hollywood, a la sombra del Château Marmont. Encargó un sofá de color avellana tapizado con gruesos pliegues como el hombre de Michelin. Yo me pedí la habitación con las estanterías.

Cici, en un arranque de furia, arrojó todas mis cosas al camino de entrada. Terminaron en el Castillo Lúgubre, ya que Anjel todavía no estaba preparada para trasladarse a la casa de Hollywood. Al final nunca lo estuvo. Pasamos una noche allí, acampando por diversión.

Seis meses después el contrato de alquiler venció.

Cici y Anjelica se pelearon por mí, y yo ni me enteré. Ninguna de las dos recuerda exactamente lo que ocurrió.

He leído las cartas que Cici escribió a papá, y las respuestas de John Julius a las que ella le escribió. Me describía, en más de una ocasión, como «una criatura de amor y pureza». Insistía, una y otra vez, en lo importante que era proteger mi inocencia. Apremiaba a John Julius a que me llevara con él, interviniera, hiciera algo. John Julius le decía que no podía hacer nada en esos momentos; su vida familiar era el caos. Preguntaba si creía sinceramente que estaba «en peligro moral». Le ofrecía su apoyo, costara lo que costase, si quería adoptarme legalmente.

Imagino que se sintió como una boba. De toda la gente que tenía alrededor, ella parecía ser la única que daba prioridad a mis intereses; ella, que no estaba emparentada conmigo, que sólo hacía unos años que me conocía, que estaba siendo vilipendiada por papá y que no podía hacer nada. Se le acusaba, creo, de moral laxa; pero era un hogar estable, y Collin y yo conocíamos nuestro lugar en él. Nos daba reglas y responsabilidades, y se aseguraba de que nos sintiésemos queridos. Puede que tuviera muchos amantes y anduviera ligera de ropa, pero tenía una noción firme de lo que estaba bien y lo que estaba mal por lo que se refería a los niños.

En su opinión, papá prácticamente me había abandonado, y a pesar de haberme dejado a su cargo, apoyaría a cualquiera con tal de ponerse en su contra. Mi verdadero padre (que, después de todo, sólo me había conocido tras la muerte de mamá) no estaba dispuesto a comprometerse, ni siquiera en las circunstancias de emergencia que le había descrito Cici. Y mi hermana, despreocupada y obstinada, insistía en introducirme en un círculo donde Cici sabía que no había reglas para los niños.

Yo entendía vagamente los escrúpulos de Cici, pero no me importaban. Si Anjel quería estar conmigo, iría con ella. Tenía la sensación de que veía la oportunidad de formar una familia: Ryan y ella, sus hijos y yo. Yo no había tenido un lugar en la casa de Jack, aparte de los fines de semana, pero en la casa de Ryan, sobre todo con Tatum lejos, encajaba. Aunque nunca me lo había dicho con tantas palabras, sabía que Anjel quería llenar el vacío que había dejado mamá. Pero cada vez que mencionaba a mamá por casualidad, añadía otra hebra a la cuerda que nos mantenía unidas; éramos las chicas Soma. Las dos habíamos perdido a nuestra madre, pero nos teníamos

la una a la otra. Lo que se había roto para mí también se había roto para ella. Yo estaba empezando a comprender que se había roto mucho antes de que se muriera mamá.

XIV

Estaba sentada en la cama de Tatum de la casa de la playa, hablando con Griffin. En ausencia de Tatum era mi habitación, y, como la de Griffin, tenía el tamaño justo para una cama doble y nada más. No había estanterías ni escritorio. De pronto Anjel entró corriendo y abrió la puerta del armario.

—No le digáis que estoy aquí dentro —nos susurró. Parecía realmente asustada y temblaba—. Si os pregunta, no se lo digáis, por favor.

Se acurrucó detrás de la ropa con olor a Rive Gauche de Tatum. Casi no se veían sus pies descalzos detrás de las hileras de zapatos Maud Frizon. Se me aceleró el pulso. No sabía si Ryan la seguía de cerca. No se oían sus pasos, pero tal vez intentaba no hacer ruido para sorprendemos a todos. Anjel cerró la puerta desde dentro.

Griffin y yo hicimos al instante el pacto silencioso de no mirar siquiera el armario. Confié en que fuéramos lo bastante valientes para proteger a Anjel si Ryan entraba buscándola. ¿Cómo íbamos a enfrentamos a él si ella no podía? Yo no había oído ninguna discusión ni pelea en el piso de arriba. Quería saber qué había pasado, pero no me atrevía a hablar con Anjel a través de la puerta del armario, por si Ryan escuchaba fuera esperando a que la delatara.

Pasaron cinco minutos, y Griffin y yo nos sentimos obligados a hablar con naturalidad mientras esperábamos que la puerta se abriera de golpe. Imaginé a Ryan, corpulento como un oso en esa pequeña habitación, tirando abajo la puerta del armario… ¿Y entonces qué? No estaba segura. Traté de respirar lenta y acompasadamente para que, pasara lo que pasase, me cogiera preparada.

Sabía que él no tenía motivos para estar enfadado. Anjel no le habría dado ninguno, porque era demasiado buena para haber hecho algo tan horrible que mereciera eso, y porque conocía a Ryan lo suficientemente bien como para temer su genio. Además, sabía que él no necesitaba ningún motivo. Disfrutaba con su poder.

Oí un gran chirrido. La puerta del armario se abría deslizándose a trompicones por su raíl. Desplacé la vista del armario a la puerta una y otra vez mientras Anjel apartaba la ropa y salía.

Tenía los ojos hinchados y rojos. De llorar, pensé; no de los golpes. Seguía temblando.

—¿Estás bien?

No respondió. La abracé. Me devolvió el abrazo, con mucha fuerza. Me pareció que yo era la única persona en la que podía confiar, y deseé ser más fuerte para subir las escaleras hasta la habitación de Ryan y plantarle cara, y reprenderlo y avergonzarlo por asustar a mi hermana de esa manera.

Ni por un momento se me ocurrió que ella estuviera reaccionando de forma exagerada. Yo también le tenía miedo a Ryan. Solía acercarse a mí por detrás y ponerme las manos a ambos lados de la cabeza, por encima de las orejas. Tenía que relajarme, porque lo siguiente era un brusco giro para hacerme crujir el cuello. Se suponía que era algo cariñoso que hacía a todo el mundo; pero por agradable que fuera la sensación que seguía, me recordaba que era lo suficientemente fuerte para partirme el cuello si así lo decidía.

Un día al volver del colegio (habían contratado a un amigo de Tatum para que fuera a recogerme en coche), Anjel no estaba en casa. Griffin miraba la televisión en su habitación con cara angustiada.

—¡Allegra! —vociferó alguien desde arriba.

Fui al pie de las escaleras.

—¿Sí, Ryan?

—Tráeme un plato de sopa. Y una Coca-Cola.

La sopa siempre era la de tomate de Campbell. La Coca-Cola siempre era con hielo y medio limón exprimido.

Calenté la sopa, la serví en un bol, puse el vaso alto de Coca-Cola al lado y llevé la bandeja al piso de arriba. La dejé encima de la cama delante de Ryan, que tomó una cucharada.

—¿Dónde está la pimienta?

No era una pregunta.

—Lo siento. Voy a…

Se levantó. Parecía más grande que de costumbre. Retrocedí un paso. Tenía los puños cerrados.

—Baja esas escaleras antes de que te tiré por ellas.

Intuí, sin pensarlo, que mi cara de miedo podía hacerlo saltar, como si lo acusara de algo. De modo que me fui con calma y muda sumisión. Las escaleras eran de madera y traté de no hacer mucho ruido al bajarlas. No miré atrás. Cada paso que daba, esperaba sentir un bol de porcelana golpeándome la nuca y la sopa caliente

escaldándome.

Llegué a la esquina donde se curvaba la escalera. Oí cómo Ryan se iba del rellano y entraba de nuevo en su habitación. Eché a correr.

No sabía adonde ir. Estaba demasiado asustada para coger el pimentero y volver a subir las escaleras. No creía que bajara a buscarme, pero si lo hacía, no quería que me encontrara en la habitación de Griffin. No estaba segura de si se atrevería a pegarme a mí, pero podía pegar a Griffin. Tampoco quería quedarme en la sala de estar, justo debajo de él, donde arrancaba la escalera; se creería que lo estaba espiando, o podría hacer algún ruido que lo haría saltar de nuevo. Si iba a la playa, me parecía que estaría muy expuesta, sin ningún lugar donde esconderme o al que correr, y el mar estaba tempestuoso. Además, Anjel volvería pronto y se preocuparía si no me encontraba en casa.

De modo que me senté en la cama de Tatum y me puse a hacer los deberes nerviosa. La ventana era apenas una rendija en lo alto de la pared, como en una celda, demasiado pequeña para salir por ella. Si oía los pasos de Ryan bajar por las escaleras, decidí, correría hacia la puerta trasera y me quedaría a un lado de la Pacific Coast Highway hasta que Anjel regresara. Los coches me verían; allí me sentiría protegida.

Oí la puerta del garaje y los pasos de Anjel. La vi a través de la puerta abierta del dormitorio.

—¿Cómo está?

Sonaba cautelosa. Debía de haberlo dejado de mal humor.

—Quería sopa y me he olvidado de echarle pimienta. Me ha amenazado con tirarme escaleras abajo.

Ella asintió. Tenía la cara gris y confusa. Mientras recorría el pasillo, parecía alguien a quien van a ejecutar.

Lo importante era que no me había tirado por las escaleras. Se le pasaría el mal humor y todo sería como antes.

Ryan solía jactarse de cumplir años el mismo día que Hitler. A mediados de abril, en la cúspide de Aries y Tauro, lo que me pareció significativo. Si no eras ni lo uno ni lo otro, podías ser cualquiera… o ambos. Las mareas cósmicas que actuaban sobre los fluidos de su cerebro señalaban que Hitler y él tenían algo en común. Eso explicaba su lado oscuro; hasta de eso parecía enorgullecerse.

Su humor era cambiante: unos días era maravilloso, otros diabólico. Cuando estaba de buen humor, era la persona más encantadora del mundo y costaba echarle en cara su lado malo. Iba a buscarme al colegio y me llevaba de compras, a Maxfield Bleu, una *boutique* de Sunset Plaza, donde me compraba un bonito vestido de

chifón sin tirantes y moteado de marrón como un huevo de ave, y a Maud Frizon para los zapatos. Otros días íbamos todos a lavar su coche favorito a la zona gay del Santa Monica Boulevard, frente a la tienda Ah! Men! (me encantaba ese nombre), y comprábamos hamburguesas en los puestos callejeros, y cepillos pintados a mano y objetos vistosos en el Oray's Salón del otro lado de la calle.

Otras veces nos sentábamos todos en su cama a ver la televisión. Yo estaba trabajando el flirteo y practicaba con él las miradas: sin volver la cabeza, girando los ojos noventa grados hacia el lado. Dolía.

—Algún día volverás locos a los hombres con esa mirada —decía él.

Exactamente la respuesta que yo quería oír.

Una noche salimos a cenar y al volver a casa nos detuvimos frente al club nocturno *Whisky*. Ryan bajó y habló con alguien, luego volvió a subirse al coche y dobló por la esquina. Entramos por una puerta lateral cercana a la cocina y fuimos directamente al piso de arriba. Nos dieron una mesa en un extremo, desde el que se dominaba el escenario. Griffin y yo nos sentamos bien al fondo, para que no nos vieran desde abajo. Tocaban Toots y los Maytals. Anjel y Ryan bailaron sentados a la mesa, y yo también bailé. Ella hacía círculos con una mano alrededor de la otra como John Travolta en *Fiebre de sábado noche* y yo la imité. Era más difícil de lo que parecía; perdía el ritmo y los brazos no me obedecían. De modo que me rendí, y me apoyé en un pie y en otro. Ryan me sonrió. Sacó un pequeño frasco del bolsillo y esnifó un poco de coca con la pequeña cuchara sujeta a la tapa. No se molestó en esconderse. Era intocable.

Ni siquiera se escondió en el Santa Monica Civic Auditorium, cuando fuimos a un concierto de Joan Armatrading; se limitaba a inclinarse un poco. Estábamos sentados en un extremo de una hilera de asientos, entre gente corriente, no en un lugar especial reservado para estrellas de cine, donde no se aplica la ley. Temí que nos viera alguien; pero no quería mirar alrededor porque eso nos haría parecer culpables.

El pequeño frasco iba con él a todas partes; mientras conducía, en el cine o cuando nos tumbábamos en su cama para ver la televisión. Se inclinaba hacia él con la misma naturalidad con la que Cici se metía un chicle en la boca.

No siempre sabía quién iba a recogerme al colegio; a veces era Ryan, otras la amiga de Tatum, Esme, o Roberto, que trabajaba para la tía Dorothy y que me llevaba a pasar unos días al Castillo Lúgubre.

Otras veces era Anjelica.

Cuando más feliz me sentía era cuando veía su pequeño Mercedes gris esperándome, el coche que le había regalado Jack para su veintitrés cumpleaños. El hecho de que siguiera conduciéndolo significaba para mí que seguía queriéndolo, y que de algún modo, en el fondo, él seguía allí.

—Papá está en el hospital, Legs —me dijo en cuanto subí—. No podía respirar.

Cuando lo examinaron le encontraron un aneurisma en la aorta, una protuberancia parecida a un globo en la pared de la arteria. Si reventaba moriría, del mismo modo que había muerto su padre en el Beverly Hills Hotel.

Anjel y yo casi no hablamos mientras nos dirigíamos al hospital. Me explicó que lo obligarían a dejar de fumar de golpe, para dar a sus pulmones una oportunidad para fortalecerse antes de la operación. Ya hacía veinte años que había tenido un enfisema, y en algún momento de la década de 1960 le habían dado cinco años de vida. Anjel me dijo que recordaba haber quedado con él en la estación Victoria de Londres después de la muerte de mamá, casi nueve años atrás. Había viajado en tren desde Roma porque tenía los pulmones demasiado débiles para volar.

Estaba en la octava planta del Cedars-Sinai, en el área VTP, recibiendo como siempre en audiencia. Aparte de la cama de hospital y del televisor colocado en lo alto, el ambiente era como el de las habitaciones de hotel en las que estaba acostumbrada a verlo: un sofá lleno de gente hablando de su siguiente proyecto, un montón de guiones y libros, y Gladys en una silla recta tomando notas. De no ser por las cortinas insulsas, los muebles y los cuadros de las paredes, podría haber estado en la recepción de un rey francés. Cuando entraban las enfermeras para comprobar algo, papá las toleraba con gracia. Cada vez que alguien encendía un cigarrillo, se inclinaba desafiante para inhalar el humo.

Maricela estaba allí, pero en cuanto nos vio llegar, desapareció.

Se trataba de encontrar un punto de equilibrio entre el aneurisma y la anestesia: cuanto más tiempo esperaran a que se fortalecieran los pulmones de papá, más elevado sería el riesgo de que el aneurisma sufriera una rotura y lo matara al instante. Esperaron una semana. Me pasé todo el día de la operación preguntándome si, en caso de que muriera papá, me llamarían inmediatamente o esperarían a que terminara el colegio. Al ver el pequeño coche de Anjel en la entrada a las tres de la tarde, me tranquilicé. Si hubiera muerto papá, ella no habría sido capaz de conducir, y, de haberlo hecho, me habría

esperado fuera del coche para abrazarme.

Papá estaba en cuidados intensivos. Yo nunca había visto a nadie tan enfermo. Tenía la piel amoratada y con aspecto sucio, y las bolsas de los ojos le caían sobre las mejillas.

—Hola, chicas. —Sonrió débilmente. Y, dirigiéndose a la enfermera, añadió—: Mis hijas.

¿Una presentación formal para afirmar su control sobre la situación, o un alarde? No estaba segura.

Cada día Anjel iba a buscarme al colegio y recorríamos juntas Sunset hasta Beverly Glen, seguíamos por Santa Monica Boulevard y nos metíamos en el aparcamiento entre las torres gemelas de Cedars-Sinai. Empecé a soñar con ese trayecto en coche, como si se tratara de una escena de una película pero sin sonido: Anjel y yo la una junto a la otra, enmarcadas por el parabrisas y la parte superior del volante bajo sus manos, y una proyección trasera de céspedes, árboles y tiendas indescriptibles que se extendía más allá de las ventanillas en un bucle infinito. Nunca llegábamos a nuestro destino. A las dos nos ponían nerviosas estos sueños, como si lleváramos toda la vida conduciendo y papá fuera a morir justo antes de que llegáramos.

Sacábamos a pasear a papá por el pasillo de la planta VIP, Anjel agarrándolo de un brazo y yo del otro. Era un pasillo enmoquetado, ancho y silencioso; el puesto de las enfermeras me recordaba el mostrador de recepción de la oficina del representante de papá. A lo largo de las paredes, un poco demasiado espaciados entre sí, había cuadros pequeños y feos de artistas famosos; me figuré que nadie quería mirarlos, por lo que los habían donado para tener deducciones fiscales. Había algo grotesco en ver esos cuadros de un millón de dólares colgados en un hospital. Me pregunté si los VIP se sentían mejor sabiendo que se estaban muriendo a escasos metros de un Picasso.

Papá estaba muy malhumorado; supongo que le irritaba ver ahí los peores cuadros de los mejores pintores. Sólo le daban para comer comida para bebés, como gelatina y lasaña líquida, y 7-Up removidos para quitar la efervescencia. Anjel resolvió ese problema llevándole comida de Chasen. Cuando dieron de alta a papá, convenció a Ryan para que le prestara la casa de la playa durante su convalecencia. Era noviembre. Celebramos el día de Acción de Gracias allí.

Anjel preparó un pavo, el relleno, el puré de patatas, las judías verdes. Yo rezaba para que todo saliera bien por ella, pero supe desde el principio que no caería esa breva. Papá estaba de un humor de perros; no le gustaba Ryan, y menos aún en comparación con Jack, y no soportaba sentirse en deuda con él por la casa. Él también tenía

fobia a las festividades que sólo giraban alrededor de la comida. Maricela estuvo tan callada e inescrutable como siempre. Ryan estuvo de morros, seguramente porque le molestaba sentirse un huésped en su propia casa. Afuera el cielo, que, gracias a las enormes cristaleras, podía disfrutarse desde el salón, estaba sofocantemente encapotado. Lees Bars Stools y Dinettes daba tumbos hacia el sur a través de un mar malévolamente calmo.

Yo detestaba la mezquindad. Anjel se había esforzado mucho, y Griffin y yo fuimos los únicos que valoramos el empeño que había puesto o lo que intentaba crear: la buena voluntad, el afecto, la unión. Papá estaba enfermo, de modo que podía justificarse. Pero lo de Ryan era inexcusable. Anjel quería tener una familia tanto como yo, y hacía todo lo posible en ese sentido. Y ellos respondían escupiéndole en la cara.

Llovió mucho ese invierno, lluvia apocalíptica. Los acantilados de arenisca que se elevaban por encima de la Pacific Coast Highway empezaron a derrumbarse. Caían rodando enormes terrones, amenazando con aislar Malibú de la ciudad. Las casas se deslizaban por la ladera a medida que se desprendía la tierra. El Getty Museum, con su forma de templo y sus balaustradas romanas, quedó suspendido en el borde. Me pregunté si lo vería caer desde el coche al ir y venir del colegio: el museo desintegrándose en bloques de mármol, los cuadros y las esculturas rodando por la autopista, un brazo griego aquí, un lienzo cubista allá, y la gente frenando con chirridos y metiéndose entre los coches para coger un fragmento de mosaico o un Vermeer.

La costa parecía disolverse, y nosotros estábamos en el medio, en primera línea. Me quedé de pie frente a las grandes cristaleras, observando cómo las hambrientas olas devoraban la playa. Con la marea alta, rompían y caían debajo de la casa. Por la costa, Linda Ronstadt tenía a estudiantes de la Pepperdine University ayudándola a proteger con sacos de arena su casa; me la imaginé con sus pantalones sexis de *boy scout*, rodeada de estudiantes con el uniforme corriente de *scout* y jadeando. Troncos flotantes y postes de teléfono golpeaban con ruido sordo los pilotes. Tumbada en la cama, imaginaba que uno se astillaba y una esquina de la casa se rompía como un trozo de pastel; probablemente el porche, y con él una parte de la cocina.

Desde que Tatum había vuelto, yo compartía habitación con Griffin. En la gran cama de agua, tratábamos de no movemos mientras dormíamos para no crear ondas y despertar al otro. En mis sueños, si

no conducía sin parar hacia papá moribundo, iba a la deriva en un mar infinito, emocionalmente sola.

Una mañana subí al coche de Anjel, lista para ir al colegio. Odiaba el uniforme, pero en casa de Ryan me hacía sentir diferente. Era una colegiala, no una glamurosa gatita de trece años ni un surfero colocado y abandonado. Griffin y Tatum no iban al colegio. Yo sí; era normal. Además, se me daban bien los estudios.

Anjel cerró la puerta de golpe e introdujo la llave de contacto, pero no la hizo girar. Nos quedamos ahí sentadas en la penumbra del garaje, arropadas en el interior del coche, suspendidas entre la casa y la carretera. Al otro lado de la puerta cerrada a nuestras espaldas, el tráfico rugía.

—¿Qué voy a hacer, Legs?

La miré, esperando ver lágrimas en sus ojos. No vi ninguna. Las había derramado todas.

—Déjalo.

La respuesta era obvia. Pero Anjel me miró como si hubiera dicho algo sorprendente.

—No tienes por qué estar con alguien que te trata así.

No quería sostenerle la mirada, de modo que miré a través del parabrisas la lavadora y la secadora que había contra la pared de la casa, y la puerta que se abría al pasillo. Me asustaba que Ryan entrara y nos sorprendiera ahí hablando. Él sabría lo que yo había dicho. En realidad esperaba que se enterara, pero cuando nos hubiéramos largado de allí.

—Te quiero, Legs.

Me pareció que era la primera vez que la veía sonreír desde hacía meses.

—Yo también te quiero, Jel.

Puso la mano en el cambio de marchas, como si necesitara actuar de inmediato y eso fuera todo lo que podía hacer en el pequeño espacio del coche. Le cubrí la mano con la mía. No podía entender por qué nunca había pensado en dejar a Ryan antes, y no sabía si iba a hacerlo, pero al menos le había metido en la cabeza la posibilidad. Tenía la sensación de haberle hecho un regalo.

Poco a poco me fui trasladando al Castillo Lúgubre, porque la habitación de Griffin de Beverly Hills era demasiado pequeña para los dos, y era impensable que Tatum compartiera la suya. Echaba de menos a Anjelica y nuestras expediciones para ir a ver a Jeremy a la parte bohemia de Hollywood, con sus viejos edificios de estuco y un

café-librería con un tablón lleno de anuncios con números de teléfono. Allí la gente parecía estar conectada, formar parte de una red de cosas que pasaban; no como los aislados recintos de las cimas de Beverly Hills. Los cuadros de Jeremy cubrían las paredes de su estudio, escenas coloridas de selvas africanas, recuerdos de su niñez en Rodesia. Un extremo estaba separado con una cortina para su amigo Tim.

—Tim sabe levitar —me dijo Anjel casi en un susurro el día que lo conocí—. Es un maestro de la meditación trascendental. Puede volar.

Yo quería verlo volar, pero me parecía grosero pedírselo. Supuse que era silgo que hacía en privado, detrás de la cortina. Era delicado, como un ciervo al que no quieres asustar.

En el quiosco de Beverly Hills donde tía Dorothy me llevaba para comprar lo que necesitaba con los diez dólares que me daba a la semana, vi junto a la caja registradora el *National Enquirer*. En el centro de la portada había una foto de Anjelica, con fotos de Jack y Ryan a cada lado. Tenía la cabeza gacha y el pelo le caía sobre la cara mientras se dirigía con prisas a una puerta. El titular decía que volvía a estar con Jack, y en la foto se la veía acercándose a él a hurtadillas, con Ryan detrás de ella fulminándola con la mirada.

Anjel solía llevarme a un quiosco de Schwab para comprar todos los periódicos basura, revistas de moda y prensa rosa que había en los estantes. Volvíamos a la casa de la playa con veinte o treinta: *National Enquirer, Globe, Star, Cosmo, People, Us, Playboy, Play-girl, Redbook, Harper's Bazaar*. Los tiraba sobre la cama de la habitación de Ryan del piso de arriba, y los hojeábamos, riéndonos de los cotilleos y comparando los horóscopos. Me parecía tan chic y sofisticado; comprar una sola revista y tomártela en serio era triste, pero comprarlas todas resultaba divertidísimo.

Al verla en la portada de una de ellas, dejó de parecerme chic y divertido. Quería saber lo que decía el *National Enquirer* de ella; sabía lo maldicientes que eran. Pero no era capaz de coger la revista, no podía tocarla ni comprarla. Me sentía avergonzada, porque era mi hermana y la estaban tratando de mujer frívola; y porque no sabía si había dejado a Ryan y vuelto con Jack, y no quería que tía Dorothy supiera que me había enterado por un periodicucho.

Era injusto. Sabía todo lo que ella había soportado, lo paciente y comprensiva que había sido con Ryan, y lo que se había esforzado para que la relación funcionara. Hacía bien volviendo con Jack; sabía lo bueno y divertido que era. (Convenientemente, me olvidé de los lloros de Anjel). Recé para que tía Dorothy no viera el *National Enquirer*. Y como no quería verlo, porque no quería hablar conmigo de

ello, no lo vio. Para ella no existía.

Me pregunté si volvería a ver a Griffin. Lo echaba de menos; era mi camarada, mi aliado. Me preocupó pensar que yo había sido su última esperanza y lo había abandonado.

XV

Estoy sentada en el asiento trasero de un coche, recorriendo una calle estrecha que se curva bruscamente hacia la izquierda. Los edificios marrón rojizo son altos y sólidos, y forman ángulo recto. Soy pequeña, tengo unos cuatro años. Debe de ser antes de la muerte de mamá. ¿Es ella la que está sentada a mi lado en el asiento trasero? No lo sé seguro, pero no estoy sola. Y no es un taxi; el asiento es bajo y estoy alargando el cuello para ver la parte superior de los edificios, con sus arcos puntiagudos y sus tragaluces. Todo está silencioso; no habla nadie, y ni siquiera se oye el ruido del motor. No estoy segura de cómo sé que hay una curva; parece una calle sin salida. Tal vez porque vamos tan deprisa que no podremos parar, y la calle debe de ir a alguna parte.

Sé que es Londres. Eso forma parte del recuerdo.

Cuando terminó el colegio el verano de 1978, Anjelica me llevó a Londres. Era la primera vez que volvía desde que me había ido a vivir a Irlanda.

Allá adonde íbamos buscaba esa calle. La veía tan claramente en mi recuerdo que podría haberla dibujado; pero ninguna calle coincidía exactamente con ella. Me figuré, por la altura y el diseño de los edificios, que estaba en el West End. Stratton Street, junto a Piccadilly, quedaba cerca y tenía un solo carril, pero giraba hacia la derecha, no hacia la izquierda. ¿Podían haberlo cambiado los planificadores del tráfico, o en mi cerebro se había grabado una imagen inversa? Me obsesionaba la calle de mi memoria. La recorría una y otra vez, sin tomar nunca esa curva sin visibilidad, sin descubrir nunca el secreto de lo que había al otro lado.

No le hablé a Anjelica del recuerdo, ni siquiera le pregunté con rodeos qué calle podía ser. No sabía qué significaba, si es que tenía algún significado. Tal vez sólo era una imagen al azar que se me había incrustado en el cerebro. Tampoco fuimos a Maida Avenue. Si ella hubiera querido llevarme la habría acompañado, pero me sentí

aliviada al ver que nunca la mencionaba. Eso era cosa del pasado. Y el pasado, pasado es.

Había aprendido a no desear lo que no estaba a mi alcance. Procuraba no preguntar y no esperar de la gente lo que no tenía o quería dar. En realidad, procuraba no preguntar ni esperar nada; así no me llevaba chascos y lo que me ocurría era como un plus, un regalo. Yo no era sumisa por naturaleza, pero trataba de mirar las cosas desde la perspectiva de los demás. Las circunstancias eran difíciles. Todos hacíamos lo que podíamos.

Nos encontrábamos en Londres porque Jack estaba filmando *El resplandor*. El rodaje iba a durar seis meses, de modo que Anjel tuvo que ir. Me pareció que era especialmente importante para ella que la acompañara.

El *National Enquirer* no se había equivocado; Anjel había vuelto con Jack. Pero de pronto desapareció y se fue a Aspen sin él. Yo estaba en casa de Jack con Jennifer cuando hablé con ella por teléfono y me enteré de que no iba a volver a tiempo para ayudarme con una parte de mis deberes que había prometido hacer conmigo.

Colgué llorosa. Helena prometió ayudarme con esa parte de los deberes, fuera lo que fuese. Fue entonces cuando dejé de tenerle miedo.

Poco después de conocer a Helena, la vi en *Kansas City Bomber* en el pequeño televisor que tenía en mi habitación en casa de Cici. Collin era un gran admirador de Raquel Welch a raíz de *Hace un millón de años*, y a los dos nos encantó *Rollerball*, una película de ciencia ficción basada en el deporte *roller-derby* en la que Helena era la mala que hacía perder a Raquel Welch. La perversidad que mostraba en la película encajaba tan bien con su pelo negro y alborotado, y su duro acento de Boston que durante años creí que era así en la vida real.

Tenía un tatuaje en el hombro izquierdo, cuya tinta azul se había desdibujado con el tiempo, de una cruz cuadrada con las letras M-O-M encima. Yo nunca había conocido a nadie con un tatuaje; tenía un aspecto feroz sobre su piel aceitunada, incluso con el fino tirante del camisón caído. Pero poco a poco llegué a verlo como un distintivo. No tenía hijos pero cuidaba a la gente.

En los artículos de las revistas que hablaban sobre Jack la describían como su ama de llaves, pero no era cierto; ella era su roca, su ancla, su intermediaria con el mundo real. Solía decir que no sabía la edad que tenía porque, al llegar a Estados Unidos, sus padres habían puesto distintas fechas en los formularios. Yo no había creído a

Maricela cuando había dicho lo mismo, pero a ella la creía. En la Grecia ocupada de su niñez, Helena había sido la mascota de los oficiales nazis que habían ocupado su casa, llevando mensajes para ellos. Me explicó que se había quedado prendada del brillo de sus botas. En los años de posguerra en Boston, cuando su familia no había tenido donde vivir, Helena bailó en un garito griego y ganó lo suficiente para pagar la entrada de una casa, y más tarde ganó miles de dólares por noche bailando la danza del vientre en Las Vegas. Había conocido a Jack en una cafetería de Hollywood a comienzos de los sesenta, cuando él todavía hacía películas B para Roger Corman. Años después, cuando dejó a su marido y buscaba un lugar donde vivir, él le ofreció un dormitorio en el piso de abajo, y más tarde la casa de al lado.

Helena me distrajo de la ausencia de Anjel, y empecé a pasar tiempo con ella, ayudándola en lo que estuviera haciendo. Aunque cuando Anjel volvió, el cuarteto que habíamos formado Jack, Jen, ella y yo desapareció. Jen se iría a Hawái con su madre en menos de un año, pero nuestra pequeña familia espontánea no sobrevivió el intervalo con Ryan. Tuve la sensación, sin llegar a expresarla nunca en palabras, de que Anjel había sido derrotada.

Tampoco volvió a tiempo para los premios de la Academia de Hollywood. Jack iba a presentar el Oscar a la Mejor Película, y nos llevó a Jen y a mí en su lugar. El manitas de tía Dorothy, Roberto, me recogió temprano del colegio y me llevó a casa de Jack, donde me puse un vestido de seda estampado de capullos de rosa que me había regalado Anjel en Navidad. Mientras me ponía el maquillaje que Anjel me había dado para disimular el acné de la frente y la barbilla, lo oí a él preparándose en el piso de arriba: el agua corriendo y deteniéndose, los pies descalzos yendo del cuarto de baño al dormitorio, luego las pisadas más pesadas de los zapatos puntiagudos que tanto le gustaban. La limusina nos recogió a las dos y, después de ir a buscar a Jennifer, nos dejó decepcionantemente en la puerta trasera del pabellón del Dorothy Chandler. Jack nos acompañó a los dos asientos que había reservado y desapareció para pasar toda la ceremonia entre bastidores.

Nos sentamos al lado de Pat Boone, cuya hija Debby cantaba *You Light Up My Life*. Me sentí totalmente estafada. ¿Cómo podían sentar a Jack Nicholson al lado de Pat Boone? La señora Boone también pareció enfadarse cuando Jack dejó a dos adolescentes con granos y desapareció entre bastidores. No sentí compasión por ella. Debería haber sido alguien emocionante, como Warren Beatty o John Travolta. Además, no soportaba esa canción sensiblera y era aún peor tener que escucharla con los padres de Debby Boone al lado. Se marcharon en la

siguiente pausa publicitaria y dos hombres con esmoquin ocuparon su lugar.

En 1975, poco después de conocer a Jack, vi la ceremonia de los Oscar en la casa de Euclid. «¡Vamos, Jack!», dije para mis adentros, deseando que ganara el Oscar al Mejor Actor por *El último deber*. Lo ganó Jack Lemmon con *Salvad al tigre*. Me culpabilicé por no haber sido lo bastante específica para que Dios, o el destino, supiera que debía ganar Jack. Esta vez, por lo que se refería a él, no me equivocaría: retribuiría su confianza —al dejamos solas, con las cámaras enfocándonos— comportándome a la perfección. Si hubiera estado con Tatum, lo sabía, habría ido a la fiesta de después de la ceremonia, pero Jack nos dejó en la limusina y nos dio las buenas noches, y no me importó.

Cuando le comenté a una de las niñas del colegio lo generoso que había sido cediéndonos sus asientos y quedándose las cuatro horas de pie entre bastidores, ella se rió de mí. Allí era donde estaba toda la diversión, dijo. No se me había ocurrido que había habitaciones, sofás y un bar más allá del escenario. Por alguna razón pensaba que no había nada. Pero eso no empequeñeció el regido que me había hecho Jack, a pesar de que no estaba Anjel y de que hacía muy poco que habíamos vuelto de la casa de Ryan. A veces me preocupaba que me viera como una traidora por haber aceptado a Ryan, pero nunca dio muestras de ello ni mencionó a Ryan para nada.

Una semana después de que Anjel y yo llegáramos a Londres, Bob Dylan tocó en Hyde Park. Anjel estaba emocionada; era domingo y Jack no trabajaba, de modo que también podría ir a verlo. Yo sabía que recibiríamos un trato VIP. Nos meteríamos entre bastidores y seguramente pasaríamos todo el concierto allí; conoceríamos a Dylan. Tenía la impresión de que Jack y Anjel ya lo conocían.

Esa mañana, cuando Anjel subió a buscarme, yo no estaba vestida.

—Me encuentro mal —dije agarrándome la barriga—. No puedo ir. —Y fingí que lamentaba mucho perdérmelo—. Lo siento —añadí, viendo su decepción y confusión.

Ella sabía que me encantaba la música de Dylan. Y, aunque no me acusara de fingir la enfermedad, yo estaba segura de que me había calado.

No podía explicar por qué no me veía capaz de afrontarlo. No quería ser la hermana invisible que había sido cuando habíamos conocido a los Lakers después de un partido de baloncesto y volver a sentirme como una mota insignificante entre esos famosos gigantes.

No con Dylan, que se había convertido en una especie de tótem de mi unión con Anjel desde ese día en que fuimos en coche por San Vicente Boulevard cantando con él *Knockin'on Heaven's Door*. Si Dylan me ignoraba, yo desaparecería de verdad.

Pasé el día en la habitación de lo alto de la casa que la productora había alquilado para Jack. Tenía una moqueta morada, y sillas doradas tapizadas con terciopelo también morado, como los muebles desechados de la sala de recepción diplomática recién redecorada de un jeque. La luz del sol entraba a raudales por las ventanas que había a un lado, concentrando los tintes morados en sombras alucinógenas. En el suelo había un pequeño televisor portátil y un montón de vídeos de películas clásicas, que vi una detrás de otra durante todo el día. Aunque estaba sola en la casa, me agarraba de vez en cuando la barriga, como para convencerme de que me encontraba mal y que no podría haber ido.

Anjel me trajo un programa. Lo guardé y lo miraba cada día. En la portada, Dylan se rodeaba los ojos con el pulgar y el índice. Sus uñas tenían casi un centímetro de largo y eran gruesas y amarillas como las garras de un pájaro. Detrás de ellas, sus ojos estaban oscuros y en sombra. Los miraba fijamente, imaginando que había estado allí y que me habían mirado. ¿Me habrían visto? No eran los ojos de una persona normal; sabía por sus canciones que él veía cosas que la gente normal no veía. Odié mi cobardía por haberme quedado en casa.

—Ánimo, Legs —dijo Anjel a los pocos días—. Vamos a correr.

Nunca la había visto correr ni hacer ninguna clase de ejercicio por amor al arte. Una vez que íbamos en coche con la capota bajada por Mullholland Drive, había gritado a un tipo grueso que corría con esfuerzo: «¡No pares, mamón, no va a servirte de nada!». Me pareció graciosísimo. Confirmaba —como si necesitara confirmación— lo glamurosa y especial que era.

Hice una mueca. Pero sabía que trataba de cuidar de mí y de obligarme a salir de casa, como había hecho Cici antes que ella, porque era bueno para mí. Si me dejaban sola, me pasaba el día leyendo. Habíamos intentado ir a Hyde Park con un frisbee, pero evocó el recuerdo de Ryan y no repetimos.

—¡Hemos de ponemos en forma! Es un placer volver a estar en Londres, donde el aire es puro.

La casa donde vivíamos estaba en Cheyne Walk y tenía vistas al río Támesis… pero con cuatro carriles para vehículos pesados entre medio. Pasaban camiones las veinticuatro horas del día, escupiendo

humos de diésel. Todos los alféizares estaban negros de residuos. Era imposible que Anjel no se hubiera fijado. Me di cuenta de que no quería hacerlo, no quería darle ninguna importancia. El comentario era una alusión a la famosa niebla mezclada con humo de Los Ángeles. Londres era para ella, incluso más que para mí, un lugar especial, mejor en todos los sentidos que Los Ángeles, y quería que me encantara.

Hice lo que se me pedía pero a regañadientes. Los camioneros hacían sonar la bocina al vemos con pantalones cortos, y me sentía ridícula corriendo parada en la acera mientras esperábamos a que cambiara el semáforo. Nadie hacía *jogging* en Londres y menos aún por la calle, por no hablar de esa arteria congestionada por camiones. Era consciente de lo americanas que parecíamos y no lo soportaba; no soportaba llamar la atención, no soportaba parecer diferente. Por suerte, nunca volvió a proponerme que saliéramos a correr.

Más que nada íbamos de compras y curioseábamos en los puestos de Antiquarius, un mercado de antigüedades enorme que había en King's Road. Anjel me explicó que a mamá le encantaba ir de anticuarios. Cuando pasábamos por delante de Chelsea Cobbler, me dijo que mamá se había hecho allí los zapatos. Señalaba esos lugares más a la manera de una guía turística en un lugar santo que como incidentes de su propia vida con mamá. No quería hablar de lo que habían hecho juntas y yo no quería oírle hablar de ello. Me habría hecho sentir aún más insignificante, puesto que no había sido yo.

Estábamos en 1978 y King's Road era el centro de los punks. Crestas con púas de un centímetro de longitud teñidas de negro, azul y verde; tejanos rasgados, cuero y mallas; cadenas y alfileres perforando la piel. Nunca había visto nada igual. Los miraba procurando que no me sorprendieran mirándolos por si se enfadaban. Los envidié. Parecían tan seguros de lo que eran: punks. Y de dónde les correspondía estar: en King's Road.

Estaban enfadados; eso me chocó. Yo me había arrancado la rabia y ya no me acordaba de lo que era. A su lado me sentía incorpórea. Y las tranquilas calles de Chelsea, donde vivían los amigos de Jack y Anjel, me parecían irreales en comparación. También Los Ángeles, donde todo el mundo circulaba dentro de pequeños caparazones individuales con una rueda en cada esquina, aislados del mundo real.

Tampoco había visto nunca tantas deformidades físicas: malas dentaduras, cojeras, gente con tumores en la cara o ciega, víctimas de la talidomida con los brazos atrofiados. Te los encontrabas en los autobuses, caminando por las aceras. Decidí que era una de las cosas que me gustaba de Londres; la gente no tenía que ser perfecta, no

tenía que esconderse ni ser igual que todo el mundo o hablar de la misma manera: me encantaban los distintos acentos, las risas y las broncas que llegaban de los *pubs*, los vítores que se oían detrás de las cortinas de las casas de apuestas. La vida no era algo aséptico y envuelto en celofán como lo había sido en Los Ángeles.

Me encantaba salir de casa e ir andando a cualquier parte. En casa de Cici había tenido un cañón con una ladera y un riachuelo donde pasear; pero desde entonces me había visto varada en una playa o en la cima de una montaña, incapaz de ir a ninguna parte si no me llevaba alguien en coche. En Londres, si quería ir a algún lugar que estaba más lejos de lo que quería caminar, podía alargar un brazo y parar un taxi.

Seguía viendo pintadas de BRITS OUT en los puentes ferroviarios y en los edificios bombardeados por los nazis en los años cuarenta. Me fascinaban esos edificios con los lados arrancados, dejando ver escaleras en zigzag, papel pintado descolorido, cañerías que no iban a ninguna parte. Me encantaba pasearme por las calles y mirar por las ventanas de las casas: montones de pantallas redondas que colgaban de los techos y, debajo de ellas, alguien cocinando, trabajando, jugando o yendo de un sitio a otro.

Joan Buck había vuelto a Londres y vivía con su nuevo marido en un piso alto de Earls Court Square abarrotado de libros. Me enseñó su traje de novia, fruncido y plisado, y de un morado grisáceo intenso, el color que la caracterizaba. Me habló de un cronista de sociedad malintencionado que había escrito: «La novia parecía morada con su traje radiante». Era la clase de salida que me encantaría que se me ocurriera a mí, y admiré a Joan por ser capaz de reírse a pesar de su crueldad y de ir dirigida a ella. Me llevó a las oficinas de *Vogue*, donde trabajaba, y me presentó a todo el mundo como su hermana pequeña. Ella no tenía ninguna hermana y me emocionó el comentario. Me había visto nacer.

Paseamos por la calle jugando a juegos de cultura general como Botticelli, o a uno de categorías en el que tenías que adivinar el nombre de una persona con preguntas como: «¿Qué clase de utensilio de cocina sería?». Joan era lista y leía un montón, pero no era pedante ni aburrida, lo que significaba que yo tampoco tenía que serlo. Era divertida y glamurosa, conocía a gente famosa e interesante, y quería realmente pasar el tiempo conmigo. Nuestras mentes parecían funcionar del mismo modo, lo que era una experiencia nueva para mí. Normalmente tenía que esforzarme mucho para no equivocarme y ser la clase de chica que creía que el otro quería que fuera. Cuando estaba con Joan, me salía serlo sin darme cuenta.

En la playa de Malibú, Cici, Collin y Allegra.

Gloom Castle (el Castillo Lúgubre).

Anjelica y Allegra.

Tía Dorothy y Allegra.

En un coche que Anjelica alquiló en Montana.
(*Foto: Joan Buck*)

Anjel, Joan Buck y Allegra, en Yellowstone.

De izquierda a derecha: Harry Dean Stanton, Miguele Norwood, Jeremy Railton, Helena, Charles Valentino y Allegra.

La foto preferida de Allegra con su padre John, en el rodaje de *Evasión o victoria*.

Allegra a los diecisiete años con su amiga Helena.

Unas navidades en Las Caletas: Allegra, John y Danny.
(*Foto: Joan Blake*)

John Huston bañándose en Las Caletas.

Allegra jugando con la pequeña Marisol. (*Foto: Joan Blake*)

Allegra y su hermano Jason en Sri Lanka

Artemis, Allegra y su sobrina recién nacida Eleanor.

La autora con su hijo Rafa.

Cisco y Allegra el día del bautizo de su hijo Rafa, en el bote con el que se desplazaron hasta el lugar de la ceremonia.

De izquierda a derecha: Tony, Anjelica, Steve Harris, Jeremy, Tara sosteniendo a Rafa, Joan Buck y la sobrina de Cisco, Ana.

La familia Norwich en 2004. (*de izq. a drcha.*) Artemis, su hijo Adam, su marido Antony Beevor, John Julius, Allegra, Rafa, Jason, Mollie y Nella. (*Foto: Jill Robertson*)

La familia Huston el día de la boda de Anjelica en 1992.

Sabiendo que yo estaba enamorada de John Travolta, me regaló su entrada para la proyección para la prensa de *Grease* que iba a tener lugar en las oficinas de Fox de Soho Square. Los periodistas se troncharon de risa; yo también, pero sentí cómo mi enamoramiento se diluía como la pintura al mezclarse con aguarrás. Cuando salí de la sala de proyección a las diez de la noche, todavía había luz, de un luminoso azul grisáceo como de otro mundo, como si cada átomo de aire y materia sólida brillara por dentro. En Los Ángeles, mucho más al Sur, la distancia entre el día y la noche era corta, y la luz nunca era así. En algunos de los pasajes ciegos de mi memoria, las noches de verano en Saint Cleran o en Londres tal vez brillaban con esa misma luz. Yo me empapaba de su energía a través de los ojos; quería nadar en ella, como si fuera el elixir de la alegría.

La casa donde vivíamos era extraña, con la galería dorada y violeta en lo alto (junto a mi habitación, empapelada con un estampado de celosías verdes que me hacía sentir como un pájaro en una jaula), y un comedor sin ventanas y amueblado como un monasterio en la planta

baja, con una mesa larga con bancos estrechos y duros a cada lado. En todas las habitaciones había rejillas de ventilación de hierro fundido con las que tropezabas si llevabas tacones, y la única salida era por una estrecha escalera de caracol también de hierro fundido, que tenías que recorrer de puntillas para no caerte por los huecos.

La habitación de Jack y Anjel estaba en el piso del medio, junto al salón, que casi nunca se utilizaba. Creía que era algo común entre las estrellas de cine, hacer vida en los dormitorios y tener los salones como zonas de tránsito. La única vez que vi a alguien sentado en el salón de la casa de Beverly Hills de Ryan fue cuando citó a un productor para hablar de *Campeón*, que esperaba protagonizar con Griffin. Cuando fui a la casa de Marión Brando, su salón tenía el mismo aire desierto. Esa habitación sin vida nos separaba de tal forma que parecía que vivíamos en casas separadas en lugar de bajo el mismo techo.

Por las mañanas, después de que Jack se hubiera ido al estudio, bajaba y me sentaba en la cama de Anjel, y la veía maquillarse. Guardaba el maquillaje en una bolsa en su enorme bolso, y se aplicaba capa tras capa de rímel, dando vueltas al pincel contra las pestañas que crecían cada vez más largas en arcos curvados, en líneas perfectamente paralelas. Me habría gustado poder hacer eso con mis pestañas cortas, pero se pegaban formando grumos alquitranados. El blanco de los ojos de Anjel brillaba como el cuarzo, y los iris, de un marrón verdoso, titilaban como el sol sobre un estanque a la sombra.

Cuando terminaba, abría una bolsita y tiraba un generoso pellizco de hierba en la tapa de una caja de zapatos. Cogía un paquete de papel de liar y utilizaba la solapa de cartón para separar las semillas. Yo lo veía como una tarea de Anjel, ya que siempre lo hacía ella, y no Jack. Se elevaba un olor dulce mientras las semillas se sacudían contra el cartón. La muñeca de Anjel, así doblada, se veía huesuda y elegante, y el ruido de cartón contra cartón era rítmico y relajante.

—¿Puedo hacerlo yo? —pregunté un día.

—Claro.

Me pasó la tapa de la caja de zapatos y el paquete de Rizla. Era más difícil de lo que me pensaba; o hacía saltar los trozos de hierba con las semillas o todo se me desbordaba. Pero no tardé en pillarle el truco, y aprendí a localizar entre los trozos más compactos las partes más tiernas y a desenredarlas. Era algo que podía hacer durante horas, un servicio a Anjel, como una meditación. Tal vez armonizaba con algún ramal de nuestro ADN de campesino italiano: la satisfacción de una buena cosecha.

Me enseñó a liar un porro: pegabas dos Rizlas y repartías el

pellizco de hierba de tal modo que la salchicha fuera un poco más gruesa en los extremos que por el centro, luego doblabas el papel a lo largo y lo metías, presionando el borde exterior de los índices mientras los pulgares enrollaban con firmeza. Tras un rápido y profesional lametazo de izquierda a derecha para sellarlo, lo deslizabas bajo la tira elástica de una pitillera *Art Déco* esmaltada, y vuelta a empezar.

Nunca quise fumar uno y ella nunca me ofreció. Las novelas eran la droga que yo había elegido. Era capaz de ensimismarme en una historia durante horas pero volver a la realidad en una milésima de segundo. Mis emociones eran tan agotadoras que sentía poco, y eso me gustaba. La idea de colocarme, de perder el control de mis pensamientos o de mi cuerpo, me aterraba.

El cumpleaños de Anjel llegó a comienzos de julio, y como no sabía qué regalarle, le di lo que más atesoraba en el mundo: la foto de mamá que había salido en la portada de *Life*. La había encontrado en un porfolio de fotos de Halsman que estaba entre las cosas que habían llegado un día al Castillo Lúgubre: un baúl lleno de todo lo que yo había dejado atrás en Saint Cleran. No sabía dónde había estado el baúl todos los años que había vivido en casa de Cici, pero en cuanto me había instalado en el Castillo Lúgubre, papá había decidido que mi situación era lo bastante permanente para que me lo llevaran allí.

Tía Dorothy había puesto la fotografía —mamá posando como Mona Lisa— en un marco dorado y verde pálido. Yo me lo había llevado a Londres, un ángel de la guarda.

Emocionada, lo envolví y se lo di a Anjel. Cuando lo abrió, se le saltaron las lágrimas.

—Gracias, Legs.

Se le quebró la voz.

Yo sabía que le había dado algo que nadie más podía darle, algo mucho más valioso que los diamantes y rubíes que le había regalado Jack.

Seis semanas después cumplí catorce años. Fuimos a pasar el fin de semana a la casa de campo de alguien, y a la hora de comer me sentaron a la mesa de los niños. Me sentí traicionada por Anjel y estuve de morros. Al día siguiente, cuando todos salieron a pasear, me negué a acompañarlos. La anfitriona tampoco fue. Se sentó a pelar guisantes en los escalones al sol. Caían con un ruido fantasmal en un bol metálico, saltando alrededor hasta detenerse. Dejé de leer y la observé. Se le veía muy serena ahí sentada, viendo cómo las perlas verdes caían de sus dedos. Así era como quería ser yo.

El par de meses que había pasado en Londres antes de que John Julius llamara y expresara su deseo de verme, yo no había hecho nada por ponerme en contacto con él. Probablemente Cici le dijo que estaba allí y le dio el número. Yo no tenía especial interés en verlo, pero accedí a quedar con él por la misma razón que había aceptado el hecho de su existencia. Habría preferido que no hubiera existido, pero al menos su existencia explicaba muchas cosas. Daba vueltas a ese rompecabezas de lógica, pero no sentía nada. Debía de tener algún problema, pensé; tendría que sentir algo, lo que fuera. Era una sonámbula. Avanzaba en alguna clase de acuerdo inconsciente conmigo misma, sin tener ni idea de por qué o adonde me llevaba.

John Julius me preguntó si quería conocer Batli. No sabía lo que era, sólo que era un nombre extraño para un lugar. De modo que le dije que sí. Un «no» habría sido insolente y rebelde; además, podía llevarle a preguntarme qué quería ver. No habría sabido qué responder.

El trayecto en coche a Bath duró dos horas, mucho tiempo para una excursión de un día. Me pregunté si mi padre trataba de poner distancia entre nosotros y el resto de su vida. Esperaba que no me preguntara si había leído los libros que me había mandado: tres volúmenes de la autobiografía de su madre, uno de la de su padre, y cada diciembre un nuevo panfleto titulado *A Christmas Cracker*. No había abierto ninguno.

Tenía una extraña sensación de desplazamiento mientras observaba a mi padre conducir por la M4 en dirección Oeste. Papá nunca conducía. Siempre tenía que llevarlo alguien: Betty, Paddy Lynch, Cici, Gladys, chóferes y taxistas. No se me había ocurrido pensar, antes de ese día, que había algo extraño en ello. Sentada en el asiento del pasajero del sedán azul plateado de John Julius, de pronto la actitud regia de papá me pareció exigente y ostentosa. A pesar de su título, John Julius formaba parte más sólidamente del mundo real y democrático.

Una vez en Bath, nos metimos en un aparcamiento: una extensión gris y aleatoriamente alineada de asfalto y hormigón. Se acercó a nosotros una mujer alta con el pelo blanco.

—Te presento a Mollie —dijo John Julius.

—Hola —saludé educada.

No me dijo nada más. Saltaba a la vista que no era su mujer. Alta y delgada, con pantalones de *tweed*, se le atractiva y elegante.

Pensé que había algo furtivo en el hecho de conocemos en un aparcamiento. No estaba segura de si era a mí o a Mollie a quien John Julius mantenía discretamente apartada. Tal vez porque las dos

éramos periféricas, no teníamos que escondemos la una de la otra. De pronto me pregunté si yo era un pretexto para que John Julius y ella se vieran. Si había querido realmente pasar el día conmigo, ¿por qué la metía a ella? Lo vi como un desaire. Debía de quererla mucho, pensé, para conducir tantos kilómetros sólo para comer con ella.

Me llevaron a los baños romanos. Yo no sabía que los romanos habían estado en Gran Bretaña y a John Julius no se le ocurrió explicármelo. De modo que no acababa de entender por qué los baños estaban en minas o por qué los visitábamos. Me sentía distanciada, como si nada estuviera del todo enfocado, y los sonidos que oía parecían llegar de lejos. La información que entraba en mi cerebro era borrosa y desordenada. No conseguía juntarla para darle sentido.

Me pareció que se sentía aliviado cuando me dejó por fin en la casa de Cheyne Walk. Yo era un deber que había llevado a cabo con nobleza y ya le estaba bien que fuera un medio secreto. Yo había sido una vergüenza para él sólo por el hecho de nacer, y ahora era una vergüenza en mí misma. Me sentía estúpida, disfuncional, americana. La ropa que llevaba, que me había gustado hasta ese día, no era la adecuada. Me había puesto mi mejor conjunto, que me había comprado Anjel cuando estaba con Ryan: falda de lana gris, camisa color crema, chaqueta y botas Maud Frizon; pero eran unas botas de *cowboy* de dos tonos, crema y magenta, y la parte crema, que era de lona, estaba manchada de azul del día que me había sorprendido la lluvia llevando tejanos.

Cuando llegué a mi habitación-jaula y me quité la chaqueta, vi que me la había manchado hasta abajo de rojo. También el bolso, un Sportsac de lona con asas cortas que me había deslizado bajo el brazo. Un bolígrafo rojo había goteado tinta calando la lona. La chaqueta estaba estropeada, ya que la tinta nunca se iría. Corté un trozo de algodón —la camisa color crema iba con un pañuelo a juego— y lo pegué al bolso para tapar las manchas rojas.

Podría haberme comprado otro bolso. Los Sportsac no eran caros y a Anjel no le habría importado. Pero no lo hice. El vendaje impedía que me manchara la ropa de tinta y si lo llevaba pegado al cuerpo por ese lado, no se veía. Era más o menos capaz de esconderlo cuando me quitaba el bolso del hombro. Estaba a la defensiva con mi bolso vendado, y Anjel debió de notarlo, porque nunca lo cuestionó. Lo miraba con dudas, pero yo fingía que no me daba cuenta y plantaba cara a la situación. El vendaje se rompió por los bordes, que nunca había cosido, al despegarse. Aun así, lo seguí llevando. Estaba dañado, pero eso no menguaba su valor. Yo lo había arreglado, y aunque no había hecho un gran trabajo, me servía.

—¿Cómo puedes gastar tanto?

Anjel se había plantado furiosa ante mí, que estaba sentada en el suelo de moqueta morada cenando mientras veía *Top of the Pops* en el pequeño televisor, con grupos musicales punks como X-Ray Spex y cantantes británicos como David Essex, de los que nadie había oído hablar en California. Era septiembre. Habíamos quedado en que viviría con ella y con Jack en Londres todo el otoño.

Yo era consciente de que había estado gastando demasiado, pero no podía evitarlo. Los profesores que me daban clases particulares estaban desperdigados por todo Londres, y cogía cinco o seis taxis al día. Trataba de ser austera y no comprarme cosas para mí, aparte de lo estrictamente necesario, pero en menos de una semana los sobres de billetes de veinte que me daba Tim, el cocinero de Jack, se habían gastado.

—¿Te has creído que eres una princesa? ¿No puedes ir en autobús o en metro como todos?

Joan me había dicho qué autobús me llevaba a su casa y dónde encontrarlo, pero nunca me había subido a un metro. No entendía los mapas.

—Yo siempre he tenido que ir a todas partes en transporte público —añadió Anjel, y salió como un huracán.

Sentí una oleada de pánico. ¿Y si Jack decía que no podía quedarme porque le salía demasiado cara? Sabía que tenía mucho dinero, pero eso no significaba que tuviera que gastarlo en mí. Y si lo decía, ¿qué repercusión tendría eso en su relación con Anjelica? No quería ser la causa de otra ruptura entre ellos. Estaban hechos el uno para el otro, saltaba a la vista, y yo esperaba conteniendo el aliento que esta vez durara. Él estaba siendo muy generoso al dejar que viviera con ellos…, con ella. ¿Era posible que estuviera gastando demasiado incluso para él? Lo último que quería era que me viera como una carga. Me estaba esforzando por ser agradable, y, sobre todo, invisible.

Jack trabajaba muchas horas en *El resplandor*, y al mismo tiempo estaba montando una película que él mismo había dirigido, *Camino del sur*. Iba y venía en un caballo que se tiraba pedos, quitando el efecto sonoro y volviéndolo a poner de forma obsesiva. Anjel pisaba sobre huevos alrededor de él. Sólo me vienen a la cabeza dos *flashes* del Jack que solía tirarse de bomba a la piscina con Jen y conmigo, el Jack bromista y juguetón: lo contento que se puso cuando le regalaron una maleta especial sólo para sus zapatos, y un día que se subió a su Daimler con chófer, donde Anjel y yo lo esperábamos, y dijo: «Aquí me tenéis, chicas, en una sinfonía de marrones otoñales».

Cuando le dieron una semana de vacaciones, Jack decidió que quería conocer Irlanda. Volamos los tres a Dublín, nos subimos a otra limusina Daimler y nos dirigimos al Oeste. Nos detuvimos en *pubs* para comer, paseamos por el muelle de Dingle y a lo largo de los acantilados de Moher, pero sobre todo fuimos en coche. Y casi al final de la semana llegamos a Saint Cleran.

Subimos el camino trasero, donde todavía seguían en pie las farolas, y llegamos a la Casa Grande. Los leones que habían flanqueado la puerta habían desaparecido y alrededor de las columnas se amontonaba leña. La casa parecía desierta. Miramos por la ventana del comedor. El papel japonés seguía allí, pero los pájaros habían sido tragados por las sombras.

—¡Para! —gritó Anjel al chófer al pasar por delante del patio de la Casa Pequeña cuando ya nos íbamos.

Las verjas de hierro negras estaban cerradas. Bajó del coche y se detuvo frente a ellas, mirando el patio. La seguí. Jack se quedó en el coche.

Todo estaba tal como yo lo recordaba. El patio no parecía abandonado, como la Casa Grande. La piedra gris estaba caliente, el césped del círculo central había sido cortado y la estatua blanca de Polichinela seguía allí. Pero nunca había visto las verjas cerradas.

Yo no había querido parar, no había querido bajar del coche. Lo hice porque me parecía que tenía que seguir a Anjel. Ella no era la única que había vivido allí. Yo quería reclamar mi parte de Saint Cleran. Tenía derecho a sentirme tan angustiada y desterrada como ella. De pronto tuve la sensación de que incluso cuando había vivido en la Casa Pequeña, había sido su sombra.

Anjel curvó los dedos alrededor de los barrotes de hierro y yo la imité. Deseé que los soltara. Quería subirme al coche y alejarme de esa horrible sensación de ser dejada fuera. Pero no podía, no mientras ella se quedara ahí agarrada a la verja.

Por una puerta lateral apareció una figura con un jersey verde harapiento. Sus rizos greñudos y grises me resultaron familiares. Era Paddy Coyne. Se nos quedó mirando… y echó a correr hacia nosotras.

—¡Anjelica! Oh, cielos. Y Allegra, ¿verdad? Habéis vuelto. Habéis vuelto. ¿Cómo estáis?

Lloraba. En todo el tiempo que había vivido con él, nunca le había oído pronunciar tantas palabras seguidas. Nos dijo que era el único que quedaba allí; los dueños de la Casa Pequeña se habían ido, y la casa de los Lynch, al otro lado del patio, estaba vacía. Mientras hablaba tiró de la verja para abrirla.

Anjel también lloraba. Yo debería haber llorado con ellos, lo sabía,

si hubiera tenido corazón lo habría hecho, pero había notado cómo se me secaban las lágrimas, como una ráfaga de aire caliente y seco justo detrás de mis ojos, en cuanto Paddy se había acercado a nosotras. Cuando crucé la verja y pisé la crujiente grava, sentí cómo se rompía un hechizo. El pasado había quedado atrás, se había perdido. El hilo deshilachado del jersey de Paddy me sujetaba al presente como una polillaˆ capturada. Volvía a ser yo misma, sin importarme mucho nada, pero tan consciente de cómo debería sentirme que dolía.

En Dublín, fuimos a ver a la Tata a la pequeña casa adosada que papá le había comprado. Nos hizo pasar nerviosa, porque Anjel y yo habíamos entrado en su mundo, o tal vez por la fama de Jack, no lo sé. Nos hizo sentar en la sala de estar y desapareció para preparar té. El sofá y las sillas tenían fundas de plástico, como si siguieran en la tienda. Me noté un esnobismo desaprobador, como si un súcubo se apoderara de mí, y me odié por ello. Era la Tata, que había cuidado con tanta devoción de mí y había ido conmigo a todas partes sin protestar: a Nueva York, a Cuernavaca, al Castillo Lúgubre. Su presencia inmutable e incondicional había hecho que todo me pareciera normal. ¿Cómo me atrevía a juzgarla por algo tan trivial como una falta de gusto decorativo?

Pero ahí estaba. No podía borrar lo que había pensado. Me sentí incómoda abrazándola. No tenía nada que decir. Anjel hablaba, reía, lloraba, apreciaba los detalles de la nueva vida de la Tata mientras la sonsacaba. Yo no tenía nada que ofrecer: ni interés ni apreciación. Noté que a la Tata le dolía mi frialdad, aunque, por supuesto, hizo lo posible por disimular. ¿Por qué la parte de mí que era agradecida y leal no podía volver a introducirse en ese cuerpo distante y obligarlo a hacer lo que quería: sonreír, mimarla, demostrarle que sabía lo mucho que le debía y que todavía la quería?

Recordé lo fría que había demostrado ser cuando, en casa de Cici, no me había dado ni cuenta de que se había ido. Desde entonces había vivido en lugares que la Tata no podía imaginar. Yo ya no era la niña huérfana de madre a quien ella había cuidado y querido. Podía cuidar de mí misma; no necesitaba a nadie. Pero ¿cómo iba a saberlo ella? Seguía siendo yo, grande y con granos, pero mi largo pelo rubio, mis ojos azules y mi cuerpo robusto eran los mismos.

Me sentí una farsante, un caparazón andante: la forma y la sombra eran mías, y el cerebro, pero con un espacio vacío donde debería haber estado el corazón. De pronto me pregunté si alguna vez había tenido uno. ¿Por la ausencia de quién lloraría? Por la de nadie. Podría sobrevivir cualquier pérdida. Me asustó un poco —todo lo que podía asustarme algo que no fuera una bestia rugiente o un accidente de

avión— comprobar lo vacía que estaba.

Volví a ver a la Tata dos meses más tarde, cuando fue a Inglaterra para asistir a la boda de Tony con *lady* Margot Cholmondeley.

Yo recordaba a Margot —la Tata siempre la llamaba *lady* Margot— de las veces que se había quedado en Saint Cleran. Me intimidaba un poco, con su voz suave y su nube de pelo cobrizo, tan parecida a una mujer de un cuadro de Vermeer. Su belleza era totalmente diferente a la de cualquier mujer que yo conocía. Nunca se maquillaba ni llevaba ropa a la moda; iba con botas planas en lugar de con zapatos de tacón. No parecía importarle lo que la gente pensara de ella y siempre tenía cosas que hacer. Envidié su habilidad para interesarse en algo tanto como su anhelo de crear cosas hermosas. Sus dibujos a lápiz eran retratos perfectos y delicados; y en Saint Cleran había hecho unas marionetas. La había observado mientras trabajaba en ellas en la Casa Pequeña: armazones de alambre que moldeaban el papel maché en forma de narices perfectamente puntiagudas y bocas curvadas, pintadas con una expresión vivida. Cuando llegó el baúl de Irlanda al Castillo Lúgubre, había esperado encontrarlas en él junto con mi cofre del tesoro, pero no estaban.

La boda se celebró en la capilla de la casa familiar de Margot, el castillo de Cholmondeley. Anjel y yo fuimos sin Jack; Zoë llegó de Roma, y Danny, de un internado en la campiña inglesa; papá voló de México sin Maricela. Tony lo organizó para que Danny y yo nos quedáramos en Cholmondeley con papá, mientras que Anjel y Zoë se alojaban en una casa vecina. A papá le dieron el dormitorio que había utilizado la Reina en sus estancias en el castillo.

Jugué al *backgammon* con papá sobre un ruidoso tablero turco, estuve presente en sus discusiones sobre filosofía con Buckminster Fuller, y oí tocar el piano al hermano de Margot, David, que tenía el título absurdamente glamuroso de conde de Rocksavage; tocaba muy bien, por cierto. Yo había dejado las clases de piano al irme de la casa de Cici y sabía que nunca habría sido tan buena como David. Ése era el baremo por el que debía de haberme puntuado John Julius, pensé; un baremo inglés aristocrático. Le había decepcionado aún más de lo que me pensaba.

La Tata se instaló en el piso de arriba —el de los criados— junto con la vieja niñera de Margot. En los dos días que estuvimos en Cholmondeley, no fui a buscarla ni una sola vez ni me senté con ella para hablar. La traté como si la hubiera visto un par de veces, no más. El egoísmo y la ingratitud, de los que me había culpado un tanto

injustamente, decidí luego, cuando la hicieron volver a Irlanda, se pusieron de manifiesto en mí ese fin de semana. Apenas me acordé de ella. Como si no le debiera nada.

Menos durante la boda en sí, se quedó en el piso de arriba. Tampoco fue a buscarme; estoy segura de que creyó que no era su lugar. Era tan etérea como un fantasma, tal vez menos. Ya no podía comprender lo que había sido en otro tiempo para mí.

Después de la ceremonia, papá y sus cuatro hijos posamos para una foto. Era la primera vez que los cinco coincidíamos en un mismo lugar al mismo tiempo. Ésa era mi familia, pensé: los Huston. Zoë no salía en la foto, lo que significaba para mí que John Julius importaba tanto —o tan poco— como ella. A pesar de nuestras extrañas historias, Danny y yo formábamos parte del núcleo. Tocaba el grupo irlandés De Dannan, y Tony había escogido una canción en honor de cada uno. *The Kerry Dance*, para Anjel y para mí, y *Danny Boy* para Danny. Éramos hermanos y papá era nuestro padre. Nunca había tenido la sensación de estar en segundo plano. Era su hija tanto como cualquiera de los demás.

XVI

—Allegra no quiere volver a Los Ángeles —dijo Anjelica a Helena por teléfono; o al menos así lo recuerda Helena—. No quiere salir de su habitación. Tiene el cepillo lleno de pelos. Y Jack está como loco. Tienes que venir.

Mi cepillo seguramente estaba lleno de pelos, y la cama por hacer, y algunos días ni siquiera corría las cortinas. Para Anjelica —como lo habría sido para mamá— era prueba de una mente insana.

Volver a Los Ángeles significaba volver al Castillo Lúgubre. Había dado la dirección de 1315 Angelo Drive al rellenar los impresos de inmigración, pero había sido como una zona de contención para los momentos en que la vida de Anjel era demasiado inestable o se encontraba fuera de la ciudad. De pronto caí en la cuenta de que era donde iba a vivir.

Me había encantado correr por la casa con Collin, subir y bajar una y otra vez los tres escalones que había al final de la galería de los juglares, perseguirlo por la escalera de caracol de la parte trasera, o tirarme en bomba desde el alto muro a la piscina. Sin Collin, era totalmente diferente: una casa grande y tenebrosa, llena de ecos, cansada de no albergar a suficiente gente. Me sentía atrapada. La carretera que bajaba la montaña tenía kilómetros de longitud y era empinada, y la mayoría de los vecinos tenía más de setenta años.

Yo ya no dormía en la habitación contigua a la de tía Dorothy y tío Myron, la que había sido de Cici. Tenía mi propia habitación en el otro extremo de la casa. Creo que había sido de Stephan. Sobre todo me sentaba en la cama a ver la televisión o a leer.

La primavera anterior, en el intervalo entre Ryan y Jack, había decidido adelgazar, y leía mientras pedaleaba furiosa en la bicicleta estática que tía Dorothy tenía abandonada en la buhardilla trasera. Jugaba a la canasta con tío Myron, pero su Parkinson había empeorado tanto que le costaba sujetar las cartas (aunque cada día seguía yendo en coche a la oficina de alquiler de coches). Cuando tía

Dorothy invitaba a sus amigas del Beverly Hills Women's Club para jugar al *bridge*, me sentaba a su lado frente a una mesa plegable de la tenebrosa sala de estar que tenía el techo a seis metros de altura y una gran cristalera que era la mitad de una cancha de baloncesto. Con los labios perfectamente pintados y el pelo inmovilizado, las señoras no hablaban mucho, sólo para declarar y sumar los puntos. Las uñas esmaltadas repiqueteaban sobre las cartas; el hielo tintineaba dentro de sus vasos y éstos sobre los posavasos laminados. De vez en cuando tía Dorothy tamborileaba con el extremo de uno de sus lápices especiales para jugar al *bridge* en las tapas grabadas en plata del cuaderno de puntuación.

—Es uno de los juegos más grandes —había dicho papá en una ocasión sobre el *bridge*—. Todas las mujeres inteligentes deberían saber jugar.

No me imaginaba siendo una de esas mujeres.

Yo detestaba mi habitación, con el papel japonés en las paredes y los muebles con apliques de cuero verde lodoso. Detestaba las cenas a las seis y media, que consistían en carne fibrosa y verdura pasada, con tía Dorothy retorciéndose al intentar pulsar con el dedo gordo del pie el timbre que había debajo de la alfombra para que la criada saliera a recoger los platos, y tío Myron sentado como una tortuga frente a ella, siempre callado menos cuando salía con una sarta de letras incomprensibles, las iniciales de alguna frase que se suponía que yo debía entender.

Me había vuelto huraña. Estaba cansada de ser agradable y de portarme siempre como la nieta perfecta. Casi estaba molesta con tía Dorothy por haberme acogido en su casa; no me gustaba tener que mostrarme agradecida por vivir en la casa de nadie. Odiaba que fuera rica y se las diera de pobre comprando cortes de carne baratos, pegando con celo los paneles japoneses de una ventana, o ensartando una piedra falsa en su collar chino antiguo y retorciendo la filigrana de alrededor con un destornillador. Y odiarlo me hacía sentir mezquina y desagradecida.

Una mañana entró en mi habitación y me encontró en la cama leyendo.

—Anoche tuve un sueño terrible, Allegra —dijo—. Soñé que me habías robado mi anillo de diamantes.

Era un diamante gigante de corte marquesa engastado en platino, que guardaba en una horma de zapato hueca en su armario zapatero.

—Yo no he robado nada —dije.

No podía tomármelo en serio.

Tía Dorothy hizo un ruidito apretando la lengua contra la parte

posterior de los dientes delanteros. Era una de sus costumbres más desquiciantes, como la de contestar el teléfono con tono cantarín. También decía «ajajá» como si hiciera gárgaras y practicara ópera a la vez; y nunca hacía una pregunta directa, sino que empezaba con: «Me pregunto…».

—Bueno —dijo—, me quedaría más tranquila si abrieras ese armario para comprobar que no está.

«Ese armario» era una puerta que tenía cerrada con llave, sobre todo para esconder mi pequeño altar con fotos de John Travolta. En él también guardaba mi monetario, con sus pequeños discos de oro, queriendo creer que era lo bastante valioso para guardarlo bajo llave, aunque sabía que no lo era. Del perchero colgaban unas pocas prendas que habían llegado en el baúl de Irlanda.

—¿Por qué no miras donde siempre lo guardas? —repliqué—. Lo encontrarás allí.

—No es eso, Allegra —dijo ella con firmeza—. Necesito mirar dentro de ese armario para estar tranquila.

Yo sabía perfectamente bien que se había inventado el sueño. No podía enfadarme con ella; era demasiado evidente. La compadecí por permitir que su curiosidad la humillara. Veía cómo se inventaba su propia certeza sobre la marcha. Cuanto más la presionara, más lejos iría ella. No me sentía con ánimos para soportarlo.

Saqué las llaves del bolso, abrí el armario y me arrodillé para cerrar las revistas con las fotos de John Travolta. La sentí a mis espaldas, sin querer alargar el cuello dentro del armario y reacia a apartarme para acercarse más. Me pareció notar cómo la ola de decepción se rompía en mi nuca.

Abrí los cajones del monetario uno a uno. La mayoría estaban vacíos.

—¿Lo ves? —dije—. No está aquí.

Podría haber escondido veinte anillos en el resto del armario y ella no lo habría sabido.

—Gracias, Allegra —dijo, y salió.

Dos años después, cuando regaló mis cosas en mi ausencia —la misma ropa, junto con el porfolio de fotos de Halsman de mi madre—, me di cuenta de que creía tener derecho sobre mis cosas mientras estuvieran en su casa.

Helena fue a Londres en Navidad e hizo un trato conmigo. Si accedía a volver al Castillo Lúgubre, podría pasar con ella los fines de semana y ayudarle a llevar su nuevo club de patinaje sobre ruedas,

Skataway.

Skataway había nacido a raíz de la decisión de Helena de celebrar un cumpleaños en una pista de patinaje de Reseda, en lo más profundo del Valle de San Femando, mientras yo estaba en Londres. Había sido campeona de patinaje en su adolescencia, me explicó. Los primeros amigos a los que invitó protestaron, de modo que dijo al resto de quedar en una calle con unos calcetines de repuesto. Cuando terminó, fue tanta la gente que le suplicó que volviera a organizado que se convirtió en el plan de los lunes por la noche. Muchos de sus amigos eran actores, cantantes y músicos, de modo que los *paparazzi* estaban al acecho. Así fue cómo empezó la moda de la discoteca sobre patines de los años ochenta.

Helena era muy estricta con las reglas. Estaban prohibidas las cámaras, así como el consumo de alcohol y drogas en la pista. No podía entrar nadie sin invitación previa y era obligatorio llevar patines si estabas allí. En la puerta solía haber un puñado de fans y se veía disparar *flashes* cuando Cher, Don Henley o Jack entraban o salían. Durante la mayor parte de mi vida me había sentido periférica; de pronto estaba en el centro de la gente moderna, a la derecha de Helena. Podía usar libremente la cabina del *discjockey* y la zona con el letrero de Privado, y me sentía la segunda en importancia, sólo por debajo de Helena. Además, sabía patinar. No se me daba genial, pero no me caía y podía bailar. Al final logré integrar el cuerpo con la cabeza y el espíritu. Dejó de fallarme la coordinación; lo hacía con soltura.

Una noche alguien llevó al actor de cine Jim Brown. Helena no sabía quién era, pero le previnieron contra él. Cuando el actor preguntó si podía hacerse socio, Helena fue al grano.

—Me han dicho que tiraste a una mujer por la ventana.

Yo nunca habría tenido el coraje de decir algo así a nadie.

—Eso es cosa del pasado —dijo Jim.

Helena se formaba su propia opinión sobre la gente, y tenía muy claro quién era buena persona y quién no. Al verla en la puerta de la pista de patinaje de Reseda, pensaba en San Pedro, dejando entrar a la buena gente y enviando a los demás a la oscuridad de un aparcamiento del Valle de San Femando.

—De acuerdo —dijo a Jim—, puedes hacerte miembro.

—Seré vuestro portero. Si tenéis algún problema, aquí estaré.

Si alguien trataba de colarse, Jim aparecía de la nada, enorme e intimidador. La conversación más larga que tuve con él fue el día que le vendí una camiseta de Skataway, talla pequeña, pero cada semana, cuando invitaban a las parejas a salir a bailar, Jim se acercaba a mí y

me cogía del brazo.

Disfrutaba hablándole a tía Dorothy de él, así como de mi amigo Miguele Norwood, un profesor de Detroit que me había enseñado a patinar, porque tanto Jim como Miguele eran negros, y yo sabía que ella no lo aprobaba, pero no podía decir nada porque entonces estaría reconociendo que tenía prejuicios. Lo mejor de todo eran las noches en que Miguele o el bailarín Charles Valentino me acompañaban a casa. Entonces tenía que visualizarme sola con negros en coches destartalados, porque ni Miguele ni Valentino tenían dinero. Sabía que a ella le preocupaba que me encontraran muerta en un desfiladero o me quedara preñada de un negro, y ¿qué diría entonces a papá? No me daba ninguna pena. Ésa era mi venganza. Si no quería secretos, por mí bien. Sería sincera.

Yo también sabía que, bajo cualquier punto de vista que no fuera el mío y el de Helena, todo ese mundo era poco apropiado para una niña de catorce años. Yo patinaba con celebridades hasta medianoche los días de entresemana y la mitad de las veces iba luego al club nocturno Carlos'n Charlie's, donde teníamos reservada la zona VIP. Si pedía un margarita de fresa helada, me lo servían. Bailábamos hasta las dos, lo que significaba que no volvía al Castillo Lúgubre hasta las dos y media. Valentino me levantaba por los aires y me daba vueltas, y yo trataba de poner los pies en punta y arquear el cuello para parecer grácil. Si Anjelica estaba allí, la levantaba por los aires y le daba vueltas a ella también. No era capaz de poner nombre o de admitir el dolor que sentía al observarlos. Sabía que no se me veía tan grácil como ella.

Mi rendimiento escolar no se vio afectado. Iba un par de años adelantada. No me metía en líos; nadie me ofrecía drogas, y los hombres mayores no se aprovechaban de mí. Además, sabía que si alguno lo intentaba, Helena lo echaría con cajas destempladas. El resto de la semana, me quedaba en mi habitación leyendo y viendo la televisión. Sin Skataway, me habría encerrado de tal modo en mi caparazón que podría no haber salido nunca.

Hasta conseguí que me dieran créditos escolares por patinar. Desde séptimo en las revisiones médicas me había eximido de hacer deporte, basándose en una «artralgia de las extremidades inferiores exacerbada por el esfuerzo físico»; en otras palabras, dolores asociados al crecimiento. Helena sabía que necesitaba hacer ejercicio y se aseguraba de que lo hiciera. Cuando me veía sentada charlando, me regañaba: «¡Basta de cháchara! Tienes que patinar. ¡Es trabajo de clase!».

Los viernes y los sábados por la noche dormía en la *Suite* del Padre

O'Sullivan, como se llamaba la habitación de soltera de la casa de Helena, por el sacerdote de la familia de Jack de Nueva Jersey. Roberto solía llevarme en coche, pero me encantaba cuando Helena pasaba a recogerme por el Castillo Lúgubre con *shorts* microscópicos, tacones altos de tirilla y leotardos, porque era un ser que se salía completamente del marco de referencia de tía Dorothy. Me divertía ver cómo ésta tenía que tragarse sus prejuicios: sobre las clases sociales, la forma de vestir, lo que creía que era la conducta inmoral de Helena. Yo sabía lo equivocada que estaba. Sabía que si había alguien en el mundo en quien podía confiar, alguien completamente recto y honesto, era Helena.

Era tan discreta que, aunque pasaba casi media semana con ella, nunca sabía nada de su vida privada. En su agenda apuntaba a la gente por el nombre de pila, y si el apellido era famoso —como «Dylan»—, sólo ponía la inicial. (Fue Anjelica quien me dijo quién era Bobby D.). Con el ego confuso en relación con la gente famosa que conocía, me parecía asombroso que, a pesar de su círculo de amigos estelares, a ella le bastara su propio yo.

Una vez fue a buscarme al colegio y me puse furiosa. Me molestó que me viera con el uniforme plisado de poliéster, los calcetines hasta las rodillas y los horribles zapatos de suela de crepé.

—Pero Allegra —me dijo con severidad—, ¿a quién le importa la ropa?

A mí. Me sentía una farsante cuando me ponía ese uniforme: la buena colegiala católica, la juiciosa inadaptada en la vida de mi hermana. Todas éramos farsantes allí. Una chica de quince años —con aparatos, no podía creerlo— solía quedar con su instructor de vuelo en habitaciones de motel.

Cuando estaba con Helena, me sentía yo misma. Me llevaba a todas partes: a los *castings*, a la oficina del representante de Jack, a sus sesiones de electrólisis, al barrio de moda donde compraba camisetas y chaquetas de raso para Skataway, hasta a la casa de Marión, donde me sentaba en su cama y jugaba al ajedrez con él. Yo era la amiga prodigio. Le encantaba que fuera lista, pero nunca me sentía obligada a serlo en su presencia. Todo lo que ella esperaba de mí era lealtad, honradez, sentido común y valores. Durante el siguiente año y medio en el que me habría vuelto loca encerrada en mi habitación del Castillo Lúgubre, ella me mantuvo cuerda.

Marión solía presentarse sin previo aviso, justo cuando nos disponíamos a ir a la pista de patinaje, en una pequeña motocicleta eléctrica. Su cuerpo, cuando se sentaba, era un triángulo equilátero, con su bonita cabeza y su nariz de halcón en la cima, y su

desparramada mole debajo. Tenía un aspecto curioso subido a la motocicleta. Ésta era silenciosa, y Marión se movía con tanto sigilo como una pantera al acecho, de modo que yo nunca sabía que estaba allí hasta que se materializaba a pocos metros de mí, cerca de la foto en blanco y negro de su juventud que colgaba en la pared: de perfil, mirando por una ventana empañada de lluvia. Hablaba tan bajito que tenías que inclinarte hacia las ondas sonoras de su voz para oírlo, y dejar fuera el resto del espacio y del tiempo. Era un juego para hacemos llegar tarde. Me intimidaba; pero más me intimidaba Helena al ser más fuerte que él y echarlo.

Sabía que formábamos una pareja extraña: Helena con su mundología y la ropa que le colgaba, y yo, reservada y empollona. Yo tecleaba las listas de los nombres de los socios, dividiéndolos en tres categorías: los que podían llevar un invitado, los que podían llevar tres, y los especiales, con carné de socio rojo, que podían llevar a toda la gente que quisieran. Me cortaba los cuellos de las camisetas para que me cayeran como a ella por los hombros, y me metía como ella las faldas largas por debajo de la ropa interior para que parecieran minifaldas. Dormía con combinaciones de seda que me habían pasado Cici y ella, y los fines de semana me pasaba toda la mañana en combinación, como hacía ella.

La ayudaba con el guion que estaba escribiendo, debajo de esa foto de Marión junto a la ventana empañada, y aprendía cosas de la vida de las prostitutas y la gente de la calle. Ella me llamaba su secretaria y yo tenía la sensación de que me necesitaba.

Al final del año escolar, con unos amigos decidimos grabar una cinta divertida sobre nuestra clase utilizando fragmentos de canciones. La mayoría de mis contribuciones eran poco conocidas entre las chicas de secundaria en 1979, como Bob Marley o Aretha Franklin, cantantes que conocía de las cintas de compilaciones con el nombre de «Jack de los 20 a los 70» que escuchaba a todas horas en su casa. Cuando terminamos el guion, me di cuenta de que la cinta de *Songs in the Key of Life* de Stevie Wonder no servía para nuestros propósitos. La tienda no quiso cambiárnosla porque la habíamos comprado de rebajas, de modo que convencí a tía Dorothy para que me llevara a Tower Records, donde me agaché y cambié a escondidas la cinta por otra sin rebajar.

La única diferencia era que había una tira amarilla en la etiqueta en lugar de una blanca. Me dije que eso no era hurtar, sólo iba a cambiar una cosa por otra. El álbum era el mismo; ¿quién iba a fijarse

en esa tira de color? Tenía previsto volver otro día y cambiar la cinta de ocho pistas sin rebajar por el LP.

Al dirigirme al aparcamiento, donde me esperaba tía Dorothy, un guardia de seguridad me agarró por la muñeca.

—Acompáñeme.

Me llevé una reprimenda. Me pareció humillante, pero lo peor fue que me pillaran hurtando —porque sabía que eso era lo que estaba haciendo— con un Rolls-Royce esperándome en la puerta. Parecía una niña rica. Era cierto hasta cierto punto, lo sabía, pero aun así había un abismo entre las apariencias y la realidad. Siempre llevaba los mismos tres vestidos por turnos, mis zapatos habían pasado antes por Anjelica y Cici, y mi asignación semanal apenas me permitía cubrir los artículos de aseo más básicos. No tenía suficiente dinero para comprarme un disco y no quedar mal delante de mis amigos. Me sentía pobre, desprovista de todo. Casi deseé serlo realmente, para que el exterior y el interior coincidieran, y sabía lo hipócrita que era.

Me aterraba que tía Dorothy se lo contara a papá o a Helena. No lo hizo. Debió de pensar que la hacía quedar mal a ella, ya que yo nunca había hecho nada parecido. Papá podía preguntarle por qué creía que necesitaba robar y ella entonces tendría que reconocer lo poco que me daba del dinero que él le pasaba para mantenerme. Yo era una pésima transgresora de la ley: consumida por los remordimientos, nerviosa por si me sorprendían, mirando alrededor antes de hacer el cambio y dirigiéndome luego a la puerta con tanta naturalidad que debía de saltar a la vista que había hecho algo malo. Mi total incompetencia, tanto como todo lo demás, me convenció de no volver a intentar nada parecido.

—Sólo tienes que mirar a tu alrededor y ver las maravillas de la Creación para saber que un Ser superior las ha hecho —dijo la hermana Charles, que me había convertido en su preferida.

Con su acento irlandés, pelo corto y gris, y faldas prácticas, me recordaba a la Tata. Pero era más corpulenta y fuerte, y tenía su lugar en el mundo, mientras que la Tata se había visto arrastrada por las ráfagas del drama de la familia Huston. Dios era su lastre invisible.

Envidiaba su inquebrantable estabilidad y su visión dorada del mundo, tan perfecto, intrincado y ordenado. Eso no era lo que yo veía. Veía azar, indiferencia, crueldad y dolor. No había una mano benevolente dirigiéndolo todo.

En Irlanda había tenido que aprenderme de memoria el catecismo, palabra por palabra: no podía decir «de» cuando ponía «a», ni «un»

cuando ponía «el». El catolicismo del sur de California no requería esa clase de precisión, pero íbamos a la capilla todos los viernes y el ritual familiar era reconfortante. Lanzaba una cuerda a mi yo anterior, a mi vida anterior, y ensartaba los fragmentos. La fe en Dios era como un santuario. Me daba un lugar en la Creación que era exclusivo y perfecto para mí.

El año anterior había escrito una oración pidiendo a Dios que John Travolta me conociera y se enamorara de mí. Aunque había muchos «por favor, Señor», me parecía incompleta, de modo que terminaba con todo el Padrenuestro, incluida la última frase, «Porque Tuyo es el reino, el poder y la gloria» que nadie había dicho nunca en Irlanda. La había oído en un anuncio de televisión, entonada por un indio de aspecto majestuoso que miraba hacia el cielo. Temí que excluirla pudiera servirle a Dios de pretexto para no oír mi oración, mientras que si la añadía, aunque no formara parte en realidad, no podía ofenderlo porque era muy complementaria.

Al cabo de unos días la oración me parecía insignificante. De modo que escribí otra, esta vez en bolígrafo rojo, para demostrar lo intensamente que lo sentía, y toda en mayúsculas, además, por si Dios no entendía mi letra normal. Era consciente de lo ridícula que era aun mientras la escribía, pero resultaba reconfortante. Estaba haciendo algo para intentar hacerme con el control de mi vida.

Doblé los papeles en pequeños cuadrados. Se me pasó por la cabeza que si a Dios le costaba leer lo que no eran mayúsculas, también podía tener dificultades para leer dentro de los pliegues; pero ¿qué podía hacer? Quería llevar las oraciones siempre encima. Como aún no utilizaba sujetadores, me las puse dentro de las bragas, lo que significaba que me metía en la cama también con bragas. El papel se volvió como de algodón con los aceites de mi piel.

Al cabo de unos meses sólo los guardaba por puro formulismo. No había ni rastro de John Travolta, de modo que era evidente que Dios —si existía— no estaba por la labor, y yo misma estaba perdiendo interés en alguien capaz de hacer una película tan ridícula como *Grease*. Tal vez el debilitamiento de mi enamoramiento fuera la causa de mi desliz.

En Londres, utilizaba el cuarto de baño de Jack y Anjelica cuando ellos salían, ya que en el mío no había bañera. Leyendo soñolienta en una nube de esencias de baño, oí abrirse la puerta de la calle. Salí de un salto, me envolví en mi albornoz y corrí al piso de arriba. Sólo cuando me estaba vistiendo, diez minutos después, recordé que había dejado las oraciones en el borde de la bañera. Bajé de puntillas, esperando que Anjel no me oyera. Pensé que lo vería con malos ojos y

me diría que era una idiotez, cosa que yo ya sabía. La puerta del dormitorio estaba cerrada. Entré sin hacer ruido en el cuarto de baño, que estaba al lado, y vi las oraciones donde las había dejado. Desdobladas. Leídas.

Las cogí y subí corriendo las escaleras. Volví a doblarlas siguiendo los frágiles pliegues y me las pegué de nuevo a la piel. Pero ya no era cómodo llevarlas. Me rascaban, como si los dedos que las habían tocado hubieran dejado un residuo tóxico. A los pocos días las enterré en el cubo de la basura. Había hecho el ridículo con mi tonto enamoramiento, pero lo que más me dolía era que Anjel me tuviera por crédula por haber escrito oraciones a un Dios que no existía.

Sentada en la capilla del colegio, sin creer todavía pero una vez más queriendo hacerlo, me pregunté si debía pedir la Confirmación. Muchas niñas estaban preparándose para recibirla, y la fluida progresión de sus días me atraía. Yo no había hecho la Primera Comunión, aunque había visto a Jackie y a Caroline Lynch con sus trajes casi de novia, y no estaba segura de si estaba bautizada siquiera. Probablemente no, supuse, ya que era el fruto de un amor ilícito. Mi falta de fe verdadera me liberaba de las dudas espirituales sobre si recibir la Confirmación o no cuando nunca había sido lavada del pecado original; el problema era que no estaba segura de si las monjas habían sido informadas de mi educación atea o iba a tener que presentar alguna clase de certificado. No podía preguntárselo a la hermana Charles, ya que entonces habría tenido que aclararle que el hombre que creía que había hecho su película favorita no era mi padre.

Decidí prescindir de la Confirmación. ¿Para qué iba a hacerla si no iba a recibirla como un sacramento? No tenía sentido recibir un sacramento basado en una mentira.

Al menos podía rezar y esta vez como era debido. Tanto si Dios existía como si no, no se perdía nada con rezar. Pero ¿qué pedir? ¿Una madre, un padre de verdad, una vida familiar normal? Estaba más allá de lo que conocía; si tuviera de pronto todo eso, dejaría de ser yo misma. De modo que recé para tener fe, y recé como si tuviera fe, poniendo toda la pasión en las palabras que pronunciaba silenciosamente dentro de mi cabeza.

No me pareció que se elevaran al cielo. Sólo resonaron en la caverna de mi cráneo.

XVII

En el castillo de Cholmondeley, los dos días que coincidimos brevemente para la boda de Tony, papá me había dibujado la casa que estaba construyéndose en México. Se encontraba en las afueras del pueblo de Puerto Vallarta, más allá de la carretera de la costa que torcía hacia el interior para evitar las montañas. Como los extranjeros no podían comprar propiedades costeras en México, había firmado un contrato de arrendamiento de diez años con una comunidad india. Se le iluminó la cara al describirme cómo había diseñado la edificación para que se mezclara con la selva. Me preocupó que estuviera planeando abiertamente su muerte… tan pronto. Cuando describió los edificios que desaparecían dentro de la selva, vi su cuerpo fundiéndose con la tierra.

Fui por primera vez a Las Caletas la Semana Santa siguiente a mi regreso de Londres. Estaba impaciente por conocer ese enclave a lo familia Robinson que había construido papá. Yo ya no vivía con Cici, de modo que ya no me sentía tan dividida entre ella y papá como en el pasado; y con los años Maricela se había vuelto tan superflua para mí como yo para ella. Deseaba pasar tiempo con papá para recuperar la relación que habíamos tenido. Quería demostrarle que la aparición de John Julius en mi vida no había cambiado el amor que sentía por él.

En el aeropuerto de Puerto Vallarta me recogió una mujer llamada Joan Blake que se presentó como la secretaria de Gladys. Gladys vivía con papá en Las Caletas, donde no había teléfono, y Joan, con una radio de banda ciudadana para comunicarse, era su ancla en la ciudad. Recorrimos una carretera estrecha de dos carriles a través de campos hasta una ciudad pequeña que estaba tal como la recordaba. Una red de calles adoquinadas con zarcillos que trepaban por la ladera. Seguimos por el otro lado, hacia las playas que Cici y su grupo habían frecuentado, más allá de Mismaloya, donde los exteriores en los que papá había rodado *La noche de la iguana* seguían desiertos y se

derrumbaban hasta mezclarse con la selva, tal como había diseñado su nueva casa. Finalmente llegamos a un pequeño pueblo de pescadores llamado Boca de Tomatlán.

En la playa había un bar improvisado: unas pocas mesas y una nevera llena de refrescos. Unas barcas abiertas llamadas *pangas* se mecían despacio en el oleaje, amarradas a las boyas con el motor colgando de la popa. Unos cuantos hombres recogían redes con peces que saltaban dentro. Oí a Joan preguntar por Armando o Javier. Sus nombres sonaron como un conjuro; eran los barqueros que podían llevarme al nuevo reino de papá situado más allá de las olas.

Creo que ese día le tocó a Javier. Una panga se acercó al pequeño embarcadero de madera y me subí a ella. Había unas pocas tablas colocadas de lado a lado a modo de asientos, y redes de pescar amontonadas en la quilla en forma de V. Era de un blanco roto, y vi la textura como de lino de la fibra de vidrio a través de la pintura color jarabe.

Joan dijo adiós con la mano mientras Javier maniobraba, y salimos de la cala. Los pelícanos se posaban en las rocas y se zabullían tras los peces. Árboles bajos y de color verde oscuro rodeados de lianas cubrían las empinadas laderas hasta la costa rocosa. Me aferré a la tabla mientras la panga cruzaba el agua ondulada dando sacudidas.

El aire salado era denso, lleno del olor a vegetación húmeda y a pescado. Al inhalar tuve la sensación de beberlo, saciando una sed de maravillas del mundo. Allí había espacio y libertad. Me llegó una ráfaga agridulce a gasolina mientras Javier dirigía el motor hacia la bahía abierta.

Pasamos por una cala pequeña y profunda en forma de dedo, con una extensión de playa que brillaba blanca al sol como una uña pulida. Deseé hacer un pícnic allí algún día. La costa estaba casi deshabitada: una casa en la playa alargada llamada Las Ánimas, y el pueblo de Quimixto, cabañas con techo de paja que colgaban de la ladera y una gran casa de ladrillo sobre una afloración rocosa dentro del agua. Durante media hora el barco avanzó dando botes, con el motor zumbando, y sentí el viento caliente en la cara mientras se formaba una doble espuma blanca en la popa.

Supe que habíamos llegado a Las Caletas cuando Javier dirigió el bote hacia la costa. Había una pequeña playa aislada y perfecta, con una casa con tejado de paja construida en la grieta de una ladera; a su lado, un promontorio de roca, y otra playa, menos profunda y más larga, con una explanada más allá, sembrada de arbustos en flor y llena de senderos de ladrillo. Casi no se veían las casas. Sus tejados de teja roja ya estaban moteados de liquen, y no tenían paredes, sólo

biombos que brillaban como fantasmas en medio de la exuberante maraña de vegetación.

Anclada a unos veinte metros mar adentro había una panga azul. Mientras Javier aceleraba el motor para llevamos a la playa, vi el nombre pintado en el costado de su proa: *Allegrita*.

Papá salió de los arbustos con un pijama de algodón blanco que se detenía por encima de los tobillos. Se le veía moreno y saludable; no fuerte pero sí robusto. Caminaba con paso ligero, como si el ladrillo tibio infundiera energía en sus pies descalzos. Se acercó por la arena para abrazarme. Al instante me encantó esa nueva encamación de él. Ése era su sitio: seguía siendo rey de su reino, pero era un dominio pequeño y acogedor, sin nadie alrededor a quien impresionar, lleno de fruta y flores en lugar de obras de arte valiosas y de criados solícitos, y rodeado de las protegidas aguas de la bahía.

—Bienvenida a Las Caletas, cariño —dijo, rodeándome los hombros con el brazo—. Me alegro de que hayas venido.

Danny había estado allí durante su construcción, y Tony y Anjelica aún no la habían visto. Me emocionó ser la primera de los hijos de papá que iba a instalarse en su nueva casa.

Dormí en la casa de Gladys, ya que la casa de huéspedes de lo alto de la colina aún no estaba terminada. Aunque estaban muy juntas, no se veían la una desde la otra. Debajo de los anchos aleros había grandes cortinas de lona con ruedecillas que se cerraban por la noche, y chimeneas de terracota para dar calor. Podíamos encontramos o perdemos, lo que quisiéramos.

En la habitación en forma de L de Gladys, además de las dos camas, había una cuna. Acababa de adoptar una niña: Marisol.

Marisol tenía menos de dos años, y Gladys, más de sesenta. La historia que me contaron —no recuerdo quién, pero ella no— era que una amiga suya había querido adoptar un bebé y ella se había encargado de buscar uno. Había acabado en el burdel de Puerto Vallarta, donde sacaron a Marisol de debajo de una cama. Su madre renunció a ella encantada a cambio de un futuro prometedor en Estados Unidos. Luego la amiga de Nueva York cambió de opinión; la niña era demasiado mayor. Gladys no fue capaz de dejarla de nuevo en el burdel, de modo que se la quedó.

La adoraba. Era una pequeña bola que siempre se reía. En toda la semana que estuve allí nunca la oí llorar. Le encantaba que la sentara en mis rodillas y la hiciera botar, o que le hiciera cosquillas. Yo nunca había jugado con una niña de dos años y también me enamoré de ella. Apenas sabía hablar, de modo que no importaba que mi español fuera muy rudimentario. Me sorprendió que Gladys le hubiera puesto un

nombre tan parecido al de Maricela, ya que sabía que no le caía bien; pero nunca le pregunté la razón. Tal vez se lo había puesto la madre y Gladys no quiso cambiarlo.

Papá nadaba por las mañanas, y jugábamos al *backgammon* y me dibujaba mientras hablábamos. Su mirada era como una caricia que me recorría la cara con suavidad, y el lápiz era un retratista fiel. No quería que posara, sino que fuera yo misma.

Hablar allí era fácil; de libros, sobre todo, y de lo que ocurría en Las Caletas. No me sentía interrogada como en el Beverly Hills Hotel; iba a estar allí toda una semana, no una dé' esas tardes estresantes que se me hacían demasiado largas y demasiado cortas a la vez. Nuestras palabras, bañadas en la luz del sol, flotaban con la brisa salada que entraba a través de las persianas y de las gruesas y brillantes hojas de hibisco de fuera. Yo jugaba a menudo con mi último animal doméstico: una boa constrictora a la que había llamado *Lechuguita*, un ocelote, un tejón de cola anillada. De fondo se oía el continuo crepitar de la radio de banda ciudadana, puesta a volumen bajo hasta que reconocíamos la voz de Joan: «Aquí Joan hablando con Las Caletas. Aquí Joan hablando con Las Caletas. Adelante, Las Caletas». Había un generador para conectar una cámara frigorífica, a diferencia de las demás casas de la costa que no tenían electricidad, pero no había teléfono, ni periódicos, ni televisión. La radio de banda ciudadana era nuestra única conexión con el mundo exterior.

Tuvimos un solo desacuerdo trivial cuando papá me comentó que un trabajador de allí le había decepcionado al poner como excusa su mula embarazada. Sacudió la cabeza riéndose con condescendencia de cómo podía ser tan estúpido para pensar que alguien iba a creer una excusa así.

—Puede que sea la traducción, papá —dije—. Probablemente dijo «burra». Podría estar embarazada.

—No, cariño. Dijo mula. Y todo el mundo sabe que las mulas son estériles.

Papá no hablaba español. Yo sabía que no tenía ni idea de lo que había dicho el hombre en realidad. Yo tampoco, pero estaba dispuesta a concederle el beneficio de la duda. Papá no. Me di cuenta de que se había aferrado a la idea de que los lugareños eran pintorescos y cortos de luces, y no iba a soltarla. Siempre insistía en que amaba México e Irlanda, pero amaba a los mexicanos y a los irlandeses como si fueran niños. Cuando en el colegio de Los Ángeles quise escoger el español como idioma extranjero pensando que me sería más útil, él insistió en que aprendiera francés porque, según dijo, era el idioma de la cultura y la civilización.

(Él tampoco hablaba francés en realidad). Anjel se recuerda siguiéndolo, muerta de vergüenza, por los hoteles mientras él soltaba «*bone-jure*» a diestra y siniestra, como un rey repartiendo monedas al populacho.

Mientras jugábamos y hablábamos oíamos una panga, que era la señal de que Archie, un alegre cocinero hawaiano, había llegado de Quimixto. Una hora más o menos después, Archie tocaba un timbre y todos íbamos a comer la única comida que hacíamos en común: Gladys, papá y yo, y normalmente un ex agente de la CIA llamado Bill Reed, que vivía en Las Ánimas y que estaba ayudando a papá a escribir su autobiografía. Maricela no se sentaba con nosotros. Era la acompañante personal de papá; no le interesaba nadie más. Nos toleraba a las demás sólo porque él quería que estuviéramos allí.

En Las Caletas me sentí más cerca de papá que nunca. Ese idílico lugar que había creado me fascinaba tanto como a él. También me sentí querida; había puesto mi nombre a la panga.

Tenía quince años y estaba a punto de acabar la secundaria. Había hecho todos los exámenes del último curso de Marymount, y el de literatura más de una vez. La hermana Colette estuvo de acuerdo en que no tenía sentido que volviera al colegio para hacer el último curso. No iba a graduarme con los alumnos mayores, lo que me pareció bien; me traía sin cuidado esa clase de cosas. Recibí el diploma por correo.

Hice los exámenes de acceso a la universidad y solicité una plaza en varias facultades con poca convicción, porque era lo que tocaba. En realidad no quería ir a la universidad a los dieciséis años; sabía que no estaba preparada para el mundo social. Pero no sabía lo que quería hacer. Podía seguir viviendo en el Castillo Lúgubre (y me sería más fácil hacerlo con permiso de conducir, que iba a sacarme en agosto, cuando cumpliera los dieciséis), pero no era una perspectiva que me atrajera.

Papá estaba a punto de irse a Budapest para filmar *Evasión o Victoria* con Sylvester Stallone (no podía oír su nombre sin pensar en la broma de Marión), Michael Caine y Pelé. La película estaba basada en un hecho real alrededor de un partido de fútbol que habían organizado los nazis entre unos prisioneros de guerra y sus guardias, pero el guion era bastante tonto. Papá lo hacía por diversión. En Irlanda, siempre había mirado la Copa Mundial, y Pelé había sido el protagonista de cuatro campeonatos. Papá no se dejaba impresionar fácilmente, pero Pelé le impresionó.

Me ofreció trabajo en la película como ayudante de realización. Estaba emocionada y nerviosa. Había llegado a depender del apoyo moral de Helena, una especie de imán que me guiaba hacia lo que era correcto en el mundo. Papá no me daba eso; me juzgaba, y me encontraba carencias si tenía carencias. Le gustaba la gente que estaba segura de sí misma y que no sólo era sólo buena en lo que hacía sino la mejor. ¿Cómo iba a serlo de repente en algo que me era totalmente nuevo?

Maricela era evidente que no me apoyaría. Me esforzaba por ser su amiga, pero no podía leerle el pensamiento. A veces parecía aceptarme o incluso sentir afecto por mí; otras creía que me odiaba, o que simplemente habría preferido que no existiera. Dijo a papá que robaba cosas en Las Caletas, cuando todo lo que había hecho era tomar prestada una manopla en la que envolver mi jabón especial para el acné. Gladys también estaría en Budapest (sin Marisol, que tuvo que pasar a segundo plano por papá), pero su callada reserva era inquebrantable. No era alguien a quien recurrir si se torcían las cosas.

Me llegó el billete de avión de la agencia de viajes. Volaría sola. A medida que se acercaba la fecha empezó a entrarme el pánico. Pero ya no podía echarme atrás; papá me despreciaría por cobarde. Algo, un accidente, tendría que salvarme. Deseé que se produjera uno de esos terremotos o accidentes de coche con los que sueñas de adolescente, en los que sólo sufren daños los demás, pero que desbaratan todo.

Si me rompía algo, pensé, no tendría que ir. No era lo bastante valiente para tirarme por las escaleras o saltar desde una gran altura; además, tendría que mentir y se me daba fatal. Tal vez podría romperme un dedo, pensé. Puse el meñique de la mano izquierda en la estantería y dejé caer encima una piedra turquesa que un amigo de papá de México me había regalado en Navidad. Me dolió, pero la piel casi no se puso roja y el hueso quedó intacto. Volví a aplastarlo con la piedra turquesa, cada vez con más fuerza. Notaba los músculos del brazo derecho tensos, resistiéndose a hacerme daño en el dedo aun cuando intentaba romperlo.

Era ridículo, pensé, mirando mi dedo sacrificial. Nunca podría romperlo. Y si lo hacía, ¿qué iba a decirle a papá? ¿Qué me había roto el meñique de la mano izquierda y que no podía ir por eso? Ni siquiera serviría un brazo roto. Tendría que ser una pierna, con lo que tampoco podría patinar y me quedaría aislada y aún más lúgubre en el Castillo Lúgubre. Y si no podía romperme el dedo, ¿qué posibilidades tenía de romperme la pierna?

Subí al avión.

Mi habitación en el Budapest Hilton comunicaba con la *suite* de

papá, pero casi siempre tenía la puerta cerrada; pedíamos la cena al servicio de habitaciones por separado. Él no me controlaba ni me ponía reglas. Yo era responsable de mí misma; de hecho, vivía sola.

Por adulta que fuera por haber frecuentado la pista de patinaje, todavía no tenía novio y nunca había salido con ningún chico. Había tenido un enamoramiento imposible con Teihotu Brando, que vivía en Tahití y sólo hablaba francés; cuando fue a ver a su padre y pasó por la casa de Helena, yo no podía hacer otra cosa que mirarlo. Mi francés no iba más allá de las canciones que seguía cantando con la hermana Annunciata.

Luego un tipo llamado John apareció en la pista. Nunca supe cómo se apellidaba, a qué se dedicaba o de dónde era, pero semana tras semana lo buscaba con la mirada y patinaba con él. Un lunes fue conmigo al Carlos'n Charlie después y se sentó a mi lado en el sofá. Llevaba una camiseta ceñida con una concha de nautilo sobre el pezón izquierdo. La recorrí con el dedo. Él sostuvo un menú frente a nosotros y me besó, leves roces de los labios.

Me sentí muy mayor, pegándome el lote en el sofá de una discoteca. Estaba cortada, pero no avergonzada. Era la clase de cosa que imaginaba a Anjelica haciendo con Ryan o con Jack en lugares como Studio 54.

Al día siguiente Helena y yo trabajábamos en el guion en combinación cuando irrumpió Anjelica desde la habitación contigua.

—¿Cómo te atreves, so golfa?

Eso fue todo lo que dijo. Yo estaba al borde de las lágrimas, pero al mismo tiempo tan perpleja que no pudieron caer hasta que mi cerebro volvió a funcionar.

—No debería haberte gritado de ese modo —dijo Helena con calma cuando el aire volvió a asentarse—. Pero tiene razón. Fue chungo.

De pronto visualicé la escena en el sofá: el anodino John, y yo, una cría haciéndose la moderna. Supe al instante que Helena nunca habría hecho algo así, aunque no podía decir lo mismo de Anjelica. Si lo había hecho, tenía el sentido común de avergonzarse de ello.

El siguiente lunes no hice caso a John y nunca más volví a verlo. Creo que Helena le prohibió la entrada sin decírmelo.

En Budapest, me sentí de pronto agradecida a Anjel. En el plato había una ayudante a la que papá se había referido, con compasiva paciencia, como la chica fácil de la compañía. Cuando me enteré, se me retorcieron las tripas. Podría haberlo sido yo sin enterarme nunca.

Cuando terminaron los dos meses del rodaje, fui a Londres para pasar una semana con Tony y Margot. Cumplía dieciséis años.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Tony.

Papá había sugerido que fuera a Perugia a aprender italiano y hasta me había llevado allí durante un descanso del rodaje. Pero la perspectiva de estar sola en Italia, sin hablar el idioma, me aterraba.

—Volver a Los Ángeles, supongo —dije—. Trabajar para Helena.

Tony se había quedado en el Castillo Lúgubre y había ido conmigo a patinar; sabía cómo era mi vida. Vi que veía con preocupación la falta de rumbo. No quería que cayera en el hoyo de los niños perdidos de Hollywood.

—Siempre has dicho que querías ir a Oxford —dijo—, ¿Por qué no pides una plaza?

Había olvidado que solía decirlo cuando vivía en Irlanda. En ese momento lo recordé. De pronto tenía un rumbo, y era mío, aunque lo hubiera recuperado con ayuda de Tony. Me prestó temporalmente su viejo piso, el mismo en el que recordaba haberme quedado con mamá. Estaba a la vuelta de la esquina de Maida Avenue, el canal con sus embarcaciones con flores en el techo, y la casa de John Julius al otro lado.

John Julius había estado en Oxford. Tal vez mamá me había hablado de ello.

John Julius me invitaba a comer a menudo y un día me llevó a su casa de Blomfield Road. En la puerta principal pintada de azul había una placa de latón de dos manos entrelazadas y la palabra NORWICH. Era de la compañía de seguros Norwich Union, dijo. Pensé en mi pequeña caja esmaltada de azul y blanco con la inscripción en letra cursiva: «*Obsequio de Norwich*». Un recuerdo turístico de la ciudad. Cuando me llegó sin anunciar en un pequeño paquete con pertenencias de mamá, estaba vacía. Debía de habérsela regalado él con algo dentro.

En la cómoda del vestíbulo había una pieza de arte precolombino: un perro jalisco riéndose como los que tenía Gladys. Al instante me sentí en casa. En otra cómoda, al lado de una ventana, había una vitrina enorme con un San Bernardo sacando la mitad del cuerpo de una caseta de perro.

—Lo encontré en una tienda de segunda mano —dijo John Julius.

Me había visto mirar ese asombroso objeto, que rompía tan flagrantemente con el elegante gusto de todo lo demás (aunque el busto romano que había sobre una columna llevaba sombrero). El resto de los objetos podrían haber estado en casa de papá; pero ése, nunca.

—Sigo buscando la otra mitad, la que desaparece dentro de la caseta —añadió—. La pondría al otro lado de la ventana.

Me pareció divertida la idea. No todo el mundo lo haría, me di cuenta. Nuestro sentido del humor era similar.

Mientras él hablaba, se oyeron pasos por las escaleras. Una figura alta y atrigada con pantalones de pana apareció dando botes y me estrujó en un abrazo.

—¡Allegra! ¡Soy tu hermano, Jason!

Lo dijo como si me diera la sorpresa más maravillosa. Y lo era. Había creído ser un problema en la vida de John Julius, un límite en su vida, no exactamente algo de lo que avergonzarse pero sí sobre lo que mostrarse discreto. En público, era mi padrino y yo su ahijada. La discreción iba con mi forma de ser. No quería tener que explicarle nada más de lo que quería oír.

No era así como lo veía Jason. Era su hermana y no había más que hablar. No había reserva en su placer; ni dudas, ni resentimiento, ni compromiso. Me sentía como el regalo que él siempre había querido recibir, con un gran lazo rojo.

Su hermana mayor, Artemis, había ido a buscarme al Castillo Lúgubre y se había encontrado con una cena incómoda. Yo había cambiado mucho en el último año. Con Artemis me había mostrado reservada, sin saber aún si quería esa otra familia. Cuando conocí a Jason ya había resuelto seguir los pasos de John Julius hasta Oxford, que habían sido también los de Artemis y los de Jason. Poco a poco me vi atraída hacia sus brazos. Unos años después, cuando Artemis tuvo una hija, Nella, me pidió que fuera la madrina y que le diera su segundo nombre, Allegra. Y cuando a los seis meses llevaron a Nella corriendo a cuidados intensivos con una infección misteriosa, hice tumos al lado de la cama del hospital como una más de la familia, cogiéndole la mano. Su pequeño cuerpo estaba rojo e hinchado, y le salían tubos por todas partes. Parecía un pequeño boxeador profesional, demasiado fuerte para morir. Llevé una casete y le puse nocturnos de Chopin, como había hecho mi madre conmigo.

Jason y Artemis no querían ni oír hablar del asunto del «padrino». Yo era su hermana, en público y en privado. Pero mi acento y mi nombre norteamericanos creaban confusión y a menudo tenía que dar explicaciones.

¿De dónde eres?, me preguntaba la gente en las fiestas. ¿A qué se dedica tu padre? ¿Cuántos hermanos tienes? Tan pronto utilizaba a un padre como a otro para fundamentar la respuesta, y luego lamentaba la elección, porque la siguiente pregunta habría sido más fácil de responder con el otro. Notaba que me estaba volviendo taimada,

ofreciendo poca o demasiada información. Diseñé una versión corta, que era la de papá y los Huston, y una larga, que incluía el lado inglés. Dijera lo que dijese, tenía la sensación de mentir.

Aun así, parecía natural hacer planes para quedarme en Londres cuando terminara mis estudios en Oxford. Volver a Los Ángeles habría sido como cortar con la mitad de mi familia, una mitad de mi ser; además, Tony y Danny vivían en Inglaterra. En Los Ángeles no encajaba; me agotaba estar allí, porque sabía que no acababa de ser yo, aunque no estaba segura de quién era. En mi imaginación, el sur de California se había convertido en un soleado y brillante infierno de insipidez, hipocresía y culto a la fama. Al leer las cartas de mamá, sé ahora que a ella también le deprimió la infinita falsedad de Los Ángeles.

En Londres mamá había descubierto una ciudad que le permitía forjarse su propia identidad, buscar su propio camino. Allí no había tenido que ser la «mujer de John Huston», y yo tampoco tenía que ser la «hija de John Huston» ni la de John Julius Norwich, ya que seguía siendo un secreto guardado a medias. En Londres un norteamericano tiene menos presiones que un inglés. A pesar de tener mi familia allí, siempre me había sentido norteamericana. Cuando iba a Estados Unidos, me sentía inglesa. De pronto me sentía a gusto siendo extranjera. Era diferente y no me importaba que mi aspecto o mi forma de hablar me delataran. Me aliviaba de la presión.

Me encantaban las historias irreverentes que John Julius me contaba sobre su familia, o sea la mía. Su abuelo había sido el especialista en enfermedades venéreas de los aristócratas, entre ellos el rey Eduardo VII; y nuestro antepasado real, Guillermo IV, era famoso por tener nada menos que nueve hijos ilegítimos y otros no legítimos, además de una cabeza en forma de pera. La ilegitimidad corría por las venas de la familia, era evidente, lo que me hacía sentir una parte legítima de ella. Se decía que su madre, Diana Cooper, no era hija del duque de Rutland sino de un libertino local llamado Harry Cust, en cuya casa había servido al parecer la abuela de la señora Thatcher, la primera ministra. Los ojos redondos y de un azul no terrenal de la señora Thatcher podrían haber sido los de Diana, los de Harry Cust. Una noche, mientras cenábamos alrededor de la mesa redonda del sótano de la casa de Blomfield Road, con los numerosos volúmenes de historia que John Julius había escrito en un estante a sus espaldas, éste volvió a contamos el día que se había acercado a la hija de la señora Thatcher en una fiesta y había dicho algo así como: «¿No es gracioso? ¡Somos primos!». Tuvo la impresión de que a la madre no le hacía mucha gracia.

Me sentía dividida, en el fondo de mi corazón, entre las dos familias. ¿Podía tener realmente dos o tenía que escoger? No había duda de que Jason y Artemis eran como hermanos. Había adquirido experiencia en aceptar un nuevo hermano con Danny. Con Jason fue igual; casi instantáneamente nos hicimos camaradas, y acudíamos el uno al otro para ayudamos, apoyamos y aconsejamos. Cuando Anjelica fue a Londres para filmar *La maldición de las brujas*, traté de juntar a mis dos familias invitando a cenar a Jason. No funcionó. De modo que las mantuve separadas, y viví en dos familias diferentes como si tuviera dos identidades diferentes.

Aun no creía sentir por John Julius lo que siente una hija normal por un padre. Era más bien como un tío favorito que me llevaba al teatro, a la ópera, a comer y a cenar. Me había parecido un poco superficial al principio, insuficiente para un padre y una hija, pero no sabía cómo pedir más, ni cuánto más podía pedir. Luego me di cuenta de que en realidad no quería más. No había crecido con John Julius; una cosa era saber algo y la otra vivirlo. Era un alivio no tener la obligación de crear alguna clase de relación con efecto retroactivo. Poco a poco construimos una intimidad sin nombre. Nunca lo llamé papá, como lo llamaban Jason y Artemis. De vez en cuando alguien que sabía la verdad lo mencionaba como tal y yo le corregía al instante, probablemente con brusquedad, presa de una especie de pánico, sin dejar que se asentara el pensamiento. Podían referirse a John Julius con exactitud como mi padre, aunque la combinación de palabras seguía sonando algo extraña en mis oídos; pero papá sólo tenía uno.

XVIII

—Hola, cariño. Soy tu padre.

Acababa de contestar al teléfono en el piso que John Julius había alquilado para mí. Era la primavera de 1981, menos de un año después del verano en Budapest. Al oír su voz, me senté en el pequeño taburete de flores que había junto a la mesa del teléfono. Supe que había ocurrido algo.

Nunca había descolgado el teléfono y oído la voz de papá. Siempre era Gladys, diciendo: «Tu padre quiere hablar contigo».

—Hola, papá.

Esperé a que cayera el golpe.

Su voz sonó sombría, su música en escala menor y descendente.

—Cariño, Gladys ha muerto.

Gladys no tenía edad. Nunca estaba enferma. Apenas podía creerme que hubiera muerto.

—Ayer por la tarde se fue a echar un rato —continuó papá—. No volvió a despertarse.

—Casi se le quebró la voz.

Estaban en Nueva York, preparándose para filmar *Annie*. Marisol había vuelto a quedarse en México.

Había visto a Gladys hacía una semana, al volver a Londres de Estados Unidos. Colgué y reservé un billete de nuevo a Nueva York. Quería estar con papá. Gladys había sido su roca, su Helena. Sin ella estaba sin amarras, incierto de sus días.

—¿Qué va a pasar con Marisol? —pregunté cuando llegué allí.

Había sido lo primero que había pensado. Gladys la había adoptado cuando sólo tenía dos años. Había cumplido tres. Era demasiado pequeña para recordar a la bondadosa mujer semejante a una esfinge que, desafiando a la razón, la había acogido y querido tanto.

Papá creía que ahora Marisol estaba a su cargo, del mismo modo que yo había pasado a estar a su cargo a la muerte de mi madre,

porque Gladys la había introducido en su mundo. Una amiga de Gladys de Nueva York se había ofrecido a cuidar de ella, pero él había dicho que no.

—Es mexicana —dijo, cuando le pregunté la razón—. En Estados Unidos siempre será una ciudadana de segunda. Le será difícil conseguir algo aquí.

Yo no lo veía así y me chocó que papá lo hiciera. ¿Creía realmente que la sociedad norteamericana se negaría a permitir que Marisol fuera algo más que una criada, sólo porque tenía la piel morena? ¿Tan fuertes eran los prejuicios contra los mexicanos que una niña brillante con una buena educación norteamericana no podía superarlos? Era absurdo.

—Se quedará en Las Caletas —concluyó—. Maricela la adoptará.

Tres palabras. Las tragué y sentí cómo me mordían las entrañas como una hiena.

Maricela había odiado ferozmente a Gladys. Todo el mundo lo sabía excepto papá, que parecía no haberse dado cuenta. Como tía Dorothy, era experto en moldear el mundo a su antojo. Esa solución era lo más natural del mundo para él. Del mismo modo que me había acogido a mí bajo el ala Huston, acogía a Marisol; eso era lo mejor de él. Pero yo había tenido a la Tata, mientras que Marisol no tenía a nadie. Eso era lo peor de él, que se negaba a considerar la realidad de los demás si no coincidía con lo que él había decidido que era lo correcto.

Nunca había visto a Maricela expresar afecto a Marisol. Debería quedármela yo, pensé. Al menos yo la quiero. Además, sabía que no tendría que preocuparme por el dinero; papá nos mantendría. Pero no tenía ni idea de cuidar a una niña pequeña, y no sabía lo que me aguardaba en el futuro inmediato. Había suspendido el examen de acceso a Oxford y me estaba preparando para presentarme otra vez. ¿Cómo iba a ir a Oxford y llevarme conmigo a Marisol?

Sabía que papá no lo permitiría. Y aunque me sentía firme, al menos, sobre los áridos cuidados que sospechaba que recibiría Marisol en manos de Maricela, no creía ser capaz de defenderla con firmeza, porque los argumentos que él utilizaría contra mí ya estaban infravalorando mi propia certeza de lo que era correcto. Me sentía ridícula por pensarlo siquiera. Si papá no había dejado que la amiga de Gladys se llevara a Marisol a Nueva York, mucho más ridículo era que yo, a los dieciséis años, pretendiera cuidar de ella en Londres.

De modo que me mordí la lengua y dejé que la culpabilidad se instalara en mi interior.

Danny y yo coincidíamos en Las Caletas todas las Navidades, y a menudo también en Semana Santa y en verano. Marisol estaba allí, una pequeña figura que seguía a sus cuidadoras, pero no podíamos jugar como antes. A medida que se hacía mayor el español era su única lengua. Ahora que sabía hablar y quería hacerlo, yo no podía entenderla.

Danny era tan encantador como lo había sido en Saint Cleran, con su espíritu aventurero y riéndose de cada rasguño que se hacía. Para empezar, dormíamos puerta con puerta en la casa de huéspedes de lo alto de la colina. Una noche encontré un escorpión debajo de mi almohada. Me trasladé a su habitación y dormí en la otra cama individual. Había confianza entre nosotros, a pesar de lo poco que habíamos convivido.

La edad nos dividía a los cuatro hermanos en grupos de dos, con un salto de once años entre Anjelica, que tenía un año menos que Tony, y Danny, con dos más que yo. Yo percibía una ternura en la relación de Danny y mía con papá que sospechaba que no había habían conocido Tony ni Anjelica. Por lo que me habían dicho ellos, los juzgaba casi con crueldad, exigiéndoles mucho, y era parco en elogios.

Papá estaba encantado de que Danny y yo fuéramos a Las Caletas; eso era casi suficiente para él. Le preocupaba que Danny no acabara siendo el hombre instruido que quería que fuera, y durante una visita de una semana hicimos entre los dos una lista de los cien libros que debía leer toda persona culta. Resultó ser una lista de clásicos salpicada de alguno de los autores favoritos de papá, como Eric Newby y Kipling. Cuando la terminamos, las lagunas de Danny eran menos flagrantes, ya que papá no había leído muchos de los libros de la lista y yo tampoco.

En Nochebuena, Danny y yo estábamos sentados en la playa contemplando la puesta de sol cuando de pronto estuve segura de que los dos habíamos comprado lo mismo a papá. Un libro de fotografías de Brassaí de París en los años veinte.

No había forma de ir a la ciudad para comprar algo más. Sí debíamos buscar otro regalo tenía que ser allí mismo, en ese pequeño recinto de edificios sin adornos rodeado de selva en el que se hacía rápidamente de noche. Tendríamos que inventar algo.

Miré alrededor y vi la pesada pieza de poliestireno de treinta centímetros de grosor que Miguel, que trabajaba allí, utilizaba a modo de balsa para llegar a donde estaba anclada la panga.

—¿Qué tal si hacemos un flotador para el tubo de buceo? —sugerí —. Para que sepamos siempre dónde está.

De modo que decidimos cortar un extremo de la balsa de poliestireno y tallar en él una ballena.

La herramienta más afilada que logramos encontrar fue un cuchillo para carne. Estuvimos dándole durante horas, turnándonos cuando nuestras manos cansadas ya no podían seguir serrando. Me salieron ampollas en los dedos. Las olas se rompían con suavidad en la arena, brillando a la luz de la luna. De vez en cuando oíamos un chapoteo sordo: un pez manta que saltaba del agua. Eran criaturas enormes y planas en forma de diamante, sombras grises de ellas mismas. Apenas las veía cuando saltaban, aunque era luna llena y mis ojos, acostumbrados a la oscuridad, veían las rocas y los árboles nítidamente y como de otro mundo.

Era pasada la medianoche cuando terminamos nuestra ballena, gruesa y con la cola dividida en dos lóbulos que se curvaban sobre el dorso. Los contornos eran toscos debido a las protuberancias del poliestireno, que alisamos lo mejor que pudimos. Encontramos pintura roja y clavamos un letrero en el dorso con un palillo: MOBY JOHN.

La ballena se veía más destartalada de día que a la luz de la luna, pero aun así me sentía orgullosa de ella. No había hecho nada para papá desde los diez años, y si esta vez me atrevía era porque pretendía ser una broma y un último recurso. Danny y yo habíamos hecho Moby John por amor a papá, y si él no lo apreciaba, el problema era suyo, no nuestro.

Papá pareció divertido cuando desenvolvió el regalo. Cogió la ballena y le dio vueltas en un sentido y en otro: la cruda pintura roja, las marcas de sierra en lo que debería haber sido la lisa curva de la cola. Yo también las vi, pero no importaban. No tenía pretensiones artísticas, ni siquiera artesanales. Lo habíamos hecho con un trozo de escombro y un cuchillo para carne.

Lo atamos a su tubo cuando se metió más tarde en el agua para bucear. No funcionó muy bien; se volcó y perdió el letrero. Yo sabía que no volvería a utilizarlo y que, con ayuda de Maricela, pronto acabaría en la basura. Pero no me importó. Por alguna razón estaba eufórica. Me parecía que era el mejor regalo de Navidad que había hecho en mi vida. La noche que Danny y yo lo hicimos sería como un faro el resto de nuestras vidas.

Pero con el paso de los años notaba que la ternura de papá disminuía. Aunque presumía de tener una hija en Oxford, percibía cierta decepción; yo era demasiado corriente. Cuando llevé a mi novio a Las Caletas una Semana Santa, a papá no le gustó. Nunca lo dijo abiertamente, pero me dio la sensación de que tenía un modelo viviente de cómo quería que fuéramos cada uno: Tony, un intelectual

tipo Buckminster Fuller; Anjelica, un híbrido de Greta Garbo y Grace Kelly; Danny, a quien le encantaba bucear, otro Jacques Cousteau o Ramón Bravo; y yo, una figura social admirada como la hermosa, encantadora, inteligente y culta Marietta Tree, a quien él en una ocasión había pedido en matrimonio y a quien ella había rechazado. Él también debería haber sido un pintor, un verdadero artista; aunque le encantaba dirigir películas, le parecía una ocupación poco seria.

De todos sus hijos, sólo Anjelica estaba a la altura de sus expectativas. Le habían dado un papel en *El honor de los Prizzi* antes de que él se comprometiera a dirigirla. Mientras la preparaban, ella fue a Las Caletas y se llevó consigo a dos amigos. Me pareció que eso era hacer trampa, como si no fuera capaz de soportar estar en un lugar tan remoto ella sola. Las fotografías que se hicieron los tres eran bonitas, todas tomadas a la luz del atardecer, con flores en la cabeza y una copa de cóctel en la mano. Pero ésa no era la imagen que yo tenía de Las Caletas. Para mí era un refugio casi sagrado en su soledad. Nunca se me ocurrió que tuviera que ser como Acapulco.

De algún modo, ver disfrutar a Anjelica en Las Caletas me robó algo. De los cuatro, yo era la que había estado más tiempo, y la que más lo amaba, me parecía, como se suponía que debía amarse. Yo no salía en sus fotos; no había estado allí en el momento en que las habían hecho. Pero, a mis ojos, la sensación de completez que trasmitían las fotos parecía implicar que yo nunca había estado allí.

La siguiente vez que fui y el *Allegrita* fue a recogerme a la Boca, vi que la habían pintado. Ahora era el *Anjelica*.

Nadie hizo ningún comentario. Me pregunté si me había imaginado que se había llamado alguna vez *Allegrita*. No dije nada a papá, ni siquiera a Joan Blake. No quería que nadie se enterara de lo dolida que estaba. Papá le restaría importancia y me diría que era boba, y tal vez tenía razón. El cambio era inevitable. Durante años había estado en cabeza de la liga; pero lo cierto era que yo nunca podría ser tan guapa, tan querida ni tan extraordinaria como Anjelica.

Anjelica sólo fue a Las Caletas esa vez. Nunca se enteró de que su bote había sido antes mío.

En mayo de 1985, el último día del último trimestre en Oxford, encontré en el tablón de anuncios de la portería un mensaje: «Llamar a Anjelica». Habían vuelto a ingresar a papá en el hospital, como hacían de vez en cuando debido a su enfisema. Pero esta vez, además de los problemas respiratorios, había sufrido un infarto.

—Estoy preocupada, Legs —dijo—. No sé si va a salir de ésta.

Esa noche fui a la fiesta de veintiún años de una amiga, de esmoquin y corbata negra, champán y pista de baile sobre el césped. Pedí permiso dos o tres veces para llamar a Los Ángeles. Papá estaba en cuidados intensivos, pero seguía vivo. No me acosté. A la mañana siguiente me subí al primer avión.

Esta vez fue Jack quien le prestó a papá la casa para su convalecencia. Estaba en lo alto de las montañas por encima de la playa, más allá de Malibú. Nunca le había oído hablar de esa casa; no entendía por qué la tenía siquiera; tal vez sólo para tener más paredes de las que colgar su colección de arte que aumentaba exponencialmente. Había un par de Picasso en la pared del salón, que tenía el mismo aire cerrado que todos los salones de las estrellas de cine que había conocido.

Papá necesitaba por primera vez una bombona de oxígeno permanente que le colgaba como una correa. Alguien tenía que empujarla detrás de él cuando se movía. No lo soportaba, por supuesto; señalaba el fin del buceo, de los paseos alrededor de Las Caletas, tal vez hasta del mismo Las Caletas. A dos horas de vuelo desde Los Ángeles, más las casi dos horas en panga y en coche, los médicos quedaban demasiado lejos.

De pronto Maricela se fue a México, dejándonos a Danny y a mí a cargo de papá durante dos semanas. Me sentí como una hija devota consciente de la importancia de mi misión. Tenía veinte años. El *Allegrita* había pasado a ser el *Anjelica*; tal vez eso me diera la oportunidad de recuperar terreno. Cada cuatro horas alguien tenía que hacerle lo que llamamos el palmeado, que consistía en tumbarlo hacia un lado y hacia otro, y, con las manos ahuecadas, dar palmadas rítmicamente sobre sus pulmones para desprender la mucosidad. Me gustaba hacerlo; me llenaba de satisfacción cuidar de papá de esa forma vital, íntima y sin palabras.

La partida de Maricela fue inexplicable y extraña; nunca se separaba de papá, y dejarlo en un momento así, con la salud tan precaria y el humor tan frágil… Le pregunté a él por qué se había ido. No quería decírmelo, evidentemente, pero no se le ocurrió una mentira convincente.

Marisol había estado jugando en la playa con una amiga y la madre de la amiga había detectado en ella conocimientos sexuales que no eran propios de una niña. Como consecuencia, habían descubierto que un hombre que trabajaba en Las Caletas había estado abusando sexualmente de Marisol.

Sentí náuseas. Las lágrimas me escocieron los ojos. Me odié por haber sido tan cobarde a la muerte de Gladys, temiendo tanto las

burlas de papá como la responsabilidad de cuidar de una niña. Si me la hubiera llevado entonces conmigo, eso nunca habría pasado. Me di cuenta de que mi responsabilidad era pequeña en el orden de cosas, pero seguía siendo mía.

—Claro, su madre era una puta —dijo papá, restándole importancia en el silencio que siguió.

Lo miré fijamente, muda de asombro. Su cara reflejaba su habitual certeza de sabio, que siempre me había dicho que él era el que más sabía. Ése era su dictamen, fruto de ocho décadas de sabiduría acumulada. Se había pasado toda su vida contando historias sobre la naturaleza humana. Marisol llevaba en los genes una sexualidad disoluta. Papá no se sentía inclinado a culpar al hombre; parecía creer que lo que había hecho Marisol mientras jugaba con su amiga le había salido de forma natural. Si habían abusado de ella, era culpa suya.

—¡Papá, tiene siete años!

No podía creer que dijera eso.

—Bueno.

Sonó cortante. El tema quedó zanjado.

Habría escuchado a un psicólogo, a un conductista de niños, a un psicoanalista jungiano o freudiano, a un antropólogo, hasta a un juez, un policía o un detective privado. Tal vez hasta a una madre. No era tan petulante como para creer que lo sabía todo; le gustaba aprender cosas nuevas, y su cara cobraba vida cuando escuchaba a gente a la que respetaba intelectualmente. Pero no había una posición intermedia. Ya fuera él u otro, tenía que ser un experto quien se pronunciara.

Era inútil discutir. Nunca me haría caso.

Aquí se interrumpe mi recuerdo. ¿Le grité, furiosa como estaba, o me limité a salir de la habitación? Probablemente lo segundo y por eso no lo recuerdo. Evitaba el enfrentamiento; el más mínimo desacuerdo me dejaba temblando. Me habría sentido más orgullosa de mí misma si lo hubiera arrastrado sobre las brasas. No le habría hecho cambiar de opinión, pero se merecía al menos una pequeña incomodidad. Él había insistido en dejar a Marisol en México, donde nadie iba a cuidar debidamente de ella; y ahí estaba el resultado.

Ésa fue la ruptura. Lo que le había pasado a Marisol podría haberme pasado a mí; o, en un mundo mejor, mi vida podría haber sido la suya. Yo había tenido suerte, pero no podía hacer nada para ayudarla. Estaba fuera de mi alcance.

Papá había trastocado todo mi universo moral, lo que me hizo ver, en un arranque de lucidez, que tenía uno, y que no era el suyo; no era de nadie más que mío. Hasta ese momento había aceptado todo. Podía

haber gruñido por dentro o haberme encerrado en mi habitación enfurruñada, pero nunca había cuestionado los fundamentos. La gente cometía errores, por supuesto, o se veía obligada por las circunstancias a tomar cursos de acción que no habría escogido libremente, y me correspondía a mí comprender y perdonar, y sacar el máximo provecho de lo que decretaban para mí.

Esta vez no. Pero si descosía todas las puntadas, las premisas que habían llevado a papá a decir una cosa así —sin un ápice de dolor por esa niña que ya había perdido a dos madres, ni sentirse en parte responsable—, no podría volver a mirarlo a los ojos ni a quererlo.

Exactamente en aquella época se puso en contacto con papá un periodista que lo había entrevistado para *Playboy*. La entrevista había salido en el mismo número que las fotos de Madonna desnuda y las ventas habían sido astronómicas; a raíz de ello, le habían encargado una biografía. El escritor le pidió autorización a papá y él —conectado de nuevo a la máquina de oxígeno, furioso, deprimido y aburrido— accedió.

Poco después el biógrafo vino a entrevistarme a Londres. Yo no quería hablar con él, pero como papá le había dado luz verde, me parecía que no tenía derecho a negarme. No fui tan lista como Anjelica, que logró posponerlo dos años sin decir que no.

—¿Es cierto que su madre quedó decapitada en el accidente de coche que la mató? —me preguntó.

Sabía que la causa de la muerte habían sido «heridas en la cabeza»; había visto el certificado de su muerte hacía mucho tiempo y de vez en cuando esas palabras habían acudido a mi mente, una visión de mi hermosa madre con la cabeza aplastada contra un parabrisas o un salpicadero. Tenía sangre en el pelo, pero su cara estaba perfectamente serena, incluso con el impacto de la muerte.

—No lo sé —dije. Me atrabanqué al hablar. La imagen me parecía obscena; sabía que mamá había sufrido una muerte violenta, pero no podía soportar pensar en ella destrozada—. ¿Por qué me lo pregunta a mí? Tenía cuatro años.

Luego llegó la siguiente pregunta:

—¿Quién es su padre?

No respondí. Ésa fue la última vez que creí que tenía algo que ocultar.

John Julius cumplió sesenta años poco antes de que se publicara el libro con la revelación de que era mi padre. De modo que nos las ingeniamos para que saliera una foto en la crónica de sociedad del

Daily Mail: el vizconde de Norwich con su mujer, Mollie (John Julius y Anne habían acabado divorciándose hacía unos años), y sus tres hijos, Artemis, Jason y Allegra. Tan normal como para no necesitar ninguna explicación.

Dejé de escoger un padre u otro en el cual basar una respuesta a esas preguntas chismosas, y empecé a decir: «Tengo dos». Cuantas más veces lo repetía, más segura y afortunada me sentía. Hasta me inventé mi propia nomenclatura para distinguirlos: «mi padre» y «papá».

XIX

No fui a Las Caletas la siguiente Navidad. Un año después, en 1986, Marisol no estaba allí. La habían enviado con la madre de Maricela a Guadalajara, o a México, a alguna parte. Papá no tuvo que verla más.

(Yo tampoco volví a verla ni logré averiguar qué había sido de ella. Cuando finalmente le llegó el momento de heredar de Gladys, Maricela dijo que no sabía dónde estaba, y la herencia fue a parar al estado de Virginia Occidental sin que nadie la reclamara).

Papá fue a Las Caletas desoyendo las recomendaciones del médico. Zoë fue con Danny, y Tony ya estaba allí. Anjelica no apareció. La boda de Tony fue la única ocasión en que papá reunió a sus cuatro hijos.

Papá tenía que empezar a rodar *Dublineses* en menos de un mes, con un guion escrito por Tony, y una vez allí se dedicaron a dar los últimos retoques al guion, al reparto y al diseño. Yo estaba nerviosa, esperando la gran pelea entre ambos y temiendo la repercusión que tendría en la salud de papá. Siempre habían encontrado algo por lo que discutir. Recordaba a Tony cogiendo una manzana, una naranja o un plátano del comedor de Saint Cleran y haciendo juegos malabares con ellos después de comer; a mí me fascinaba verlo, y no podía entender por qué papá se ponía tan furioso. La única vez que había visto a Tony en Las Caletas, había discutido con papá con tanta vehemencia sobre cómo contar los puntos en el *gin* rummy que había hecho las maletas y se había ido a la ciudad. Desde que lo conocía, papá se había quejado de Tony con dolida preocupación. Cada uno parecía estar desencantado con el otro. Era un milagro, pensé, que estuvieran a punto de hacer *Dublineses* juntos, y a mi manera atea rezaba para que aguantaran hasta el final.

Papá casi nunca salía de su dormitorio para ir a la sala de estar, donde habíamos pasado tantos días hablando, confeccionado una lista de los cien libros fundamentales, jugando al *backgammon*, y, en los

últimos años, viendo partidos de fútbol y béisbol en la televisión. La antena parabólica arruinó la brumosa progresión de los días que tanto me había gustado, la sensación de estar suspendida en una burbuja de tiempo cada vez que me instalaba en Las Caletas; pero para papá, que avanzaba hacia la muerte, era un ancla que lo vinculaba con el mundo. Cuando estaba con nosotros, durante las comidas, parecía insólitamente ensimismado, hasta sombrío. Yo atribuía su tristeza a saber que, después de las vacaciones, nunca volvería a ver Las Caletas. Por mucho que viviera de más, los médicos le habían prohibido ir a un lugar tan remoto, y me parecía que en ese viaje había agotado toda su rebeldía. Estaba muy frágil. Tenía la piel translúcida, como si fuera desgastándose hasta desaparecer.

En Londres había encontrado un par de dados de piedra turquesa, de unos siete centímetros la cara. Había gastado en ellos todo el dinero que tenía, y estaba emocionada porque creía que eran el regalo perfecto para un amante de las apuestas y jugador de *backgammon* que había coleccionado objetos hermosos. Era la clase de objeto que imaginaba expuesto en una mesa de Saint Cleran.

Se lo di la mañana de Navidad en su dormitorio. Danny, Zoë, Tony y yo nos reunimos allí, porque se sentía demasiado débil para subir la colina hasta el salón donde estaba el árbol. Vi confusión en su cara cuando lo desenvolvió, como si no entendiera lo que eran.

—Son dados gigantes, papá —dije—. De turquesa. ¿Verdad que son bonitos?

Los tiró sobre la colcha. Tenían las esquinas cuadradas y casi no rodaron.

—No sirven para jugar —añadí débilmente—. Pero ¿no te parecen bonitos?

—Sí, cariño —dijo él con esfuerzo, pero era una respuesta automática al ver la mirada suplicante de mi cara.

Estaba por encima de los objetos hermosos e inútiles.

Al final del día, su falta de interés se había transformado gradualmente en una mirada al vacío. Yo no sabía lo que ocurría. Nunca lo había visto cuando lo habían llevado corriendo al hospital, y me había imaginado sus colapsos más dramáticos, como los de la señora Smallweed en *Casa desolada*. No se aferraba el pecho ni resollaba intentando respirar. Sólo bajó las persianas de su conciencia.

A la mañana siguiente estuvo claro que no había mejorado. Tony habló por radio con Joan, que estaba en la ciudad, y ella telefoneó a las líneas aéreas. Todos los vuelos estaban completos y consiguió tres asientos, sólo tres, para el día siguiente. Los demás tendríamos que esperar dos días más.

Zoë y yo hablamos mucho. Papá se moría, lo sabíamos; y las dos teníamos la sensación de que el continuo ir y venir del hospital estaba matando su espíritu tanto como el enfisema que asfixiaba su cuerpo. No recuerdo quién de las dos lo dijo primero, pero éramos de la misma opinión: «Deberíamos dejarle morir en paz en este lugar que tanto ama».

A Tony le indignó que nos lo planteáramos siquiera. Danny nos dio la razón a su madre y a mí, y también a Tony, como era típico de él. Pero lo que Zoë y yo pensáramos era irrelevante. Se llevaban a papá, y el tema en cuestión era cómo hacerlo llegar de Las Caletas al aeropuerto.

No teníamos una camilla, y no creíamos que fuera capaz de sentarse en la panga. Tenía la mente demasiado obnubilada por la falta de oxígeno para comprender lo que ocurría. Necesitaría una silla… o un sofá, del que no pudiera caerse. El único que encontramos era un trasto tallado y pesado, con el asiento de cuero y gruesas patas cuadradas. Un par de hombres fuertes lo levantaron del suelo y caminaron por el agua con él sentado. Lo colocaron entre los bancos de la panga. Y papá se fue de Las Caletas en su trono, con Maricela y Tony a cada lado, sujetándole los brazos.

Zoë, Danny y yo nos quedamos en la playa hasta que la panga desapareció. Me dolió verlo marchar tan zombi, sin fuerzas para decir siquiera adiós. Me pregunté si había ido a Las Caletas esperando que el suplicio de los últimos años pudiera terminar pausadamente y sin drama. No había sido así. Había reinado un ambiente tenso y nervioso, con constantes conversaciones por radio con Joan, que estaba en la ciudad, y con un Tony furioso con Zoë y conmigo por querer dar a papá lo que creíamos que era una buena muerte. Un proverbio irlandés que a papá le encantaba aconsejaba morir junto a la playa.

Pensándolo ahora, no estoy tan segura como lo estuve entonces. Papá había lanzado la carrera de Anjelica con *El honor de los Prizzi*. Contaba con que *Dublineses* lanzara la de Tony; luego tenía previsto actuar en el primer largometraje dirigido por Danny, *El maravilloso señor North*. Yo parecía tener la vida encauzada, trabajando en el mundo editorial, una ocupación digna de una Marietta Tree. Creo que fue el deseo intenso de ver a todos sus hijos colocados lo que le dio fuerzas para durar tanto.

Me parecía mal ver a papá tan poco, y sólo cuando estaba enfermo. Incluso esa última Navidad, que iba a ser una celebración, se vio

mermada con el habitual ingreso en la unidad de cuidados intensivos del Cedars-Sinai. ¿Estaba abandonándolo por mi familia inglesa? Tony, Anjelica y Danny trabajaban con él, pero yo no pertenecía a ese mundillo. Solía describirme a mí misma como la rebelde de la familia, la única que había terminado la universidad y tenía un trabajo de oficina, pero era una fanfarronada. Papá no me necesitaba. Anjel estaba allí para asegurarse de que lo atendían bien, y para llevarle comida de los mejores restaurantes cuando la comida del hospital le deprimía. Era yo quien lo necesitaba a él: necesitaba ser una buena hija en pago a su grandeza de espíritu por acogerme y quererme.

La llamada telefónica llegó a finales de julio de 1987, mientras trabajaba en mi minúscula oficina a mitad de las suntuosas escaleras de un edificio georgiano de Bloomsbury, que me encantaba por su ventana orientada al Oeste y porque era mía.

—Deberías venir, Legs, es su cumpleaños —dijo Anjel—. Si quieres verlo antes de que se muera.

Su cumpleaños era el 5 de agosto. El mío, el 26. Cuando era pequeña el hecho de que los dos cumpliéramos años en el mismo mes me había parecido como una señal del destino.

Anjel estaba en Newport, Rhode Island, actuando en la película de Danny, *El maravilloso señor North*. Papá también estaba allí, en calidad de productor nominal, aunque Robert Mitchum iba a hacer su papel porque estaba demasiado frágil para actuar. El hospital más cercano estaba en Fall River, Massachusetts, a casi una hora en coche.

No me pareció que se llevara una gran alegría al verme. Otra visita al lecho de enfermo: mi deber para con él, realizado porque me habían llamado, no de *motu proprio*. Era cierto. Noté la misma sensación de obligación en su saludo. Me dolió, aún más que cuando vi el *Anjelica* y comprendí la erosión de la intimidad que nos había unido. Ahora que Las Caletas había dejado de existir, me correspondía a mí evocar su espíritu a nuestro alrededor: las largas y tranquilas mañanas, los delicados hilos de aprecio mutuo tejido a través del lápiz, el *backgammon* y la conversación.

Estábamos todos menos Tony. En la habitación de hospital, regalé a papá unas zapatillas forradas de borrego que había comprado al llegar a Newport. Le iban demasiado pequeñas, pero no las cambiamos. Era una forma tácita de reconocer que sus pies ya no necesitarían abrigo cuando llegara el frío.

—No nos sentiremos culpables, Legs, de dar un suspiro de alivio cuando pase.

Volvíamos a estar solas en un coche, Anjel al volante y yo a su lado. Sobre los bajos edificios de tablas brillaba el sol de verano, roto

por el cercano océano en un millón de facetas prismáticas que lanzaban destellos a través de la ciudad como una red. Ella fumaba, como siempre. Incluso con papá muriéndose de un enfisema en una habitación de hospital, ella y Danny tenían que salir al pasillo para fumar un cigarrillo rápido. Cada vez que la oía inhalar el humo dentro de los pulmones, notaba que se me aceleraba el pulso.

—No, no lo haremos —dije, queriéndola por confiar en mí lo suficiente para decir eso.

Vi lágrimas en sus ojos. Ella vio lágrimas en los míos y sonrió. Era un pacto.

La rutina de las hospitalizaciones nos pesaba a todos: a papá, a Maricela, a Anjelica y a mí. La primera, cuando Anjelica me recogió del colegio y me llevó a Cedars-Sinai, fue casi diez años antes. Se habían vuelto cada vez más frecuentes. Tony y Danny estuvieron presentes en algunas; pero Anjel y yo parecíamos haber estado en todas. Anjel era la primera en llegar, luego me llamaba a mí a Inglaterra y yo me subía a un avión. Aprendí a reconocer la particular intensidad de su voz al decir «Hola, Legs» cuando llamaba con la misma clase de noticia trágica. Había ocupado el lugar de la hija amorosa y fiel que durante dos o más años me había correspondido a mí. En esos años ella había estado inmersa en las complicaciones de su propia vida y lejos de él; ahora era yo quien se había alejado para intentar dar forma a la suya.

—No lo soporta. Nunca habría querido esto. Me alegraré cuando se acabe.

Sabía que tenía razón. Papá estaba harto de la obligación de estar vivo.

Para mi cumpleaños, de nuevo en Londres, renuncié a mi empleo con el mes de antelación que estipulaba el contrato. Tenía el presentimiento de que papá iba a morirse en noviembre. Mi plan era acabar el mes, siendo la buena chica que era, e ir a dondequiera que estuviera a finales de septiembre para estar a su lado hasta el final.

Dos días después llegó la llamada.

—Legs, soy yo. —Anjelica lloraba—. Se ha muerto.

No lo había llamado en esos dos días. No sabía cómo decirle: He dejado mi trabajo para poder estar contigo hasta que te mueras. Ninguna de las dos había hablado con él de su muerte, ni él con nosotras. Me había perseguido el disparate de que se enfadaría conmigo por poner en peligro mi carrera, aunque fuera por él. De modo que él nunca se enteró de que había renunciado e iba a acudir a su lado.

Llevaba diez años esperando el momento de la muerte de papá. Pensaba que estaría serena, que sería capaz de manejarlo cuando llegara. Pero no podía parar de llorar. Tenía la sensación de flotar, como un astronauta que camina por el espacio sin cable de seguridad. Tuve que poner toda mi concentración en llegar a casa, ir al aeropuerto, cambiar de avión en Nueva York. Traté de decir a las azafatas que necesitaba ayuda, pero lo hacía desde una distancia tan grande que no me entendían.

En Providence, fui la última persona en bajar del avión. Apenas era capaz de reunirlo todo: los zapatos, la bolsa de viaje, el bolso. Mi fuerza, es decir, el impulso enérgico que juntaba mi yo atomizado, se había agotado.

No había nadie en la puerta. Era tarde; el personal de la línea aérea se había ido a casa. Crucé como una zombi el aeropuerto vacío y encontré unas escaleras mecánicas que bajaban. Al pie de éstas había un pasillo de mármol desierto que resonaba. No sabía qué hacer.

Luego vi una figura con cazadora de camuflaje que se acercaba a mí. Harry Dean Stanton. Su cara alargada y hundida se iluminó al verme. Él también trabajaba en *El maravilloso señor North* y había insistido en ir a recogerme al aeropuerto. Detrás de él estaba Anjelica.

Fuimos a la cinta de recogida de equipaje, pero no estaba mi maleta. En mi aturdimiento no me había fijado en que tenía que pasar por las formalidades aduaneras y se había quedado en Nueva York.

Esa noche dormí en la casa de alquiler de Anjel. Al día siguiente telefoneó Nancy Reagan para ofrecer el avión presidencial para llevar el cuerpo de papá de vuelta a Los Ángeles.

Anjel se echó a reír cuando colgó.

—Me alegro de que ya esté aquí para no tener que decir que no —dijo.

El padre de Nancy, que era neurocirujano, había operado a la madre de papá; pero papá desdeñaba a Ronald Reagan por ser simpatizante de McCarthy, además de un farsante y un alcahuete. Nancy nunca se lo había tenido en cuenta a papá, a pesar de su adoración por Ronnie. Seguía invitándolo a la Casa Blanca y él seguía rehusando. Se habría quedado lívido si hubiéramos aceptado algo de Reagan.

Llamaron su representante, y su abogado, el cruel Henry Hyde. Vi que Anjel empezaba a perder los estribos por teléfono. De pronto se calmó, como si una brisa la hubiera levantado y borrado el ceño entre los ojos.

—¡He oído la voz de papá! —gritó cuando colgó.

Le brillaban los ojos como si hubiera experimentado un milagro.

—«Supéralo». ¿Sabes que él siempre decía «Supéralo»? —Imitó su voz melosa—. No es que acabe de acordarme, Legs. ¡He oído su voz diciéndomelo!

Fui en la limusina con Anjelica y Jack hasta el cementerio de Hollywood. Era el viejo cementerio construido en el siglo XIX, con los estudios de la Paramount enfrente. La madre de papá estaba enterrada allí.

Jack y Anjel no estaban exactamente juntos en esos momentos, de modo que me sorprendió que él nos acompañara. Pero había adorado a papá, y viceversa. «Me gustaría tener uno de esa camada», solía decir papá sobre Anjelica y Jack. Anjelica había recurrido a él y ahí estaba.

Llevaba las gafas de sol de siempre. Pensé que no eran apropiadas para un funeral; demasiado informales. Luego bajamos de la limusina y nos vimos envueltos en una explosión de *flashes*. Me agaché instintivamente; era como fuego de cañón. Quería cerrar los ojos y no verlos, pero temía tropezar. Me fijé en que Anjel también se había puesto las gafas de sol. Comprendí que eran como un chaleco antibalas. Te permitían abrirte paso a través del tiroteo y salir ileso.

Dentro estaba papá en un ataúd colocado sobre una tarima. Tenía la cabeza apoyada en un cojín de raso color crema que no iba nada con él. La mitad inferior del ataúd estaba cerrado, como si la mitad inferior de su cuerpo no estuviera allí o tuviera que esconderse. Acudió a mi mente el San Bernardo que había visto en la vitrina del vestíbulo de la casa de John Julius. El pensamiento sacrílego me hizo sonreír y sentí una oleada de afecto hacia mis dos padres.

La cara de papá estaba serena. En vida había estado llena de expresión cambiante. Entre las cejas aparecía y desaparecía una arruga cuando se concentraba o echaba el cuerpo hacia delante con interés. Ahora era la parte más muerta de su cara. Las mejillas estaban rosadas; más tarde Anjel bromeó diciendo que el maquillador se había pasado con el colorete. Me habría gustado coger un pañuelo de papel y limpiárselas. Cuando papá había hecho campaña contra la coloración de las películas en blanco y negro, había hablado de ellas como si fueran chicas: la gente las había cortado y manipulado, y ahora Ted Turner quería teñirles el pelo. Y ahí estaba mi pobre padre, a todo color.

Me incliné y le besé la frente, como cuando le daba las buenas noches en México. Estaba duro…, no tan frío como había esperado, pero duro como la madera. Traté de obligarme a recordar que las

frentes eran duras, que había hueso debajo de la piel, pero las terminales nerviosas de mis labios seguían echando de menos la blandura infinitesimal que habría creado allí el pulso de la sangre. No era espeluznante ni deprimente; era como besar una estatua de papá, como quien besa la estatua de un santo. Pensé en el pie de San Pedro que papá me había llevado a ver en el Vaticano: las líneas esculpidas de los dedos gastados por los millones de labios que los habían rozado. Imaginé la abrasión de mis besos en la frente de papá: líneas en carne viva que se habían alisado a lo largo de diez años, lo que para la piedra suponía siglos.

No era él; no era el cuerpo que yo había abrazado, ni las manos que me habían dibujado. Los ojos que me habían interrogado o habían expresado satisfacción ante una jugada de *backgammon* estaban ahora sellados bajo los párpados embalsamados. Nos había dejado, como mamá.

Ver su cuerpo no cambiaba nada. No había visto el cuerpo de mamá, y nunca había preguntado lo que habían hecho con él. No tenía recuerdos corporales de ella, tocándola o siendo abrazada. Quién era y de qué estaba hecha son dos cosas totalmente distintas para mí. Si mamá está enterrada en alguna parte, no quiero saberlo; la situaría en algún lugar definitivo e inexorable, lejos de mí. Mientras miraba ese cuerpo sin papá, supe que nunca volvería a su tumba.

Anjel me explicó que habían celebrado un funeral cuáquero para mamá; sin sacerdote ni oraciones, sólo una reunión de amigos que se levantaron para decir unas palabras según se sentían movidos a hablar. El funeral de papá fue igual. Su agente y su más viejo amigo con vida, Paul Kohner, que era el dueño de la casa de Cuernavaca donde yo había celebrado la fiesta de la piñata hacía tantos años, hizo un elogio con su fuerte acento suizo. No recuerdo lo que dijo, ni lo que dijo nadie. Tampoco mi intervención, sólo que me levanté y dije cuánto lo había querido.

Tony, Anjelica, Danny y yo salimos con los brazos entrelazados. Era la segunda vez que estábamos los cuatro juntos. Sentí que éramos fuertes. La partida de papá nos había unido.

—Papá no habría querido que lo pusiéramos en una fea urna de funeraria. Deberíamos buscar un recipiente bonito para sus cenizas.

Anjel y yo estábamos sentadas a la mesa de la cocina de la pequeña casa rosa junto a Beverly Glen Boulevard que Jack le había comprado. Estaba llena de objetos que reconocía de Saint Cleran, entre ellos unas cigarreras de plata que habían sido de papá. Parecían

demasiado pequeñas para contener las cenizas de un gigante.

—¿Qué tamaño ha de tener la caja que necesitamos? —pregunté.

Anjel me miró.

—No lo sé —dijo—. Supongo que deberíamos preguntar.

Nos echamos a reír. Luego llamó a la funeraria y preguntó. Era surrealista, tomar las medidas de las cenizas de nuestro padre como si se tratara de una nevera.

La caja que más nos gustó, en forma de cofre y decorada con camafeos, era un poco demasiado pequeña. No veíamos cómo dejar algo fuera, o enterrar parte y esparcir el resto. De modo que al final permitimos que lo pusieran en una caja de la funeraria. Todo menos una urna; a él le habría parecido de mal gusto.

Cuando llegamos para el entierro, nos entregaron un paquete envuelto en papel blanco, como una caja de bombones de See pero sin lazo. Anjel lo cogió y me lo pasó. Dejé caer los brazos bajo el peso. No había esperado que pesara tanto.

—Es bronce —dijo Anjel sonriente.

Y de sus ojos a los míos flotó un hilo de luz.

La tumba de la madre de papá tenía una placa de bronce entre la hierba, exactamente igual que la que tendría la suya. Rhea Gore Huston. A su lado había un pequeño hoyo. Anjel colocó en él la caja y echamos tierra encima por tumos. El papel blanco seguía viéndose.

—Adiós, papá Oso —dijo Maricela.

No había dicho nada en el funeral. No tenía nada que decir a los vivos; sólo a él.

Tony bajó hasta el lago y tocó melodías irlandesas con un silbato de hojalata mientras Anjelica, Danny, Zoë, Maricela y yo observábamos cómo los sepultureros llenaban el hoyo.

Después Anjelica nos llevó a todos, incluidas Maricela y su hermana, a la propiedad que acababa de comprarse en el corazón de California, a unas pocas horas de Los Ángeles. En el centro, sobre una pequeña colina, había una pequeña casa de adobe, y a un lado, otro edificio que llamaba los dormitorios. Había dos lagos artificiales puestos allí por Jeremy, quien había comprado la casa antes y se la había enseñado a Anjel.

Era tierra árida y yerma en las estribaciones de Sierra Nevada, pero podíamos bajar hasta el río Kaweah para nadar y refrescamos del calor de verano. Más tarde Anjel plantó un bonito jardín en la pendiente, lleno de flores y frutales, y puso una fuente y pérgolas para dar sombra. Alrededor de un lago crecerían jacintos de agua morado pálido, como una alfombra brillante. Llevó caballos y pollos, y compró otra pequeña casa para que hubiera suficiente espacio para todos.

Nos escondimos allí, jugando al *backgammon*, leyendo revistas y hablando de papá. Él nunca vio ese nuevo Saint Cleran, pero su cuadro de San Jorge y el dragón ya colgaba allí.

En el homenaje del Directors Guild, el sindicato de directores, que tuvo lugar una semana después, Harry Dean entonó una canción de la revolución mexicana. Mi español había mejorado y pude entender bastante: era una celebración de la valentía y la victoria contra todo pronóstico, y en ella aparecían caballos, camaradas, el sol y las estrellas. A Harry se le quebró la voz e hizo un gallo entre las notas, como siempre hacía, y comprendí que los dardos de la emoción estaban en su corazón, y no sólo en la música. Había jugado al póquer con papá y rodado *Sangre sabia* con él. Su canción fue el homenaje que papá habría preferido por encima de cualquier palabra de elogio.

Al final pusimos la grabación de *September Song* del padre de papá que Anjelica y yo habíamos escogido. Era muy antigua y crepitaba tanto como la voz de Walter.

Oh, the days dwindle down to a precious few,
September, November…

Ésos eran los años en que yo había conocido a papá. Lamentaba haber escogido un mal momento, haber nacido demasiado tarde para conocerlo en la flor de la juventud y la salud, y haber renunciado tan tarde a mi trabajo para pasar esos preciosos últimos días con él. Me desgarraba el corazón haber sido tan responsable, volviendo a Londres en lugar de quedarme en Rhode Island con él. ¿Por qué había creído que su muerte sería en noviembre? Estaba cansado, de su cuerpo que se venía abajo, de lo débil que se sentía para hacer lo que le gustaba hacer. Temía que volvieran a ingresarlo en el hospital. Fue un milagro que rodara *Dublineses*; uno que no podría repetir. Cuando vio a sus amigos esos últimos días se despidió formalmente de ellos, algo que no solía hacer.

Estoy segura de que escogió el momento para irse. Todavía era agosto, el mes de su cumpleaños y el mío.

XX

John Julius sigue llevando las zapatillas que le bordó mamá. Cuando la menciona delante de mí, lo que hace fácilmente, sin reservas ni arrepentimientos, la llama «tu querida madre». Pero ya no estaban juntos cuando el accidente de coche la mató. Ella se había enamorado de otro hombre. John Julius dice que le pareció que por fin había encontrado la verdadera felicidad.

Ese hombre, a quien nunca he conocido, conducía. Al parecer era de Jamaica y no estaba acostumbrado a conducir por el lado derecho de la carretera. La versión que siempre he oído es que cuando el coche pasó por un bache y dio una sacudida fuera de control, él agarró instintivamente el volante para girarlo hacia el lado de la carretera, pero en lugar de ello se metió en el otro carril por el que venía un camión. Mamá recibió todo el impacto. Él no salió tan malherido. Sobrevivió.

Mamá no tuvo tiempo para hacerme el álbum de recuerdos de cuando era bebé. Encontré un pequeño alijo de cosas: mi chapa del hospital, en la que se leía el nombre «Allegra Soma»; un recorte de *The Times* de «El cielo nocturno en agosto»; una foto de John Julius cuando era pequeño con una gorra de marinero en un barco (probablemente un yate de la Marina, ya que su padre era ministro de la Marina); y, entre hojas sueltas de papel de seda, una pequeña rosa amarilla y una mucho más grande roja. Estoy segura de que se las envió John Julius.

También hay trece pequeñas notas que escribió en lo primero que encontró, para registrar mi primera sonrisa, el día que descubrí mis manos, la semana que aprendí a gatear del todo, mis primeros dientes, la primera vez que me levanté sola y di mi primer paso, mis primeras palabras (entre ellas «un “hola” muy claro para saludar a su muñeca cuando la recogía para jugar») y mi nota favorita: «19 de julio: hoy me he dado cuenta por primera vez de que Allegra me llamaba por el nombre».

Entonces llamaba a mamá «mamam». Cuando Anjelica me lo dijo, acudió a mi mente un recuerdo tan vago que podría haber llegado de los confines más remotos del espacio. Noté cómo se me movían los labios, sin una intención consciente, formando las palabras; y me inundó el afecto. Probablemente llamé así a mamá muy poco tiempo y dejé de hacerlo antes de que muriera.

En las cartas a John Julius, mamá me llamaba «la Emperatriz». Le hablaba de mis progresos, pero los partes son más informativos que íntimos. Todos los logros que registró para mí no se los menciona a él.

Noto cómo la pasión que siente por él languidece. Después de esa carta cruelmente seca dirigida a la lista de correos de Francia, desaparece el tierno delirio con que solía escribirle. Ha releído sus dos volúmenes de historia sobre el reino normando en Sicilia y se daría de tortas por no haber corregido mejor el manuscrito. John Julius consigue que participe en el programa de comentario cultural de la televisión BBC llamado *Three After Six* en el que ha salido él. Ella recuerda a sus amigos que él es experto sobre Venecia y muchas otras cosas, por si saben de algún trabajo de profesor o en los medios de comunicación en el que pueda encajar. Van de vacaciones a Noruega conmigo justo antes de que yo cumpla dos años. Después de eso las cartas se espacian. Pasan meses entre ellas, luego años.

Y aquí la suerte me lanza un dardo: la última carta que envió a John Julius, en enero de 1969, el mes que murió, la escribió desde Saint Cleran. ¿Por qué fue allí? No lo sé; no lo explica. La carta se explaya sobre muchas cosas: papá está sacándose su nacionalidad irlandesa, Tony va a ir a pescar, un libro que ha leído, una pequeña pieza de arte precolombino que Gladys le ha regalado en Navidad. Me alegra ver que mamá tiene afecto a Gladys, y que la única que estaba en guerra con ella era Cici.

Ella vuelve a llamar a John Julius «queridísimo» y firma con la inicial R, como solía hacer. Ha habido cierta reconciliación, después de un enfriamiento entre los dos. La letra de mamá vuelve a inclinarse hacia delante, como si lo añorara; en las pocas cartas anteriores, se vuelve más redonda y erguida, como si tratara de hablar con claridad con alguien que podría no oír. Ese «queridísimo» es como un regalo para mí. Yo no quería que mamá muriera sintiéndose fría hacia él. Ella tampoco habría querido; sé que habría sido importante para ella.

En sus cartas está claro que mamá no quería odiar. No quería albergar resentimiento. Siempre perdonaba. Quería tener una buena opinión de las personas, desearles sólo lo mejor. Cada amante se convertía en un querido amigo; la forma de su amor cambiaba, pero no la esencia. Al releer su correspondencia con John Julius, en la carta

de la Navidad de 1963 donde se describe a sí misma «repleta de secretos» (es decir, de mí), encontré este fragmento:

«Gran parte de la pesadilla de Saint Cleran para mí es mi incapacidad para ayudar a John. Cada vez lo veo más como un ser angustiado que sufre: noto sus intentos frustrados y desorientados de llegar a mí, y me siento atrapada en una variedad de emociones, ninguna de ellas desprovista de recelo o condescendencia. Es tan difícil ver la responsabilidad de uno mismo. Me vuelco en los niños con un suspiro de alivio. Eso, al menos, es sencillo e incuestionable».

Creo que mamá siempre tuvo el corazón dividido, desde que era pequeña. Nunca tuvo tranquilidad de espíritu. Desde el torbellino fulminante que fue el abuelo hasta el huracán que significó papá, hizo juegos malabares con la lealtad y el dolor, y trató de estar a la altura de la perfección que los dos hombres exigían de ella. En sus cartas a John Julius se muestra dura consigo misma. Le preocupa un poco haberle contado demasiadas cosas de su pasado. «Me siento vanidosa, envidiosa y autocompasiva», escribe. «Ni siquiera sé si la indulgencia con tal autoflagelación no es sino la más pura prueba del egocentrismo monumental y el egoísmo». ¡No es cierto!, quiero gritarle a través de las dimensiones que nos separan. El hecho de pensarlo siquiera demuestra que no lo eres.

Pero escribir eso es una liberación para ella, y una floración. Su diario era esporádico porque lo escribía sólo para ella, y no se creía tan importante para llevarlo con rigurosidad. Al escribir a otra persona, sus sensaciones, pensamientos y percepciones adquieren sentido. Ante John Julius se desnuda. A sus ojos puede ser imperfecta; quiere serlo. Él no la amará por sus defectos ni a pesar de ellos, sino de todos modos. Sentía que él la amaba. De todos los hombres con los que había estado, mi padre fue el único que la ayudó a sentirse plena. Ése tal vez sea el secreto de por qué él es mi padre y no otro.

El dolor de perder a mamá se diluye con la satisfacción de llegar a conocerla. La grandeza de espíritu, la generosidad, la inteligencia, la cordialidad y la elegancia: siempre conocí todas esas cualidades pero a cierta distancia, como los mortales conocen a las diosas. Aunque me destrozó el corazón leer las cartas de mamá, tuve otro premio: la sensación de tener a mamá en mi mano y descubrir parecidos curiosos entre nosotras. Una mujer le dice en una puesta de largo: «Pero tú siempre estás un poco aburrida». No es aburrimiento en realidad, sino falta de interés por el resplandor y la adrenalina; se lleva un chasco cuando descubre que el núcleo de una velada, una obra de teatro, un libro, está hueco. Reconozco eso en mí. Ella describe «la clase de muerte pulverizante que solía sentir hace más de diez años, cuando

iba a las fiestas a la sombra de John y me sentía invisible». En esto también me veo retratada.

Sí, la perdí demasiado pronto. Pero ¿podría haber pedido una madre mejor? Lo que hay de ella en mí es lo mejor de mí. Tuve suerte con mis dos padres, pero tuve aún más suerte de ser hija de mi madre.

Tenía treinta años cuando por fin me atreví a volver a caminar por Maida Avenue. Pasé a menudo en coche por delante durante los dieciocho años que viví en Londres, al ir y venir de casa de John Julius o al tomar un atajo para coger la M1. Veía el número 31 dorado en la ventana que había sobre una puerta negra en la mitad derecha del segundo edificio de la esquina con Warwick Avenue. Si iba a pie, tomaba las calles de delante y de detrás; y si me dirigía a Hsing, el restaurante favorito de John Julius en la esquina con Edgware Road, me aseguraba de dejar Maida Avenue antes de que las manzanas de mansiones de ladrillo dieran paso a las casas adosadas de estuco blanco, de las cuales la penúltima tenía el número 31.

Un día quedé con alguien que vivía en el número 26.

—¿Puede venir aquí? —preguntó.

—Claro —respondí sintiendo cómo se me aceleraba el pulso.

No sabía qué reacción tendría al estar en esa calle, con las losas de la acera levantadas por las raíces de los plátanos gigantes; la calle en la que mi madre había aparcado su coche nuevo; la calle donde, en la última foto que tengo con ella, le estoy cogiendo de la mano. Nunca había vuelto a un lugar donde había estado con ella, aparte del piso de Tony, que estaba tan lleno de su personalidad y de su vida que el rastro de la remota presencia de mamá había quedado sepultado. Gina se había mudado décadas atrás, lo mismo que Leslie Waddington. Yo me sentía más cómoda manteniendo la sensación de pérdida sin una forma definida. Si estaba en un lugar en particular relacionado con mamá, podía ver el vacío en el espacio donde se suponía que debía estar ella.

Como un tótem, llevaba el anillo de mamá que Anjelica me había regalado para mi veintiún cumpleaños. Anjelica siempre lo había llevado. Me pareció una de las cosas más bonitas que había visto nunca: una pantera dorada agazapada en las delicadas ramas de un árbol de oro con flores de diamantes. Se lo había quitado del dedo en un impulso en el restaurante Star of India y me lo había puesto rápidamente en el mío, antes de que pudiera cambiar de opinión. Mamá se lo había regalado a sí misma cuando se comprometió con papá.

El número 26, como el 31, era una de las casas de estuco blanca. No pude eludirla y quedarme en el otro extremo de la calle, que no se parecía a la Maida Avenue que yo recordaba. Es una tontería, pensé. Sólo es una calle, una casa. Todo el mundo tiene que volver a visitar los lugares donde vivió alguien que ha perdido.

Aparqué en la calle de detrás, subí Warwick Avenue y torcí a la derecha en dirección a la segunda casa. En el número 31 había una verja entre la acera y el camino de entrada. Al lado había una caja de latón con un interfono.

No pude mirarla; tan fría, tan personal, tan excluyente. Parecía dividir a los que pertenecían a ella de los que no. Una puerta sencilla invitaba a subir unos escalones y tocar el timbre, pero el interfono pedía una contraseña que yo no tenía. Era insoportable estar allí como una desconocida…, una desconocida de mi propia niñez amputada y del mundo que construyó mi madre.

El árbol, pensé. En esa última foto con mamá se ve uno de los plátanos de tronco grueso. Estamos alejándonos de la casa, supongo que caminando hacia el coche de ella (sin saber por qué lo supongo). El árbol impide ver la hilera de coches aparcados. La corteza, llena de surcos profundos, es resistente e indestructible. Quería que el árbol estuviera allí, lo necesitaba.

Me peleé con mi memoria, obligándola a darme el más insignificante detalle de la forma y la corteza de ese árbol para reconocerlo entre la multitud. Los árboles estaban muy juntos; no podía saber cuál era cuál. Si el que hizo la foto se detuvo al comienzo del camino, que era lo más probable, sería el segundo árbol al Este. ¿Era ése? Tenía un par de nudos al alcance de mi mano derecha; imaginé que no salían en la foto. Tal vez era el más cercano, o el anterior. De pronto sentí un gran alivio por no saber exactamente cuál era. Habría sido como una lápida, y me habría echado a llorar delante de él, lo que habría sido embarazoso para los transeúntes; además, en menos de cinco minutos tenía una reunión de trabajo.

Me invadió la felicidad al comprobar que el árbol, fuera cual fuese, seguía en pie. No había huecos que señalaran árboles muertos o talados, ni árboles jóvenes plantados en su lugar. Todos los viejos gigantes con las hojas tan grandes como platos seguían allí, tal como yo los recordaba.

Nunca había querido casarme excepto por la fiesta. Si celebrábamos una boda, pensaba inútilmente, tendría que asistir toda mi familia: los Huston y los Cooper, y a saber quién más del pasado.

Cuanto más pensaba en ello, más ganas tenía de que sucediera. Pero el precio era casarme, asentando un futuro que podía no hacerse realidad, tentando al futuro. Además, Cisco no me lo había pedido.

Cisco Guevara es guía de *rafting* en los rápidos de Río Grande, bailarín de música *country* y wéstern, y cuentacuentos, con una larga trenza que le cuelga sobre su fornida espalda y un sombrero de *cowboy* negro que no se confunde con ningún otro porque tiene la forma del río. En Londres se hace el silencio cuando entra en un restaurante. Allí nadie tiene un aspecto exótico aparte de Cisco.

«A mamá le habría encantado Cisco», me dijo Tony; por las mismas razones que le habría encantado a papá: su profundo conocimiento de la naturaleza; su ironía; su colorida historia y su espíritu aventurero; su inflexible y casi inconsciente insistencia en ser siempre él mismo. A papá le habría encantado saber que Pancho Villa se casó con la tía abuela de Cisco, que su abuela tenía una gasolinera-burdel en Chihuahua, y que su padre fue un ingeniero termonuclear que trabajó en la bomba de hidrógeno. Mamá, la idealista política, se habría sentido orgullosa de que su nieto tuviera un antepasado en común con el legendario Che.

Cuando supe que estaba embarazada, enseguida tomó forma el plan: celebraríamos un bautizo en lugar de una boda, una gran fiesta a la que tendría que asistir todo el mundo. Un hijo era un motivo mucho más sólido para hacerlos ir a Taos. Estaría allí, en carne y hueso, y no unas promesas que podían romperse. No la consolidación de las esperanzas.

De modo que el 8 de junio de 2003 me senté con Cisco y nuestro hijo de ocho meses en una balsa neumática cubierta de ramas de enebro plumadas, vides de plástico, lianas y girasoles, y el brillante *milagro* de latón de unas manos con ojos en la palma y el corazón en llamas. Las paredes del cañón de Río Grande se elevaban cientos de metros por encima del río: el basalto negro formado con la lava de los antiguos volcanes cubierto de hierba de búfalo y plumas de apache, y aquí y allá pinos fuertes y enebros nudosos que eran jóvenes cuando los españoles llegaron aquí hace cinco siglos. Yo conocía los nidos de las águilas que había a lo largo del río, y en el cañón había visto búhos que me recordaron a la Tata. Los búhos eran mis animales preferidos. Los llamábamos *oolas*, la palabra irlandesa.

Yo llevaba un vestido como el de la diosa Fortuna verde azulado y plisado, y una corona de hojas de laurel dorado. Alrededor del sombrero de Cisco había una guirnalda de flores silvestres. El niño, sentado en mi regazo, llevaba un conjunto chino blanco que le había regalado mi mejor amiga, Kate O'Toole, y un *lei* de maravillas de

plástico.

Detrás de nosotros teníamos a dos guías que trabajaban para Cisco, cada uno a cargo de un remo. También llevaban guirnaldas de flores silvestres. El río estaba poco crecido ese año, por suerte; no sé qué habríamos hecho si hubiera rugido, como era lo normal a principios de junio. Ese día discurría formando suaves remolinos a través de la arteria profunda del desierto alto y seco del norte de Nuevo México.

Mientras flotábamos corriente abajo, miré hacia la orilla lejana. Un año atrás, más o menos, habían plantado allí una cruz hecha a mano: un *descanso*[8] en honor a un adolescente que había muerto una noche tratando de cruzar a nado el río. Se suelen ver descansos a los lados de la carretera, cubiertos de flores de plástico, juguetes, oropel y cuentas: no señalan una tumba, sólo son pequeños altares dedicados a hijos, hermanos o padres amados que murieron en ese lugar. Si el accidente de coche de mi madre hubiera sido en Nuevo México en lugar de en Francia, pensé de pronto, le habrían hecho un descanso, con su nombre tal vez en él, y palabras como *amor y muerte*. Señalaría el lugar donde su espíritu había abandonado su cuerpo. Cada flor brillante que yo colocara en la cruz sería la forma terrenal del beso que le tiraría a su mejilla, su pelo, su frente. La imagino allí, en la otra orilla, con las líneas de su cara y de sus manos trazadas en las partículas de polen y polvo por los rayos bajos de sol.

Ella no tiene lápida. Enviaron sus cenizas a su padre y el año que viví en la casa de éste no me enteré de que estaban allí. Cuando se incendió la casa con el abuelo en ella —a los ochenta y nueve años, camino de los cien—, los restos de mamá desaparecieron en el humo. Ahora está en ninguna parte y en todas.

—*As I went down to the river to pray*… —La voz de mi amiga Tara se elevó cantando el espiritual sureño, al que habíamos cambiado la letra entre las dos para dar la bienvenida a Rafa.

Su voz se unió a más voces, formando al principio un coro desordenado, lo justo para dejar su impronta en el aire. A medida que nos acercábamos cobró fuerza, las palabras se estrellaron contra las paredes del cañón, colándose en los resquicios entre las rocas.

Al tomar un recodo, los vimos a todos: Tara, con otro vestido plisado color agua recogido por encima de sus sandalias Teva, en lo alto de una roca como una sacerdotisa artúrica, y debajo de ella, en la playa polvorienta, más de cien personas: John Julius, Artemis, Jason y mi madrina Gina, todos llegados de Londres; los amigos de mi madre Jay Hutchinson, que había venido de Boston, y Lillian Ross, de Nueva York; Anjelica, Tony y Danny, los cuatro juntos de nuevo, algo que empieza a no ser tan raro; y los parientes más cercanos de Cisco. Su

hermana Ana había volado desde Atlanta. Su madre, Luchi, estaba sentada en una silla de campaña con un largo tubo transparente que le iba de la nariz a una bombona de oxígeno plateada colgada detrás de ella.

Todos teníamos un girasol en la mano. Había sido idea de Anjelica. Al investigar sobre San Rafael, el nombre de pila de su sobrino, no había parado de ver girasoles. Crecían en el norte de Nuevo México, pero no hasta más tarde, en verano, de modo que un día antes de la ceremonia me mandó vía FedEx ciento cincuenta girasoles de tallo largo.

De detrás de una roca salió una procesión encabezada por Tony, que llevaba una piel de animal alrededor de un hombro y una peluca de rizos negros hasta los hombros como Carlos II. En la mano tenía un báculo alto. Esa aparición fue una sorpresa para mí; un bautizo en un río exigía un Juan Bautista.

Papá se habría puesto furioso. Me encantó, porque era algo que sólo habría hecho Tony.

Detrás de Tony iba Anjelica, con otro vestido plisado. Detrás de ella, Joan Buck y la sobrina de Cisco, Ana, con otros dos vestidos, todos de distintos tonos agua y niebla. Todos eran del vestuario de Anjel para *Las brumas de Avalan*, y como había cinco, se añadió otro estrato ceremonial: los sirvientes.

En ese momento tenía la cabeza tan llena de sonidos, imágenes y recuerdos, del hombre sentado a mi lado y del niño que tenía en el regazo, que no podía asimilar nada más. Las voces se disolvieron, aunque todavía veía las bocas moviéndose con el canto que se elevaba hacia el cielo. Las caras se fundían y apenas podía distinguir unas de otras. Sentí cómo nos invadía el don: tantas personas llegadas de tan lejos, y los amigos y la familia aportando ideas a la ceremonia, para que fuera más bonita y vistosa de lo que yo habría podido hacer sola. Nos elevó por encima del agua a los tres, hacia un pequeño reino protegido y temporal de felicidad pura.

Por encima de las caras que cantaban apareció una pancarta ondeando: de terciopelo azul con flecos y borlas, con el nombre completo de mi hijo en letras doradas: Rafael Patrick Gerónimo Niño de Ortiz Ladrón de Guevara.

Rafael porque nos gustaba el nombre, así como su versión corta, Rafa. Patrick porque siempre había sido mi nombre favorito y era irlandés. Gerónimo, a petición de Anjelica, porque nació el día de San Jerónimo, que es la fiesta del Taos Pueblo y una celebración de acción de gracias por los dones recibidos de los dioses. El resto es el apellido de Cisco, que conmemora una antigua batalla de la reconquista de

España de los moros. Cuando Rafa nació era como un elfo con mechones de pelo en punta sobre las orejas, y miró alrededor con mucha parsimonia, como para decidir si realmente quería quedarse aquí. Ponerle nombre era aterrador, como pronunciar una frase que algún día podría resultar ser injusta.

Mientras nos deslizábamos hacia la orilla, Anjel se metió en el agua. Los pliegues de su vestido se arremolinaron alrededor de sus rodillas, bajo el morado grisáceo de un cielo vespertino con una tormenta que se aproximaba. Se acercó para coger a Rafa y se lo pasó a Tara, que se lo sentó a los hombros. Los sirvientes se colocaron alrededor. De pronto Jeremy, el viejo amigo de Anjelica, se metió corriendo en el agua, que le cubría hasta los muslos, con la pancarta con el nombre de Rafa. Tony lo siguió aguantando el otro palo, y entre los dos levantaron la pancarta detrás de Rafa, que mascaba sus maravillas de plástico observando con calma a la multitud; «como la reina madre», como diría más tarde John Julius.

Nada de todo eso se había ensayado o planeado siquiera. Cuando se me ocurrió celebrar un bautizo, mi única idea fue hacerlo en el Río Grande y que los tres llegáramos por el agua. Uno a uno, todos aportaron algo: Anjelica, los girasoles y los vestidos de *Las brumas de Avalon*; Joan Buck, las guirnaldas de flores y mi corona; Bruce y Kim, cada uno un remo; Tara, el canto; mis amigas Annapuma y Janet, la decoración de la balsa y la pancarta con las letras doradas; Jeremy, sostener la pancarta donde le correspondía estar, y la visión indescriptible, Tony.

Y alguien más, un tipo con el que nadie contamos y que había estado bebiendo junto al río cuando llegamos. Era un lugar público y no podíamos pedirle que se fuera, de modo que le explicamos lo que íbamos a hacer, y le preguntamos si no le importaría bajar el volumen de la música norteña que escuchaba por la radio de su camioneta. Nos complació y nos olvidamos de él.

Le habíamos pedido al amigo de Cisco, Steve Harris, que oficiara la ceremonia, ya que es ministro de la Iglesia Universal de Vida. Era la cara estrecha de Ratty en *Viento en los sauces*, con ojos vivarachos y bigote colgón, y la mirada empantanada de un barquero de toda la vida. En cuanto pronunció el nombre de Rafa, una voz resonó por el acantilado: «¡Don Rafael!». Era el borracho, que seguía una vieja costumbre española. Gracias a él, Rafael tiene derecho a llamarse a sí mismo «don», el equivalente en español de *sir*.

Anjel soltó un sermón muy católico sobre el significado de los tres nombres de Rafa (ella también fue al colegio de monjas de Loughrea). Y luego Louie Hena, un anciano de Tesuque Pueblo y el mejor amigo

de Cisco, bautizó a Rafa en lengua tewa con un nombre indio: Tseh Shu Ping, Montaña del Águila Voladora. Desde la ventana de la cocina veo la Montaña del Águila Voladora —más conocida como la montaña de San Antonio, un volcán dormido independiente— y pienso en ella como la montaña de Rafa. Es muy redonda, con un surco cóncavo en el centro de su horizonte. La gente de Tesuque dice que la parte superior tiene la forma de las alas extendidas de un águila. Veo una gigante barra de pan irlandés, como una colina de Connemara llamada Roundstone. Louie no tiene ni idea de cómo ha unido mi pasado y mi presente al darle a Rafa ese nombre.

Louie habló en tewa, y luego en inglés, de los dibujos de espiral del universo: en los remolinos del río y en las corrientes del aire, en la espiral de pelo de la coronilla de Rafa. Nada es lineal, dijo. La vida y el tiempo giran sobre sí mismos, uniéndose y formando nuevos dibujos. No hay principio ni final. Sólo el movimiento de la energía.

Por primera vez me sentí en el centro de la espiral. Rafa había juntado a mi familia a mi alrededor formando una sola. Lo que habría sido imposible en el pasado, ahora era natural e incuestionable. No tenía que hacer nada ni ser nada en particular, sólo mostrarme tal como era y estar aquí, hija y hermana, y ahora también madre.

En la fiesta que siguió, John Julius se hizo con el piano cuando el grupo musical se tomó un descanso, y Jason y él cantaron canciones de los años cuarenta. Luego John Julius bailó hasta que tuvo la cara del mismo color que su camisa salmón, inclinando a Tara hacia atrás hasta que tocó el suelo con el pelo. Rafa pasó casi toda la noche en los brazos de su tía Anjelica. Y el mejor momento para mí llegó a la mañana siguiente durante el desayuno, cuando Danny y Jason, que no se conocían antes de llegar a Taos, se dieron una palmada mutuamente en la espalda y exclamaron: «¡Hermano!».

Voy a Londres un par de veces al año y me quedo en casa de John Julius, al otro lado del canal frente a Maida Avenue. La habitación en la que duermo está en el piso superior, a la misma altura que la habitación que tenía en casa de mamá, al nivel de las copas de los árboles. Más abajo, veo la barandilla de hierro pintada de negro y los geranios que hay encima de los tejados de las casas flotantes. A menudo Rafa viene conmigo, para ver a su abuelo.

Cada vez llevo a Rafa al zoo en el *Water* Bus, que cogemos en el mismo lugar de Paddington Basin donde solía hacerlo con mamá o con la Tata. Los patos y los cisnes siguen dando vueltas en círculo como hace cuarenta años. Todo está igual: la pequeña isla donde confluyen

los tres canales, los gritos de los barqueros al caminar por el tejado de sus estrechas casas flotantes, la tos ronca de los motores, la oscura humedad de los túneles revestidos de ladrillo en los que se apretujan tanto los botes que podrías tocarlos con una mano al pasar.

A menudo John Julius nos acompaña hasta el embarcadero del canal y nos ve subir. Mientras el *Water* Bus rodea la pequeña isla y se dirige al este del Regent's Canal, él cruza el puente peatonal arqueado y vuelve a casa por el camino de sirga pavimentado que se extiende a lo largo de la barandilla negra, unos palmos más abajo de Blomfield Road.

—¡Abuelo! —gritó Rafa la primera vez que lo vio al otro lado de la ventana—. ¡Abuelo!

Al ver su pequeña cara en la ventana, John Julius saludó con la mano. Rafa le devolvió el saludo, fascinado al ver caminar a alguien por tierra a la misma velocidad que nosotros por el agua.

—¡Mamá, allí está el abuelo!

Se parecen tanto, con sus ojos brillantes y encantadores, penetrantes, enérgicos, abiertos al mundo. Artemis me escribió diciendo que Rafa era la encarnación de John Julius. Me hizo muy feliz que lo viera. También habría hecho feliz a mamá.

¿Es lo ordinario o lo extraordinario lo que recordamos? Pienso ingenuamente que Rafa me recordará empujándolo en los columpios, cantándole una nana por las noches o cogiéndole la mano mientras aprende a ir en monopatín. Pero tal vez lo que quede grabado en su mente sea una imagen de mí tirando furiosa sus Legos a la calle, conduciendo demasiado deprisa, o despotricando contra el polvo y las telarañas.

Soy consciente de que contribuyo a la imagen que se está formando de mí, y es una sensación de poder e impotencia extraordinarios. Yo determino la calidad de sus días, pero no tengo control sobre qué partes de esos días se quedan grabados en su memoria. Ni él tampoco, supongo. No sé por qué recuerdo lo que recuerdo y no otras cosas. Seguramente viví con mamá momentos de intensa felicidad, de la que los adultos se proponen recordar. Pero cuando más cerca me siento de ella no es en mi memoria, sino en esa fotografía tomada en Maida Avenue en la que le estoy cogiendo de la mano.

AGRADECIMIENTOS

Este libro surgió a partir de un artículo que escribí para la revista británica *Harper's Bazaar*, titulado «Daddies' Girl». Gracias a Catherine Fairweather y a Sharon Walter de *Harper's* por encargarlo.

Creía haber dicho todo lo que tenía que decir en mil ochocientas palabras. Tres personas me alentaron a ampliar el artículo y convertirlo en libro:

Barbara Leaming es una gran amiga mía desde hace veinte años. He editado seis de sus libros y ella lee todo lo que yo escribo. Gracias a su generosidad de espíritu y a su incansable aliento soy escritora. Su instinto infalible para percibir lo que no está ahí, y su interés por obligarme a encontrarlo aun a costa de ser cruel, han originado muchos de los pasajes que más me gustan de este libro.

Mi hermana Artemis Cooper y mi madrastra Celeste (Cici). Huston sumaron sus voces a la de Barbara. Si no hubiera sido por su visión y su fe en mí, es muy posible que nunca me hubiera embarcado en este intimidante proyecto.

Mi padre John Julius Norwich, y mis hermanos Tony Huston, Danny Huston y Jason Cooper me apoyaron incondicionalmente, al igual que Mollie Norwich. Aun más importante, mi hermana Anjelica Huston, a quien podría disculpar por intentar disuadirme de revivir un momento tan difícil en su vida, me dio su bendición y sólo dijo: «Sé amable». Y cuando estuvo escrito el libro, me sugirió el título.

Agradezco la confianza que pusieron todos en mí, así como los favores, las alegrías y los momentos de intimidad que compartí con ellos.

Helena Kallianiotes y Sonali Wijeyaratne me amonestaron durante años para que escribiera un libro en lugar de guiones de cine, al que igual que mi primer agente de Curtís Brown, Nick Marston. James Navé, mi socio en el Writing Salón, me alentó a confiar en mi imaginación como escritora y me enseñó a estimularla. Además de mi familia y de Barbara Leaming, que demostró su incansable

compromiso imaginativo con este libro de principio a fin, David Parker, Joanna Briscoe, Lara Santoro, Rhonda Talbot, Tara Lupo, Elizabeth Bums, Diana LaSalle, Arron Shiver, Annapuma Sydell, Stephen Boucher, Joan Juliet Buck, Kate O'Toole, Robert Mack, y Helena Kallianiotes leyeron varios borradores y me ofrecieron su valiosa opinión. Rhonda también me recomendó el maravilloso libro de memorias *Another Bullshit Night in Suck City* de Nick Flynn, que me impulsó a probar diferentes maneras de narrar y me sacudió del bloqueo que podría haberme derrotado fácilmente.

Mi editora, Sarah Hochman, y mi agente, Elizabeth Sheinkman, confiaron en mí cuando tenía muy poco de lo que partir. Desde el principio, Sarah comprendió la clase de libro que yo quería escribir. Su hábil ojo editorial hizo el libro mucho mejor de lo que habría sido sin ella, pero, más importante, su aliento y su juiciosa mano con el látigo encauzaron mi camino en los momentos más difíciles de la escritura. David Rosenthal y Victoria Meyer de Simón & Schuster prestaron su poderoso apoyo al libro. También quiero dar las gracias a Gail Winston de Harper Collins por su entusiasmo en las primeras fases, que tanto me levantó la moral y me ayudó a depurar mis ideas.

Mi agradecimiento a David, el marqués de Cholmondeley, por guardar las cartas de mamá, y a Gina Medcalf, Jaqueth Hutchinson y Lucio García del Solar por enviarme las cartas que ella les escribió. Lucio, Anjelica, Joan y Cici también me facilitaron fotos. Beth Filler, de la revista *People*, me ayudó a dar con una imagen vital. También me gustaría agradecer la generosidad y la ayuda de Gigi y Harry Benson, de Magnum Photos por el acceso al Philippe Halsman Estate y al Norman Parkinson Estate y, sobre todo, de la Richard Avedon Foundation.

Este libro ha sido escrito en su mayor parte en dos cafeterías de Taos, Nuevo México. Gracias a David Stewart y al personal de Wired?, en particular a Corinna Jang; y a Mark y Jennifer Campbell, y al personal de Mondo Kultur, en particular a Mary Esther Winters.

Mi hijo, Rafa, me hizo trabajar duro con comentarios como: «¿Sabes el libro que estás escribiendo, mamá? ¿Ya lo has terminado? ¿No? ¡Creía que sí!». La felicidad que él y su padre, Cisco Guevara, me han dado ha hecho posible este libro.

Por último, gracias a los amigos de Rafa, Teva Leshem y Kendra Gibson, y a sus madres, Jenny Lancaster-Leshem y Babs Costello, sin los cuales este libro nunca habría sido escrito.

MARISOL HERNÁNDEZ,
ME ENCANTARIA QUE TE PUSIERAS EN CONTACTO CONMIGO.
ALLEGRA

ALLEGRA HUSTON: 26 de agosto de 1964, Londres, Reino Unido. Escritora, autora y editora con sede en Taos, Nuevo México. Es autora de *Love Child, Say My Name: A Novel* y otros libros y guiones. También escribió y produjo el premiado cortometraje *Good Luck, Mr Gorski*.

Notas

[1] Título en inglés del libro de André Maurois. *(N. de la T.)* <<

[2] En castellano en el original. *(N. de la T.)* <<

[3] En argot: cocaína. *(N. de la T.)* <<

[4] Scatman Crothers (Benjamín Sherman Crothers) fue el actor que puso la voz al personaje de Scat Cat (en castellano Gato Jazz, o Jazz) en *Los Aristogatos. (N. de la T.)* <<

[5] En inglés, *chick* significa chica, chavala, y *sweeper*, del verbo *to sweep*, barrer, arrasar. *(N. de la T.)* <<

[6] Cuadro de Grant Wood de 1930. *(N. de la T.)* <<

[7] De la expresión *Another day another dollar*, un día más, un dolar más. *(N. de la T.)* <<

[8] En castellano en el original. *(N. del T.)* < <